

RECUÉRDAME, POR FAVOR



ESTRELLA CORREA
SAGA UN GIN-TONIC, POR FAVOR, 4

Copyright © 2019 Estrella Correa.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, Diciembre 2019.

Título Original: RECUÉRDAME, POR FAVOR

Saga.

Diseño y Portada: NINA MININA

Fotografía: Shutterstock

Maquetación: NINA MININA Y ESTRELLA CORREA

Corrección: ANTONIO CORREA

RECUÉRDAME, POR FAVOR

SAGA UN GIN-TONIC, POR FAVOR, 4

ESTRELLA CORREA

ÍNDICE

- Prólogo.
1. La boda.
 2. Vino, por favor.
 3. Sustos.
 4. Sus ojos.
 5. Esos labios.
 6. Soy yo.
 7. Teléfono, mi casa.
 8. Coincidencias.
 9. Viajes.
 10. La echo de menos.
 11. Los mordería.
 12. El miedo.
 13. París.
 14. Una sorpresa.
 15. Babas.
 16. El agua se llevó los colores.
 17. Tez blanca, pelo de fuego.
 18. Memoria de mosquito.
 19. Un lugar en el que el arte se respira.
 20. Como ir fumada.
 21. El Monstruo del Lago Ness.
 22. Nochevieja.
 23. Salió bien.
 24. Sonríe.
 25. Visitas.
 26. Un polvo en la oficina.
 27. Tengo planes para nosotros.
 28. Cena para cuatro.
 29. Puedes hacerlo.
 30. Temores.
 31. Suspiros y besos con el alma.
 32. Qué bien huele.
 33. Voy a echarte de menos.
 34. El día D
 35. Te vi con ella.
 36. Mi casa.
 37. Caramelos.
 38. #adictaasusbesos.
 39. Fantasmas.
 40. Valiente, prueba uno.
 41. Valiente, prueba dos.

42. Ni mi valentía.
 43. Duele.
 44. Seguir.
 45. Intensidad nivel principiante.
 46. Intensidad nivel insoportable.
 47. Intensidad nivel Dios.
 48. Respira.
 49. Al filo del abismo.
 50. Salvarla. Salvarme.
 51. Me gusta tu estilo, hermano.
 52. Una vida entera.
 53. Ser libre.
 54. Resilencia.
 55. Cambios.
- Epílogo.
Agradecimientos.
Sobre la autora.

A mi familia.

*Sírvete un un gin-tonic,
bésate el alma
y quédate con quien se detenga a tu lado sin pedirselo.
Recuerda que amarse nunca duele
y que las caricias sanan.*

SINOPSIS

Alexa tiene una cafetería, dos amigos que la vuelven loca y un hámster llamado Sopla.

Alexa ama el arte, pero le da miedo que vean sus obras.

Alexa ríe, ama y llora.

Una boda.

Un corazón roto.

Dos almas en busca de la felicidad.

Ella desea que la recuerden.

Él solo quiere olvidar.

¿Podrán ser el uno para el otro el apoyo que necesitan?



PRÓLOGO

—¿En serio tenemos que beber esta mierda? —Mat levanta la botella de vodka marca «La Gaviota» y refunfuña.

—Es lo que he encontrado. No hay nada decente abierto a estas horas de la mañana —me defiende—. ¿Por qué no has ido tú? Me ha costado la vida encontrar ese chino. —¿O era vietnamita? Tal vez japonés...

—Porque estaba meando. —Se recoloca el paquete.

Nina hace un gesto de repulsión con la cara y se levanta del banco de hierro en el que estamos sentadas y bebiendo en medio de la calle. Lo que coloquialmente se llama «hacer botellón», y lo que por ley está prohibido, por cierto. Somos unos delincuentes y nos encanta.

—Venga, vamos caminando o me quedo dormida —informa nuestra amiga—. He trabajado catorce horas seguidas.

—Si quieres, nos vamos a casa —digo a mi compañera de piso.

—No, no. Ni muerta. A mí esta noche me sacan en camilla de la discoteca.

Río, y brindo con ella.

El líquido de los vasos de plástico duro se derrama en nuestras manos y las deja pringosas.

—Nos van a sacar, pero por llenar de mierda los baños. Vamos a cagarnos vivos por culpa de este veneno. —Mat alza su vaso y lo mira.

—Deja de quejarte, Mateo, y para un taxi para estas dos damas —exijo.

—¿Damas? Yo solo veo a dos camioneras capaces de beberse hasta el agua del váter.

—¡Qué asco! —Hago un gesto de repelús.

—¿Así nos ves? ¡Eres un jodido idiota! —grita Nina—. Voy a darte dos buenas hostias y vas a ver tú camioneras...

—Paz, amigos. —Agarro a Nina por el brazo y la empujo para que camine.

—Estos tacones son un suplicio, pero, ¡qué bonitos! ¿No son bonitos? —Los observa mientras da un paso y otro.

—Sí, preciosos —contesto mirando hacia la calzada y suplicando al Dios de los muffins de zanahoria que aparezca un taxi o no llegamos a la discoteca con los tobillos en su sitio.

—¿Adónde vamos? —pregunta Mat. Levanta un brazo y no nos deja contestar—. No me lo digáis. Al Bogga.

—Vamos a Adara, listo, que eres un listo.

—¿Y eso por qué? —parece asombrado.

—El gilipollas de Jesús tiene que estar en Bogga. Paso de verlo. No tengo ganas de vomitar hoy.

Jesús es el ex de Nina. Un imbécil integral al que solo le importan cuatro cosas: su coche descapotable, sus gafas de sol de marca, ir bien vestido y alardear de todo ello en Instagram. Me da fatiguitas.

—Mejor, no quiero tener que pelearme con él —habla en voz alta.

—No tienes que pelearte con nadie por nosotras. Sabemos defendernos solas —apunto, con las cejas levantadas.

—Claro. Estoy seguro. Si no llego a estar el sábado pasado, El Orito te monta el pollo en

medio de todos.

—¡No le llames El Orito! —grito, conteniendo la risa.

—¡Pero si lleva hasta un diente de oro! ¿Se puede ser más hortera?

Rompemos en carcajadas los tres.

El Orito, digo, Jade, es mi prometido. Llevamos saliendo unos cinco años, nunca sé desde cuando comenzar a contar. Lleva en mi familia desde que tengo recuerdos. Hijo de un amigo de mi padre al que siempre ha tratado como un hermano. No sé si lo quiero porque debo o porque yo elegí amarlo. Desde luego, lo que tengo claro es que las mariposas de las que me habla Nina que le revolotean en el estómago cuando ve al imbécil, gilipollas y aletargado pésimo instagramer de Jesús (así lo define ella, de principio a fin) nunca las he sentido. Quizás el amor es otra cosa y ella está loca. Que su cabeza no riega muy bien lo saben todos, al menos nosotros dos, Mat y yo, sus mejores amigos y compañeros de piso. Mateo no vive con nosotras, pero como si lo hiciera. Él duerme en el piso de en frente y pasa el resto del día en el nuestro. Llevo viviendo con Nina dos años. Desde que decidí alejarme de mis padres, del mundo que los rodea, de mis supuestas obligaciones y de la envidia malsana de mi hermana. Para ser sincera, esto último es lo único que me apena. La quiero mucho y no entiendo por qué se comporta así conmigo. No sé explicarlo, ya lo vas viendo a medida que la historia avanza, pero no tengo con ella una relación de hermanas, ni siquiera de amigas. Ella va a lo suyo. Supongo que no es su culpa ser así, nuestros genes venían con fallo de fábrica. Yo tampoco me enorgullezco muchas veces de mis actos.

En Adara, un local de moda en el que ponen buena música y alcohol de marca, cosa que le recalco a Mateo, se puede entrar. Hay gente, pero no es la masificación que el Bogga sufre todos los fines de semana. Seguro que se pasan por el forro eso de no superar el aforo, y algún día ocurrirá una desgracia. Adara es más selecto y no dejan entrar a cualquiera. Te puedes pasar una hora en la cola y después irte a casita sin haber pisado el Club.

Bailamos en medio de la pista con unos gin-tonics en las manos. Suena *Con altura* de Rosalía y J Balvin, y a Nina ya no le duelen los pies, o eso parece. Salta como una ranita de hoja en hoja sobre un charco. Cantamos a voz en grito la letra entera de la canción. Como para no sabérsola, la ponen en todos los garitos. Rosalía, la nueva reina de la música que, por lo visto, le está haciendo sombra hasta a Madonna. Bueno, sin comentarios al respecto.

Caminamos hasta la barra, una esquina muy cerca de uno de los reservados, y pedimos tres copas más.

—¡Madre del amor hermoso! —grita Nina a mi lado.

—¿Qué ocurre? —La miro.

—¿Has visto a esos dos? —Señala la zona Vip.

Dos hombres, mayores que nosotros, pero muy atractivos, brindan con champán junto a una mujer.

—¿Se la tirarán entre los dos? —pregunta.

—Yo me los tiraría. —Abro el bolso y cojo diez euros—. Toma, paga mi copa. Voy un momento al baño.

—Te esperamos aquí.

Recorro el pasillo que lleva hasta los aseos más cercanos que utilizan los que se gastan una pasta en los reservados más selectos. Espero que no me llamen la atención y tenga que ir al de la pista de baile, con colas de media hora. Llego sin problemas. No hay gente esperando. Termino en tres minutos y me dispongo a volver. En el segundo reservado a mi derecha escucho una voz

conocida y me detengo en seco. Parece la voz de Jade. No puede ser. Dijo que tenía que trabajar temprano y que no saldría esta noche. Por cierto, trabaja para mi padre. Hecho que no me gusta lo más mínimo. Estoy harta de pedirle que se busque otro trabajo, pero claro, en ningún sitio va a ganar tanto haciendo tan poco. No sé muy bien ni a qué se dedica. Es el chico de los recados del señor Poderoso, con todo lo que eso conlleva: coche de empresa de lujo, relojes caros, trajes de marca, tarjeta de crédito con mucho dinero, y respeto, mucho respeto.

Asomo la cabeza por la cortina que aísla la sala del pasillo en el que me encuentro y veo su perfil. Está riéndose de algo o con alguien. Estiro el cuello unos milímetros y observo el perfil de una chica frente a él. No puede ser.

«Sí puede ser».

¿Será posible?

Está con mi hermana. Con Ágata.

Sabía que eran amigos y que se llevaban bien, pero, ¿que salían juntos a mis espaldas? No. Eso no.

De pronto, Jade la coge del cuello, la acerca y la besa en la boca. ¡La besa en la boca! Ella también le besa a él, que conste. ¡Están besándose! ¡Mi novio se está besando con mi hermana! Pero... ¿qué está pasando aquí?

Doy un paso atrás y paro en medio del pasillo. ¡Serán malnacidos! ¿Es cierto lo que acabo de ver? Vuelvo a asomarme y esta vez le está metiendo la mano por debajo de la falda, además de devorarla entera.

Buag. Qué asco.

Sí. Eso es lo único que siento.

Ni celos ni envidia ni miedo ni enfado.

Asco. Mucho asco.

De acuerdo. Algo de cabreo sí que pillo, pero solo porque creo que me deben algo de lealtad, ¡coño! Son mi novio y mi hermana. Sin embargo... No me siento mal. Es raro. Debería... No sé. Sentir rabia. Pero nada. Nada de nada.

Cuando llego a la barra, mis amigos han decidido hacer mutis por el foro. Serán cabrones. ¿Me han dejado sola? Ahora, cuando más los necesito, cuando más echo en falta a dos amigos para llorarles en el hombro por lo que acabo de descubrir... Me hago la mártir, pero es mentira. Soy un poco drama. Sigo sintiendo solo asco por haber sido testigo del acto sexual más repulsivo que he visto desde que Mat puso aquella película porno en la que una mujer defecaba sobre otra. Lo juro. Lo hicieron de verdad. Me llevé un mes sin ganas de follar. Veía mierdas por doquier.

—¡Alexa! ¡Alexa! ¡Estamos aquí! —escucho la voz de Nina.

Giro la cabeza ciento ochenta grados (con cuerpo incluido, no soy muy elástica) y veo a mis amigos dentro del reservado de los tíos atractivos, socializando con ellos. Nina me hace una señal con la mano para que me acerque y, después de pensarlo durante un segundo y medio, voy hasta ellos y sonrío.

—Hola —saludo en general.

—¡Alexa! ¡Por fin llegas! ¡Creíamos que te habías caído por el retrete! —grita mi compañera de piso (futura compañera de piso muerta y enterrada en algún lugar de la sierra de Madrid).

¿La mato?

«La matamos».

Me pongo colorada.

Qué vergüenza.

—Estos son Jean y Álvaro. Ella es Lucie. Se casa dentro de un mes.

—Y esto es su despedida de soltera —habla el tal Jean, con un acento francés muy sensual.

Es guapo. Pelo por encima de los hombros, moreno, repleto de tatuajes y una sonrisa encantadora (encantadora de serpientes y de Ninas, porque solo hay que verla para saber que le encantaría tener una historia con él). No obstante, su amigo, Álvaro, me llama más la atención. No ha dicho nada desde que he llegado (hace treinta segundos), pero algo me dice que no es tan hablador ni amigable como el francés. A lo mejor él también es francés. No lo sé. A ver si habla. Guapo es un rato. Moreno, alto, ojos oscuros, tez aceitunada, pelo corto, flequillo rebelde. Apuesto mis pinces a que la chaqueta de cuero negra con rayas blancas en las mangas que está apostada sobre uno de los sofás rojos es de él.

Lo miro de reojo y siento sus ojos sobre mí. Juraría que ha bebido de más. Levanto el mentón y me atrevo a enfrentarme a su mirada. La tiene clavada en la mía. Le da un trago a su copa, toma asiento y pasa su brazo por encima de los hombros de Lucie.

Supongo que son pareja y van a casarse. Acaba de decirlo Jean. No hay que ser un cerebritito para caer en la cuenta, pero resulta que lo soy. No sumo cifras interminables, pero tengo una memoria fotográfica desorbitada, fuera de los márgenes comunes. No se me olvida nada. Ni siquiera lo bien que huele el tal Álvaro, a solo un metro de mí.

«Va a casarse con otra».

Oler no es delito, respondo a mi subconsciente.

—¿No quieres replantearte la boda? Siempre puedes casarte conmigo —le propone Mat a Lucie.

Arrugo la nariz, asustada porque va a llevarse un buen puñetazo del novio, Álvaro.

—No eres mi tipo —contesta la chica.

—Yo soy el tipo de todas.

—Créeme. No tienes lo que busco.

—Mat tiene de todo. —Habla de sí mismo en tercera persona.

—¿Tienes vagina?

—¿Qué? —Se atraganta con el líquido de su copa.

—Pues eso. Que si tienes vagina. Me gustan las mujeres. Soy lesbiana.

Nina, Jean y yo reímos, mientras Mateo refunfuña durante unos segundos hasta que también termina en carcajadas.

Le pide disculpas, y ella, muy amable, le dice que no tiene por qué darlas.

—He metido la pata. —Se revuelve el cabello.

—No te preocupes. Pareces un buen tío. —Lucie también habla con acento francés, por cierto.

—¡Alexa también va a casarse! —Anuncia Nina en voz muy alta.

Todos me miran, pero, no sé por qué, yo solo me percato de la mirada de Álvaro, que todavía no ha abierto la boca, por cierto. No expresa ningún tipo de sentimiento.

Otro muerto por dentro, pienso.

«No es eso. Es que ni le vas ni le vienes».

También llevas razón.

Pongo cara de circunstancia y dibujo una sonrisa tensa en el rostro. ¿Cómo les explico ahora mismo a mis amigos, delante de tres desconocidos, que ni por todo el oro del mundo (ni el de su diente) me caso con Jade?

—No es importante. Hoy es la despedida de Lucie. ¿No te importa que estemos aquí?

—Por supuesto que no. Mientras más seamos, mejor. Estos dos muermos no han invitado a más

gente. —Se levanta y alza la copa—. ¡Brindemos! —Todos la imitamos. Álvaro incluido. Su brazo roza el mío y me mira—. Por la vida, el amor....

—Y los para siempre —la corta Álvaro con deje sarcástico, que me clava esa mirada oscura y me estremezco.

Brindamos entre todos y nos reímos. Lucie parece una persona muy especial. Me cae bien desde el minuto uno. Una hora más tarde, bailamos en el reservado, pero poco a poco nos dispersamos y me quedo sola, con una copa en la mano y observando la pista de baile.

—¿Quieres bailar? —Álvaro se posiciona a mi lado.

—Lo cierto es que me duelen los pies. No puedo dar un paso más.

—Puedo llevarte a casa.

—No creo que debas conducir. —Va bastante bebido.

—Tengo chófer. —Me mira y me regala una media sonrisa muy sensual y... Uff. No sé qué tiene, pero me lo comería.

—No pareces de esos con chófer.

—¿Ah, no? —Se levanta el cuello de la camisa blanca y trata de ponerse serio.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Vale. Es el chófer de mi hermano. Le comenté que salíamos y... bueno, él suele preocuparse demasiado por todos nosotros.

—Vaya. ¿Qué clase de hombre eres que ni tu hermano se fía de que llegues a casa sano y salvo?

Se encoge de hombros y bebe.

—¿Nos vamos a casa?

Miro el reloj y me doy cuenta de que pasan las seis de la mañana. Mat ríe con Lucie; y Nina... ¡se está liando con Jean!

Abro los ojos, asombrada.

—No creo ni que noten nuestra ausencia —me susurra, demasiado cerca del oído.

Todos los vellos de la piel se me ponen de punta y me turbo. Creo que él lo nota porque sonrío de una manera muy sensual.

Me ha ignorado durante casi toda la noche, solo hemos cruzado un par de palabras, nada importante, y ahora quiere llevarme a casa.

«Este quiere mojar, tonta».

No me importaría, la verdad.

Cojo mi bolso y mi chaqueta roja y le digo a Nina que me voy a casa. No me hace mucho caso, solo asiente y sigue tonteando con el francés. Mat sí se levanta y camina hacia mí cuando ve que me marcho con Álvaro.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Con este tío?

—Sí.

—Ha bebido.

—Lo sé.

—¿Y te vas con él?

—Tiene chófer. No te preocupes.

—Sí me preocupo.

Álvaro me espera a un par de metros sin dejar de mirarme.

—No me gusta. ¿Te vas a su casa? No lo conoces.

—¿Tú no te acuestas con tías casi sin conocerlas?

—Yo no estoy prometido. Y... No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque...

—No seas de la Edad Media. Sé cuidarme sola. —Giro sobre mis tacones y me voy. Camino al lado de Álvaro hasta llegar a la calle.

—Tu amigo lleva razón. No me conoces.

—No voy a acostarme contigo. Solo quiero que me lleves a casa. No tengo ganas de caminar y es muy difícil pillar un taxi a esta hora. Si tienes chófer a las seis de la mañana, eres mi amigo. Mi mejor amigo.

Levanta una ceja.

—Una chica lista.

—La más lista.

Coge el teléfono móvil de su chaqueta (la que pensaba que era de él. Acerté) y se lo lleva a la oreja.

—Carlos. Estoy esperándote. —Cuelga—. Las señoritas primero. —Hace un gesto con la mano para que camine delante de él.

Nos detenemos en el filo de la calzada y esperamos.

—No tardará en llegar.

—No me importa esperar.

Sonríe.

—Me gusta la compañía —aclaro, y se le agranda la sonrisa.

De repente, se tambalea y casi se cae al suelo.

Lo agarro del brazo y lo sostengo.

—Creo que he bebido demasiado —musita, con su boca muy cerca de la mía.

—Eso parece. —Mis ojos observan sus labios. Sus ojos no se despegan de los míos.

—Señor. —Un hombre de mediana edad y trajeado llega hasta nosotros.

Lo coge por los hombros, abre la puerta y lo ayuda a sentarse.

—Señorita. —Me saluda con un golpe de cabeza y me indica con educación que pase dentro. Cierra la puerta con cuidado cuando tomo asiento.

—¿Una limusina? —La miro con recelo. Mi padre tiene varias y nunca me han gustado. Huele a negocios que ni me van ni me vienen.

—Mi hermano es así. Le gusta hacerlo todo a lo grande —explica, con la cabeza apoyada sobre el cuero del sillón y los ojos cerrados.

—¿Adónde vamos, señor? —pregunta el chófer antes de introducirse en el tráfico.

—A casa de la señorita. —Levanta una mano.

—A La Latina. Yo le indico.

Doy las explicaciones necesarias para llegar a mi apartamento, y lo cierto es que Álvaro se queda dormido. O eso, o no le apetece seguir hablando conmigo.

—Pare junto a ese camión —le pido—. Muchas gracias por traerme.

—De nada. Es un placer.

Agarro mi bolso y me dispongo a salir, pero una mano me agarra de la muñeca y me detiene. La piel me arde tanto en ese punto exacto que mis mejillas se encienden al momento.

—No quiero dormir solo esta noche —susurra, con sus ojos inundando de oscuridad los míos.

—No creo que sea buena idea.

—No lo entiendes. Solo quiero dormir acompañado. Lo necesito.

—Yo no...

—Algo me dice que tú también lo necesitas. —Abro imperceptiblemente los ojos. No se ha podido dar cuenta del (no) duelo que estoy teniendo por Jade y Ágata—. Solo quiero dormir y... hablar un rato con alguien que no sepa lo imbécil que he sido estos últimos años.

Lo pienso.

—De acuerdo, pero... solo porque a mí también me apetece compañía esta noche.

Nos despedimos de Carlos y bajamos del coche.

—Es aquí —le digo cuando llegamos a mi portal.

Saco las llaves de la puerta y se me caen al suelo. Él se agacha a recogerlas e intenta meterla en la cerradura. Tras varios intentos sin dar en la diana, me río.

—¿Te ríes de un pobre hombre que solo quiere ayudarte?

—Dame. Yo la abro. —Se la quito de las manos y él me atrapa con uno de sus dedos.

Tira y pega nuestros cuerpos.

—¿Sabes? Lo cierto es que me acostaría contigo. He deseado besar tus labios desde que entraste en el reservado. —Me acaricia el vientre con la yema de los dedos. La piel se me electrifica—. Pero... soy un caballero y he prometido que solo dormiríamos, así que no te preocupes. Pienso cumplir mi promesa.

«No la cumplas, ¡por Dios Santo!».

Eso. ¡No la cumplas!

Subimos en el ascensor hasta la cuarta planta. Esto, así, parece un trayecto tranquilo, pero no. Yo trato de aplacar el calentón tragando mucha saliva y resoplando. Resoplando mucho. Y él intenta no caerse al suelo apoyándose con una mano en la pared.

—Estoy muy mareado —se queja, ya en medio del salón.

—Ven, por aquí. —Le agarro de la mano (sí, de la mano. Mi mano loca) y lo llevo hasta mi cama.

Antes de soltarse, me da un beso en la palma y toma asiento.

—¿Puedo quitarme los zapatos?

—Puedes y debes. Yo te ayudo.

—No hace falta.

Se los quita con los pies. Se incorpora de nuevo y se deshace de la camiseta.

¡Tableta de chocolate! Si Nina lo viera, le aplaudiría. Yo lo hago mentalmente.

—Los vaqueros me los dejo. —Los señala.

—Sí, será lo mejor —murmuro.

Salgo al cuarto de baño y me pongo el pijama.

«¿Por qué no te lo tiras? ¿Por quééé?» me pregunta mi subconsciente reflejado en el espejo.

—Porque está demasiado borracho. Mañana ni se acuerda —le hablo en voz alta.

«¿Y qué más te da?»

—Eso digo yo.

Debería importarme que estoy prometida, pero dejó de darme remordimientos el pensar en la posibilidad de acostarme con otro en cuanto vi al anormal de Jade liándose con mi hermana. ¡Con mi propia hermana!

Cuando vuelvo al dormitorio, está dormido. Me tumbo a su lado y suspiro. ¿Qué estoy haciendo? Soy de esas personas que se mueven por instinto, pero dormir con un tío desconocido

en la cama no es algo que haga muy a menudo. Tirármelo sí.

—No estoy dormido —musita.

—Yo sí —contesto.

Nos reímos.

—¿Vas a contarme qué te ocurre? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Conozco tu mirada de esta noche.

—¿Qué mirada?

Lo escucho respirar, se mueve, se gira, poniéndose de lado, me agarra de la cintura y me coloca en la misma postura, a un palmo de él.

—Esa mirada. Algo te perturba. Puedo ver la tristeza en tus ojos.

—No es nada.

—Sí lo es. Y me gustaría saber qué te preocupa.

—No suelo contarle mis problemas a un desconocido.

—Yo tampoco, pero siento la necesidad de hacerlo contigo.

—¿Vas a decirme qué te ocurre a ti? Hoy era la despedida de soltera de tu amiga y parecías no pasarlo muy bien.

—No solo era su despedida. Yo me despedía de alguien importante para mí.

—¿De una mujer?

—Sí.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Algo bueno. Va a casarse con mi hermano...

—Oh... Lo siento.

—Es lo mejor para ella. No sabes cuánto la ama y la cuida.

—Pero... Tú también la amas... —declaro.

—¿Tanto se me nota?

Asiento levemente un par de veces.

—La amo, sí, pero es hora de pasar página.

—Y querías pasar página conmigo.

—Eres una página muy bonita.

Sonreímos.

—Y dime, ¿qué te ha ocurrido a ti?

Callo como respuesta. Me doy cuenta de que me avergüenza decirlo en voz alta.

—Venga, yo he sido sincero contigo.

—Estoy prometida, ya lo has oído. O... lo estaba. No lo sé. —Resoplo—. He visto algo esta noche...

—¿Qué?

—En uno de los reservados... He visto a mi prometido besándose con mi hermana.

Álvaro abre los ojos, sorprendido.

—Pero...

—Lo cierto es que me ha dado igual, y eso... Eso es lo que me ha desconcertado. Voy, o... iba a casarme con un tío que no quiero.

—¿No lo quieres?

—Antes no lo sabía. Nunca me he enamorado. Pero ahora estoy segura de que ni siquiera siento respeto hacia él. Esta noche ha sido para mí un momento importante. Quizás solo necesitaba

esto para alejarme de todo lo que no quiero en mi vida. Él era lo único que me ataba al pasado. Me siento... libre. Como si me hubieran quitado las cadenas que me ataban de pies y manos.

Cuando paro de hablar me percató de que él me mira con detenimiento.

—¿Qué? ¿Crees que estoy loca?

—Creo que tienes suerte. Yo aún ando encadenado.

—Supongo que en tu caso tendrás que ser tú quien rompa las cadenas.

Pasamos unos segundos callados. Solo mirándonos.

—¿Puedo besarte? —susurra.

—Depende.

—¿De qué?

—De si quieres hacerlo porque lo deseas, o porque quieres utilizarme como llave para esposas. No me apetece ser el acicate de nadie. No quiero ser la segunda para nadie. Buscaré ser la primera.

—Quiero besarte porque me atraen tus labios. Me pregunto a qué sabrán tus besos.

—¿A qué crees que saben?

—A libertad. —Me atrae poco a poco hacia él agarrado a mi cintura y yo me dejo llevar.

Nuestros labios están a un escaso centímetro. Siento su respiración sobre la mía, su olor me envuelve de inmediato y suelto un gemido de satisfacción al notar su boca rozarme con cautela.

Me despierto con lentitud, casi no puedo abrir los párpados. Los rayos de sol que atraviesan la ventana como cuchillos se me clavan en los ojos. ¡Qué mala leche! ¿Ayer no bajé la persiana? Doy una vuelta sobre mí misma y ruedo hasta el otro lado de la cama. En principio no recuerdo la noche anterior, pero un sentimiento de falta y de vacío se apodera de mi cuerpo. Palpo sobre las sábanas y un olor desconocido, pero que activa mis sentidos, se introduce por mis fosas nasales y me pone todos los vellos de punta.

Álvaro...

«Por fin». Me imagino a mi subconsciente, mirándome desde una esquina, cruzado de brazos y con el mentón levantado.

—Álvaro... —susurro.

Abro los ojos y miro a ambos lados.

No está. ¿Es posible que fuera un sueño?

Me incorporo demasiado deprisa y me mareo. Me agarro la cabeza y trato de centrarme.

Nos besamos. No pasamos de ahí, pero fue algo mágico, especial... Después me abrazó y nos quedamos dormidos. Y... Ahora se ha ido sin despedirse. Resoplo e intento no maldecirlo de mil formas diferentes. No pasó nada. No me debe nada. No somos nada.

Me levanto y me dispongo a salir y darme una ducha, pero algo llama mi atención. Una nota, escrita de puño y letra de alguien desconocido, sobre una de mis mesitas de noche.

La cojo y leo:

«Gracias por la noche de ayer. Me diste justo lo que necesitaba. Compañía y besos que saben a libertad. Ahora sé que podré ser libre algún día, pero aún tengo que deshacerme de mis cadenas. Un beso. Álvaro».

LA BODA

ÁLVARO

Tiro la invitación sobre la mesita de noche, cierro los ojos, suspiro con fuerza y me repito una y otra vez que puedo hacerlo. Puedo superar el día de hoy y demostrarme que, dejar atrás esta historia y todos los sentimientos que aún revolotean dentro de mí, solo es el comienzo de una nueva vida.

La mía.

Debo hacerlo. No solo por mi felicidad, sino por la de los que me rodean y creen que hace ya mucho tiempo que logré olvidar a la mujer que durante años me empujó a seguir, aún sin saberlo.

Siento las palmas de dos manos muy suaves acariciar mi desnudo torso y me despiertan del mal sueño en el que viajo cada vez que me permito relajarme. Poso las mías, más grandes y robustas, sobre las de la mujer que ha pasado la noche entre mis sábanas y le indico que no tengo tiempo para volver a repetir, mientras ella me besa el cuello y la polla me da una sacudida.

—Prometo ser rápida... —Rodea mi cuerpo, se arrodilla delante de mí y, poco a poco, se introduce mi miembro en la boca.

Conduzco a toda velocidad por una carretera que enfilan un montón de árboles formando un pasillo de colores, entre los que destacan el verde, marrón y blanco. A lo lejos, como si de un espejismo se tratara, aparece, majestuosa e imponente, la casa de campo blanca en la que Alejandro y Daniel se darán el «Sí quiero». Aparco junto a otros coches, entre los que reconozco el de mi hermano, el de Noelia y el de Dani. Frunzo el ceño en cuanto veo este último y me imagino la trifulca que le ha costado a mi inminente cuñada conducir ella sola hasta aquí sin que Carlos la trajera. Alejandro puede ser un neandertal cuando quiere, y cabe la posibilidad de que se pase en lo que a la seguridad de Daniel se refiere; sin embargo, después de lo que pasaron cuando casi pierden a Alma por mi culpa, toda prevención es poca. O eso cree.

Resoplo al darme cuenta de que mis plegarias, rogando que le surgiera una de sus millones de reuniones de trabajo e imprevistos que siempre ha antepuesto a su familia, no han sido escuchadas, y el empresario Marcos Sanz asistirá a la boda de su hijo adoptivo en uno de los lugares más impresionantes de toda la Comunidad de Madrid. Daniel lo eligió. Y no fue por su grandeza, por la elegancia de sus estancias, ni por lo caro y exclusivo del lugar. No. Sé, porque la conozco mejor que a nadie, que lo ha hecho por el increíble y casi mágico campo de margaritas que rodea la mansión. Una flor, a la que su inusual normalidad la hace infinitamente extraordinaria.

Como ella...

Respiro y cojo fuerzas.

Entro en la casa a paso ligero, apretando el nudo de mi pajarita, colocándola en la posición adecuada y buscando una excusa plausible que darle a Alejandro y evitar que me coja por el

cuello y me ahogue por no llegar demasiado tarde al segundo día más importante de su vida. El primero fue el nacimiento de Alma, según sus propias palabras.

—¡Álvaro! ¡Te estamos esperando! —Escucho la voz de Noelia al final de un pasillo.

Giro unos grados a la derecha y voy hacia mi hermana pequeña.

—¿Por qué no has llegado hasta ahora? Está a punto de darle un infarto —sigue, con los ojos como huevos y moviendo las manos para que me dé prisa.

—Vaya novedad. —Levanto las cejas y palpo el bolsillo interior de mi chaqueta. Saco lo que todos esperan y lo muevo de lado a lado, enseñándoselo.

—Entra y cálmalo —me ordena.

—De eso nada. No quiero ser el blanco de toda su ira. —Me niego a que me parta la cara.

—Miedica —me acusa mi hermanita—. Ahora vuelvo. Voy a traerle una copa.

—¡Eh! Para, para, para.

—¿Qué?

—¿Crees que es buena idea emborracharle?

—Me da igual. Está insoportable.

—¿Más de lo normal? —sonrío.

Asiente con la cabeza, imita mi sonrisa y se va.

Empujo la puerta de madera oscura, entornada, y me encuentro a Alejandro con la mirada perdida a través del cristal de la ventana y posada en las lejanas montañas, que se levantan a lo lejos, y soltando un largo y pesado suspiro que no acostumbra a usar.

—¿Arrepentido de la decisión? —pregunto, a sabiendas de que casarse con Daniel es un sueño cumplido. Lleva persiguiéndolo varios años, pero por una razón que se me escapa, Dani le ha dicho que no más veces de las que el hombre que tengo delante admite.

Se lo tiene merecido. Por gruñón engreído.

—¿Dónde cojones te has metido? —ladra, rudo.

—Anoche tuve una reunión. Se alargó demasiado.

—¿Casi llegas tarde a mi boda por echar un polvo cualquiera? Debería darte una buena paliza. ¿Traes los anillos? —continúa, tenso como una barra de hierro.

—No ha sido un polvo cualquiera. Han sido tres, y... —le doy la caja—. Aquí tienes las alianzas. ¿Creíste que las perdería?

—He barajado la posibilidad de que las vendieras y pujaras por alguna obra de arte perdida —habla duro e irritado.

Sé que no lo dice en serio. Por ello le hago la siguiente cuestión:

—¿Por qué estás tan enfadado? Vas a casarte con la mujer de tu vida.

—No estoy enfadado.

—Estás nervioso, pero aparentas enfado porque el gran Alejandro Fernández no puede temblar en ninguna ocasión. Siempre tiene que mantener el control ante todo.

—¿Por qué desapareciste de la cena anoche?

—Me largué con la chef. —Y esto último se lo digo sin dudar y con los ojos clavados en los suyos. No estoy mintiendo, pero he de ser honesto conmigo mismo y admitir que en algunos momentos no podía evitar pensar lo imbécil que fui al dejarla y alejarme de ella y en lo diferente que podía haber sido nuestras vidas. Acostarme con una desconocida me ayudó, durante unas horas, a obviar el hecho de que hoy se convertirán en marido y mujer y la perderé para siempre. Está bien. Esto ocurrió el día que la abandoné porque un miedo inexplicable se apoderó de todo mi ser, o, para ser más exactos, el día que sus destinos se cruzaron por primera vez.

Coge la chaqueta, introduce los brazos por las mangas y se tira de las solapas hacia delante para dejarla recta.

—¿Está? —pregunta, con un trasfondo tembloroso que no se hace notar.

—¿Quién? —dudo si se refiere a mi padre, no obstante, ha sido él el que decidió invitarlo.

—Ella. ¿Está? ¿O se ha dado cuenta de que no la merezco y se ha largado? —Se refiere al amor de su vida (y de la mía).

—Sí —afirmo rotundo.

—¿La has visto?

—No necesito verla. Supe que este día llegaría la primera vez que os vi juntos.

—Pareces muy seguro.

—Tanto como deberías parecerlo tú. Ambos sabemos lo que confías en ella. Esa mujer te ama más que a nada. No lo entiendo, pero es así. —Suelto un conato de broma para distender el ambiente y hacerlo sonreír.

—Yo sí entiendo por qué se enamoró de ti —declara.

—Alejandro, no es necesario.

—Claro que sí. Eres mucho mejor que yo. Mucho mejor persona. Contigo sería más feliz.

—Eso es falso y lo sabes. ¿Qué te ocurre?

Pasan unos segundos hasta que contesta.

—He deseado y esperado tanto este momento que, ahora que ha llegado, parece un sueño. No lo siento como real. Me gustaría poder disfrutarlo como todos nos merecemos. —Cierra los ojos e hincha el pecho.

Le agarro por los hombros, aprieto con las manos y le insto a que me mire.

—Es real, hermano. Tan real como esa bala que se clavó en tu pecho, evitando que llegara al mío y muriera. Siente este día como sentiste aquel. Porque los dos son antagónicos, pero partes de una misma historia. Aquel lo sufriste. Este lo disfrutarás tanto como puedas. Pero vive cada segundo guardando en tu retina todos los momentos.

—Lo único que deseo es hacerla feliz.

—Lo harás.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya lo haces. Cada día. Cada segundo. Todos vemos cuánto la amas y todo lo que haces por ella.

Alejandro ríe levemente y sé que es su forma de darme las gracias.

—Veo que la sangre no ha llegado al río. —Noelia entra en la estancia y nos interrumpe—. Estáis perdiendo fuelle. —Nos ofrece un vaso de bourbon a cada uno y ella también se sirve.

—No quiero aprovecharme de él —manifiesto.

—No sería la primera vez —asegura nuestra hermanita.

Levantamos los vasos y brindamos.

—Por el futuro —anuncia Alejandro.

—Por el futuro —repetimos Noelia y yo al unísono. Y por una vez, y desde hace mucho tiempo, siento que un nuevo camino se abre ante mí.

A veces hay que cerrar puertas para dejar que se abran otras nuevas y nos muestren todas las posibilidades que antes nos negábamos a ver.

Acompaño a Alejandro hasta el altar: una mesa de madera blanca con unas velas encima y tras dos sillas adornadas con lazos del mismo color. Me quedo de pie a solo un metro de él y le esgrimo fuerza con la mirada. Lo que ocurre hoy solo me demuestra lo que ya descubrí hace

mucho tiempo. El gran CEO tiene una debilidad, y es ELLA.

Durante un segundo, barro la estancia con la mirada, con la mala suerte de chocar con la de Marcos y obligarme a regalarle un seco saludo. Pronto, *Bed of Roses* de Bon Jovi comienza a sonar y todos miramos hacia el final del pasillo. Una preciosa mujer, agarrada al brazo de su hermano, aparece como si de un Ángel se tratara. Lleva un vestido de corte sirena y encaje que le cubre el torso, brazos y cuello. El pelo recogido y adornado con un par de margaritas, ese es el único ornamento elegido. Camina despacio pero segura hacia la vida que le espera. Deshace, con cada paso, la distancia que la separa de un futuro prometedor y lleno de amor y confianzas junto al hombre que la colma de alegría e ilumina su rostro como en estos momentos.

—Estás preciosa... —susurra Alejandro cuando la tiene a solo un paso de distancia, y al mismo tiempo que yo lo pienso.

—Cuidala como hasta ahora y no tendremos problemas —casi protesta Fernando al soltar su mano y dejarla sobre la de él.

A Alejandro no le gustan las amenazas, ni siquiera los avisos de su cuñado. Aun así, asiente con la cabeza y le promete que antepondrá su bienestar al de él.

La Concejala de Cultura, con la que me une una estrecha amistad, oficia el enlace civil. Sara se ofreció a ser ella quien interviniera, pero ni siquiera la tomaron en cuenta. Ha sido una de las pocas cosas en las que Alejandro y Dani han estado de acuerdo desde el principio. Seguro que hubiera soltado un alegato a favor del sexo libre y «con mientras más polvos, mejor». Coincido con ella en que cada uno ha de vivir la vida como le plazca, sin dar explicaciones ni buscar excusas, pero entiendo que Dani no deseara que su boda se convirtiera en uno de sus mítines «Abajo el patriarcado» en los que al final termina quitándose el sujetador y enseñando las tetas, en las que se puede leer «Woman power».

Todos escuchamos a Clarisa, hasta que llega la hora de recitar los votos y la gente enmudece.

Alejandro y Daniel se miran como si estuvieran solos en el mundo.

Y lo están.

En este instante solo existen ellos.

Él le coge la mano con ternura y la aprieta levemente.

—Llevo varios días preguntándome por qué me escogiste a mí. Entre todos los hombres que habitamos la tierra, por qué tuve la suerte de ser el elegido. No he encontrado respuesta, por más que lo he intentado, solo me ha quedado entender que el amor es así: caprichoso e inexplicable. Te amo, te amo como cuando no te importa perder si la otra persona es la que gana. Te amo con honestidad, con esperanza y con fe. Te amo con todo mi corazón, mi alma y mi cuerpo. Y prometo amarte siempre, hasta el fin de mis días. —Coge aire y sigue. Los ojos de Daniel brillan de emoción y una lágrima asoma por su mejilla—. Prometo escucharte en todo momento, aunque no siempre esté de acuerdo con lo que dices. —Sonríen—. Prometo aprender de ti y celebrar tus triunfos como si fueran míos. Prometo luchar el futuro como si fueran guerras y disfrutar de nuestra felicidad como un regalo que se me concede cada amanecer. Te amaré siempre, juntos o separados, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en los buenos días y en los días malos. Tú y solo tú eres la persona con la que quiero caminar el resto de mi vida, mi compañera... Eres la única que aguanta mi mal humor, que entiende mi cabezonería, que ríe ante mi sentido de la... propiedad —Dani suelta una sonrisilla—. Eres mía. Pero eres mía tal y como yo soy tuyo. Mi corazón te pertenece y, aunque somos dos vidas separadas, las fundimos para hacerlas una y compartirlas. Prometo que, cuando te equivoques, no voy a decir «te lo dije».

Prometo simular escucharte con atención aunque las cosas que digas carezcan totalmente de lógica y sentido. —Ella frunce el ceño sin perder la alegría en el rostro—. Prometo no obligar a Carlos a perseguirte cuando salgas con las chicas. —Todos sabemos que eso es imposible y soltamos una carcajada—. Prometo no intentar matar a Sara cada vez que le cuente a nuestra hija sus historias... —Resopla, y todos volvemos a reír. Se escucha a la susodicha gritar en primera fila algo así como que lo hace por Alma y por su seguridad sexual. Dani le agarra de la mano y le pide que se tranquilice. Alejandro respira, se calma y sigue:

—Una vez te prometí, que si me elegías, te lo daría todo; y pienso hacerlo. Acepto el compromiso de ser todo aquello que has soñado toda la vida, y eso significa permanecer a tu lado el resto de mi existencia. Sin duda, es lo que más deseo en este mundo. ¿Me dejas hacerlo? ¿Estás dispuesta a aguantar a este gruñón enchaquetado y engreído todos los días de tu vida?

Dani asiente sin poder contener de ninguna forma el reguero de lágrimas, mientras Alejandro le pone la alianza y, a continuación, le acaricia las mejillas. Los dos tiemblan sin ocultarlo.

Es ella quien ahora respira, coge un papel en tono hueso del altar y comienza a expresar sus sentimientos:

—Cuando te conocí, me pareciste el hombre más vanidoso y estirado que había visto jamás; pero algo me dijo que todo era fachada, que algo dentro de ti escondía una persona maravillosa. No podías ser tan gruñón, engreído... posesivo... cabezón...

Todos ríen.

—Ya está bien, cariño —masculla Alex.

—No tardé en encontrar a esa persona. No tardé en encontrarte. Pronto me di cuenta de todo lo que llevas aquí. —Le palpa el pecho sobre la zona del corazón—. Todo lo que estás dispuesto a dar sin recibir nada a cambio. No conozco a nadie tan honorable, capaz de dar la vida por las personas que quiere, capaz de perderlo todo, hasta el amor de su vida con tal de hacerla feliz. Yo también te amo como solo se sueña cada noche y se siente una vez. Y te elijo. Yo te elijo, Alejandro. Elijo caminar bajo el sol y bailar bajo la lluvia si es contigo. Prometo soportar la tempestad siempre que rememos juntos y en la misma dirección. Prometo ayudarte, respetarte y escucharte, de verdad —da énfasis a estas últimas palabras y sonrín—; pero no prometo no decirte «te lo dije» cuando metas la pata por obviar mis sabios consejos. —Carcajadas—. También prometo defenderte ante los demás, aún cuando sepa que estás equivocado.

—Yo nunca me equivoco —asegura, serio.

—Claro que sí, cariño. —Asiente condescendiente—. Juro que nunca voy a contestar con respuestas sarcásticas a tus propuestas descabelladas sobre mi vestuario, salidas de marcha o viajes, y que me tomaré en serio alguna de tus opiniones al respecto.

—Eso estaría bien.

—Mejor estaría que no te entrometieras en esos asuntos.

Mi hermano aprieta la mandíbula y veo cómo Sara levanta el dedo pulgar en dirección a Dani, que suelta una sonrisilla traviesa.

Trata de volver a ponerse seria y continúa:

—Te entrego este anillo en señal de todo lo que significa. Como insignia de mi amor hacia ti. —Lo introduce por su dedo anular—. Te amo, Alejandro Fernández. Y eso nunca podrá cambiar. Estés o no. Yo siempre te amaré.

«¿Alejandro está a punto de llorar? ¡Dios Bendito!»

—Yo, Clarisa del Río Morgado, por el poder que me conceden las leyes del estado Español, os declaro: marido y mujer —anuncia la concejala.

Mi hermano agarra a Daniel de la cintura con ambas manos sin contención, pega su cuerpo al de él y la besa como si cincuenta personas no estuvieran mirándolos. Una de estas, la más pequeñita, hasta el momento en brazos de su tía Noelia, sale corriendo hacia sus padres y se abraza a las rodillas de ambos, que, nada más sentirla, se agachan, Alejandro la coge en brazos y le besuquean la cara mientras inundan el lugar de sonrisas y felicidad.

Noe, a mi lado, me mira, me agarra de la mano, la aprieta y apoya la mejilla en mi hombro.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Algún día lo estaré.

VINO, POR FAVOR

ÁLVARO

Dos años después...

Miro cómo el sol se esconde tras el horizonte que dejamos poco a poco atrás. Hemos volado durante casi nueve horas en su busca, hasta que lo hemos encontrado y ha coloreado el fuselaje del avión de preciosos tonos morados y rosas. Me gusta disfrutar de este momento del día, aunque llevemos casi ocho horas encajados en estos sillones. A estas alturas, mi espalda casi no distingue los de primera clase o clase turista. Los detesta por igual.

Un rato después, el comandante anuncia la llegada a Madrid y que nos preparemos para aterrizar. Miro a mi hijo, sentado a mi lado, y le acaricio el pelo, suave como la seda. Se parece a mí, aunque ha sacado los ojos avellana de su madre.

—Álvaro, cariño, hemos llegado —le susurro.

Él se remueve y murmura que tiene mucho sueño.

No ha pasado muy buen vuelo. A él tampoco le gustan estos asientos, pero no se queja, acostumbrado a viajar y a hacer largos trayectos en enormes pájaros, como él los llama. Vive entre Nueva York y Madrid y lo lleva muy bien para ser tan pequeño. Su madre y yo nunca hemos mantenido una relación normal. Nos llevamos bien, somos amigos y entendemos que nuestro hijo no tiene la culpa de nuestros errores. Salimos durante algún tiempo y se quedó embarazada. Mentiría si dijera que no me asusté en un primer momento, pero solo tardé horas en notar que mi corazón latía diferente, con más fuerza, con más ritmo.

—Papi, ¿vamos a *ved* a las *pimas*? —Me mira con esos ojos caramelo que brillan hasta en la oscuridad.

—No, cariño. Ya es tarde.

—Pero yo tengo ganas de *vedlas*. Hace mucho que no juego con ellas.

—En cuanto podamos, vamos a visitarlas.

Espero a que todos los pasajeros bajen del avión y desembarco con él en mis brazos. Cuando llegamos a la terminal a esperar las maletas, ya se ha despertado del todo y camina solo. Cogemos un taxi y vamos directamente a casa, yo también necesito un descanso. Últimamente viajo tanto que algunas veces dudo en qué ciudad me levanto cada mañana. Llevo muchos años haciéndolo, pero de un tiempo para acá me pesan más los cambios de horario. Creo que me tomaré unas vacaciones y me iré a desconectar a alguna isla desierta del otro lado del mundo.

Entramos en el ático de Madrid y Álvaro corre en busca de nuestro gato. No me entusiasman los animales domésticos, no se llevan muy bien conmigo. Por alguna razón que desconozco, no tenemos *feeling*, sin embargo, con Manchitas me une algo especial. Lo encontré debajo de un coche una madrugada tres meses atrás. Desnutrido y asustado, al principio jamás se me ocurrió traerlo a casa, pero me pudo que caminara hacia mí con sus pequeñas patitas y se subiera en uno

de mis zapatos. Era tan pequeño que cabía en una mano. Lo subí a casa y me prometí que al día siguiente le buscaría un hogar. Algo indescriptible impidió desprenderme de él. Me miraba como si me reconociera.

En la cocina, encuentro la cena preparada y una nota de Mamen, la chica del servicio. En ella me indica que las patatas asadas están en el horno, pero que debería calentarlas durante diez minutos antes de servir las, y que ha comprado los helados que tanto le gustan a Alvarito.

Abro una cerveza muy fría y le doy un trago. La dejo sobre la encimera cuando suena mi móvil dentro de mi chaqueta, lo cojo y leo el nombre de Lucie en la pantalla.

Descuelgo.

—Vaya, por fin te acuerdas de mí.

—Sabes que eres mi preferido.

Sonrí al escuchar su voz y el idioma en el que habla. París seguirá siendo mi segunda casa.

—Desde que te casaste, dudo que eso sea así.

—¿Estás celoso?

—Mucho.

—Pues no deberías, siempre serás mi chico.

—Eso díselo a tu mujer, a ver qué opina.

—Alizee sabe que te amo, pero no me van los rabos.

Suelto una carcajada.

—¿Qué tal está? ¿Cómo va ese embarazo?

—Lo lleva bien. Y yo también, hasta que empieza a gritar que por qué no me embaracé yo.

—Aún no entiendo cómo lo echasteis a suerte.

—Cara o cruz. Y tocó cruz. Lo que eligió ella.

Nunca podré criticar que lo hicieran así, las decisiones importantes de la vida, a veces, hay que dejárselas al destino.

—¿Por qué me llamas?

—Quería hablar contigo.

—Sí, ya.

—¿Dónde estás?

—Acabo de llegar de Nueva York. He ido a recoger a Álvaro.

—¿Y tu novio?

—Jean no es mi novio. —Me río antes de darle otro trago a la cerveza.

—Pues hacéis la pareja ideal. Hasta os tiráis a las mismas tías.

—De eso hace mucho tiempo. ¿Vas a decirme qué quieres?

—Voy a tener trillizos.

—¿Qué?

—Que en la última ecografía latían tres corazones.

—¿Eso es... es... Estupendo!

—¿Estás de coña? ¿Qué hago yo con tres bebés? ¡Me van a faltar manos! —Grita, nerviosa.

—Tranquila. Sabías que esto podía ocurrir. Tendrás ayuda.

—¿Me vas ayudar tú?

—¿Yo? No, gracias. Contrata a una niñera.

—Querrás decir a tres.

Álvaro llega con el gato en brazos y una vela de moco colgando de la nariz.

—Las que hagan falta. Te dejo, tengo que bañar al peque y acostarlo. Estamos muy cansados.

—Dale un hermanito a ese niño. Se te va a pasar el arroz. ¿Cuántos años tienes ya? ¿Cuarenta?

—Aún me falta un poco para eso. Llámame si necesitas algo.

—Tres niñeras —lloriquea.

—Adiós, Lu. Verás como todo sale bien.

Cuelgo justo antes de que mi hijo meta el gato dentro del fregadero y lo bañe con detergente. Lleva el pelo blanco y marrón claro. Pilla mucha suciedad y las ocurrencias del niño son lavarlos de cualquier manera. Ya lo he tenido que sacar de la bañera y de la lavadora unas cuantas veces.

—Álvaro, eso no se hace. No te preocupes. Manchitas está bien así. Anda, ven. —Saco una servilleta del mueble y le limpio los mocos que casi le llegan a la boca.

Baño, cena y cama. Eso hacemos los dos. Lo acuesto en su habitación, pero noto cómo de madrugada se viene a la mía y se acurruca a mi lado. Abro un poco los ojos, le acaricio el pelo y le susurro que lo quiero. Él suspira como si me escuchara y se pega más a mí.

A la mañana siguiente dejo a Álvaro con Mamen y me voy a la galería. Berta, directora de D'Arte desde hace varios años, no necesita mi ayuda, pero me gusta echar un vistazo cuando estoy en Madrid y ofrecerle mi apoyo y disponibilidad.

—Hola, jefe. —Me sonrío mientras cierra un archivador con fuerza. Hace mucho que dejó de llamarme señor Llorens.

—¿Todo bien por aquí?

—Perfecto. ¿Qué tal el viaje? ¿Cómo está Álvaro?

—Muy bien, gracias. ¿Ha llegado el Número 23 de Vicent?

Samanta Vicent es una artista conceptual que lleva su obra más allá de su representación tangible.

—Aún no. Está previsto que llegue esta tarde.

—Está bien. ¿Te invito a comer?

—No puedo, lo siento. He quedado con Roberto. Tenemos que ultimar los detalles de la boda.

Me pierdo en mi despacho y reviso la agenda electrónica. Como adelanté el viaje de vuelta en el último segundo, no tenía ninguna reunión concertada para hoy. Informo a Berta de que me ausentaré el resto del día, he pensado pasarme por un lugar especial que me recuerda que el arte ayuda a las personas.

Entro en *Art et Monde* con las manos en los bolsillos. Le pregunto a Esther, la chica de recepción, si Dani se encuentra hoy en su despacho.

—No, señor. Está dando una de las clases. Ha faltado la profesora.

Me detengo en la puerta donde imparte la clase y sonrío al verla disfrutar tanto explicando a jóvenes adolescentes lo maravilloso del arte abstracto. Espero a que termine y a que todos salgan del aula para entrar y saludarla.

Sonríe cuando me ve llegar.

—¡Hola! No esperaba verte por aquí. Alejandro dijo que estabas en Nueva York.

—Pude adelantar el viaje. —La rodeo con mis brazos y le doy un pequeño abrazo.

—¿Cómo está Álvaro?

—Cada día más grande. Tiene muchas ganas de ver a sus primas.

—Venid a casa a cenar hoy. Alma y Lía no paran de preguntar por él.

—Estupendo. ¿Y qué tal estás tú?

—Bien. Bastante ajetreada. El trabajo, las niñas y tu hermano dan mucha guerra. —Sonríe al hablar de Alejandro y me alegro por ello. Me costó mucho aceptar que no me eligió, pero con el tiempo he comprobado que tomó la decisión correcta. Son la pareja perfecta y se aman y cuidan

con devoción. Yo solo espero encontrar lo que tienen ellos algún día—. Además... —sigue—, vuelvo a estar embarazada.

—¿Qué? Eso es estupendo. ¡Enhorabuena! —La abrazo de nuevo y con un poco de más énfasis—. ¿De cuánto estás? —La dejo sobre el suelo.

—Nos acabamos de enterar. Y, dime, ¿para qué has venido?

—Necesito pedirte un favor.

—Lo que quieras.

—He pensado celebrar el aniversario de la galería por todo lo alto y pensé que tú tendrías contactos o podrías recomendarme a alguien que se encargase de todo.

—Por supuesto. Conozco a la persona adecuada. Si quieres vamos a mi despacho y la llamo. He dejado el teléfono allí.

Caminamos entre los pasillos de la Escuela de Arte y le doy la enhorabuena por lo que ha conseguido construir. Lo que hace aquí y con estos niños es digno de admirar. Les da oportunidades a quienes jamás la tendrían de otra forma.

—Siéntate. —Abre un frigorífico negro y saca una lata de refresco para ella y una cerveza para mí—. No tardo nada.

Toma asiento en su silla, detrás de la mesa, y pulsa un botón de su teléfono que deja sobre la madera. Comienzan a escucharse los tonos hasta que alguien descuelga.

—¡Hola, Dani!

—¡Hola, Nerea! ¿Qué tal todo?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú qué tal?

—Todo perfecto. Escucha, supongo que no andas bien de tiempo. Un amigo necesita tu ayuda para el aniversario de su galería.

—Por supuesto. ¿Cuándo quiere celebrar el evento?

Dani me mira y levanta las cejas.

—Dentro de dos meses —susurro.

—Dentro de un par de meses —repito ella en alto.

—De acuerdo. Llego a España en tres semanas. Llama a Joel y él se encargará de todo mientras tanto.

—Muchísimas gracias. Llámame cuando estés por aquí, hace mucho que no nos vemos.

—Claro. Tengo muchas ganas de verte. Un beso.

Tras la despedida, Dani me da el teléfono de ese tal Joel, pero me sugiere que, si lo prefiero, ella se pone en contacto con él ahora. Habla con la persona en cuestión y me concierta una cita para la hora de comer. Quedamos en Magdalenas de Colores, una cafetería cerca de Marqués de Cuba. Nunca he estado antes allí, no es una de mis zonas de paso.

Entro en el local y miro alrededor a ver si veo a alguien con las características de la persona que busco, pero no logro dar con él. Camino hasta la barra y alguien llama mi atención. Una chica de pelo cobrizo y de espaldas a mí mantiene una guerra abierta con la cafetera industrial, tres veces más grande que ella.

—Disculpe —intento captar su atención. Tal vez ella pueda ayudarme, sin embargo, me hace caso omiso y sigue con la encarnizada lucha

—Disculpe, ¿necesita ayuda con eso?

—No. Ya casi está... —Tira fuerte de la manivela que tiene asida con la mano derecha y logra llevarla hasta el final—. ¡Sí! —Grita triunfal.

Se gira hacia mí y me encuentro con los ojos más grandes que he visto en mi vida. No sabría

descifrar su color, son una mezcla entre verde y azulón. El flequillo le cae sobre la frente y resalta sobre su piel clara y las pecas que le adornan las mejillas.

—¿Qué desea?

—Podría... —Carraspeo—. He quedado aquí con una persona y no sé si ha llegado.

—¿Cómo se llama?

—Joel... —Cierro los ojos y lo pienso bien—. Joel San Cristóbal.

Ella barre la estancia en unos segundos y me dice que no se encuentra en la cafetería.

—Puede sentarse mientras lo espera. —Sonríe cortés.

—Alexa, cariño, ¿puedes cobrarme? Tengo mucha prisa. —Le pide una señora a mi izquierda.

—Claro, Manuela.

—Gracias. —Murmuro contrariado y me acomodo en una mesa no muy alejado de ella. Unos minutos después, la chica se acerca y me pregunta si deseo tomar algo mientras mi cita llega. Se sopla el flequillo y me quedo embobado mirando el movimiento de sus labios.

—Una copa de vino, por favor.

Y en cuanto mi boca roza el líquido y se colorea disfrutando del sabor dulzón, me encuentro a mí mismo pensando a qué sabrán sus besos, los de ELLA, los de la chica que me ha acelerado el corazón.

SUSTOS

ALEXA

Observo el albarán de los pedidos con el ceño fruncido mientras muerdo compulsivamente la parte de atrás del bolígrafo de tinta azul. Parece que no falta nada, pero Mat ha insistido en que lo revise, y me gustaría pensar que no es una forma retorcida de torturarme por lo de anoche.

Tomo asiento sobre una de las cajas del almacén y comienzo desde el principio. Bolsas de café, té, leche, azúcar blanca, azúcar moreno, stevia, sacarina, harina... Y así hasta un total de unas cincuenta materias primas diferentes para preparar los mejores cafés y los dulces más exquisitos de la ciudad.

Hace un par de años, mi mejor amigo, el mismo que me tortura revisando informes, me propuso que me convirtiera en su socia en el nuevo proyecto que tenía entre manos. Yo, que acababa de dejar a mi prometido y necesitaba un cambio de aires, incluso laboral, le dije que sí. Trabajamos mucho y muy duro, codo con codo, para que nuestra cafetería, Magdalenas de Colores, se convirtiera en un referente en la ciudad; y creo que lo hemos conseguido. Nuestros muffins son conocidos en toda Madrid.

Nunca imaginé que mi futuro se amasaría entre azúcar, bollos y nata montada, aunque siempre se me ha dado muy bien la repostería y me encantaba ayudar a Ángeles en casa; sin embargo, soy feliz, aún trabajando catorce o dieciséis horas diarias. Pero he de ser sincera y admitir que lo que más amo en este mundo es el arte en general y la pintura en concreto. De hecho, de nuestro local cuelgan algunas de mis obras. Esas que creo desde la soledad de un pequeño estudio que alquilé en cuanto pude, y que se encuentra en la azotea del mismo edificio en el que vivimos. Yo comparto piso con Nina, mi mejor amiga. Una economista loca por los números y que gana mucho dinero trabajando para una empresa que compra y vende terrenos en el extranjero. Mat es nuestro vecino, o debería decir que es nuestro amigo y el responsable de que nos convirtiéramos en vecinos. Yo buscaba un lugar en el que vivir cuando decidí alejarme de mi familia y Nina se quedaba sin compañera de piso; así que Mat nos buscó alojamiento. Exactamente el apartamento que colinda con el suyo. Por ello, somos vecinos porque somos amigos. Él vive solo. Dice que pasa de tíos guarros, o de tías que estén todo el día quejándose de que él lo sea. Es mentira. Vive solo porque no cambiaría por nada el poder caminar desnudo por la casa. Cree que no lo sabemos, pero lo hemos visto por la ventana millones de veces. ¿Qué piensa? ¿Que los cristales no son transparentes? Tiene el culo blanco, por cierto. En esa zona no le da el sol desde que lo parió su madre.

—Alex. —Mat irrumpe en el almacén y levanto la cabeza—. Necesito tu ayuda. Estamos a tope. —Coge una caja de zumos y desaparece tan rápido como ha llegado.

Salgo y me pongo a su lado.

—Deja ya de estar enfadado. Pareces un niño —le pido, mientras recojo los vasos y tazas de la barra y la limpio con una bayeta. Él se gira para preparar algunos cafés que le han pedido y me

ignora. Pongo los ojos en blanco y me dirijo hacia una clienta—. ¿Lo mismo de siempre, señora Rivera?

—Sí, cariño. Y un muffin de zanahoria. Tienen muy buena pinta. —Lo señala, y me percato del movimiento constante de su mano por la enfermedad de Parkinson que padece—. Ya te he dicho que me llames Manuela. Me haces mayor con tantos formalismos. —Es un sol. Debe tener, al menos, ochenta años.

—Siéntese. Yo se lo llevo.

Hago el zumo de naranja, pongo en un platito cuatro galletitas de chocolate y nata y le sumo el muffin. Cojo la bandeja con una mano y camino hasta su mesa.

—Aquí tiene. Le he traído también un bombón de chocolate y plátano. Sé que son sus preferidos. —Lo deposito todo delante de ella.

—¿Y ese chico y tú? ¿Habéis decidido casaros ya? —Señala a Mat.

—Mat y yo solo somos amigos. —Sonrío.

—Amigos, amigos... Ahora no sabéis lo que es tener novio. Todos son amigos —comenta, con voz temblorosa.

—Tengo que seguir trabajando. Si necesita algo, no dude en decírmelo. —Le regalo una muñeca amable y ella hace lo mismo.

Vuelvo a la barra y veo a mi compañero de trabajo darle golpes a la máquina que prepara el café.

—¿Otra vez? —pregunto, con los labios convertidos en una fina línea y preocupada porque se estropea cada vez más a menudo.

—Siempre ocurre cuando más gente hay. —Sigue aporreando el aparato.

—Déjame a mí. Vas a terminar de cargártela.

—Ahora voy a tener yo la culpa de que esto sea un cacharro.

—No es un cacharro. Es *vintage*. Y a ti te gustaba cuando decidimos comprarlo.

¡Pum!

—¡Argg! —Se queja de dolor tras darle un porrazo con el puño.

—¿Te has hecho daño?

—No.

—Deja que lo vea.

—He dicho que estoy bien. Voy dentro a por botellas de agua.

Resoplo y me digo que ya se le pasará. Siempre se le pasa. No puede cuidar de mí en todo momento. Es imposible que lo haga, pero es que, además, no quiero.

Una hora más tarde, Natalia, nuestra camarera, una chica menuda de veinte años, termina de recoger las mesas y me pregunta si puede tomarse un pequeño descanso.

—Claro que sí.

—Estaré detrás si me necesitas.

Aprovecho que el local se ha quedado casi desierto para echarle un vistazo a la cafetera industrial e intentar arreglarla, no obstante, tras quince minutos sin conseguir que arranque, me pongo yo también a darle golpes, desesperada.

—¡Venga, no puedes hacernos esto! Nos lo debes. Te iban a tirar a un vertedero. Nosotros te recogimos y te cuidamos... —suplico a la máquina infernal.

—Disculpe, ¿necesita ayuda con eso? —Escucho a alguien detrás de mí.

—No. Ya casi está... —Tiro fuerte de la manivela y la llevo hasta el final. Si con esto no consigo arrancarla, tendremos que pensar en comprar otra—. ¡Sí! —grito al ver que la luz

enciende y comienza a hacer su usual ruido.

—¿Qué desea? —Me giro y lo miro a los ojos, topándome con un hombre muy atractivo. Espera. Me suena. Me suena mucho.

¡Álvaro! ¡Es Álvaro! El tío con el que pasé la noche más mágica y rara de toda mi vida. Ese que desapareció por la mañana dejándome un mensaje todavía más raro. El mismo al que se lo tragó la tierra y debió cagarlo en algún punto del polo sur en el que se quedó a vivir hasta hoy.

—Podría... —Parece que no sabe muy bien lo que quiere decir. ¿Me ha reconocido? ¡Tal vez me ha reconocido!—. He quedado aquí con una persona y no sé si ha llegado.

No. No lo ha hecho.

«Y te molesta».

Un poco.

«Mucho».

Vale, mucho.

—¿Cómo se llama? —Doy un paso hacia él, y lo escudriño.

Será cabrón. Ni siquiera parpadea. Yo no he podido olvidarlo en estos dos años y él me olvidó aquella mañana.

«¿Qué esperabas? ¿Vino y rosas?».

No me gustan las rosas.

«Eso es mentira».

Pongo los ojos en blanco, imaginariamente hablando.

La barra nos separa, que si no, le rompía la nariz.

«Di no a la violencia».

—Joel... —Lo piensa. Vale, parece que el hombre atractivo tiene mala memoria—. Joel San Cristóbal.

Puff. Me dan ganas de cogerle la cabeza y estampársela contra la madera. Me lo imagino sangrando por la nariz que le acabo de romper (en mi retorcida mente). Pero no lo hago, miro hacia ambos lados y busco a Joel, sin encontrarlo.

—No lo veo. Puede sentarse mientras lo espera. —Fuerzo una sonrisa amable, y le señalo nuestras mesas, cuando en realidad lo único que me apetece es darle una patada en el culo y echarlo fuera del local.

—Alexa, cariño, ¿puedes cobrarme? Tengo mucha prisa. —Me pide la señora Rivera (que, por cierto, lleva aquí más de dos horas y ahora le entra la prisa). Vale, admito que estoy de mala leche. Qué digo de mala leche. Estoy que echo espumarajos por la boca.

—Claro, Manuela. —La llamo por su nombre de pila, y me tranquilizo.

La despido con un cariñoso «hasta mañana» y voy a esconderme a la parte de atrás. Mentiría si digo que no pataleo con rabia sobre el suelo y maldigo a Álvaro entre dientes. No se acuerda de mí. ¡No se acuerda de mí!

—¿Estás bien? —Natalia entra por la puerta trasera, aún envuelta por el humo del cigarrillo que se acaba de fumar.

—Sí... Sí. Muy bien.

—Pareces... ofuscada.

Estoy cabreada, coño.

—¿Dónde está Mat?

Señala tras ella y pasa por mi lado hasta adentrarse en el salón.

Salgo a la calle y veo a Mateo con la espalda apoyada en la pared y una pierna flexionada. No

me apetece en absoluto hablar sobre el temita de marras con él ahora, pero tengo que dejarle claro que me acuesto con quien me place cuando me place y que él no es nadie para opinar al respecto. Traigo a mi casa a quien me da la gana. Y ya de paso me olvido de que el hombre en el que llevo pensando más de dos años está en el salón sin tomar nada (porque no le he cogido nota. Que le den. Lo tiene merecido) y sin recordarme.

—No es buen momento —asegura sin mirarme. Me ha olido. Siempre lo hace.

—Ni que lo digas —farfullo, pero me arengo y voy hasta él—. Para ti nunca es buen momento, Mateo. Estoy harta de tus niñerías.

—Acostarte con ese tío sí que es una niñería.

—Folla de muerte.

Me clava la mirada y aprieta la mandíbula.

No dice nada.

Le da una calada al cigarro, lo tira, se incorpora, me rodea y desaparece dentro.

Puf. No se puede hablar con él. Es como un hermano mayor pesado. No me deja vivir.

Vuelvo al trabajo y compruebo si algún cliente necesita algo. Mi mirada toma vida propia (la jodida) y se escapa hacia el hombre atractivo y de pelo bonito sentando junto a la ventana. Alto, atractivo, bien vestido, labios carnosos... Tal y como lo recordaba, pero menos borracho. Aquella noche casi no podía mantenerse en pie.

Parpadeo varias veces para espabilar y dejar de farfullar cosas como «ojalá tenga una enfermedad tipo la lepra en la punta de la polla», y voy hasta él, paseando la sonrisa ficticia que aprendí a utilizar cuando mi padre me presentaba a sus socios y a mí no me hacía ninguna gracia esos hombres.

—¿Desea tomar algo mientras espera? —Me soplo el flequillo, alejándolo de mis ojos, y lo miro.

Durante un segundo no habla. Y yo aprovecho para tomar en consideración la idea de echarle cicuta.

—Una copa de vino, por favor.

—¿Tinto o blanco? —imbécil.

—Tinto.

—¿Mauro o Barahonda? —gilipollas.

La profundidad de sus ojos oscuros y la belleza de sus facciones vuelve a impactarme como aquella noche, pero con más fuerza. Ayuda que el sol le da una luz especial y que no bebe sin parar como aquel día. ¿Qué tendrá con Joel? ¿Será bisexual y están liados?

—Mauro, gracias.

Camino de vuelta y siento sus ojos sobre mi espalda.

«No me mires tanto y recuérdame más, jolines».

—¿Quién es ese? —me pregunta Mat, a la vez que carga uno de los frigoríficos de botellines de refrescos.

Parece que él tampoco lo recuerda. Aquella noche íbamos todos hasta arriba de alcohol. Ya se me podía haber olvidado a mí.

—Está esperando a Joel.

—No me gusta cómo te mira.

—Si por ti fuera, no me miraría nadie. —Abro la botella y sirvo el vino—. Además, es gay —suelto sin más. No es gay. Lo sé de primera mano.

—Ese tío no es gay.

—¿Cómo lo sabes?

No me contesta y va a explicarle a Natalia las ofertas para la merienda. Abro la vitrina de los dulces y, sin acostumbrarme al olor, el aroma a crema, nata, azúcar horneado y a pan recién hecho, me cambia la forma de ver lo que está pasando. Me encanta. Pero es mentira. Sigo con la misma mala baba.

—Hola, reina del azúcar. ¿Qué tal? —Levanto la cabeza y me encuentro con Joel.

—Hola, rey. Tú cita te está esperando. —La señalo, y espero que no note mi cinismo.

—No es lo que piensas. —Lo mira con lascivia.

—Nunca lo es. ¿Lo de siempre?

—Ponme un vino blanco afrutado. Tengo antojo.

—De acuerdo. Ahora te lo llevo.

Le encargo a Natalia este cometido y yo decido entrar otra vez en el almacén y comprobar que el pedido ha llegado correcto. Necesito un cambio de aires. Si sigo mirándolo así, lo atravieso con la mirada y lo mato. Una media hora más tarde salgo a la barra, y Joel y Álvaro hablan a un metro de mí. Los escucho charlar sobre un próximo encuentro.

—Reina, cóbrate —me pide Joel.

—No, por favor. Invito yo —interrumpe el imbécil de mente corta, dejando un billete de cincuenta euros sobre la madera clara.

Lo cojo y lo cambio.

—¿Cómo está Nerea? —consulto a Joel por su socia, hace tiempo que no pasa por aquí.

—Perfectamente. Ya sabes... Viajando por todo el mundo con el roquero cañón. —Hace un gesto muy característico suyo con la mano—. Vuelve en unas semanas.

—Dile que la echo de menos.

—Lo haré, diosa pelirroja. —Me coge la mano y la besa—. Hasta pronto.

Va hasta Álvaro, que observa con detenimiento una de mis obras que cuelga sobre estas paredes, y salen del local.

Me dan ganas de ir tras ellos y gritarle a ese tío que si le han hecho una lobotomía. Hasta dudo de que sea el mismo, pero sí, es él. Está claro. Llevo con su rostro grabado en mi mente desde entonces. Me agarro a la barra con fuerza, refunfuño y me lamento.

—Si sigues apretando, la rompes —dice Natalia.

—¿Qué?

Señala la barra con los ojos.

La suelto y murmuro alguna palabrota.

—Hoy estás muy rara.

La tarde la paso haciendo tartaletas, magdalenas, muffins y gofres. Intento olvidar a ese tío, pero no lo consigo. Aquella noche sigue rondándome la mente y rozándome el corazón. La recordaba como algo especial, mágico; tal y como lo recordaba a él. Sin embargo... Hoy ha destrozado su recuerdo. Lo tenía idealizado. Lo guardaba como un hombre sincero, educado, alguien que me abrió su corazón y supo escuchar el mío. Pero no. Es otro imbécil más que al día siguiente no quiere ni escuchar hablar de la mujer con la que ha pasado la noche.

«No os acostasteis».

Cállate.

Llego a nuestro piso pasadas las nueve de la tarde. Le doy de comer a mi hámster, Sopla, regalo de Mat, y me tiro en el sofá como si hubiera estado trabajando catorce horas. No, espera. He estado trabajando catorce horas exactas. Me siento desbordada.

—He encargado sopa de marisco. —Nina sale de la cocina, aún con la ropa oscura de ejecutiva puesta, que contrasta con el color amarillo de las paredes de nuestra cocina.

—Soy alérgica al marisco.

—Eso son tonterías. Una vez te tiré una gamba y no hizo reacción.

—Estuve dos días con el cuello lleno de sarpullidos. ¿Por qué quieres asesinarme a base de langostinos?

—Porque eres más guapa que yo y no lo soporto.

Sonrío.

—¿Qué tal el día?

—Trágico. A mi jefa se le ha roto una uña.

—¿En serio? ¿No la has grabado?

Saca el móvil de su bolso, lo toquetea y me lo da. En la pantalla se reproduce un vídeo de May llorando y gritando que llamen a su estilista para que le arregle el destrozo.

Nos reímos a carcajadas mientras lo vemos.

—Espera que hay más. Mira. He ganado la apuesta. Te dije que Omar se ponía maquillaje.

Observo otra reproducción. Esta vez grabada desde uno de los cubículos de los inodoros. Omar, su compañero, al que conocí en una de nuestras salidas, se está maquillando la cara.

—¡Hasta se echa polvos! —Me tapo la boca con la mano.

—Me debes diez euros.

—Un día de estos te van a pillar y te van a echar.

—Tengo a diez empresas esperando a que acepte sus ofertas. ¿Crees que me preocupa?

Cenamos crema de calabaza y manzanas caramelizadas escuchando un poco de música. Hoy le toca elegir a ella y opta por su grupo favorito. Jonas Brothers. Ahora mismo suena *Sucker*.

—Una economista con pinta de guiri a la que le gustan los Jonas Brothers. Jamás lograré entenderte.

—La culpa es de mi hermana. Los escuchaba sin cesar y al final terminaron gustándome. Y lo del pelo rubio y la piel blanca es por mi madre. —Habla con la boca llena de comida.

—Comiendo no se habla.

—Tú has preguntado. —Me apunta con el tenedor—. ¿Qué tal el día? Estás más callada de lo normal.

—He tenido un día raro.

—¿Has hablado con tu familia?

Sabe que hablar con ellos me desestabiliza.

—No... Solo estoy cansada.

No tengo ganas de hablar de Álvaro y del hecho de que no me ha reconocido. La charla se alargará hasta las tantas y tengo ganas de subir y olvidarlo entre mis acuarelas.

Cuando terminamos de cenar me obliga a recoger la mesa y fregar.

—Te toca a ti. Yo me he hecho cargo de la cena.

—Pero no has cocinado. Esto no cuenta.

—Hemos comido gracias a mí. A mí me parece que sí.

Nina me propone ver una película, pero no me apetece morirme de miedo esta madrugada con sus propuestas de terror, así que le informo de que subiré a pintar un rato. Quiero darle luz al proyecto que tengo entre manos.

—¿No estabas cansada?

—Necesito desconectar.

—Vale, pero no te acuestes muy tarde. Después Mat me da la lata a mí. Por cierto, ¿dónde está?

—Se quedó a cerrar y a revisar facturas. Gracias por la cena. —Le doy un beso en la mejilla.

Subo en el ascensor hasta la terraza y la cruzo hasta llegar al apartamento (por llamarlo de alguna manera) en el que trabajo casi todas las noches. No es muy grande y casi todos los huecos lo ocupan cientos de lienzos, algunos blancos, otros ya terminados, otros a medias. Las paredes, de un tono lila claro, casi no se ven, y del techo cuelgan un montón de luces de colores dentro de bolas chinas de papel. Al fondo, delante de una gran ventana, un par de caballetes y una mesa repleta de pinceles y diferentes latitas de pintura. A su derecha, un frigorífico rosa muy pequeño y la cama donde suelo pasar las noches en las que caigo rendida.

Me detengo frente al lienzo a medio dibujar y respiro con tranquilidad. Con tan solo estar aquí siento paz, pero además, el olor a óleo e imaginar cómo va a terminar la obra me inundan de alegría.

Paso casi toda la madrugada trabajando, sumida en la concentración más exquisita. Me despiertan las voces del señor y la señora Green, una pareja inglesa que se mudó aquí siguiendo el destino de sus hijos, y que han convertido la terraza en un precioso jardín. He soñado, no recuerdo muy bien el qué, pero mis labios guardan el sabor dulzón de su boca.

SUS OJOS

ALEXA

Llego a la cafetería con unos vaqueros muy claros, una camiseta blanca con un corazón negro pintado en el pecho, unas Converse rojas y el pelo suelto, sin embargo, me lo recojo en una coleta en cuanto entro en el almacén y me pongo el delantal. Lo llevo un poco revuelto tras darme una ducha y dejar que se seque con el viento de camino hasta aquí, pero tengo un cabello muy agradecido que siempre queda bonito, o, al menos, a mí me gusta.

—Buenos días, Alexa —me saluda Natalia, que entra por la puerta trasera, envuelta en el humo del cigarrillo que se acaba de fumar, una situación que se repite todos los días.

—Buenos días. ¿Dónde está Mat? —Abro una botella de agua y le doy un trago.

—Debería estar en la sala. Me ha dado cinco minutos libres.

—No lo he visto. —La dejo allí cargando unos zumos en una caja y salgo a la sala.

Veo a Mateo casi tirado en el suelo dentro de la barra.

—¿Qué haces?

Lo escucho farfullar, se remueve y se incorpora. Tiene la cara manchada de negro.

Sonrío de oreja a oreja.

—Se ha roto el lavavajillas, no te rías tanto. —Me señala con una herramienta cuyo nombre desconozco.

—¿Otra vez? Ayer la cafetera, hoy el lavavajillas. Mañana será el horno. Necesitamos hacer algunos cambios.

—No tenemos dinero.

—Pues pedimos un préstamo. Algo tenemos que hacer. No podemos dar un servicio de calidad así.

—Un préstamo que hay que devolver después. —Levanta las cejas.

—Es un préstamo. Está claro.

—Ya hablaremos de eso.

—Eso llevas diciéndome meses.

—Voy a lavarme. —Desaparece tras la puerta del baño, y resoplo.

¿Tiene que salir ardiendo el local para que renovemos las máquinas? Algunas veces no lo entiendo. Él es el alma empresaria. Yo solo soy alguien a la que le apasiona la repostería y que necesitaba un trabajo para poder comer, pero que en realidad desea pintar. Mat debería ser el que viera con claridad que Magdalenas de Colores necesita una renovación, o vamos a perder todo lo invertido hasta ahora.

—Alexa, tu teléfono está sonando. —Me avisa Natalia.

Me toco el bolsillo del delantal y, al no encontrarlo, recuerdo que hoy no lo he sacado del bolso y que lo he dejado dentro.

Lo saco, miro la pantalla y frunzo el ceño.

¿Qué querrá esta ahora? Podría pasar y no cogerlo.

«Es tu hermana».

Ya, pero no me gusta.

Descuelgo y me lo llevo a la oreja.

—Dime, Ágata. Estoy muy ocupada.

—Supongo que tendrás un segundo para tu hermana.

Puff. Sí, pero no.

—La cafetería está a tope. Dime para qué has llamado —insisto, en un tono no muy amigable.

—Podrías ser más amable conmigo.

—Ágata... —hablo amenazante.

No le reprocho nada de lo que ha pasado, pero a veces no puedo contenerme.

—Está bien, está bien. Para principios de año celebro una cena en la casa nueva y me gustaría que estuvieras.

—Ya te he dicho que no puedo. ¿Para eso me llamas a estas horas? Tengo mucho trabajo.

—Alexa, no puedes faltar. Eres mi hermana. Quiero que estés allí. ¡Tienes que estar! —ordena.

A mi hermana no le enseñaron que el mundo no está postrado a sus pies. Ella cree que los demás somos marionetas que puede mover a su antojo e intenta hacer y deshacer como le da la gana.

—No puedo.

—¡Sí puedes! ¡Pero no quieres!

—Llevas razón. No quiero —digo con tranquilidad.

—Eres... Eres... —Puedo verla apretando los puños y la mandíbula.

—Soy sincera.

—¿Por qué eres así? ¿Por qué no eres normal? ¿Por qué no quieres venir?

—Me gusta no ser normal. Y creo que no hace falta aclarar por qué no me apetece estar allí.

—Deberías superarlo —replica.

Pobrecita. Cree que no quiero ir porque va a estar allí mi exnovio. Ahora sale con él.

—Lo tengo superado, Ágata. No me apetece ver a su familia. Ni a la mía —apunto. No le recuerdo que fui yo quien lo dejó.

—Eres injusta con todos nosotros.

—Tal vez. Pero las cosas son así. Adiós. Espero que todo salga bien —le deseo con sinceridad, y cuelgo.

La cafetería está repleta de clientes. En esto no he mentado, y este es el mantra que me repito mientras tomo nota de los pedidos de las mesas y se los paso a Mat.

Pasamos una mañana de locos. Natalia friega a la antigua usanza y todo el trabajo se retrasa. Aun así, conseguimos sacar adelante todos los desayunos sin que ninguna persona se queje. Y es de agradecer, ya que muchos de ellos vienen con el tiempo justo para tomar un café y volver a sus respectivos trabajos.

Recogemos la sala y la preparamos para los almuerzos con rapidez. No servimos comidas como tal. Solo bocadillos y algunas ensaladas, sin embargo, a nuestros clientes les gustan y vienen casi cada día una media de treinta personas. El negocio nos va bien y para que siga así tengo que convencer a Mat de hacer esas reformas tan necesarias.

—Voy a tomarme un descanso. Vuelvo en diez minutos —aviso a mi compañero.

Me quito el delantal y lo dejo sobre la mesa del ordenador que tenemos dentro de una pequeña

habitación que usamos como despacho. Tomo asiento en la silla y abro una lata de refresco.

Enciendo la pantalla del pc y reviso el correo de la cafetería y el mío personal. En el primero no encuentro ningún email importante. En el segundo, un mensaje llama mi atención. Es el abogado de mi padre, que me pide que me reúna con él el lunes por la mañana.

Comienzo a escribirle mi negativa a su proposición cuando Mat me interrumpe.

—Pelirroja. —Apoya la espalda en el vano de la puerta y se cruza de brazos.

—¿Qué ocurre? No han pasado los diez minutos.

—No vengo a interrumpir tu merecido descanso porque me haya despertado con ganas de darte la lata.

—Pura casualidad.

—¿Qué quieres decir?

—Está claro.

Niega.

Resoplo.

—¿Qué quieres? —pregunto, resignada.

—Alguien pregunta por ti.

—¿Quién?

—No sé. El hombre gay.

—¿Solo hay un hombre gay en la tierra?

—El que sale con Joan.

¿Álvaro? ¿Pregunta por mí? ¿Habrá tenido una visión divina y ha recordado aquella noche?

—Joan sale con Toni.

—¿Le digo que no estás?

No sería mala idea.

—¿Te ha preguntado por Alexa?

—No. Pero quiere hablar contigo.

—¿Cómo sabes que quiere hablar conmigo?

Arrugo el entrecejo. Él se encoge de hombros y me repite si le dice que no estoy.

—No. Ya voy.

—Como quieras. —Sale y me deja sola.

Borro lo que estaba escribiendo y contesto a Paulo, el abogado y amigo personal de mi padre, con un simple «Ok». Pulso enviar y me levanto.

Veo a Álvaro al final de la sala, mirando un par de cuadros de la casi docena que cuelgan de las paredes. Todos míos, pero en secreto. Casi nadie lo sabe. Firmo como X.A. Algunos más buenos que otros, he de reconocer. Desde el más sencillo hasta el más complicado pintados con trazos de mi alma y de mi corazón. Impregno tanto de mí en ellos que a veces hasta me avergüenza que la gente se fije en mis pinturas. Son como un escaparate de mi yo más profundo, que, por suerte, muy pocos advierten.

—Hola, ¿puedo ayudarle en algo? —Me posiciono a su lado, a un par de metros.

Tiene las manos en los bolsillos, en una postura relajada.

Ahora sí se gira y me clava la mirada oscura. Trago con dificultad ante tal alarde de sensualidad.

Por favor, qué atractivo es.

—Quisiera hablar con el creador de estas obras. Su compañero me ha dicho que hable con usted.

—¿Para qué lo necesita?

—Disculpe. No me he presentado. Mi nombre es Álvaro Llorens. —Lo sé, jodido—. Y promuevo el arte. Tengo varias galerías en España y Estados Unidos. —Me da una tarjeta y la miro sin leerla.

«Admite que no la lees porque su olor te tiene atontada».

Cierto.

—Me gustaría proponerle algo. ¿Puede ponerme en contacto con él?

—¿Por qué piensa que es un hombre? —Me molesta el hecho de que dé por sentado que es alguien del sexo masculino el que ha creado lo que tiene delante. Y no ve, apunto.

—En realidad pienso que es una mujer.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

Vuelve la vista hacia la obra que tiene más cerca, y que estaba observando cuando lo interrumpí, y se explica.

—Parecen trazos sencillos, pero esconden una profundidad que hacía mucho que no encontraba, tan complicada que es muy difícil leer todo lo que quiere contar. ¿Ve estos colores de aquí? —Señala en el centro—. Contrasta con la oscuridad del resto de una manera inusitada. El conjunto expresa desidia, propio del nihilismo de un momento concreto de una vida que ha perdido todo sentido, pero la luz abre el camino a experiencias nuevas, a la esperanza. El autor lo creó con el corazón y el alma destrozados, pero no pudo evitar plasmar cierta ilusión y optimismo. Creía que podía ser cuando no era nada.

Me quedo congelada. Ni siquiera parpadeo. ¿Ha dicho lo que creo que he oído? ¿O soy yo la que ha explicado exactamente lo que sentía al mover el pincel sobre este lienzo?

—¿Estoy equivocado? —Me mira.

—Eh... No.

Ojalá me reconociera a mí como ha reconocido un alma dolida y perdida.

—¿Conoce a la artista?

En un principio voy a decirle que sí, que soy yo, pero una idea descabellada cruza mi mente dislocada por el cabreo, y me nubla. Él no se acuerda de mí y yo pienso jugar un poco con él. Me lo merezco, ¿no?

«Tú misma».

—Sí.

—¿Podría concertarnos una cita?

¿Me está pidiendo una cita?

«Si ni siquiera sabe que eres tú».

—Sí, claro.

—¿Es usted su representante?

¿Cree que soy representante de algo o de alguien? De magdalenas rellenas. ¿No me ve la cara manchada de harina?

—Algo así.

—Y su nombres es...

Alexa, jolines, Alexa. Esa chica con la que pasaste una noche de confidencias y abrazos hace dos años.

—Alex, me llamo Alex.

—Está bien, Alex. ¿Puede decirle que la espero el viernes a las diez en esa dirección? —Apunta con un movimiento leve de cabeza la tarjeta.

—¿El viernes a las diez? No pued... No puede —rectifico a tiempo. ¡Iba a decir no puedo!—. ¿Tal vez a las doce?

—De acuerdo. Pueden llamarme si cambian de idea o hay algún problema.

Asiento con la cabeza. Imagina que soy un gato pintado en color oro y con detalles rojos de esos que mueven la mano y adornan los escaparates de las tiendas regentadas por chinos.

—¿Vendrá usted también? —me pregunta antes de irse.

Arrugo el entrecejo, sorprendida.

—Me gustaría volver a verla —asegura, y desaparece.

Yo no quiero verte, Alvarito de los cojones.

—¿Qué quería ese tío? —Mat llega a mí, que aún ando clavada en el sitio, mirando la tarjeta.

—Quiere reunirse conmigo el viernes.

—¿Para qué?

—Le interesa mi trabajo.

—A ese le interesa meterse en tus bragas.

Levanto la mirada y se la clavo con reproche.

—¿Qué? —Alza el mentón.

—¿Cómo que qué? ¿Por qué eres tan imbécil? Es gay —miento.

—No es gay.

—¿Crees que no se ha podido fijar en mi obra? ¿Piensas que no soy buena? —le grito.

Por suerte, no hay clientes en el local.

—No he querido decir eso —recula.

—No sabe que soy yo —replico. Él achina los ojos, desorientado—. No le he dicho que soy yo la que los ha pintado —explico, y me voy, enfadada.

No nos hablamos en todo el día. Solo lo justo para sobrellevar el trabajo con normalidad. Intenta disculparse un par de veces, sin embargo, estoy muy enfadada y no le doy lugar a terminar la frase cuando la empieza. Me duele que no confíe en mí y en mi arte. Mat es mi mejor amigo y debería alegrarse cuando alguien se interesa por lo que creas desde tan adentro y con tanto amor y odio. Sí, odio. Muchos trazos están cargados de ese odio hacia mí misma y hacia mi familia.

Termino el día echando un buen polvo. Lo necesitaba. Llamo a JR (abreviatura de José Ramón) y le informo de que voy camino de su casa. Él me espera con la puerta abierta, una sonrisa pervertida y con el rabo colgando de las piernas.

Necesito olvidarme de Álvaro.

Necesito olvidarme de que él me olvidó.

ESOS LABIOS

ÁLVARO

Salgo de la cafetería impregnado de ese olor tan característico a dulce, a nata montada, a caramelo, a café, a azúcar quemada. Y me parecería estupendo si no fuera porque casi terminan con lo que realmente deseo oler: sus labios, su pelo, su piel.

Me detengo sobre el acerado, frente a la puerta de Magdalenas de Colores, justo debajo del cartel que anuncia el nombre con letras grandes y de colores pasteles, y agito la cabeza de lado a lado, tratando de deshacerme de ese sentimiento de curiosidad hacia ella que me cubre como una manta desde que la vi por primera vez y su melena cobriza impactó sobre mi pecho (metafóricamente hablando, claro). El golpe fue tal, que hacía mucho, muchísimo tiempo que no me quedaba sin respiración al conocer a una persona. Esa chica desprende un magnetismo especial que me atrae hacia ella de una manera insólita. No sé por qué. Es como si la conociera.

Miro hacia dentro del local y la observo hablar con el que parece su jefe, ese tal Mat, ese tío que la mira como si fuera un tesoro, piedras preciosas. Tal vez estén juntos, quizás sean pareja. No entiendo muy bien por qué, esta idea me cabrea y me saca de mis casillas. No la conozco de nada y con probabilidad no la vuelva a ver, a no ser que me pase por esta cafetería. Podría hacerlo. Podría pasarme a desayunar de vez en cuando los días que paso en Madrid. Me gustaría que viniera el viernes a la reunión y hablar de nuevo con ella. Sería una buena oportunidad para pedirle una cita. Pero, ¿qué digo? Yo no pido citas. Yo me acuesto con mujeres y no las vuelvo a llamar. Eso es lo que he hecho siempre y lo que pienso seguir haciendo. Una pelirroja con la cara bonita y unas cuantas pecas en el rostro no me va a hacer cambiar de idea. Admito que algo me dice que es mucho más que eso. Más que una tez blanca y tersa, una melena rojiza que agarrar con fuerza mientras me chupa la polla con la lengua y la gulle en la boca...

Arrgg. Gruño. Pongo los brazos en jarra, suspiro y me coloco las gafas de sol delante de los ojos. Aún hace calor y me vendrá bien entrar en mi coche, encender el aire acondicionado y ponerlo a toda potencia.

Se acerca la hora del almuerzo y me gusta comer con mi hijo las semanas que pasa conmigo, pero debo pasarme por la galería para hablar con Berta antes de que se marche; así que llamo a Marina, mi asistente, y le pido que le dé de almorzar a Álvaro.

—Llegaré un poco más tarde.

—De acuerdo, Álvaro. No te preocupes.

Me costó que dejara de llamarme señor y de usted, pero lo conseguí hace un par de años.

—Dale un beso de mi parte.

—Puedes dárselo tú. Lo tengo aquí al lado.

—Pásamelo.

—Cariño, tú padre quiere decirte algo —escucho a Marina.

—Hola, papi. ¿Cuándo vas a *venid*?

—Muy pronto, pero tengo que hacer algo antes de volver y pasar toda la tarde contigo, ¿vale? Marina va a darte de comer. Promete que te lo comerás todo.

—Lo *prometo*.

—Te quiero.

—Yo también te *quedo*, papi.

Entro en D'Arte pasadas las dos de la tarde. Sigue abierto, así que supongo que Berta estará en su despacho y camino hasta allí. Saludo con un golpe de cabeza al miembro de la seguridad que veo desde lejos, en otra sala, y llego a la oficina que con anterioridad fue de Dani.

Veo a Berta y a Roberto besándose de una manera muy apasionada. Les veo la lengua, por Dios.

Carraspeo.

Ellos siguen comiéndose la boca de una manera muy sexual.

Vuelvo a carraspear.

Vale, parece que se dan cuenta.

Se separan. Berta se limpia los labios con los dedos y me mira, avergonzada. Roberto casi no se mueve y me observa desde la distancia. Supongo que sigo sin caerle muy bien. Me tolera, pero eso es todo.

—¿Interrumpo?

—No. Roberto ya se iba. Estábamos...

Levanto la mano, indicando que no hace falta que se explique. He visto lo que hacían.

—Cariño, espérame en el restaurante. En media hora estaré allí.

—De acuerdo. —Le da un corto beso, y pasa a un metro de mí, saludándome con un levantamiento de cejas bastante poco amigable.

—Lo siento. —Berta se disculpa.

—¿Por qué?

—Por la escenita.

—¿Por la escena porno? No te preocupes. Estoy acostumbrado.

—¿Sueles ver pelis guarras?

—De vez en cuando. —Sonrío.

—¿Para qué me has pedido que me quedara?

—Necesito que anules todas mis citas del viernes por la mañana.

—No soy tu secretaria. —Se cruza de brazos.

—Trabajas para mí. Si no quieres hacer lo que te pido, te firmo el despido y te lo llevas a la cola del paro. —Sigo sin perder la sonrisa.

—Soy la directora de la galería, no tu agenda personal.

—Anda, vete ya. Tu maridito te espera.

—Aún no es mi marido. —Coge el bolso y se lo cuelga.

Se detiene a mi lado y me da un beso en la mejilla.

—¿Qué haces el viernes?

—He quedado con una artista.

—¿La conozco?

—Lo dudo. No sé quién es. Solo he visto su obra. Y es... especial.

—Vaya... Ha debido impresionarte mucho para dar una oportunidad a alguien nuevo con la de artistas que tenemos para exponer en la nueva galería y en el aniversario.

Asiento con la cabeza.

—Se merece una oportunidad.

—Confío en tu criterio. Aunque eso me cargue más de trabajo y no tenga tiempo para mi vida personal. Roberto te va a odiar.

—Eso es imposible. Ya me odia.

—Estás en lo cierto. —Levanta una ceja—. Me voy. Llego muy tarde por tu culpa y eso no va a ayudar a que vuestra relación mejore. Quiero que vengas a mi boda.

—Aún estás a tiempo de replanteártelo.

—Lo que voy a replantearme es seguir trabajando para un tirano como tú. En la cola del paro, ¿tendrán aire acondicionado?

—¿Quieres comprobarlo mañana?

—Me voy.

—Me llamas tirano y te largas.

—Así somos las mujeres. Unas malvadas.

Llego a casa justo a tiempo para dar la fruta a Álvaro. Manchitas viene hasta el vestíbulo a recibirme y se tumba boca arriba para que le acaricie la panza. Ronronea cuando lo hago y mueve el rabo, feliz.

—Papiiiii. —Mi hijo llega corriendo hasta mí con una mancha marrón alrededor de la boca.

—Lo siento. Ha bajado de la silla en cuanto ha escuchado la puerta —Marina llega detrás y se disculpa.

—No te preocupes. —Le doy un beso a mi niño y lo cojo en brazos—. Alguien ha comido lentejas.

—Me he *terminado* todo, papi. Ha llamado mi mami. Me ha dicho que *vendá ponto*.

—Estoy seguro de que ya te echa muchísimo de menos.

El teléfono suena cuando comienza la película de dibujos animados que he puesto para verla juntos. Leo sobre la pantalla que se trata de Alejandro y descuelgo.

—Sí.

—Hola, tito —me saluda mi sobrina mayor al otro lado.

—Hola, Alma. ¿Tú padre sabe que tienes su teléfono?

Se lo piensa durante un puñado de segundos.

—No... —responde no muy segura—. No se lo digas. Se enfada mucho y gruñe durante todo el día. Mi madre dice que es muy gruñón. Ayer los vi discutir en la cocina y después se besaron con la lengua. Qué asco. Puaf.

Suelto una carcajada.

—¿Para qué llamas?

—Para invitar a Ito a la piscina.

—¿La piscina? Ya hace un poco de frío para eso.

—No, tito. Papi nos ha comprado una piscina porque la de este verano se rompió y la hemos puesto en la terraza de cristales. La que está cerrada. La estamos llenando de agua calentita. Solo unos centímetros. Papi no nos deja llenarla más. Dice que podemos ahogarnos. ¿Puede venir Ito?

—No lo sé, peque. Teníamos planeado ver una película.

—Venga, tito. Venga, tito. Venga, tito.

Río.

—Está bien. Pregúntaselo tú.

Le paso el teléfono a mi hijo.

Advierto cuándo le cuenta el plan para esta tarde a su primo porque este comienza a gritar y a

saltar de alegría. Abandonamos la peli. Aceptamos el plan de piscina con un centímetro de agua calentita en terraza acristalada.

Coral nos abre la puerta con una sonrisa en los labios, y el niño se le echa encima. La quiere muchísimo. La asistenta de Alejandro y Daniel lo trata como si fuera su nieto, igual que a las niñas.

Lía y Alma llegan corriendo y le abrazan. Tengo que cogerlo para que no lo tiren al suelo. Rien y hablan tan rápido y de tantas cosas a la vez que no logro enterarme de nada. Pregunto a Coral por mi hermano y por Dani.

—Daniel aún no ha llegado. Su hermano está en la terraza.

Voy hasta allí detrás de los niños y veo a Alejandro sentado en una silla, delante de la mesa y frente a la piscina de plástico en forma de sandía. Habla por teléfono con alguien.

Los rayos de sol que han incidido durante todo el día sobre los cristales han subido muchos grados la temperatura aquí dentro.

—Deja la documentación sobre mi mesa. Ahora no puedo. He dicho que es imposible. Dile que tengo cosas más importantes que hacer. —Silencio—. Me da igual lo que diga Marcus. No puedo reunirme con él ahora. —Silencio—. Exactamente. —Cuelga, levanta la mirada en mi dirección y tuerce la boca hasta convertirla en casi una sonrisa.

—¿Qué es eso que tienes que hacer ahora para no reunirte con Marcus?

Me observa con semblante serio y calla.

—Supongo que vigilar a tus niñas y tratar de que no se ahoguen en dos centímetros de agua. — Sonríe.

—Solo se necesita un centímetro para que eso ocurra.

—Ya. Hay noticias de niños que se ahogan en un centímetro de agua todos los días —digo sarcástico.

—Solo me preocupo por mis hijas.

—¿Y por eso has cambiado tu despacho en la Torre de Cristal por una terraza llena de juguetes y una piscina en forma de sandía? Si me lo hubieran contado hace unos años, no me lo hubiera creído.

—Te esperaba para la cena. —Cambia de tema, y le pide a Coral que nos traiga unas cervezas.

—Tu hija nos ha invitado. Me ha llamado desde tu teléfono móvil. —Levanto una ceja y tuerzo la boca en una sonrisilla curiosa.

Refunfuña y se masajea la sien.

—Alma... —murmura, y se revuelve el cabello.

—Puedes dirigir un imperio, pero no puedes controlar a tu niña de siete años.

—Va a volverme loco —asegura, mirándola con devoción mientras ella juega con Lía y Álvaro dentro de la piscina.

Mis sobrinas llevan las dos el mismo bañador color mostaza con cerezas rojas y rabbitos verdes. Me imagino a Alejandro comprando ropa para las niñas y me parece mentira que este hombre que tengo delante haya cambiado tanto.

—¿Aún está Dani trabajando? ¿Te has convertido en la mujercita de la casa?

—No me toques los cojones —habla con seriedad.

Tomamos asiento y nos bebemos las cervezas que ha traído Coral.

Pasamos la siguiente media hora tratando de que los niños no se peleen entre ellos y que haya paz. Cosa difícil cuando son tan diferentes entre sí. Lía y Álvaro son más parecidos, siempre sonrían, guasean y se lo toman todo a broma; pero Alma es un clon de su padre, física y

personalmente hablando. Más cauta, seria, menos bromista. Es un Alejandro en pequeñito y en femenino. Cada día me recuerda más a él. Será una gran empresaria si es lo que desea ser. Estoy seguro.

El teléfono móvil me suena mientras estamos en la cocina dándoles de merendar.

—¿Puedes con todos? —le pregunto a Alejandro—. Tengo que atender esta llamada.

—Por supuesto que sí —asegura, cogiendo a Lía de la cintura y a Álvaro de una mano para que no se escapen cada uno por un lado.

Entro en el despacho de mi hermano y cierro la puerta.

—¡Por fin consigo dar contigo! —grita Jean en francés al otro lado de la línea.

—No suelo esconderme. Ya no.

—Te he llamado como unas cuatro veces.

—Has debido hacerlo al número antiguo.

Tarda en responder.

—Puede... No lo sé. No he cambiado tu número del móvil.

—Habrá sido Isabelle.

Tarda unos segundos en responder y sigue:

—¿Estás muy ocupado?

—He dejado a Alejandro en la cocina peleando con sus dos hijas y mi hijo. Sí, estoy ocupado.

Lo escucho sonreír.

—Me refiero a la próxima semana.

—No es de las malas. ¿Por qué?

—Necesito que me ayudes.

—No pienso convencer a ninguna mujer para que se acueste contigo. Ya eres mayorcito.

—Muy gracioso. No me refiero a eso. Necesito tu ayuda para un encargo. La pista se pierde en Madrid.

—Ya no me dedico a eso.

—Lo sé. No acudiría a ti si no fuera importante.

—No, Jean. Estoy seguro de que puedes arreglártelas sin mí.

—No me entiendes, Álvaro. Tú eres el único que puede hacer esto.

SOY YO

ALEXA

El viernes me despierto muy nerviosa. Tras dos días de disculpas y una larga conversación con Mat en la que me aseguró que cree en mí y en mi talento y que lo único que le ocurre es que se preocupa por mí, lo perdono y le doy un abrazo de esos que tanto necesito de él. Soy una persona muy cariñosa, y no ver a mi peculiar familia a menudo me hace echar de menos las muestras de afecto. La decisión de no ver a mis padres es mía. No viven lejos, no han muerto y no me han repudiado aunque yo en algunas ocasiones me haya sentido así. Soy la oveja negra de la familia en cierta forma y no me lo perdonan. No olvidan la decisión que tomé cuando me fui de casa a vivir como quería y sin su dinero. Sentí la necesidad de demostrarme a mí misma que podía cuidarme sola y es lo que hice.

Me pongo un mono semilargo, por encima de los tobillos, con botones y superposición de la tela en el pecho en triángulo de color blanco; unas sandalias de tacón cuadrado con plataforma en negro y atada a los tobillos, bolso rojo y pelo recogido en un moño bajo. Un estilo muy formal que a mi madre le encantaría, pero que yo detesto.

«La ocasión lo requiere, reina pelirroja».

Mi subconsciente cita a Joan.

Me miro en el espejo, me doy el visto bueno y saco la tarjeta del bolso para comprobar la dirección a la que tengo que dirigirme. Vuelvo a guardarla y salgo del piso.

Le envío un mensaje a Mat agradeciéndole que se encargue de la cafetería solo y le pido que me desee suerte.

«No la vas a necesitar, pero mucha suerte, Alex. Un beso».

Pago al taxista y me refriego las palmas de las manos en la tela que queda sobre mis muslos. Mierda, voy a destrozar el mono. Lo miro y compruebo que no se ha manchado con el sudor de mis manos. Todo bien. Ningún destrozo. No sirvo para llevar ropa tan elegante.

Entro en la galería con paso decidido.

«Mentira. Vas cagada», me corta mi subconsciente.

Vale, lo admito. Me dan miedo muchas cosas. Entre ellas, enfrentarme de nuevo a él y al hecho de que no me reconoce, así como que el señor Llorens (pronunciar con ironía) se lo haya pensado mejor y no desee mantener esta reunión conmigo. Pero me hubiera llamado y avisado, ¿no? Puede que le cabré que no fuera del todo sincera hace un par de días, cuando se presentó en la cafetería y preguntó por mi trabajo, pero no me importa. Él no me recuerda. Se lo merece.

—Disculpe, ¿puedo ayudarle? —Un hombre con uniforme negro se acerca a mí. Lleva un arma en su cintura. No me asusta, estoy acostumbrada a que la seguridad privada de mi padre vaya armada hasta los dientes.

—Sí. Tengo una cita con el señor Llorens. Álvaro Llorens.

—Espere aquí —me ordena, con voz ruda.

Desaparece por una sala y se adentra en un pasillo.

«Has dicho cita. Cita».

Es solo un formalismo.

«No tienes una cita. Tienes una reunión».

Ignoro a mi yo más malévolos y me deleito con todo el arte que cuelga de estas paredes. Camino hasta detenerme delante de un cuadro abstracto que me transmite mucha tristeza.

—Buenos días. —La voz de una mujer me distrae. Miro hacia ella y me encuentro con una chica de unos treinta años y altura media que me saluda con una sonrisa prudente—. Soy Berta. Directora de la galería. —Me ofrece la mano y se la estrecho.

—Alex Santana. —Decido utilizar el apellido de mi madre.

—Encantada. Es un placer tenerla en nuestra casa. El señor Llorens aún no ha llegado, pero puede esperarlo en mi despacho. No debe tardar.

—Quizás llego demasiado temprano... —me excuso.

—No se preocupe. ¿Desea tomar algo mientras le espera? Estaba a punto de hacerme un café.

—Si no es molestia, estaría encantada.

Camino tras ella.

—No, no. Por supuesto. Pase. —Me indica junto a la puerta—. Tengo una cafetera justo aquí. Obligué a Álvaro a comprarla o buscaría otro trabajo.

Parece que tiene una muy buena relación con el dueño de todo esto. Ha dejado de llamarlo señor Llorens. Ahora es Álvaro.

—¿Con leche?

—Sí, gracias.

Sirve dos tazas y me ofrece una. Me la llevo a la boca cuando alguien entra en la habitación y me interrumpe. Su voz casi logra que me lo tire encima. Y el mono es blanco, ojo.

—Mierda —mascullo.

Espero que no me hayan escuchado. No quiero que crean que tratan con un camionero. Al final Mat lleva razón y la sangre de dos camioneros corren por las venas de Nina y la que suscribe.

—Ya estás aquí. —Berta se acerca a él y le susurra—. No me dijiste que era tan guapa.

Él me mira con el ceño fruncido.

Lo saludo con un hola casi inaudible y con un leve alzamiento de cejas.

Dejo el café sobre la mesa y me obligo a poner la espalda recta. Tengo que parecer sofisticada, educada y responsable. Lo cierto es que así me educaron. Estudié en colegios que costaban más que coches de lujo.

—Os dejo solos. Encantada de conocerle, señora Santana.

—Señorita —rectifico, solo Dios sabe por qué.

Berta sale del despacho y nos deja solos.

—¿Viene sola?

—Sí.

—No lo entiendo.

—Verá... —intento explicarme, pero me corta.

—Acompañeme.

Se gira, lo sigo con rapidez y entro detrás de él en un despacho un poco más grande. Cierra la puerta y va hasta posicionarse tras la mesa.

—Entiendo que la artista no ha aceptado mi propuesta. Muy curioso si tenemos en cuenta que

aún no he hecho ninguna.

—Lo cierto es que...

—Es que envía a una camarera para darme una negativa.

¿Lo ha dicho en tono despectivo? Me dan ganas de decirle que lo repita para estudiarlo bien, sin embargo, le contesto de otra manera.

—¿Es usted siempre tan gilipollas? —Está bien. No le digo esto. Solo lo pienso, pero no me faltan ganas. Será imbécil.

—Me envía para negociar. Soy muy buena negociando.

—¿Y qué es lo que quiere?

—¿Qué está dispuesto a darle?

Sonríe. Y tiene una sonrisa muy sexi.

—Está bien. Siéntese. Vamos a hacer las cosas bien.

Tomo asiento en una silla blanca y trato de aplacar mis nervios. Debería aclararle quién soy y dejar de rodar la pelota y hacerla más grande. Al final me explota en la cara y me saca un ojo. No sería la primera vez.

—Me impresionó alguna de las obras que tiene expuestas en la cafetería en la que trabaja.

—Es mía. Mía y de Mat —aclaro.

Levanta una ceja.

—La cafetería —especifico—. No trabajo allí. Bueno, sí trabajo, pero es nuestra. Mía y de Mat.

Se toca el cabello y sonríe.

Yo suelto un suspiro y alabo en silencio su descomunal atractivo.

—No entiendo por qué la artista, de la que solo sé que firma como X.A, no ha venido a esta reunión.

—Estaba ocupada. Pero confía en mí.

—Ya lo veo... —Me clava la mirada y me pierdo. Parece que él también se pierde. No sé. Imaginaciones mías, lo más probable—. Bien. —Se recompone—. Me gustaría ver más obras de ella para poder hacerle una oferta en firme. Catalogarlas y negociar cuáles se expondrían en el aniversario de la galería. ¿Cuándo podría verlas?

¿Quiere ver mis obras? Para eso tengo que llevarlo a mi estudio, y no estoy segura de querer tenerlo allí. Es un espacio íntimo y personal. Ni a Mat ni a Nina los dejo pasar mucho rato allí, solo han subido un par de veces. Ese lugar es mi santuario, mi isla, un planeta aislado de la contaminación, el ruido y las malas vibraciones.

—Tendría que hablarlo con ella —alego.

Esto me dejará un margen de tiempo para pensarlo bien.

—No tenemos demasiado tiempo. La inauguración es dentro de dos meses. Necesito una respuesta esta misma tarde.

—Ha dicho que se expondrían en el aniversario de la galería.

—Y así es. Aprovecharemos el aniversario de la galería para inaugurar la nueva. —Cambia el semblante a uno mucho más serio. ¿Le ha molestado la puntualización?

Se levanta y camina hasta la puerta, la abre y yo lo observo moverse con maestría.

Qué bueno está. ¿No me recuerda? ¿En serio?

«En serio».

Noooo. Lloriqueo. Lloriqueo mucho.

—Si no le importa, tengo otra reunión al otro lado de la ciudad en media hora —me informa,

con la mano sobre la hoja de la puerta.

—Por supuesto. —Voy hasta él y su olor me detiene una milésima de segundo.

Juraría que me ha mirado la boca cuando he pasado por su lado, pero es imposible, ¿no? ¿Por qué iba a fijarse en mí?

«Ya se fijó una vez».

Sí, que ni recuerda.

Esto se está convirtiendo en una obsesión. Una obsesión malsana. ¿Qué más da que se acuerde de mí o no?

«Claro que te da. Quieres tirártelo».

¿Quién ha dicho que quiera tirármelo?

«Soy tu subconsciente. No puedes ocultármelo».

Mierda.

Me detengo frente a una cafetería y el olor a dulce, a café y a azúcar me empuja a entrar a desayunar. Huele bonito. Huele como me gustaría que oliera mi casa, mi cocina, mi hogar.

Mientras tomo asiento en una de sus sillas blancas con cojines de manzana verdes me pregunto cómo olerá Álvaro desnudo, a qué olerá su piel sudorosa, su pelo, su alma.

Pido un café con leche y nata y dejo el teléfono sobre la mesa. Me acuerdo de todos los dioses malignos del firmamento griegos y romanos cuando el aparatito comienza a vibrar y a sonar y leo en la pantalla su nombre.

TELÉFONO. MI CASA

ALEXA

Miro la pantalla del teléfono con la nariz arrugada y el ceño fruncido. ¿De verdad quiero que me arruine la mañana y el día deje de oler a azúcar y a bonito? La respuesta es no, pero cuando insiste tanto y vuelve a llamar cuando ya se han agotado todos los tonos, lo más probable es que sea importante. ¿Lo cojo o no lo cojo? A punto estoy de ponerlo en silencio y guardarlo en el bolso, sin embargo, mi yo más responsable me obliga a descolgarlo y decir «hola, qué tal», aunque lo único que me apetezca responder sea «no me llames más».

—Alexa, por fin —habla Jade. El jodido Orito.

—¿Qué quieres?

—¿Qué tal si nos vemos?

Este ha esnifado coca.

—¿Para qué?

—Tu hermana quiere que te convenza para que vengas a cenar. Te ha llamado y no la has tratado muy bien.

—No creo que para eso tengamos que vernos.

—Pues dime que vendrás.

—Queda mucho para año nuevo.

—Pero vendrás.

—¿A ti que más te da?

—Aún piensa que siento algo por ti.

—Vaya tontería. —Me muerdo la lengua y no le digo que pienso que nunca me ha querido y que sé que estaban juntos desde antes de que decidiera dejarlo. No merece la pena. Total, a mí me liberó alejarme de él, de ellos.

—Entonces, ¿vendrás?

—No.

—¿Por qué eres así?

Quisiera explicarle que tengo genes que me convierten en mala persona, pero eso sería admitirme a mí misma, y en voz alta, que he hecho cosas por las que debería quemarme en el infierno; y no quiero.

—Adiós, Jade. No me llames.

—Pero... —Cuelgo y lo dejo hablando solo.

Monto un circo y me crecen los enanos. Tal vez debería dedicarme al espectáculo y hacer monólogos sobre la de veces y las mil formas en las que me putea mi familia a lo largo del día con estas llamadas.

Cambio de cafetería. Dejo atrás esta para entrar en la nuestra y ponerme a trabajar. Me dirijo al almacén y me pongo el delantal.

—¿Cómo ha ido todo? —me pregunta Mat, que sale de la oficina.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Quiere ver el resto de mis obras.

—¡Eso es estupendo!

Resoplo.

—¿Qué ocurre? —Deja la caja que lleva entre las manos, se acerca a mí y me acaricia el rostro.

—No sé... No sé si estoy preparada para esto.

—¿Para qué? —Achina los ojos.

—Para que la gente vea mi obra, para que vean lo que hago... —Para estar cerca de él.

—La gente ya la ve. Están aquí en la cafetería.

—Pero no es lo mismo. No saben que soy yo y no... No la critican.

—¿Eso es lo que te da miedo?

Asiento con la cabeza.

«Eso y otras cosas, como él. Él en particular y él en general».

—Es normal. Y no puedo decirte que le gustarás a todos porque no lo sé. Pero eres una gran artista y estoy seguro de que todo saldrá bien.

—¿Estás segura?

—Tanto como de que Natalia ha dejado el trabajo y necesitamos buscar a otro camarero.

—¿Qué? —Abro los ojos y doy un paso atrás—. ¿Por qué no me lo has dicho antes? Pero si acabo de verla fuera.

—Hoy es su último día. Me lo acaba de decir. La han llamado para aquella beca y se va a Londres mañana mismo.

—Mat, lo siento.

—No pasa nada —me corta.

—Sí pasa. Sé lo que sientes por ella.

—Es solo una amiga

—Mat... —Quiero decirle que no me mienta, pero veo cómo me mira y lo dejo pasar—. Está bien... —suspiro— ¿Y qué vamos a hacer?

—Acabo de colgar un anuncio.

—Espero que encontremos a alguien pronto.

—Seguro que sí. No te preocupes.

Pasamos el día trabajando sin descansar. Casi no me ha dado tiempo a hablar con Natalia de su marcha. Solo le he dicho que le deseo lo mejor y que me alegro por ella.

Veo a Mat mirándola con los párpados caídos y se me encoge el corazón. Siempre ha dicho que no está enamorado de ella y quizá sea cierto, pero no puede negar que le gusta y que para él es, o ha sido, algo más que una simple *follamiga*.

—¿Qué os parece si cerramos antes y nos vamos a cenar los tres? En plan despedida —propongo, cuando coincidimos durante un minutos detrás de la barra.

—¡Estupendo! —Natalia sonrío.

—Vale. —Suelta Mat, escueto.

Le echo una mirada de reproche y sigo limpiando mesas y recogiendo el salón.

Entramos en Alboroto Experience, un gastrobar muy cosmopolita con una ubicación muy

castiza, justo al lado de la Plaza de España. Mat, Nina y yo somos asiduos de este sitio por sus originales cócteles, las sesiones de DJ y los conciertos por las noches. Con una decoración original, paredes blancas, ventanas de cristal y metal, mesas de madera color abedul, mucha vegetación y un patio con mobiliario blanco. Natalia hace alusión en cuanto entramos a las decenas de calaveras que hay sobre estanterías.

—Pedid lo que queráis. Ahora vuelvo. —Mat desaparece en cuanto tomamos asiento.

—Seguro que va a llorar tu partida. —Río.

—Le voy a echar de menos. —Natalia arruga la nariz.

—Él también, pero no va a decírtelo porque es así de cabezota. Sé que cree que lo abandonas.

—No tenemos nada serio.

—Lo sé. No tienes que explicármelo, pero él es muy dramático. A veces se comporta como una dama del siglo quince.

Nos reímos.

—¿Qué les pongo, señoritas? —Un camarero, muy guapo y muy simpático, llega hasta nosotras.

—Eh... —Lo miro y lo miro. «Despierta, moza»—. Dos tartaletas de queso...

—Yo quiero una pizza vegana. Sin albahaca —sigue Natalia.

—¡Marchando! —Se va.

—¡Te ha gustado! —me grita mi amiga.

—No...

Frunce el ceño.

—Vale. Es muy guapo.

Charlamos un rato mientras Mat vuelve. Le dejo claro que a la cena invitamos nosotros. Aunque nos ha avisado con muy poco tiempo de antelación, no podemos reprochárselo. Ha trabajado muy duro este último año y no es su culpa el hecho de que la hayan llamado de un día para otro. El lunes comienza el curso en la Imperial College de Londres y tiene que buscar alojamiento.

—Me quedaré con una amiga hasta que encuentre algo decente —me informa, antes de beber de su cerveza.

—Me alegro mucho por ti. Sabía que lo conseguirías. —Sonrío, y nos damos un pequeño abrazo.

—Aquí están las patatas, ahora viene todo los demás. Parece que están desbordados. —Mat toma asiento a nuestro lado—. ¿Momento íntimo? —Levanta una ceja.

—Vamos a echarte mucho de menos —le aseguro.

Mi amigo respira y no dice nada. Sé que él la va a echar mucho más de menos que yo aunque no lo diga. No han llegado a tener una relación seria, pero se han acostado cuando los dos han querido y se gustan desde el día que Natalia pisó la cafetería por primera vez. No pueden negarlo, se ve a leguas la atracción que hay entre ellos.

—¿Tartaletas de queso y pizza vegana? —pregunta el camarero a mi derecha.

—Sí, por aquí —contesta Mat.

—¿Mat? —curioseas el camarero con voz de asombro.

—¿Gorka? —escucho a mi amigo en el mismo tono.

—¡Tío! Pero, ¿qué haces aquí?

Mat se levanta y se funden en un cariñoso abrazo, con palmadas en la espalda incluidas.

—He venido a cenar con dos amigas. ¿Trabajas aquí? Creía que estabas en Estambul.

—Volví a Madrid hace un par de meses. Echaba de menos esto.

—Vaya, me alegro de verte. Te veo genial.

Ni que lo digas. Está de muerte.

—Gracias. —Lo llaman—. Tengo que seguir trabajando. ¿Te parece si te llamo mañana y nos vemos?

—Estupendo, tío.

Gorka se va con prisa y yo decido dejar un rato solos a estos dos para que se despidan sin testigos.

—Voy al baño. Ahora vuelvo.

Cruzo los salones con paso firme pero sin prisas, quiero darles tiempo. Lo necesitan. Los dos, pero Mat más. Es un hombre de esos que no expresan sus sentimientos. No quiero que se arrepienta de no despedirse de Natalia como sabe que se merece y él necesita.

Paso cerca de una maceta muy alta y a punto estoy de meterme una ramita en un ojo. Zigzagueo entre unas sillas y unas mesas y rodeo la barra hasta llegar al baño. No hay nadie y termino demasiado pronto. Veo desde lejos a mis dos compañeros de trabajo hablando y decido tardar un poco más en interrumpirles. Me siento en un taburete y me pido una cerveza. Me la tomaré con tranquilidad y dejaré de pensar en Álvaro y en el hecho de que esperaba una respuesta esta tarde y no se la he dado. Necesito más tiempo para pensar qué hacer. No sé si me vendría bien tenerlo cerca cuando me gusta tanto. Sí. Me gusta. No puedo negarlo. Llevo pensando en él demasiado como para no aceptar que aquella noche se quedó grabada en mi corazón y que todas las que le han sucedido he soñado con su cuerpo desnudo empujando con fuerza dentro del mío.

Qué calor.

Me abanico con una servilleta.

Me bebo la cerveza de un trago y la dejo sobre la mesa con un golpe seco.

Giro el taburete, que da vueltas, sin levantarme y me estampo con una imagen que no esperaba.
¡Álvaro!

Álvaro está cenando con un hombre y una mujer en el salón de mi derecha. Lo veo porque la pared es de cristal. Un hombre atractivo hasta ahogarte. Como él pero diferente. Más alto, más fuerte, con algún tatuaje. Por como mira a la chica de al lado, juraría que siente algo por ella. Le acaricia el cabello y le da un beso en los labios. Está claro. Tiene algo con ella. Qué suerte la de la morena.

COINCIDENCIAS

ALEXA

Me agacho deprisa cuando me parece que mira hacia donde estoy y me escondo tras la servilleta que utilizaba para abanicarme, agazapada con la cara contra la barra.

—¿Está usted bien? —Me pregunta el camarero con curiosidad.

—Sí, sí. Esta barra huele muy bien. Me gusta el olor a madera.

—Es de acero —aclara, con una sonrisilla.

—Sí, eso. Es perfecta. —La acaricio con la palma de una mano—. Muy suave. Y muy limpia...

«Deja de cagarla».

—¿Otra cerveza?

—No, gracias. —«Voy a esconderme en el baño un ratito», pienso.

Voy hasta el aseo a hurtadillas y cierro la puerta. Mierda, no tiene pestillo. Ahora necesito un pestillo.

Me miro en el espejo y pienso en lo gilipueñas que soy.

«Lo eres», ratifica mi subconsciente.

—Tú te callas. ¿Quién te ha dado vela en este entierro? —Me señalo en el espejo.

«Tengo todas tus velas y la potestad para recordarte que la estás cagando, pero bien».

—Gracias, pero tu opinión no me importa.

«Pero tienes que escucharla».

—Por desgracia.

Cuando me doy cuenta, no estoy sola. Un par de ojos me miran con una sonrisa dibujada en el rostro. Me giro hacia ella y tartamudeo.

—Yo... Eh... —Es la chica que estaba sentada con Álvaro y el tío cañón—. No estoy loca —explico.

—Tranquila. Yo también hablo sola.

Camina hasta el lavabo que está a mi lado y abre el grifo.

—No hablo sola. Quiero decir que... Es mi subconsciente. Hablo conmigo misma.

—Te entiendo. A mí también me pasa. Tengo un subconsciente muy metomentodo. Lo llamo Sub.

—¿En serio? —Levanto las cejas. Ella asiente y sigue sonriendo—. Creía que era un bicho raro.

—Tal vez lo seamos, pero no estás sola en este mundo. Bienvenida al club de las que hablan con su otro yo. —Se seca las manos con la toalla de papel.

La imito y sonrío.

—Soy Dani. —Me ofrece la mano y se la estrecho.

—Yo, Alex. —Estoy a punto de decirle Alexa—. Encantada.

—Igualmente. Me encanta tu nombre. —Sonríe—. Tengo que irme. Mi marido se pone muy nervioso si ve que tardo demasiado. Cree que me han raptado o algo así. —Bromea, pero lo dice como si eso fuera posible.

—Sí, claro.

—¿Tú no sales?

—No... Yo... Voy a entrar. Necesito...

—Espero volver a verte algún día.

No lo creo.

Vuelvo a quedarme sola y espero unos minutos. Tal vez ha entrado a lavarse las manos porque han terminado de cenar y se marchan del bar. Sí. Hay que pensar en positivo. Alexa siempre piensa en positivo.

«No estoy de acuerdo con eso».

Como en todo.

Tras más de diez minutos, me aburro y me animo a salir. Puedo hacerlo. Sé esconderme. Lo hacía de pequeña cuando quería estar sola. Esto es mucho más pequeño que la mansión en la que crecí, pero todo es cuestión de perspectiva. Puedo agacharme es sinónimo de puedo hacerme invisible.

Por fortuna, no es necesario hacer el ridículo reptando por el local. Observo que no están en la mesa y que se han marchado. Respiro y me tranquilizo. Creo que ha pasado bastante tiempo como para que Mat y Natalia se hayan despedido (varias veces).

—¿Dónde has estado? —me pregunta ella cuando llego a la mesa.

—Me he encontrado con una amiga. —No es cierto del todo, pero tampoco mentira. He conocido a otra miembro del club de las personas locas que hablan con su subconsciente como si fuera un amigo del que no puedes desprenderte. Un ratito corto pero bien aprovechado.

—¿Qué amiga? —inquire Mat.

—No la conoces. —Tomo asiento y me como mi tartaleta. Está fría, por cierto. Pero mastico como si la vida me fuera en ello.

—¿Nos vamos? —Mat llega hasta nosotras después de pagar la cuenta en la barra y charlar durante unos minutos con su amigo Gorka.

Nos levantamos y caminamos hasta la calle.

—Hace frío —se queja Natalia, acariciándose los brazos.

—Ponte mi chaqueta. —Mat se la echa por encima.

—Gracias. —Se miran con dulzura.

—Alexa... ¿Te importa que la acompañe a casa? —me pregunta mi amigo.

—Claro que no. Pillaré un taxi.

—Yo lo llamo —se ofrece.

—No, pesado. Marchaos ya. Natalia tiene frío. —Le doy un abrazo y le digo que la echaré de menos.

—Y yo a ti. Gracias por todo.

—Gracias a ti. Eres una gran persona.

Los veo alejarse hasta desaparecer tras la esquina de la calle en la que Mat aparcó el coche y me acerco a la calzada a ver si veo algún taxi pasar. Si no detengo uno en dos minutos, llamaré a un Uber. Yo también tengo frío y nadie me ha ofrecido su chaqueta. Hago un puchero imaginario y después sonrío.

Un drama, así soy yo.

—¿Alex? —Escucho a Álvaro detrás de mí.

Cierro los ojos con fuerza y mascullo un «mierda» que me sale del alma.

«¿Pues no se había ido?».

Me obligo a sonreír y me doy la vuelta.

—¡Hola! ¿Qué haces por aquí? —Va acompañado por la chica con la que cenaba.

—He estado cenando en el local.

—Hola, Alex —me saluda Dani con una sonrisa.

—Hola, Dani. —Levanto la mano.

—¿Os conocéis? —Álvaro alza una ceja.

—Nos hemos conocido hace un rato en los baños de señoras —contesta ella.

—¿También has cenado aquí?

—Sí...

Dani nos mira con una sonrisilla en los labios y el ceño levemente fruncido.

—¿Estás sola?

—No... Eh... sí. —A ver si me centro. Parezco tonta—. Mis amigos acaban de irse a casa. Iba a llamar a un taxi.

—Yo te llevo —se ofrece.

—No es necesario. Además, no quiero interrumpir vuestra cena.

—Oh, no. No interrumpes —aclarar ella—. Yo tengo que irme. —Mira detrás de mí—. Ahí está tu hermano —le dice a Álvaro. Va hasta él, se empina y le da un beso en la mejilla—. No te preocupes por nada, ¿vale? Yo me encargo de todo. Pásalo bien. —A continuación, se dirige a mí—. Hasta otro día, Alex. —Me guiña un ojo y se marcha.

Una luz se enciende en mi cabeza. ¿Es la mujer de la que estaba locamente enamorado? Ha dicho que se iba con su hermano, o sea que es su cuñada. La mujer que se casaba con su hermano una semana después de aquella noche.

—¿Nos vamos? Tengo el coche en un parking cercano.

—No es necesario. De verdad.

—Venga. Deja de pasar de mí. Llevo toda la tarde esperando tu llamada.

—Eh...

—¿La artista se lo ha pensado mejor?

—Necesita más tiempo.

El flequillo le cae de una manera muy casual sobre la frente. Lleva unos vaqueros desgastados pero de una marca muy cara, una camisa blanca y una chaqueta de cuero.

Tiemblo.

Él se percata, se la quita y me la pone sobre los hombros.

«Hale. Llorar, pide y el destino te obsequia con una chaqueta de cuero que huele a gloria».

—Puedo darle hasta el lunes, pero no más.

—Está bien. El lunes le llamará y le dará una respuesta.

Me mira y sonrío.

¿Tengo monos en la cara?

Agacho la cabeza y comienzo a andar.

Entramos en un parking muy oscuro y llegamos al coche entre sombras. Tiene un Mercedes negro de alta gama. No sabría especificar el modelo, pero Mat fliparía si lo viera. Huele a nuevo.

—¿Quieres escuchar música?

Quiero que me recuerdes.

—Vale.

Suena *23 de junio* de Vetusta Morla muy flojito.

Conduce entre el tráfico con agilidad y destreza.

—Alex... Me preguntaba si... —Traga—. ¿Te apetece una copa?

—¿Qué quieres decir?

—Si te apetece tomar algo conmigo.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Te estoy pidiendo que pasemos un rato juntos.

—¿Por qué? —Miro hacia él.

—Porque me apetece —responde sin más.

—¿Siempre consigues lo que te apetece?

—No siempre. —Ahora él también mira hacia mí—. Solo una copa. Si no te lo pasas bien, te llevo a casa y se acabó.

—¿Qué se acabó?

—Oh, por favor. ¿Quieres esa copa o no? No estoy acostumbrado a suplicar para que una mujer acepte tomar una copa conmigo. —Sonríe, a pesar de todo.

¿No? Pues comienza a acostumbrarte, imbécil.

—No quiero. Llévame a casa.

Levanta las cejas y sonríe, escéptico.

—¿Estás segura?

—Sí. Vivo en La Latina. —Y no es la primera vez que te lo digo. Deberías saberlo, has dormido conmigo en mi cama.

—Está bien. Como quieras. —Suspira y sigue conduciendo.

Le indico el camino y le pido que se detenga cuando entremos en mi calle.

—Gracias por traerme.—«Adiós. Espero no verte nunca más».

—Espera. —Me agarra de la muñeca izquierda y me detiene. Un montón de mariposas revolotean en mi estómago. ¡Las mariposas!—. El lunes me llamarás, promételo.

—Por supuesto. —«Para decirte que no pienso trabajar contigo».

Tira con suavidad de mi brazo, se acerca con cautela y me da un beso en la mejilla.

—Hasta el lunes —susurra muy cerca y me acaricia la piel con su aliento.

VIAJES

ÁLVARO

No entiendo muy bien por qué me comporto así. No soy de esos hombres que suplican a una mujer que se tome una copa con él. Yo me las follo, o ellas me follan, y luego se van, o yo me voy, así sin más. Pero con Alex me sucede algo diferente. Algo que no sentía hacía mucho. Desde ella. Desde ese día en aquella clase de arte en la que tropezó con una maleta y cayó sobre mi regazo. Me enamoraron sus ojos, sus labios, su pelo...

De pronto, son los ojos, los labios y el pelo de Alex los que ocupan toda mi mente y convierten en borrones los recuerdos que tengo de Dani y de nuestros momentos. No mantengo guardados todos. Mi mente, que es muy sabia, ha borrado los más dolorosos. Lo pasé muy mal la semana anterior a que mi hermano y ella se casaran. Estuve casi diez días borracho. Nadie lo sabe, solo Jean, que aguantó mis penas como el buen amigo que es. Lucie todavía me reprocha que no atesore instantes de su despedida de soltera. Aquella que le hicimos entre los dos y en la que me emborraché hasta quedarme sin sentido. Admito que no solo el alcohol es el responsable de mis olvidos. Soy yo y mi subconsciente que, tras un arduo trabajo de machacar la conciencia, los que borramos y difuminamos esos días en los que tuve que tragar como puntillas afiladas muchas certezas y admitir que la perdía para siempre. Sé que aquella noche me acosté con alguien como hacía y hago casi siempre; tirarme a mujeres para que el dolor disminuya, pero no logro ponerle cara. Tampoco es que lo intente, sin embargo, una parte de mí ha tratado de soñar con ella y, en alguna ocasión, casi ha conseguido perfilar su rostro. Tez blanca, pelo largo, sabor a todo lo que yo en esa época añoraba y no tenía: libertad. Ella aparece en mis sueños como rayos de sol rojizos despuntando en el amanecer.

Paso el fin de semana con Álvaro. Lo llevo al parque de atracciones y aprovechamos el buen tiempo de mediados de noviembre. Visitamos a Alma y a Lía y vamos todos al cine el domingo por la tarde. Alejandro se revuelve en su asiento, tratando de ponerse cómodo sin conseguirlo. Lía quiere ver la película sentada sobre él y Alma no deja de preguntarle cosas. Él aguanta estoicamente a sus niñas y contesta a todo mientras Lía le toca la cara y le da besos.

Al salir, aprovecho y les pido si pueden quedarse con Álvaro el resto de la semana.

—Acabas de llegar. —Mi hermano me regaña con gesto serio.

—Tengo que viajar a París. Volveré en unos días.

—¿Otra vez buscando problemas? —Me mira, ceñudo.

—No es lo que piensas. Voy a ver a un artista. —Miento. No quiero que se preocupe.

—Ya. —Sabe que no estoy diciendo la verdad. Me conoce, pero además, tiene un don para averiguar cuándo la gente miente. Se gana la vida con él.

—Claro que sí, Álvaro. No te preocupes por el niño. Las niñas estarán encantadas de que su primo pase la semana con nosotros —interviene Dani.

—Gracias.

—No tienes que darlas. Somos su familia.

—Me voy mañana por la tarde. Me paso por vuestra casa antes de ir al aeropuerto.

—Como quieras.

—Mami, papi no *quiere llevadnos a cenad hambudguesas*. —Lía tira del pantalón a Dani.

Esta mira a Alejandro y pone los ojos en blanco.

—Hoy toca pescado —aclara mi hermano.

—Me *pometiste hambudguesas*. —La niña hace un puchero y se le saltan un par de lágrimas.

—Sabes que eso no es verdad —le contesta.

—Le doy dos segundos para que recule. No puede ver a las niñas llorar —me susurra Dani, aguantando la risa.

—Papi, es verdad. Lía no miente —la apoya Alma con cara triste.

Alejandro resopla, se lo piensa dos segundos y accede.

—Vale, pero mañana pescado.

Las niñas empiezan a saltar y a gritar.

—¿Qué te dije? —Dani sonrío.

—Son su talón de Aquiles.

—Las está malcriando. Pronto nos arrepentiremos de estas cosas.

—Déjalo. Es feliz cuando os lo da todo.

Alex coge a Lía en brazos y le da un beso en la mejilla tras apartarle el pelo de la frente.

Cenamos en una hamburguesería cerca de Callao. Alejandro tiene a Alma al lado y habla con ella sobre el tema del teléfono.

—Estoy harto de decirte que el teléfono de papá no se coge.

—Pues cómprame uno.

Lo veo tragar con dificultad y respirar.

—Tienes siete años.

—¡Tengo siete años y medio!

—No tendrás móvil hasta que seas mayor.

—Ya soy mayor.

—No eres mayor.

—¡Sí lo soy!

Alejandro resopla y se refriega la cara con una mano.

—Cariño, trae agua para los niños —interviene Dani.

Mi hermano se levanta y va hasta la barra.

—Por favor, Alma. Ya hemos hablado sobre lo de tener teléfono móvil. Eres muy pequeña para eso —le explica su madre.

La niña se cruza de brazos y arruga el entrecejo.

Manchitas me saluda refregando su cuerpo con mis piernas cuando entro con mi hijo dormido entre mis brazos en mi ático de Madrid. Cruzo el vestíbulo y el salón para llevarlo a su cama, lo deposito sobre ella, le quito la ropa y le pongo el pijama. No se despierta. Está reventado de jugar con sus primas. Le doy un beso en la mejilla y me dirijo a darme una ducha al baño de mi dormitorio. Camino por el pasillo cuando escucho un ruido en la cocina. Me detengo en seco y me pongo en alerta. Es imposible que Mamen siga aquí, es demasiado tarde y es domingo. Entro en mi habitación y saco la pistola de la caja fuerte que se ubica dentro del armario. Esa es la que guardé el anillo de pedida de Dani durante tantos años. Cierro la puerta del cuarto de Álvaro con llave y

camino hasta la cocina apuntando al frente con el arma. Doy un paso tras otro caminando con sigilo, sin hacer ruido y con cautela. Suena un estruendo más grande y veo en el suelo junto a la puerta dos cacerolas en el suelo. Miro alrededor sin ver a nadie. Vuelve a escucharse un ruido dentro de la alacena y me dirijo hacia ella. Abro la parte muy despacio y... Se me corta la respiración cuando veo una sombra negra saltar sobre mí.

¡Manchitas!

Lo veo correr hacia el salón y recojo todo lo que ha tirado en la cocina.

Después de media hora, es momento de darme esa ducha. Me tropiezo con el gato en el pasillo y comienza ronronear y a rozarse con mi pantalón. Lo cojo y le doy un beso en la cabeza.

—Tienes que aprender a comportarte. No puedes destrozar la casa.

Lo dejo sobre el suelo y me sigue hasta la ducha.

Con el agua cayéndome sobre la cabeza me percató de algo: de por qué me he puesto tan alerta y no he pensado que lo más probable fuera el gato. Y la respuesta me preocupa: por la llamada de Jean. Sé que las cosas se complicarán a partir de ahora.

LA ECHO DE MENOS

ALEXA

—Yo apuesto por ese. —Nina señala a un joven en vaqueros que va demasiado deprisa. Estamos sentadas en el balcón de casa, comiendo pistachos y bebiendo cerveza, apostando por quién de los transeúntes da un poco el cante. Vale cualquier cosa: mear, meterse mano, vomitar...

—Ese llega tarde a casa. No tiene más de quince años.

—Ese se está meando.

—Que va.

El chico se detiene junto a un portal, se saca la chorra y mea la pared haciendo dibujos.

—Hale, un artista como tú. ¿Cómo se llama su estilo?

—Micción moderna efímera.

Nos reímos.

—Mira, mira. Esos dos se ponen a follar antes de girar la esquina. —Abro un pistacho y lo mastico.

Nina se levanta y achina los ojos.

La pareja se besa apasionadamente sobre el capó de un coche.

—No puede ser... —susurra.

—¿Qué ocurre?

—Será cabrón...

—¿Qué...? —Me posiciono junto a ella.

—Es Jesús.

—¿Qué Jesús?

—Qué Jesús va a ser. Jesusito de los cojones.

El *Influencer* frustrado.

—¿Puedes reconocerlo desde aquí? —Intento verlo bien.

—Reconocería ese movimiento de pelvis en cualquier sitio. Ahora verá.

Se pierde dentro del piso.

—¿Adónde vas?

No me responde.

—¿Qué vas a hacer? —insisto.

Vuelve con un cubo lleno de agua y cubitos de hielo nadando dentro.

—¿Estás loca?

Pasa por mi lado sin decir una palabra.

—Nina, creí que lo habías olvidado.

Se gira antes de entrar en el balcón y me mira.

—Y lo he hecho, pero merezco un respeto. Ese tío es un cabrón. ¿No existen más calles para follar en Madrid que tiene que venirse a la mía?

—Esta es muy oscura —lo excuso, no sé por qué.

—No lo dices en serio.

—Llevas razón.

—¿Me ayudas?

—Por supuesto.

Cogemos el cubo, lo levantamos y lo tiramos hacia la calle, sobre ellos.

¡Agua va!

Nos escondemos en cuanto escuchamos que estalla sobre el suelo y el coche y, suponemos, sobre Jesús y su cita.

Diosito de mi alma, que no nos hayamos cargado el coche. Mis ahorros no son muy espléndidos.

Comienzan a gritar y nosotras nos carcajearnos.

Tras unos segundos de incertidumbre...

—¡Nina! ¡Estás loca! —Grita Jesús, que no ha dudado ni un segundo sobre el autor del fatídico hecho.

Mi amiga se levanta, le clava la mirada y le saca el dedo, haciéndole la señal del pajarito.

—¡Por cabrón! —Se dirige ahora a la mujer con la que va—. Ten cuidado, mona, que este es un sinvergüenza y, además, ¡tiene *claveles*!

—Es clamidia —la corrijo.

—¡Lo que sea! ¡Te va a llenar el chocho de lentejas!

Entramos en el piso muertas de la risa y nos tiramos en el sofá a reírnos hasta que suena el timbre y nos corta la alegría.

—Mierda. ¿Quién le habrá abierto el portal? —Nina me mira con cara de preocupación.

—¿Crees que es él?

—Lo hemos dejado sin polvo dominguero. Ese viene a por vendetta.

—Podemos no abrirle.

Vuelven a llamar. Esta vez aporreamos la puerta.

—Parece cabreado —comento.

—Ese no tiene huevos para subir aquí. Seguro que es Mat. —Mi compañera se levanta y camina hasta la puerta.

—Mira antes de abrir.

No me hace caso y abre de par en par.

Menos mal que lleva razón.

—Hola, Mateo. Si no traes la cena, te puedes ir a hacer nudismo a tu casa.

Nuestro amigo arruga el entrecejo y levanta una bolsa con comida.

—Espero que no sean espinacas. —Se la quita de las manos y la abre—. Huele bien. Tienes acceso a nuestra humilde morada. —Se quita de en medio para que pueda pasar.

—Tenemos que hablar —me dice.

—Sí... Yo también quería hablar contigo.

—Tú primero. —Toma asiento a mi lado.

—No. Mejor tú.

No creo que le guste lo que voy a decirle.

—Está bien. He hablado con Gorka.

Arrugo la nariz.

—Mi amigo. El camarero —especifica.

—Sí, sí.

—Mañana empieza a trabajar con nosotros.

—¿Qué?

Levanto las cejas, sorprendida.

—Es bueno, lo conozco. Y nosotros necesitamos a alguien ahora que Natalia no está —expone sus razones.

—Ya, pero... Deberías habérmelo consultado antes.

—Vamos a probarlo, ¿vale? Si no te gusta, me lo dices. Pero sé que eso no ocurrirá. Es un buen tío.

—¿Sabe de repostería?

—Algo.

—¿Algo? —Me preocupo.

—Aprende rápido. Le enseñaremos entre los dos.

Me toco la sien.

—Alexa, no te preocupes. Estoy seguro de que lo hará bien.

—Vale... Si tú confías en él...

—Te va a gustar.

Vaya si me va a gustar.

—Venga, la cena está sobre la mesa —nos avisa Nina, que se ha entretenido preparándola.

Nos levantamos del sofá.

—¿Qué tienes que decirme tú? —me pregunta Mat.

—Mañana tengo una reunión con el señor Llorens, el galerista, voy a decirle que sí a su proposición.

—¿Estás segura?

—Sí.

Me mira tenso.

—Dilo, Mateo.

—Sigue sin gustarme. Ese tío quiere meterte en su cama.

Ya lo metí yo en la mía. No necesito a nadie para meter la pata.

—Mateo... —Me cruzo de brazos—. ¿Otra vez?

—Sé lo buena que eres, y estoy seguro de que ese tío se ha dado cuenta, pero no sé si puede hacerte daño.

—¿Daño?

—He visto cómo lo miras.

—¿Cómo lo miro? —Me cruzo de brazos.

—Tú también quieres tirártelo.

—En eso llevas razón. —Los alzo, insistiendo sobre la obviedad.

—¿Lo ves? ¿Crees que eso puede terminar bien?

—¡En unos buenos orgasmos, sí!

—¡¿Por eso vas a hacerlo?!

—¿Y qué si lo hago por eso?

—¡¡Que no es profesional!!

—¡Vete a la mierda, Mateo!

Levanto los brazos.

—¡Por favor! ¿Podéis dejar de gritaros? —Intercede Nina.

—No puedo hacer esto —manifiesta el vecino.

—¿El qué?

—Me voy a casa. —Mat sale del piso y da un portazo.

—Sois como un matrimonio sin sexo —advierde mi compañera.

—Y sin amor.

—Quieres a Mat.

—Pero no como para casarme con él. Es como mi hermano. —Resoplo.

—Por eso. Ve y dile al imbécil de tu hermano putativo la verdadera razón por la que has aceptado trabajar con ese tío que está tan bueno. ¿Cómo se te ocurre decirle eso? Te gusta cabrearle.

Me encojo de hombros.

Llamo al timbre de mi vecino-hermanoputativo-mejoramigo-socio diez minutos después. Sé cuánto tiempo necesita para que el cabreo le baje unos grados, y seiscientos segundos son más que suficientes.

—Lo siento. He decidido aceptar el trabajo para poder hacer las reformas que la cafetería necesita. Álvaro es atractivo —«muy atractivo»—, pero jamás se me ocurriría acostarme con mi jefe. —*Emojis* de monitos tapándose los ojos, la boca y los oídos.

—Yo también lo siento. Estoy un poco de morros este fin de semana.

—¿Un poco? —Alzo una ceja.

Nos reímos de soslayo.

—Echo de menos a Natalia.

—Lo sé. Yo también voy a echarla de menos. Anda ven, tonto.

Le rodeo con mis brazos y pego mi mejilla a su pecho.

—No tienes por qué hacerlo —informa.

Lo miro con el mentón levantado.

—No tienes por qué trabajar para ese hombre porque Magdalenas necesite unos arreglos. Podemos apañarnos.

—No lo hago solo por eso. Sabes que siempre he querido exponer mis obras. Es una oportunidad muy buena para mí.

—Lo sé. Y me alegro mucho por ti. Te lo mereces.

—Pues vamos a cenar eso que has traído y a celebrarlo con vino.

—Mañana nos dolerá la cabeza.

—Por cierto. —Cruzamos el rellano hasta mi piso—. Mañana me ausentaré de la cafetería durante toda la mañana. Tengo reunión con el abogado de mi padre.

—¿Quieres que te acompañe?

—Claro que no. Deja de preocuparte. Además, será el primer día de Gorka. No podemos dejarlo solo.

—Llámame si me necesitas. Estaré allí en pocos minutos.

—Estaré bien.

El lunes me despierto temprano, me doy una ducha y busco en mi armario ese vestido nude que me compré en las rebajas de Mango de este verano, el día que Nina tropezó en medio de Callao y se tiró el helado por encima. Iba oliendo a pistacho y a café. Ligamos con dos chicos muy agradables que se acercaron a ver si mi amiga estaba bien. Bien estaba, sí; y bien jodidas terminamos las dos aquella noche después de que Alfredo y Alfonso (así se llamaban los valencianos) nos invitaran a cenar y a buen vino. (Supongo que me entendéis). Ahora hablamos de

vez en cuando por redes sociales. Se han convertido en buenos amigos. En fin, a lo que iba. El vestido lo conjunto con una chaqueta blanca y me planto delante del espejo de lo más elegante y preparada para tratar con el abogado de mi padre. Prefiero no tener nada que ver con él ni con su oscuro alrededor, pero no me flagelo más de lo necesario. Es algo que debo hacer aunque no me guste. Lo aprendí cuando aún era una niña y mi padre me obligaba a sonreír de oreja a oreja a sus socios en reuniones en las que me aburría tanto que me ponía a contar los pelos de mi cabeza. No elegimos la familia en la que nacemos, pero sí podemos elegir con la que pasamos la mayor parte de nuestra vida, y yo elegí a Mat y a Nina. Acerté de lleno.

Entro en el edificio de Paulo Santorini. No, no me he equivocado. No es que aquí tenga sus oficinas, que también, sino que el edificio entero es del abogado de mi padre. Doce plantas en el centro de Madrid. Siempre he pensado que tiene que ser muy buen abogado (guiño, guiño) para haber conseguido llegar hasta aquí.

Pongo mis tacones sobre la moqueta gris del piso once cinco minutos antes de la hora prevista, y Sol, la secretaria, una mujer de unos cuarenta y largos años de edad, muy bien vestida y con mucho ácido hialurónico en muchas partes de su cara, me pide con amabilidad que espere. Miro alrededor y veo algunos cuadros que reconozco. Rembrandt, Picasso... Mmm, el señor Santorini siempre ha tenido muy buen gusto, eso no puedo negárselo. Tomo asiento en uno de los sofás que duermen bajo tanto arte durante las veinticuatro horas del día y miro si me ha llegado algún mensaje al móvil. Ninguno. Eso es bueno. Me da pánico tener alguno de Mat advirtiéndome de que un aparato de nuestra tan querida cafetería ha salido ardiendo. Cuando nos hicimos con ella, no pudimos cambiar todas las máquinas, y eso me preocupa. Ahora será el momento de renovarlas al completo.

—Señorita Alexa.

Levanto el semblante cuando Paulo ya se encuentra a un escaso metro de mí. Alto, moreno, más de cincuenta años, ojos marrones, nariz prominente y una cicatriz que le cruza la frente.

Me levanto y nos damos la mano. Se le suben unos centímetros las mangas de la camisa y de la chaqueta y veo el tatuaje que ha llevado desde que recuerdo: algún tipo de pájaro. Siempre me ha dado la sensación de que ha tenido que pasar una larga temporada en la cárcel. No me preguntes por qué.

—Siento haberla hecho esperar. Por favor, pase.

Me indica con la mano que entre en su despacho.

Es tal y como lo recordaba: muy grande, aunque hace varios años que no entro aquí, o que no tenía que entrar aquí. Nunca he venido por decisión propia, sino por obligación, como hoy. La alfombra la ha cambiado. Mi memoria fotográfica recuerda una beis con salpicaduras negras y pelo largo. La de ahora es completamente blanca.

—Por favor. —Señala la silla en la que desea que me siente. Los dos lo hacemos al mismo tiempo. Un inciso: educado es un rato.

—Gracias por aceptar esta reunión. Es muy importante para su padre que haya venido.

—¿Y para qué he venido? —Voy directa al grano.

—Vaya. Es igual de directa que Franco.

Por desgracia, nos parecemos demasiado, o eso dicen.

—No me gustan los rodeos y tengo mucha prisa.

—El tiempo es oro para todos.

—Pues dese prisa y me iré. No deseo que pierda ni un segundo conmigo.

—Su padre es mi mayor cliente, además de un gran amigo. Sus asuntos son muy importantes

para mí.

Yo diría que su dinero, pero me da igual, yo no lo quiero. Y sus asuntos... ni me van ni me vienen, solo me traen problemas.

—¿Va a decirme ya qué hago aquí?

—Su padre necesita que firme unos documentos relacionados con la herencia de su abuela.

—¿De qué se trata exactamente? No pienso renunciar a la casa de la playa.

Esa casita en Ibiza, una antigua posada, es el único lugar en el mundo en el que fui feliz de pequeña. Ella no tenía gran cosa, pero todo lo daba, todo era poco para sus nietas. Nuestros padres nos dejaban pasar allí muchas semanas de verano. Ellos casi ni nos visitaban. Mi padre iba de vez en cuando, sobre todo a llevarnos y a recogerlos y, de paso, veía a su madre. Recuerdo que mantenían larguísimas conversaciones sentados en el porche, desde el que se disfrutaba del azul del mar. Nunca supe de qué hablaban, y, con el paso del tiempo, aún tratando de imaginar qué le podía decir mi abuela a un hijo que se dedicaba al engaño y a la mentira, no llegué a averiguarlo.

—Esa casa es lo único que dejó su abuela.

—Y me la dejó a mí —contesto, con la seguridad que me da la verdad y su recuerdo. Ella quería que fuera un lugar de recogimiento, de paz, de encuentros, de amor, de amistad.

—Su hermana quiere su parte, la mitad. Lo mejor es que la finca se venda. Su padre no quiere problemas.

—¿Mi padre no quiere problemas? ¿A qué viene todo esto?

—Franco quiere que te desvincules de la casa.

—Eso no va a ocurrir.

No voy a explicarle que no quiero formar parte de su emporio, pero con esa casita no va a especular.

—Firma aquí —me ordena sin más.

—¿Y qué va a hacer si no lo hago? ¿Mi padre enviará a alguien para obligarme?

—Le recomiendo que firme y no dé más problemas.

—Esa casa jamás será utilizada para negocios sucios. Me da igual lo que le diga a mi padre. No le tengo miedo.

Salgo del despacho del señor Santorini bastante cabreada. No sé si con mi padre, mi madre, mi hermana o conmigo. Le prometí a mi abuela que esa casa no perdería su esencia, que volvería a ella siempre que la necesitara.

Mis mayores temores se hacen realidad cuando escucho, al fondo del pasillo, la voz de mi padre. Es la última persona a la que deseo ver ahora mismo, me da repulsión y rabia. Y, como me parezco a él en muchas cosas y no quiero montar el espectáculo y que me lleven detenida por escándalo público, amenazas e incluso puede que por agresión, me escondo tras una escultura sin forma definida más grande que yo.

Mi padre habla con alguien más alto que él, ancho de espalda, moreno. No cabe la menor duda de que van a hacer negocios juntos y que van a ver a Paulo, el abogado que llega hasta ellos en ese mismo momento y llama la atención de los dos.

—Llegan pronto —advierde Paulo.

—¿Está todo preparado? —Mi padre ni saluda.

—Por supuesto que sí.

Me suena la cara de la tercera persona, el que acompaña a mi progenitor.

Tengo una memoria privilegiada, pero a veces tarda en reaccionar unos segundos. Tres

exactamente esta vez. ¡Ya sé quién es! ¡Es el hermano de Álvaro!

—Me alegra volver a verlo, señor Fernández.

—Gracias. —Le suena el teléfono—. Disculpad, tengo que cogerlo. —Se aleja caminando por el pasillo.

—¿Todo bien con Alexa?

—No ha firmado.

Mi padre no parece sorprendido.

—Franco, lo hará, siempre lo hace.

—Esta vez es diferente. Esa casa es especial para ella. Siempre le ha unido un vínculo muy especial a mi madre.

—Aún no entiendo por qué has cambiado de idea. Ágata nunca ha pedido esa casa. Según ella, es una cueva desangelada.

—Tengo mis razones. Tienes que lograr que renuncie a ella.

LOS MORDERÍA

ÁLVARO

—Álvaro, cariño, termina los cereales, vamos a llegar tarde al colegio. —Le digo a mi hijo, que juega a barcos de piratas con el tazón de leche.

—Me gusta este cole, papi —habla en un inglés yanqui muy acentuado.

—Me alegro. Venga, termina.

Mamen cruza la cocina y entra en el cuarto de la ropa cargada de una pila de ella. Un minuto después, sale y da de desayunar a mi hijo.

—Vamos, cariño. Al cole no se puede llegar tarde, que se enteran los Reyes Magos y no te traerán regalos.

—¿En *sedio*? —Ito la mira con los ojos abiertos de par en par, asustado.

Nuestra asistente asiente con la cabeza, dándole al gesto un halo de misticismo.

—Claro que es en serio. Yo nunca miento. Y tú no deberías mentir tampoco.

—Me lo voy a *comed* todo *podque* yo he pedido un camión a los *Deyes*.

Se mete tres cucharadas grandes en la boca y mastica.

De camino al colegio, le cuento a mi hijo que me ausentaré durante unos días y que se quedará a dormir en casa de las primas. Lejos de ponerse a llorar y a suplicarme que no me vaya, comienza a dar gritos de alegría dentro del coche.

—Te recogerá tía Dani después, ¿vale?

—Vale, papi. Voy a *pedid* salchichas *pada* la cena.

—Tío Alex dijo que hoy habría pescado. Espero que te lo comas todo.

Suelta una sonrisilla traviesa que escucho desde el asiento del conductor.

—¿Qué pasa? ¿No piensas comerte el pescado?

—Sí, papi. *Pedo segudo* que *comedemos* salchichas. Lía se *pondá* a llorar, le *pedidemos* a Alma que también *llode* y *Codal* nos *hadá* salchichas.

—No creo que tu tío deje que comáis salchichas.

—Tío Alex *padece* muy *dudo*, *pedo* no lo es.

—Ah, ¿no? —Arrugo el entrecejo, divertido— ¿Y cómo sabes tú eso?

—Es lo que dice tía Dani.

Suelto un par de carcajadas.

—Vaya... —musito. Estos niños se quedan con todo.

—No se lo cuentes a nadie. Es *nuesto sequeto*.

No contesto e insiste.

—Papi, *tenes* que *pometedlo*. ¡*Pomételo!*

—No diré nada. Lo prometo.

Me paso por la galería para ver si todo va bien y hago un poco de tiempo hasta que llegue la hora en la que he quedado con Alex. No sé por qué razón me pongo nervioso. Estoy acostumbrado

a hacer esto, llevo años manteniendo reuniones con artistas nuevos a los que les concedo una oportunidad única.

Una hora más tarde, me llega un mensaje de ella dándome la dirección exacta a la que tengo que dirigirme.

—Álvaro, Álvaro... —Me llama Berta, mientras yo miro ensimismado la pantalla del móvil.

Esta dirección me suena. Es su casa. Es la casa de Alex. Hace un par de noches la llevé a esta dirección. ¿De qué va todo esto?

Arrugo el entrecejo y la miro aunque aún no la estoy escuchando.

—¿Álvaro! ¿Qué ocurre? ¿Malas noticias?

—Eh... No. No. —Muevo la cabeza de lado a lado y me repongo—. Solo... Mi próxima reunión... Esa chica...

—¿Qué chica?

—Ninguna. —Me percató de mi error. Ahora no parará hasta que le cuente con quién he quedado.

—¿Cómo que ninguna? ¿De qué estás hablando? ¿Tienes una cita?

—No. —Trato de zanjar el tema.

—¿Has quedado con la nueva artista? ¿Es esa chica? ¿Cómo se llamaba...? ¿Alex Santana, la representante!

—Es camarera.

—Esa chica es muchas cosas y lo sabes —dice con intriga.

—Déjalo.

—¡Te gusta!

—Argg... Esto parece el parvulario —refunfuño, giro sobre mis zapatos y me voy.

Escucho que ríe detrás de mí.

Aparco el coche junto a la acera, me apeo de él, lo cierro con un clic y el frío de finales del otoño me acaricia la cara. Suspiro, me abrocho la chaqueta de cuero y miro hacia ambos lados de la calle con la esperanza de ver a Alex.

—Alex... —susurro para mí, no sé exactamente por qué.

Justo cuando su nombre se apaga y se aleja empujado por el viento, aparece caminando frente a mí. Ni siquiera podría jurar de dónde ha salido. Lleva un vestido de color beis rosáceo cortado por encima de las rodillas y el pelo moviéndose sobre sus hombros... Parece un ángel caído del cielo.

Parpadeo varias veces y trago para humedecer mi garganta reseca.

Es una mujer muy guapa.

—Hola, señor Llorens —me saluda, y se detiene a medio metro, ofreciéndome la mano.

—Hola, señorita Santana —se la estrecho—. Puede llamarme Álvaro.

—Por favor, sígame —pide, ignorando mi petición.

Camino tras ella.

—¿Qué hacemos aquí? ¿No es esta su casa?

Sigue sin contestarme.

—Entre. —Abre la cancela de un portal y me invita a que pase.

No lo entiendo.

—Por aquí.

El ascensor se cierra con nosotros dentro y sube varias plantas.

Ninguno de los dos habla, solo respiramos y escuchamos cómo el otro lo hace. Su olor me

cala hondo y se me erizan todos los vellos de la piel. Alex me atrae muchísimo y no puedo evitarlo. Mi mirada da un paseo hasta sus labios, suaves y húmedos, rojos, blanditos y... ¡Uff! Los mordería.

—Ya hemos llegado.

Ella abandona el habitáculo estrecho antes que yo y, sin que me vea, resoplo y murmuro que parezco un muchacho de quince años que vive con las hormonas revolucionadas y con un millar de granos en la cara de las pajas a cuatro manos que se hace todos los días. Necesito echar un polvo. Ocho días son muchos días para mí.

Salimos a una especie de terraza y el sol de las doce me obliga a ponerme las gafas.

—¿Va a decirme qué hacemos aquí?

—Quería ver las obras de la artista.

Caminamos unos metros más y se detiene delante de la puerta de una especie de apartamento con grandes ventanas.

—¿Dónde está X.A?

—Ahora la conocerá.

Abre la puerta y entramos.

Hay muchas obras aquí y allá, colgada de las paredes, en el suelo, sobre una mesa... Al final, una ventana muy grande y varios lienzos sin terminar en atriles de madera blanca rodeados de pinceles y pinturas de todos los colores.

Huele a arte y a pasión, a risa, a dar lo mejor de ti, a esperanza. Todos estos colores rezuman vida, pasión, amor... Uno llama poderosamente mi atención y, sin contenerme, voy hasta él.

—¿Puedo? —Le pregunto antes de cogerlo.

—Claro. Con cuidado.

Alex viene hasta mí y me ayuda.

Es grande. Por lo menos mide dos metros por metro y medio. Lo ponemos en un caballete vacío a nuestra izquierda y nos detenemos a observarlo. Ella a mi lado.

—Es... luz —musito.

—Se llama Luz de Primavera.

Parece un cielo de invierno, nublado y oscuro, pero los tonos claros y anaranjados en su justa medida transmiten la fuerza del sol y les dan luz a todo ese sombrío encuentro con uno mismo.

—Fascinante...

—Gracias.

¿Gracias?

Giro el cuello y mis ojos se clavan en los de ella. Durante varios segundos, no se desconectan.

—¿Qué me dice de ese?

—¿De cuál?

Doy un paso hacia ella, dejando solo un par de centímetros entre nuestros cuerpos, y noto cómo se le corta la respiración. Está nerviosa. Menos mal, no soy el único.

Alargo el brazo sobre sus hombros y cojo uno mucho más pequeño, de un metro por un metro, que hay detrás de su espalda.

Advierto su aliento sobre mi cuello.

Lo pongo delante de nosotros y doy un paso hacia atrás.

—Este es diferente. No hay colores ni luz —observo.

—Tenía que ser así...

—¿Tenía que ser...?

—Quería que fuera así.

—¿Quién quería que fuera así?

—Ella...

—Alex... ¿Quién es ella? ¿Por qué no me deja conocerla?

No habla.

No contesta.

—Está bien. Dime por qué ella quería que fuese así —solicito.

Veo cómo traga antes de hablar.

—Tratamos de encontrar la felicidad en las cosas bonitas. Todo lo bonito tiene color o luz. Unas flores, por ejemplo. Si cierras los ojos, hasta un abrazo puede llevar impregnado todos los colores del arcoíris. Pero hay que aprender a vivir también entre las sombras y a sonreír en la oscuridad. —Levanta la mano y traza una línea a través del dibujo, pasando por mis dedos y rozándolos. Mi piel se electrifica—. Este es el camino que tuvo que seguir...

Lleva razón, es una especie de guía, de camino hasta un túnel. No me había dado cuenta antes de que podrían ser montañas rocosas.

—Y, ¿hacia dónde lleva?

—Hacia un buen lugar.

Cuando nos damos cuenta, nos miramos otra vez con intensidad y estamos mucho más cerca. Somos como el hierro y el imán, una fuerza invisible nos atrae el uno al otro. Lo sé. Noto que ella también se siente atraída por mí.

Observo de nuevo sus labios, pero esta vez voy mucho más allá y recorro las pecas de su tez blanquecina, el color almendra de sus ojos y el rojizo de su pelo. Un arcoíris de colores que me atrevo a acariciar. Alzo la mano muy despacio y, con la yema de mis dedos, lisonjeo sus rosadas mejillas.

Ella abre los ojos unos milímetros, sorprendida.

—Eres tú, ¿verdad? —pregunto, al presenciar el arcoíris que lleva todas esas pinturas reflejado en su rostro.

Presencio un atisbo de alegría en ella que no puedo explicar, como si la estuviera viendo y reconociendo por primera vez.

—Eres tú... Tú eres... —Sonríe—. Tú eres X.A —afirmo con rotundidad.

La sonrisa le desaparece de un plumazo y el brillo de sus ojos se apaga.

¿He dicho algo que no debiera?

—Si me he equivocado, disculpa. —Dejo el cuadro donde estaba—. No era mi intención... Pero... la luz de tu rostro y el color de tu pelo están grabados en todas estas pinturas.

—No... —Va a explicar algo, pero calla.

—Lo siento, no debería...

—Soy yo... Llevas razón.

—¿Qué...?

—Todos los cuadros de la cafetería. Y estos... Todos son obra mía. Yo los creé.

Estoy confuso.

—¿Por qué me has mentado?

—No lo sé. Me da miedo exponerme.

—Pero... son maravillosos.

—No sé si estoy preparada para que la gente me vea.

—Sé a qué te refieres... —aseguro.

—¿Lo sabes?

No sé si contestarle, pero ella ha decidido ser sincera y yo deseo hacer lo mismo. Nadie sabe esto excepto Jean, mi mejor amigo, porque lo guardé bajo tantos recuerdos y dolor como todo lo relacionado con mi amor por ella, por Dani.

—Impregnas en cada trazo todo lo que sientes, bajas las barreras, eres incapaz de crear arte de otra manera que no sea desde lo más profundo de tu ser, de tu corazón y de tu alma. Te vuelves vulnerable porque sabes que ver tus pinturas es como leer un libro que habla de ti, una autobiografía que tú misma has escrito... Y no sabes si a todos les va a gustar lo que van a encontrar, o... No quieres desvelar tus mayores secretos. Yo también pintaba. Dejé de hacerlo cuando el dolor que me causaba superaba a la felicidad. No quería que me vieran atrapado entre tanta oscuridad, no quería que se apiadaran de mí, no quería dar pena... Dejé de hacer lo que más amaba cuando... —Detengo mis palabras. Jamás había vuelto a hablar de ello.

—¿Cuánto tiempo hace que no pintas?

—Desde que iba a la universidad.

No puede ocultar la cara de asombro.

—¿Ni siquiera lo haces para ti?

—No puedo.

Va a preguntar más, pero decide no insistir.

—Yo no podría estar sin coger un pincel o mojarme los dedos, no sería yo...

—Puede que yo no lo fuera... —Arruga el entrecejo—. Quizás dejé de ser una persona y me convertí en otra —me explico—. No solo dejé de pintar, dejé muchas cosas atrás.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—No sé lo que te pasó, pero sé cuánto tuvo que doler.

—Ya pasó. No tiene importancia.

—No pasó.

—¿Cómo?

—Has dicho que no has vuelto a pintar. Eso es que no ha pasado. No lo has superado.

Sus palabras son como una lanza directa a mi pecho.

Cojo aire y me repongo.

—Está bien. Entonces, señorita X.A, ¿está dispuesta a trabajar para mí?

—Me llamo Alexa —musita.

—Alexa... ¿Me dejas enseñarle tu arte al mundo?

—Me da pánico.

Deshago la distancia que nos separa y, sin saber muy bien por qué, le agarro de la mano y la aprieto con dulzura.

—Sé que no nos conocemos demasiado, pero te pido que confíes en mí.

—¿Cómo podría hacerlo?

—Porque yo también tengo miedo.

—¿A qué tiene...? —rectifica y decide tratarme con más confianza—. ¿A qué tienes miedo?

Decido ser sincero.

—A ti.

Sí. Le tengo miedo a ella.

A Alexa.

A la mujer de pelo cobrizo con mejillas sonrosadas.

A la chica que me mira y me sonríe, y yo sonrío.

Le tengo pánico a volver a enamorarme y volver a perderla. Porque Alexa ha venido para dar luz y color a todas mis sombras y pesadillas siniestras.

EL MIEDO

ALEXA

El miedo puede paralizarte, congelarte hasta dejarte morir. Debemos luchar contra él y ganarle todas las batallas para salir vencedores de la guerra interna que podemos tener con nosotros mismos, a ser posible, indemnes o con los mínimos daños físico y/o psíquicos. El miedo no es real. Lo es el peligro. Y sí, algo me dice que Álvaro puede ser peligroso para mí.

—¿A qué tienes miedo?

—A ti.

Acaba de decir que me tiene miedo. ¿Y por qué debería tenerlo? ¿Puedo hacer que alguien me tema? Yo no soy ningún ogro.

—Tengo miedo a decepcionarte —apunta.

Esto tiene mucho más sentido. Aunque no lo explica del todo.

—¿Por qué vas a decepcionarme?

Agita la cabeza de lado a lado.

—Perdóname si lo hago —musita.

Estoy muy confundida. Me gustaría decirle que no sé de qué habla, pero que, además, ya me ha decepcionado porque no se acuerda de mí ni de esa noche que pasamos juntos.

Transcurren unos segundos hasta que él sigue.

—Está bien. Puedes pasarte a firmar el contrato esta misma tarde por la galería.

—Aún no he dicho que sí.

—Pero lo dirás, sé que lo necesitas.

Sí, lo necesito. Necesito el dinero para comprar nuevas máquinas para la cafetería, pero creo que no se refiere a eso, estoy segura de que no lo sabe.

—¿De cuántas obras en concreto estamos hablando?

—Diez en total. ¿Estas son todas las que tienes?

Me doy perfecta cuenta de que ya nos tuteamos.

—Estas y las de la cafetería.

—Necesito alguna más para poder elegir.

Está claro que muchas de las que hay aquí no le interesan.

—Esta tarde me voy del país. Volveré pronto. Tienes... unas dos semanas para presentarme alguna nueva.

—¿¡Dos semanas!?

—¿No te ves capaz? —Levanta una ceja.

—Claro que sí, pero es... poco tiempo.

—Más que suficiente para ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres como yo. Trabajas con el corazón y puedo escucharlo desde aquí. Tiene ganas

de comenzar.

«Pobrecito. Ni se ha dado cuenta de que late por él».

No late por él. Solo estoy nerviosa.

«Ya...».

Mi subconsciente suele ser cruel conmigo.

—Está bien. Trato hecho. —Alzo la mano y se la ofrezco.

—¿Estás segura, señorita X.A? —Sonríe de lado.

Asiento convencida.

Me estrecha la mano con fuerza y le devuelvo el gesto.

—Dos semanas. Tienes dos semanas. Después volveré y elegiremos las obras que se expondrán.

Tardamos varios segundos en soltarnos.

Yo no me doy prisa por separarme de él.

Él no se da prisa por separarse de mí.

Espero a que se cierren las puertas del ascensor para correr cual lince tras conejo dentro de mi piso, cambiarme de ropa y dirigirme a la cafetería. Hoy es el primer día de Gorka y debo ir a ayudarlo. Mat no podrá estar atendiendo a clientes y explicando al chico nuevo y guapo lo que debe hacer y cómo debe hacerlo. Unos vaqueros, una camiseta blanca y una sudadera roja a juego con unas Converse, con este modelito me miro en el espejo y noto que el bolso que llevo puesto no hace juego con mi nuevo look. Tiro el contenido del bolso sobre la cama y meto los enseres en una mochila. Me la cuelgo y me pinto los labios con un poco de brillo.

Cruzo las puertas de Magdalenas de Colores justo cuando empieza a animarse para el almuerzo. Veo a Gorka tras la barra y entro en el almacén, donde dejo la mochila y me encuentro a Mat preparando algunas ensaladas.

—¿No has preparado esta mañana? —Tenemos por norma dejar casi listo los platos que por norma vendemos cada día.

—Se han terminado. Menos mal que has llegado. —Está sudando.

—Aún no hay mucha gente —apunto.

—Ya se han marchado. Ahora se está volviendo a llenar el salón.

—¿Y eso? —Pregunto, extrañada, pero contenta.

—Parece que hay un congreso aquí al lado. Están todos los bares llenos.

No me he percatado.

—¿Cómo ha ido todo? —Se interesa por mi mañana sin dejar de moverse de un lado a otro.

—Perfecto. —No voy a darle explicaciones ahora. No es momento de comenzar a discutir.

Tenemos que atender a nuestros clientes.

Me pongo el delantal y salgo a ayudar a Gorka.

—Hola, ¿todo bien? —pregunto.

—Sí, gracias —responde con una gran sonrisa.

Mientras atiendo a varios clientes, observo cómo trabaja y se desenvuelve entre tanto ajeteo. Lo hace bastante bien. Rápido, resuelto y eficaz. Parece que Mat tenía razón.

Casi no hablamos durante las siguientes dos horas. Solo nos comunicamos lo necesario para que el servicio salga adelante con éxito. Se nota que está curtido en estos menesteres.

Cierro la puerta y le doy la vuelta al cartel de «Cerrado» justo antes de resoplar. Pero, ¿qué ha pasado? Esto ha sido como un huracán que se ha llevado todos nuestros suministros de la semana. No me quejo, ojo. Ojalá fueran así todos los días.

Tomo asiento en una de las sillas del salón y caigo derrotada con los codos en la mesa.

—Ha sido intenso. —Gorka pone delante de mí una botella de agua bien fría—. Te vendrá bien un poco de agua.

La abro y bebo.

—Gracias. —La cierro—. Te has estrenado por todo lo alto.

—Espero haber aprobado el examen.

—Con nota —asiento.

—Entonces, ¿me contratáis? —sonríe, pícaro.

—Aún no lo tengo muy claro.

—¿Qué tengo que hacer para convencerte?

—¿Sabes hacer muffins?

—Me salen de miedo. —Se hace el interesante.

—Eso tengo que verlo.

—Cuando quieras te lo demuestro —levanta una ceja.

—Por supuesto que lo tienes que demostrar.

—Pídeme lo que quieras, sé hacer de todo.

¿Está flirteando conmigo?

Mat llega hasta nosotros y nos interrumpe. Trae tres platos con algo de comida que agradecemos con un pequeño aplauso al ser más de las cinco de la tarde. Estoy muerta de hambre, tanto que me comería una pizza familiar en menos de un minuto, pero tengo que conformarme con la ensalada que ha preparado mi socio, muy buena, por otra parte.

—¿Qué queréis beber?

—Yo tengo agua —informo.

—¿Una cerveza? —se dirige a Gorka.

—Nunca le digo que no a una cerveza.

Mat vuelve a la barra.

Le doy un mordisco a mi sándwich vegetal.

—¿Está bueno?

—Mmm —asiento, con la boca cargada de comida.

—Los he hecho yo.

Trago y vuelvo a beber agua.

—Está muy bueno. Lleva algo...

—Un poco de mostaza miel y un toque de cayena.

—Te copio la receta.

Niega y hace un ruidito con la cabeza.

Lo miro y achino los ojos.

—Te la doy completa si me contratas —suelta.

—Te contrato si me la das —contraataco.

—Vamos a hacer una cosa. Me contratas, te la doy, nos hacemos de oro gracias a mi habilidad culinaria y me dejas que te invite a salir para celebrarlo.

—Eso es muy el cuento de la lechera.

—¿De quién?

Abro los ojos de par en par.

—¡No puedo creer que no conozcas el cuento de la lechera! Pero... ¿dónde has crecido?

Él se ríe y encoje los hombros.

—Hay que llamar a varios proveedores. —Mat vuelve a interrumpirnos—. El barril de cerveza está seco y el del almacén, vacío.

—Yo me ocupo cuando terminemos de comer.

—Puedo ayudarte, así aprendo —propone Gorka.

—De acuerdo.

—Lo mejor sería cerrar esta noche —plantea Mat.

—Me gusta esa idea —apunta Gorka.

—Aún no estás contratado y ya estás opinando sobre cerrar el local. Vas muy mal... —Lo miro, sonriente.

Me devuelve el gesto y come.

—Mi compañero de piso ha preparado una fiesta en casa esta noche. Os invito a unas cervezas —comenta Gorka.

—Me apunto, tío, pero mételas en el frigorífico.

Los dos ríen como si Mat hubiera contado el chiste más gracioso de la historia de los chistes más desternillantes.

Tíos...

—¿Qué dices? —Gorka se dirige a mí cuando paran de hacer el tonto.

—No sé... —Me apetece descansar un rato, y tengo que buscar tiempo para pintar.

—Jefa, no puedes rechazar una invitación como esta.

—Beber cerveza en tu casa... El plan del milenio —ironizo.

—No te he contado lo mejor.

—Sorpréndeme.

Deja pasar unos segundos antes de anunciar que:

—Tenemos karaoke.

—¿Qué? —Suelto una carcajada.

—¡No puede ser! —grita Mat—. Pero tío, si cantas fatal.

—¿Qué dices!

—Aún recuerdo en el concierto de Ramones. Casi nos echan.

Nos reímos.

—Estaba afónico. Llevaba varios días sin dormir.

Al final acepto la invitación. Gorka me cae bien, parece divertido y es muy amable conmigo. Todo esto, sumado a que no tengo ningún plan mejor, me empuja a convencer a Nina para que nos acompañe y nos presentemos en el barrio de Gorka pasadas las once de la noche.

—Tu amigo no vive en el barrio de Salamanca —dice Nina, mirando la basura esparcida por el suelo en una calle de las afuera de Madrid.

—No seas snob —le reprocho.

—Gorka es un buen tío. No lo ha pasado bien —explica Mat, tras llamar al portero.

Abren la puerta sin preguntar quienes somos.

—Las camioneras primero. —Nuestro amigo la empuja y nos hace pasar.

—Este portal no se limpia desde los años de la guerra —apunta de nuevo la economista.

—Venga, vamos a pasarlo bien. ¿Qué importa dónde sea? En peores sitios hemos estado. A ti te pasa algo. —La miro.

Ella me ignora y comienza a subir por la escalera.

Nos detenemos delante de una puerta en el primer piso.

—Aquí es. —Mat da dos golpes en la madera después de comprobar que el timbre no

funciona, o, al menos, no lo escuchamos.

La puerta se abre y Gorka aparece al otro lado con una gran sonrisa.

—Eh, tío, ¡habéis venido!

Choca la mano con Mat y se dan un corto abrazo.

—Hola, jefa, bienvenida a mi humilde morada —me saluda.

—Hola, Gorka. Gracias por invitarnos. Ella es Nina.

Mi compañera de piso levanta la mano en un gesto despreocupado.

—Pasad, por favor. ¿Qué queréis tomar?

En el salón hay más de veinte personas, unas bailan, otras charlan, otras fuman sentadas aquí y allá. Es grande, mucho más de lo que me esperaba y, a juzgar por la cara de Nina, ella tampoco se esperaba esto. Un loft muy bien cuidado, moderno y muy amplio, que contrasta con la dejadez de la fachada del edificio y las zonas comunes. Un gran televisor de más de cincuenta pulgadas en el que se proyecta un videojuego colorea las paredes blancas de verdes, naranjas y amarillos.

Saltamos sobre las piernas de dos chicos que juegan a la consola ajenos a la fiesta que aumenta alrededor de ellos y entramos en la cocina, también bastante innovadora y funcional. Gorka nos pregunta qué queremos tomar mientras coloca sobre una barra gris cuatro vasos de plástico azul.

Cuando tiene todas las copas preparadas, nos propone tomar unos chupitos. Nos lo ofrece, los cogemos, brindamos y bufamos después de tomarlos y notar el fuego en la garganta.

—¿Qué coño lleva esto? —grita Nina.

—Es otra receta secreta —responde el anfitrión, y me guiña un ojo.

Le doy un sorbo a mi gin-tonic y lo miro por encima del vaso. Es guapo. Es un chico muy guapo.

13

PARÍS

ÁLVARO

No me acostumbro a alejarme de mi hijo, y menos cuando sé que lo que voy a hacer puede poner en peligro su vida y la de todas las personas a las que quiero; sin embargo, Jean no se merece que ignore su llamada de auxilio. Si me ha contactado para que le ayude, después de tanto tiempo y de todo lo que le costó aceptar mi decisión de alejarme de este mundo, será porque es muy importante. Y no me imagino cuánto.

Bajo del avión cuando ya es de noche, y no tengo que recorrer los quinientos metros de pasillos hasta la salida. Un coche que reconozco a la perfección me espera a pie de una de las pistas del Aeropuerto de Orly.

Saludo a Adrien dándole las buenas noches mientras él coge mi pequeña maleta de mano y la introduce en el maletero de su nuevo Audi negro. Sigue trabajando para mí y siempre está preparado cuando lo necesito. Solo tengo que marcar su número y aparece de la nada como si fuese un fantasma.

—Buenas noches, señor Llorens. Bienvenido de nuevo a París.

Entro en el coche sin esperar que me abra la puerta con ceremonia. Él toma asiento tras el volante.

—A casa de Jean, por favor.

—Por supuesto, señor.

No tardamos demasiado en llegar, Adrien sabe perfectamente qué atajos coger para evitar atascos en una ciudad que vive las veinticuatro horas al máximo. En París se vive tanto como se sueña, por eso aquí los sueños se hacen realidad. Casi todos. El mío lo fui perdiendo con el tiempo, acepté que dejaba de ser mío para ser de otro... De mi hermano.

La puerta me la abre ese otro hombre que considero mi hermano, Jean, un amigo que está a mi lado cuando lo necesito. Otro de los motivos por los que no podía negarme a venir.

—Antes eras más rápido en acudir a mi llamada —protesta sin reproche y con su familiar sonrisa dándome la bienvenida.

—Antes no tenía un hijo al que cuidar. —Nos damos un abrazo.

—Excusas baratas. —Me palmea la espalda—. Entra. No quiero que la damisela pase frío. — Se ríe de mí.

Cruzamos el vestíbulo charlando de nada en particular y me quedo impresionado, como cada vez que visito este *loft* en el centro de París, cuando mis ojos se deleitan con *Le Rêve* de Picasso. Llegamos al salón comedor donde está la mesa lista para la cena y no me pasa desapercibido el hecho de que la han preparado para cuatro comensales.

—¿A quién has invitado? —inquiero. No me gustan las sorpresas de Jean. No me apetece una noche de sexo en grupo, aunque eche de menos el sexo en general.

—A unas amigas... —responde, dándole un toque de conspiración.

—Jean, no he venido para esto.

—Venga, no seas aburrido. Un poco de fiesta te vendrá bien.

Bufo y me toco las sienes.

—¿Dónde está el Álvaro que yo conozco?

—Muerto, amigo. Ahora tengo un hijo que no me deja dormir.

—Pero ahora estás aquí. Tómalo como unas vacaciones.

—No me jodas, Jean. He venido porque creí que era importante. Tengo un millón de cosas que hacer en Madrid. —Levanto el tono de voz.

—Tranquilo, hermano. No es lo que piensas.

Vuelvo a bufar.

—Vienes un poco tenso.

—¿Qué esperas? Dices que no puedes hacer este trabajo solo, que solo yo puedo ayudarte, y, cuando llego, tienes preparado una fiesta para cuatro. No me apetece follar. —Arruga el entrecejo y me clava la mirada—. Vale, sí me apetece follar —rectifico—. Pero después de que me digas qué cojones hago aquí.

—Está bien... Primero el trabajo. Después el placer. Lo pillo. Quédate aquí. Vuelvo enseguida.

—¿Adónde vas ahora? —Levanto las manos.

—Es mejor que lo veas.

Resoplo y me doy por vencido. Es imposible dialogar con él. Cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien le haga cambiar de opinión.

Camino hasta el filo de la mesa, cojo una copa y la lleno de vino hasta la mitad. Me bebo el

contenido completo del vaso de solo un trago. No me permito beber cuando tengo a Álvaro conmigo, así que pienso aprovechar si la ocasión lo merece.

—Señor, el baño está preparado. El señor Dómine ha pensado que tal vez le apetezca relajarse.

—Voy a matarlo... —murmuro. Después, fuerzo una sonrisa y me dirijo a la sirvienta—. Gracias, Chisca, pero no es necesario. Estoy bien.

—Como desee, señor. —Se marcha después de preguntarme si necesito algo.

Jean se aproxima a mí con un sobre en la mano. No es muy grande, pero algo hace que mi corazón reaccione y comience a bombear muy fuerte. ¿Qué es eso? ¿Por qué algo me dice que lo que hay ahí dentro podría cambiar mi vida?

—Veo que has decidido no relajarte —me dice.

—¿Crees que me apetece un baño ahora? ¿Estás loco? Dime ya qué es lo que ocurre.

—Siento que tengas que ver esto. Y siento necesitarte para resolverlo. —Deja el sobre marrón en una mesa junto a la chimenea y me acerco a él.

—¿Estás preparado? —insiste.

—¡Por Dios! Ábrelo de una jodida vez.

Posa una de sus manos sobre la solapa mientras que lo agarra con la otra.

En ese momento, Chisca nos interrumpe.

—Disculpe, señor. Las invitadas han llegado —anuncia la asistenta detrás de nosotros.

Estoy a punto de enfadarme, cuando un torbellino de mujer aparece corriendo de la nada, se tira sobre mí y me abraza con fuerza.

Los dos nos miramos.

—Lu. —Sonrío de oreja a oreja—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—Era una sorpresa. —Me da un beso y otro abrazo fuerte—. Te echo mucho de menos. Esto no es lo mismo sin ti.

—Ya, supongo. Yo era el divertido del grupo.

—Tú, ¿divertido? A veces das sueño —se entromete Jean.

—Por favor, que alguien ayude a esta embarazada. —Alizze llega quejándose pero con otra sonrisa en la boca.

Vaya, sí que está... ¡Menuda barriga! Pero es normal, lleva tres bebés ahí dentro. Me mareo solo de pensarlo. Las mujeres se lo merecen todo.

La saludamos con cariño y nos sentamos alrededor de la mesa. Chisca nos sirve la cena, compuesta por un entrante, dos platos, postre, café y algunas copas. Se alarga tanto que casi se me olvida que algo importante me espera en ese sobre. Y digo casi porque mis ojos no han parado de viajar hacia ese lugar en toda la velada. No obstante, no me he perdido ni un detalle de las anécdotas que ha contado Lucie sobre cómo se enteraron que estaba embarazada y lo que hicieron para celebrarlo.

—¿Qué fecha tienes prevista para el parto? —pregunto a Alizze.

—Mira la mujercita, qué bien informada está —me increpa Jean.

—Soy padre, algo sé de esto. —Me intereso en Alizze y paso del ignorante de mi amigo—. Y dime.

—Tengo una cesárea programada para dentro de diez días. No duermo pensando en que pronto llegará el momento.

—Seguro que va a ir todo muy bien —la animo.

—Eso espero...

Nos tomamos unas copas junto a la chimenea recordando tiempos pasados cuando los tres éramos unos críos y pensábamos que nos embarcábamos en una aventura apasionante. Admiro a Lucie por contárselo desde casi el principio a Alizze, y admiro a Alizze por tomárselo de esa manera tan natural y aceptar el trabajo de su mujer tal y como es: muy peligroso.

—Deberíamos cambiar de tema. Estamos aburriendo a Alizze —propongo.

—No os preocupéis por mí. El sueño me dejará *KO* en unos minutos.

—Será mejor que te acuestes, cariño.

—Será lo mejor, sí. Me está empezando a doler la espalda.

Lucie lleva a su mujer de la mano hasta la habitación en la que pasarán la noche, y le pido a Jean, con un vaso de vodka en la mano y el fuego de la chimenea coloreando nuestros rostros y las paredes de la habitación, que no dilate más la situación y me diga por qué estoy en París y no con mi hijo en Madrid.

—Está bien. —Acepta y se levanta.

Coge el sobre y camina hasta quedarse de pie a un metro de mí.

—Llevamos varios meses detrás de un cuadro que seguro te sorprenderá. Supimos de él por un contacto en Alemania.

—¿De qué cuadro se trata?

—Uno robado por los Nazis.

—¿Qué?

—Hemos encontrado «El pintor en el camino a Tarascón».

Abro los ojos de par en par y a punto estoy de que la copa que aguanto con una mano resbale y se estrelle contra el suelo.

—Eso es imposible —contesto con convicción.

—Nada es imposible. Y tú lo sabes.

—Ese Van Gogh se quemó en el Kaiser-Friedrich durante la Segunda Guerra Mundial.

—Eso es lo que siempre se ha creído, pero nunca se encontró entre las cenizas.

—Porque eso es lo que era, cenizas.

Jean me mira, sonrío de lado e introduce la mano en el sobre para sacar, a continuación, una foto que me ofrece.

Me pongo de pie, la cojo y la observo con incredulidad. Sin duda, es vieja, está ajada por el tiempo y tiene los filos gastados. Una foto en blanco y negro que muestra a varios hombres observando el Van Gogh sobre una especie de mesa de hierro. Sin embargo, no hay nada que indique que esté tomada después de que las fuerzas aliadas bombardearan Magdeburgo e incendiaran el museo donde se guardaban decenas de obras robadas.

—Esta foto puede estar hecha en cualquier momento.

—¿Y qué me dices de ésta? —Me da otra mucho más moderna.

En ella, se ve el mismo cuadro, colgado de una pared blanca lisa y a dos hombres brindando delante de él.

—Es de la época de los noventa y está tomada en Estados Unidos —sigue—. Lo hemos sabido por el papel. Apareció dentro de unos documentos que encontramos en nuestro último trabajo.

No puedo negar que la emoción me embarga. ¿No se quemó? Sería una satisfacción extrema encontrarlo.

—¿Quiénes son? —pregunto por las dos personas de la foto.

—El de la blusa hortera es un corredor de bolsa de Texas llamado Tom Braxton. Falleció hace dos años en extrañas circunstancias. Ahora es su hijo el que se encarga de los negocios de papá.

El otro es Samuel Torres-Castillo, un empresario de Madrid con negocios e inversiones por todo el país.

—¿Y cuál es la relación?

—Creemos que Braxton se lo vendió a este último, pero no sabemos cómo lo introdujo en España, y no hemos encontrado vestigio alguno de dónde lo puede tener. Lo guarda a buen recaudo.

—¿Qué más sabes de él?

—Hasta ahora nunca lo habíamos relacionado con la compra de arte en el mercado negro, pero sí lo está con la venta de armas a varios países del sudeste asiático.

—Nada de lo que me cuentas explica que yo esté aquí. ¿Por qué no has contactado con el enlace en Madrid?

Calla como respuesta. Lo único que hace es respirar, mirarme y sacar del sobre lo que parece la última foto. Tarda unos segundos en dármele. Cuando mis ojos se clavan en la imagen, reaccionan agrandando las pupilas y brillando con fuerza.

—Es lo que parece. Esta instantánea se hizo a las afueras de Madrid hace cinco meses. Era madrugada y estaban en una zona desierta.

Esto no puede ser.

Es imposible.

¿Qué hace mi hermano con Torres Castillo debajo de un puente y en noche cerrada? ¿Qué relación tiene con él que no pueden reunirse en un despacho o en un restaurante?

Esto no me gusta.

Joder.

UNA SORPRESA

ALEXA

—Tengo una sorpresa para ti. —Gorka sale del almacén, sonriente y con el delantal y las manos teñidas de harina.

Por el rabillo del ojo, veo que se acerca a mí, y ya lo conozco lo suficiente como para adivinar sus intenciones. Le doy el cambio a la señora Rivera, la despido hasta mañana y me giro hacia él.

—¡Ni se te ocurra tocarme con esas manos! —le exijo, a sabiendas de que le encanta llenarme de blanco la cara.

—Venga, jefa, ven. Estoy muy orgulloso de lo que he hecho.

—A saber... ¿Ya has quemado otro molde para galletas?

—Te vas a sorprender.

—Espero que no me cueste otros cincuenta euros.

—Ya te he dicho que lo rebajes de mi sueldo.

—A ver, maestro pastelero, enséñame lo que has hecho. —Seguro que me gusta, lleva con nosotros ya dos semanas y ha aprendido mucho sobre repostería en estos catorce días.

Dejamos a Mat solo en el salón, recogiendo mesas, y entramos en el almacén, en el que Gorka y yo pasamos la mayor parte del tiempo haciendo muffins y todo tipo de dulces y galletas. Aprende rápido, y es cierto que ya sabía muchas recetas desconocidas para mí.

Llegamos hasta la mesa de amasar, se pone al lado de un muffin recién hecho y lo señala con las dos manos.

—Tatatachánnnnnnn.

—¿Qué es eso?

—No lo dices en serio.

—Vale. Es precioso —admito. Tiene forma de una bola de navidad muy brillante—. Y muy adecuado para estas fechas.

—Espera, que ahora viene lo mejor. —Me da un tenedor y me invita a que lo pruebe.

Cruje cuando lo parto por la mitad y una balsa dorada y caliente sale de su interior.

—Es chocolate dorado con un toque de menta.

—¿No lo habrás envenenado?

—Me has pillado.

Me lo llevo a la boca.

—Mm... —Lo saboreo—. Está muy bueno.

—A ver. El concepto no es nuevo. Frío por fuera, caliente por dentro, pero el sabor, el color y la textura... ¡He creado una obra maestra!

—Para el carro, Jordi Roca. Has hecho un buen trabajo, pero... —Me limpio los labios—. Hay que pulir la idea y, además, has dejado grumos.

—¿Grumos? Eso es imposible. Deja que lo pruebe. —Me quita el tenedor, coge un poco y se lo come—. Esto es una obra de arte lo mires por donde lo mires.

—Pues tienes un poco de tu obra de arte aquí. —Le señalo el filo de los labios con el dedo.

—¿Dónde? —Se acerca a mí con picardía.

—Aquí. —Lo apunto.

—¿Aquí? —Me agarra de la muñeca y me muerde el dedo.

—¡Ay! ¡Bruto!

—¿Crees que puedes meterte con mi gran creación y salir indemne? —grita como si fuera Gru (sí, ese Gru, el villano favorito de todos).

—Sí...

Me hace cosquillas en las costillas y yo me parto de la risa.

—Tortolitos, ¿no creéis que es hora de trabajar? —Mat nos interrumpe.

Tardamos unos segundos en detener nuestras risas y nos lavamos las manos bajo el grifo.

Gorka termina antes que yo y le digo que salga a ayudar a Mat.

—Ya recojo yo esto. No te preocupes.

—Lo que quieres es terminártelo —dice, refiriéndose al muffin.

Me llevo la mano al pecho y abro la boca, haciéndome la dolida.

Se va al salón y me pongo a limpiar. Hay que ver cómo ha puesto esto para hacer una magdalena, ¡una!

Cuando levanto la vista, Mat me está observando.

—¿Qué? —le pregunto. Lo conozco como si lo hubiera parido y ya va a empezar a darme la tabarra.

—Estabais tonteando.

—¿Quién?

—El coco. ¿Tú quién crees?

—Qué cansino eres, Mateo. Si por ti fuera, no echaría un polvo en años.

Nota recordatoria: Llamar a JR y echar un polvo sin explicaciones.

—¿Os habéis acostado? —Abre los ojos y levanta las cejas. Todo en uno.

Si le digo que sí, vomita.

—Respira, bonito. —Pongo los ojos en blanco—. No nos hemos acostado.

—No quiero decir eso. No me importaría que salieras con él. Gorka es un buen tío.

—Ya me lo has dicho un par de veces, ¿no serás tú el que quiere salir con él?

—Vamos a trabajar, señorita. —Me ignora.

—Yo ya estoy trabajando. Eres tú el que está ahí mirándome con las manos vacías.

—No puedo contigo. —Alza los brazos y desaparece por el mismo lugar que lo hizo Gorka hace unos minutos.

Termino de recoger y entro en la oficina. Me he dado cuenta de que se nos están agotando varios productos importantes para la correcta elaboración de nuestra bollería, así que enciendo el ordenador y hago el pedido directamente. No sé cómo se nos ha podido pasar. Yo he estado con la mente ausente estos días. Me pasa cuando pinto, solo puedo pensar en eso, aunque esté en otra parte, mis pensamientos vuelan hacia las formas y colores que danzan delante de mis ojos como si las tuviera delante y pudiera tocarlas. En fin, que Mateo era el encargado de que esto no sucediera, pero no voy a reprobarle su comportamiento porque tal vez lo he cargado demasiado de responsabilidades últimamente.

Pasamos el día en la cafetería. Hoy es Mateo el suertudo que sale antes y nos toca hacer caja y

cerrar a Gorka y a mí. No nos quejamos, nos lo pasamos muy bien juntos. Pasadas las nueve de la tarde, y cuando ya Magdalenas de Colores se ha quedado sin clientes, le pido que vaya a cerrar la puerta mientras yo cuadro la caja para que podamos irnos a tomar esa cerveza cuanto antes.

Estoy contando los últimos billetes cuando Gorka llega hasta mí y lo detengo alzando la mano para que no me corte la cuenta.

—Ochocientos, novecientos y mil. Estoy harta de decirte que no me interrumpas. —Alzo la cabeza y... me quedo pillada. No es Gorka, no. Este hombre es mucho más... de todo.

BABAS

ALEXA

—Disculpa. No quería interferir en tu trabajo—se disculpa Álvaro. Tan educado, atractivo, follable... como siempre. (Babas).

Ufff. Me pone mucho.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí?

—He salido de una reunión por aquí cerca y he pensado que podíamos hablar.

—Creí que estabas fuera.

—He vuelto esta misma mañana.

No me pasa desapercibida la mirada que nos echa Gorka mientras ordena los servilleteros en un extremo de la barra.

—Eh... No me has avisado. Estoy muy ocupada.

—No tenemos demasiado tiempo para organizar tu exposición y he pensado que podíamos salir a cenar y concretar algunos detalles.

—Lo siento, pero no puedo. Tengo planes.

No penséis que me lo estoy inventando para aparentar que mi vida social es muy activa. Que lo es. Solo soy fiel a mis amigos y ya he quedado con Gorka, no pienso dejarlo tirado.

—Está bien, como quieras. Llámame mañana y concertamos una reunión. Es importante. — Parece que mi negativa le ha transformado la forma de tratarme; ahora, de repente, muchísimo más distante.

Gira sobre sus talones y se dispone a abandonar el local. Miro sus hombros y me los imagino bajo esa chaqueta de cuero, fuertes y definidos, acompañados de una espalda de impresión.

(Otra vez babas). Menos mal que son imaginarias, si no, me ahogaría en ellas.

—Álvaro, espera —lo llamo (y no porque su espalda merezca otra oportunidad).

Gorka me observa con los ojos achinados.

—Gorka y yo vamos a cenar algo. Si quieres, puedes acompañarnos. Seguro que a él no le importa escucharnos hablar de arte.

Mi compañero de trabajo me mira, sorprendido. Sin duda, no le ha gustado mi proposición.

—No quiero que tengas que cambiar tus planes.

—Nos encantaría que nos acompañaras. ¿Verdad, Gorka?

Se niega a seguirme la corriente.

Abro los ojos y lo insto, con un movimiento de cabeza, a que no sea descortés.

—Sí, sería estupendo tener compañía —dice, sin disimular su desgana.

—No es necesario...

—Claro que sí —lo corto—. Ya hemos terminado. Puedes tomarte algo mientras nos cambiamos.

—Prefiero esperar fuera. Tengo que hacer una llamada.

A Gorka le falta tiempo para reprocharme mi decisión de última hora. Salta en cuanto nos quedamos solos.

—¿Quién es ese?

Camina hacia mí.

—Álvaro. Ya te he hablado de él.

Cierro la caja y voy hasta el almacén. Él lo hace tras de mí.

—El galerista —afirma, de una forma que no me gusta.

Me quito el delantal, lo sacudo y lo cuelgo de la percha.

—¿Qué pasa? —pregunto, ante su inusual silencio.

—Nada.

—Venga, habla. —Me detengo frente a él.

—Nada, jefa. Solo pensé que iríamos a cenar los dos solos. Me apetecía que nos riéramos un rato.

—Lo siento, gran pastelero. Es trabajo, y parece que es importante.

—Por eso. Lo mejor será que vayáis solos. Nosotros nos vemos mañana.

—¿Estás seguro?

—Estoy muerto de celos porque te vas con ese tío, pero no se me nota, ¿a que no?

—Tonto.

Salimos a la calle los dos juntos y veo a Álvaro con la espalda apoyada en un Mini negro y con la mirada perdida hacia el final de la calle mientras habla por teléfono. Gorka baja la reja de la cafetería y la cierra mientras yo camino hasta «El Galerista».

No es mi intención, pero escucho parte de la conversación telefónica antes de que se cerciore de mi presencia y corte la llamada.

—No te preocupes por mí. Sé cuidarme solo. —Silencio—. Es más complicado de explicar y ahora mismo no puedo. —Aprieta la mandíbula. ¡Y qué mandíbula! (Sí, es cierto que este hombre me pone muy burra. Todo él me pone superburra. Hasta cuando parpadea. Nunca me había pasado esto antes con nadie)—. Aún no he podido acercarme a él. Tengo que buscar el modo adecuado—. Me ve y sonrío—. Tengo que colgar. Hablamos mañana. —Cuelga sin esperar respuesta y se guarda el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Ya he terminado. —Señalo el local cerrado, detrás de mí, como si fuera tonta de remate, y él gilipollas por tener que aclarárselo.

—Perfecto. Podemos ir en mi coche.

—Como quieras.

Nos quedamos mirándonos. Parece que no soy la única tonta de este metro cuadrado en el que nos encontramos.

—Voy a... Voy a despedir a Gorka.

—¿No nos acompaña?

—Tiene algo que hacer.

Mi compañero llega hasta donde estamos y los presento. Lo hago todo lo formal que sé, pero ninguno de los dos, aunque se comportan con educación, son del agrado del otro; estoy segura.

—Nos vemos mañana. —Gorka me da un corto abrazo, y yo se lo devuelvo.

—Adiós, Jordi Roca. —Le sonrío.

—Encantado —le dice a Álvaro.

Este le repone una sonrisa corta y asiente con un golpe seco de cabeza.

Nos quedamos solos. Bueno, él, la docena de coches que cruzan la calle, varios peatones que

caminan sobre la acera y cuantas gotas de lluvia comienzan a caer sobre nosotros. Me abre la puerta del coche como el caballero que estoy segura que es. Vale, me imagino un caballero, pero de los que se vuelven muy guarros en la cama y te ayudan a dejar la habitación con ese olor a sexo que tanto merece la pena conocer. Y me lo imagino así a pesar de que la primera y única noche que pasamos juntos prefirió que solo nos diéramos unos cuantos besos. ¡Pero qué besos! Grabados a fuego los tengo.

—¿Qué te apetece cenar? —me pregunta, cuando toma asiento tras el volante.

El coche es precioso por dentro, tanto como por fuera.

—Cualquier cosa, menos un muffin —bromeo.

—¿En serio? Pensaba llevarte a una pastelería...

—Te lo puedes ahorrar.

Nos reímos.

—¿Te parece si compramos algo y nos lo llevamos a tu estudio? No he mentido cuando te he dicho que vamos mal de tiempo. Necesito ver en qué has estado trabajando.

—Vale... —contesto, no muy convencida.

—Porque has estado trabajando... —responde, ante mi falta de convicción.

—Sí, sí. No es eso. Es solo que...

—Alexa, no quiero invadir tu intimidad. Solo necesito ver lo que has hecho. Es importante. Inauguramos en pocas semanas y tengo a Berta esperando tus obras.

—De acuerdo.

Por la radio suena *Yyanosé* de Israel B. No estoy segura de por qué, pero me hace gracia el tipo de música que ha puesto y me río sin poder evitarlo. Él me mira con el mismo gesto en el rostro.

—¿Puedo saber de qué te ríes?

Me encojo de hombros.

—No te pega demasiado esta música. —Arrugo la nariz.

—¿Por qué?

—No sé... No tienes edad.

¿He dicho eso?

¡Oh, Dios mío!

«Ya no estás con Gorka. Este hombre no es tu amigo», me recuerda mi subconsciente.

—¿No tengo edad? ¿Qué significa eso? —achina los ojos, con gracia.

Me tapo la cara con las manos.

—No quería decir...

¡Tierra, trágame ya!

No sé si reírme o llorar.

—Claro que lo has querido decir. ¿Cuántos años crees que tengo?

—No pienso caer en esa trampa. —Lo señalo.

—No es una trampa. Tengo treinta y siete. Casi treinta y ocho. ¿Y tú?

—¿Me estás preguntando la edad? —Abro la boca.

—¿Es un secreto de estado? —Se lo está pasando de muerte conmigo.

—¡No! Pero...

—¿Qué importa?

—Por eso. No importa y no te lo voy a decir.

—Pero yo te lo he dicho.

—Porque tú has querido. Yo no he preguntado.

Río.

—Esa respuesta carece de argumento, al menos, con sentido. .

Me rindo.

—Tengo veintiocho.

—¿Veintiocho?! —grita, ¿asustado?

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Me preocupo. Tal vez no quiera trabajar con una artista tan mayor y con tan poco currículo, o... ¿soy demasiado joven?

Ríe y me mira, aprovechando que ha detenido el coche en un semáforo.

—Nada. No pasa nada.

—Eres... Al final va a pegarte este tipo de música.

Río yo también y le doy volumen a la radio para que la canción suene con fuerza.

«Era una dicotomía.

Había una guerra sin fin dentro de la cabeza mía.

No sabía si te quería.

Pero cómo iba a pasar otro tren así por esta vía».

EL AGUA SE LLEVÓ LOS COLORES

ALEXA

Aparca el coche junto a la acera, muy cerca de mi edificio, y nos miramos, preguntándonos cómo vamos a salir con el chaparrón que ha comenzado a caer sobre Madrid.

—Nos vamos a empapar —avisa.

—Esto puede durar horas —comento.

—Podríamos quedarnos aquí —dice como si nada, mirando a través de la ventana cómo el agua colisiona con rabia contra el asfalto y contra la carrocería.

—Pero cambiamos la música por una mucho más relajante —propongo medio en broma.

—Y menos machista.

—Sí, eso también. Me alegro de que lo comentes.

Reímos. Es fácil reírnos cuando estamos juntos. Ya me he percatado.

Él se lo toma al pie de la letra, le da a varios botones y comienza a vibrar la voz de Ed Sheeran y su single *Perfect*.

«Encontré un amor para mí.
Cariño, solo sumérgete
y sigue mi ejemplo».

Y, de repente, este momento, este, como otro cualquiera, con el cielo cayendo sobre el coche y con un hombre casi desconocido para mí, pero con el que siento una conexión especial, me parece perfecto, como dice la canción. De esos que no necesitan más, ni siquiera una buena conversación. El silencio, a veces, libera tanto como vaciar tu alma gritando al viento todo lo que llevas dentro. Y es necesario para todos.

—Es bonito... —susurro, con la vista perdida al frente.

—Es inspirador.

Las luces de las farolas y los coches se reflejan sobre el agua del suelo como si fuera un cristal, coloreando de varias tonalidades el mundo bajo nuestros pies, moviéndolo sin necesidad de empujarlo, convirtiéndolo en un carrusel de pequeñas sensaciones que se van haciendo grande conforme más tiempo pasamos juntos.

—Podrías aprovecharlo para inspirarte —musito.

Me mira con el ceño arrugado sin entender a lo que me refiero.

—Aprovecha cuando el corazón te late con fuerza para expresar tu arte.

—¿Mi arte...? Ya no tengo de eso. Dudo si alguna vez lo tuve. —Mira hacia su regazo.

—Dices que es inspirador.

Gira la cabeza hacia mí y me clava esos ojos oscuros que rezuman luz.

—Caía una gran tormenta la última vez que intenté plasmar en un lienzo lo que sentía...

—¿Y qué pasó?

—Lo lancé por la ventana cuando me di cuenta de que tenía tanta rabia aquí dentro. —Se señala el pecho—. Que no estaba preparado para tenerla frente a mí.

—La rabia a veces nos ayuda a superarnos.

—Pero la decepción no.

—Te habían decepcionado. —Pienso en esa mujer que le rompió el corazón.

—Fui yo. Estaba muy decepcionado conmigo mismo. El agua... El agua se llevó los colores, pero dejó marcada toda la rabia en mí.

—Yo... Me gustaría ayudarte.

—¿Ayudarme?

—¿Cómo puedo inspirarte?

Sonríe de lado, desprendiendo mucha tristeza.

—No puedes. Nadie puede. Pero... —Me coge de la mano—. Gracias.

El contacto con su piel me estremece y tengo que ordenarme respirar con normalidad.

El silencio nos envuelve, ese silencio que nos acompañaba y que no pesa ni duele. Nos dedicamos a escuchar la letra de la canción.

«Cariño, estoy bailando en la oscuridad,
contigo entre mis brazos,
descalzos sobre la hierba,
escuchando nuestra canción favorita.
Cuando dijiste que te veías hecha un desastre,
yo susurré por debajo de mi respiración,
pero tú lo oíste, querida:
Esta noche estás perfecta».

—Déjame intentarlo —propongo con convicción.

—Alexa... No sabes nada de mi vida ni de mí.

—Ni tú de mí, pero viste en mi interior lo que otros no vieron. —Me vio en mi obra. Esa soy yo.

—Esa no es la cuestión.

Sonríe. Algo me llena el alma a pesar de su seriedad, y es una de esas ideas locas que se me meten en la cabeza cuando creo que la sinceridad todo lo puede curar.

Deshago el agarre de su mano, dejo el bolso a un lado, abro la puerta y salgo, dejando atrás la cara de sorpresa de Álvaro.

Me posiciono delante del coche, dejando que el agua del chaparrón caiga sobre mí y levanto los brazos.

—¡Alexa! ¡Alexa! —Álvaro grita con la puerta abierta y la cabeza fuera—. ¡Vuelve!

Doy vueltas sobre mí misma y lo ignoro.

—¡Alexa! —insiste.

—¡Vamos! ¡Ven! ¡Tienes que probar esto! —Lo insto, moviendo los brazos, a que me acompañe.

—¿Mojarme? ¡No sería la primera vez! —grita.

—¿Y qué? ¿No te sentiste libre? —grito yo también.

Mueve la cabeza de lado a lado y sonrío de esa manera tan especial, tan enigmática, tan... suya.

Sale completamente del coche, camina hacia mí sin dejar de mirarme y se detiene a poco

menos de medio metro.

—Nos estamos mojando —advierte, con ironía.

Niego con la cabeza y levanto una ceja.

—Ah, ¿no? —Sacude el pelo y alza las manos—. ¿Qué hacemos entonces?

—¡Liberarnos! ¡Lo que nos apetece! ¿No te gustaría hacer lo que quisieras sin pensar en las consecuencias, en que te miren mal o en lo que pueda pasar? —chillo, y vuelvo a girar sobre mí misma un par de veces hasta detenerme frente a él un poco mareada.

Él me clava la mirada de una manera muy intensa, la sonrisa se me corta y todo se detiene a mi alrededor. Las gotas de lluvia se condensan a nuestro lado.

—Llevas razón. Debería hacer lo que realmente me apetece.

Levanta las manos, las introduce entre mi cabello, me acerca a él y une nuestras bocas que colisionan y todo explota en derredor. No es un beso cauto. Desde el principio se convierte en un torbellino de emociones y de ganas.

Me empuja hacia la acera sin dejar de besarme, mi espalda choca contra la pared de un edificio y gimo cuando me muerde el cuello. Nos comemos el uno al otro en la calle, en el portal, en el ascensor y en la terraza que lleva hasta mi estudio. Cuando entramos, nos quitamos los abrigos y la ropa a zarpazos. Tira la cintura de mis pantalones hacia abajo con fuerza y me quejo. Él sonrío de lado, se deshace de la prenda, se incorpora, me agarra el pelo y hace una especie de coleta entre sus manos. Acerca sus labios de nuevo a mis labios.

—Esto es lo que me apetece —susurra.

—Mmmm. —¡Muerta! ¡Muerta y remuerta!

—Lamerte, olerte, saborearte.

Roza con su nariz mi cuello, mi mandíbula, mis mejillas... Mientras, con la otra mano me acaricia el costado, el vientre; hasta introducir la mano entre mis braguitas y llegar hasta mi monte de venus.

Jadeo.

Él sonrío perverso, busca mi clítoris y lo masajea con lentitud. Sus dedos se resbalan entre mis sexo, húmedos y dispuestos para todo lo que viene a continuación.

—Joder... —Gime, cuando introduce un dedo y se desliza con facilidad hacia el interior.

Yo poso las palmas de mis manos en su pecho, cálido y duro, que se mueve al ritmo de su agitada respiración.

Sale de mí, me baja las braguitas a la vez que vuelve a agacharse, besa mi ombligo y toda la piel cercana, hasta que me abre los labios con las manos y me lame. Siento el calor de su lengua sobre mi sexo, de arriba abajo, de abajo arriba. Me agarro a sus hombros y grito por todo el placer que recorre mi cuerpo. Las piernas me tiemblan.

Unos segundos después, un fuerte orgasmo irrumpe con fuerza y grito. Grito, grito y grito mientras Álvaro mueve su boca entre mis piernas sin detenerse en ningún momento.

Me besa cuando termina y me da a probar mi sabor. Lo empujo sobre la cama y él se sienta en el filo. Completamente desnuda, me detengo frente a él, lo miro con las pupilas dilatadas, pongo mis rodillas en el suelo y entre sus piernas, le saco la polla y la masajeo. Él suelta un jadeo ronco sin apartar sus ojos de los míos. Saco la lengua y le recorro el miembro desde la base hasta la punta. Cuando termino, la meto completamente en la boca y la hago llegar hasta mi garganta.

—Oh, Dios...

Echa la cabeza hacia atrás y se apoya en sus manos.

Comienzo un baile desenfrenado metiéndola y sacándola, chupando la punta, lamiéndola

entera. Escondo los dientes tras los labios y subo y bajo, subo y bajo.

De su boca salen gemidos y exabruptos que no le había escuchado antes. Tiene los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás. Me detengo un segundo y lo monto. Me abro de piernas y, sin avisarlo, introduzco su verga en mi vagina de golpe. Los ojos se le salen de las órbitas. El jadeo que surge de su boca retumba en toda la habitación.

Hincha el pecho y abre la boca.

Hace un movimiento de pelvis y se clava más.

Gimo.

—Fóllame —me pide.

Enredo mis dedos en su pelo y lo beso.

Lo beso.

En estos besos hay más dientes y saliva que labios y lenguas. Lo cabalgo mientras sus manos se pierden entre mis pechos.

Hace calor.

Sudor.

Me agarra de la cintura, nos gira sin despegarnos y me tira sobre la cama con él encima. Me da un par de fuertes estocadas, hasta que sale, se retira unos palmos y mira entre mis piernas, abiertas para él.

—Eres como imaginé... —musita.

—Fóllame —soy yo la que se lo pide ahora.

—Con mucho gusto. —Sonríe muy perverso.

Me empala y gritamos. Ahora no hay besos. Solo nuestras miradas bajo una conexión inexplicable, un hechizo que no las deja sentirse solas. Su polla resbala dentro de mí ayudada por mi desbordada humedad. Mi cuerpo se mueve al ritmo de sus estocadas, más rápidas y certeras. El pelo le cae sobre la frente y se muerde el labio.

—Álvaro...

Sigue, cada vez más fuerte.

Va a partirme en dos.

Lo siento dentro, muy dentro.

Mis jadeos se hacen más constantes, los suyos altos y toscos. Me voy a correr, lo sé, lo sé.

No puedo aguantarlo más, no puedo.

—Arrggg —grito—. Me corro... Me... corro.

Se posiciona un poco más arriba y se mueve con una fuerza inusitada.

—Arrggg... Arrggg... —Él también grita entre una locura de movimientos en los que mi cuerpo se desmadeja.

Siento su semen dentro de mí, muy caliente, lo agarro del pelo y acerco su boca a la mía. La muerdo y le digo cuánto me pone.

Él baja hasta mi sexo y lo lame durante unos minutos hasta que vuelvo a correrme sobre su boca.

Terminamos enredados sobre la cama, sudorosos y rodeados de nuestros fluidos.

—Esto ha sido muy poco profesional —advierto, mirando el techo y con la respiración aún alterada.

—Y tarde para arrepentirnos.

Abro los ojos después de parpadear varias veces. Me he quedado dormida y me da un miedo

tremendo que Álvaro se haya marchado... otra vez. Quizás se olvide de mí y desaparezca otros dos años. Sin embargo, hoy no había bebido, al menos, que yo haya notado. Se le veía muy sobrio mientras empujaba dentro de mí. Ante este pensamiento, me humedezco y aprieto los muslos por instinto.

Comprobar que no retoza a mi lado me deprime. Nunca he tenido tanta necesidad de sentir cerca a alguien después de follar, porque supongo que eso es lo que hemos hecho. No voy a crearme expectativas cuando, además, tenemos una relación profesional.

«Te has *coronao*».

Lo primero que observo son las luces de colores que cuelgan de un lado a otro del estudio, tenues, dulces, dándoles a la habitación un halo de romanticismo que quizás no debería tener en este momento.

Lo veo. Está sentado en uno de mis taburetes, semidesnudo, con un caballete en frente y la mirada viajando por el lienzo que hay sobre él. Aún está fresco, pasé la madrugada trabajando, intentando terminarlo sin conseguirlo.

Me incorporo, cojo mi camiseta de pintar, blanca, salpicada de pintura de varios colores, y camino descalza hasta detenerme a su lado.

TEZ BLANCA, PELO DE FUEGO

ÁLVARO

Me despierto con ella a mi lado. La sábana blanca le tapa medio cuerpo, mientras que el otro luce espléndido ante mis ojos. El pelo revuelto pinta la almohada de un rojizo amanecer, y me pierdo durante unos segundos en las pecas de su cara. Alexa es un lienzo en blanco que me gustaría pintar, y explorar ese sentimiento me da pánico. Tenía que llegar esta mujer y empujarme hacia el abismo del que tantas veces he querido saltar. ¿Y sería capaz? ¿Sería capaz de lanzarme hacia la oscuridad, o ella podría detenerme?

Un lienzo llama mi atención al otro lado de la habitación y me incorporo. Alexa se remueve y murmura algo ininteligible. No se despierta y lo agradezco; necesito un momento para asimilar todo lo que me remueve por dentro.

Tomo asiento sobre una banqueta y observo las tonalidades a un metro de mí. Al principio son un baturrillo de susurros que no logro entender, matices, pequeños visos de algo que se esconde. De repente, como una película que ha llegado a su momento más trascendente, me arrolla un sentimiento de fatalidad e inseguridad que me abrumba, me aplasta el pecho, me asfixia, me asusta. Pero, al momento, como una tormenta que termina, todo vuelve a la normalidad. El corazón me bombea con fuerza y siento mis venas casi estallar.

—¿Te gusta? —escucho a Alexa junto a mí, susurrando con un cierto tono de temor.

—Es... demoledor.

—Aún no está terminado.

—Me ha conmovido en segundos. Yo lo veo perfecto así.

—Nada es perfecto.

—Este lienzo sí. Lleva magia. Cuenta una historia sin final.

—Todas las historias deberían tener un final —afirma con convicción.

Giro la cabeza hacia ella y la miro. Me gustaría decirle tantas cosas. Desearía explicarle cuánto miedo me dan los finales, lo mal que todo puede terminar.

—¿Y qué final te gustaría que tuviese? —pregunto.

—Uno feliz.

—Ojalá lo consigas.

No puedo ocultar la sonrisa triste que se perfila en mi rostro. Y en un segundo, siento la necesidad de tocarla, de tenerla cerca, de besarla.

Introduzco las manos por debajo de su camiseta, acaricio la piel de su abdomen y noto cómo se estremece. La polla me da una sacudida bajo el slip.

—Has hecho un buen trabajo. —Hago caso a mis instintos y la pego a mí, con su cuerpo entre mis piernas; tan débil, tan fuerte.

—Supongo que tendré que creerte —musita.

Arrugo el entrecejo, sin saber muy bien a qué se refiere.

—No sé si lo dices porque nos hemos acostado o porque realmente lo piensas —explica.
Respiro hondo.

—Creo que sería bueno que aclaremos un par de cosas. Siempre te diré lo que pienso, no lo que quieras escuchar. Y espero que tú hagas lo mismo conmigo.

Asiente levemente con la cabeza.

—Siempre —insisto.

—Siempre —repite.

Introduce sus dedos entre mi cabello y me masajea la cabeza. Gimo como respuesta y cierro los ojos.

—¿Esto te gusta?

—Me vuelve loco.

Sigue acariciándome.

—¿Crees que ha sido buena idea?

—Es muy relajante... —Estoy extasiado.

—Me refiero a habernos acostado —manifiesta.

Noto el miedo en su voz y abro los ojos.

—No puedo... No puedo permitirme que salga mal. Magdalenas de Colores necesita dinero.

—Alexa. —La agarro de las muñecas y la detengo—. Lo que ha pasado no interferirá en nuestra relación laboral. Me interesa tu trabajo. Eres una gran artista y estoy seguro de que llegarás muy lejos.

Le cambia el color de los ojos.

—Tal vez... Puede que nos hayamos equivocado.

—¿Eso crees? No me gusta que digas eso. Yo quiero seguir equivocándome... Un par de veces.

Y sí, me equivoqué, nos equivocamos, o tal vez fue lo más sensato que he hecho nunca. Porque la única verdad que conozco es que esa noche me pierdo en ella hasta encontrarme.

Sueño con besos.

Besos húmedos sin llegar a serlos.

Besos que arañan.

Besos que sanan.

Besos,

besos,

besos.

Una noche que apenas recuerdo.

Una imagen difuminada.

Tez blanca, pelo de fuego.

Pecas salpicando su cara.

Cuando me despierto sobresaltado,
con el corazón golpeándome el pecho.

Y todo cobra sentido
por fuera y por dentro.

Era ella.

Es Alexa.

Alexa es la chica que se grabó en mis sueños.

Me incorporo de repente. La claridad del sol me abofetea y me tapo la cara con el dorso del brazo. El sudor me perla la frente y el torso. La respiración se me acelera y trato de llenar mis pulmones con grandes bocanadas de aire. Es ella. Es Alexa. ¿Cómo no he podido darme cuenta antes? ¿Ella tampoco se acuerda de mí?

—Álvaro... —Escucho su voz, suave, a mi lado—. ¿Qué te ocurre? —Apoya los codos sobre el colchón, se impulsa y se arrodilla a mi lado.

Yo sigo tratando de entenderlo todo. La miro a los ojos buscando algo que me libere, que me explique lo que está pasando o lo que mi corazón siente. Le acaricio el pelo, las mejillas, el cuello... Su rostro refleja preocupación y desasosiego.

Acerco mis labios a sus labios y me detengo a escasos milímetros. Nuestros alientos se entremezclan mientras el sabor de su recuerdo me llega hasta el alma.

—Alexa... Eres tú...

Arruga muy levemente el entrecejo.

—Eres tú. Tú eres la chica de aquella noche.

Coge aire y lo suelta, balanceando su pecho a su paso.

—Sí...

—Tú... ¿Lo sabías?

Asiente despacio.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Me separo un centímetro de ella.

—Estaba enfadada.

—Lo siento. Lo siento tanto... Pero aquella noche no era yo, no quería ser yo.

Pego mi frente a la de ella y enredo mis dedos en su pelo. Vuelvo a atraerla hacia mí y la beso. Y en cada beso le doy todo lo que tengo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta bajo un susurro.

—Lo que queramos. ¿Qué quieres, Alexa?

—Que me beses mucho. ¿Y tú?

—Ahogarme con tus besos.

Nos ahogamos durante una hora. Los dos necesitamos darnos todos esos besos que no nos hemos dado durante todo este tiempo y que tanto necesitábamos... sin saberlo.

Nos regalamos los últimos de la mañana en la puerta de su casa. Me cuesta despedirme de ella, pero Jean me ha llamado varias veces y sé que tengo que irme.

—¿Qué ocurre? —pregunto mientras conduzco.

—Ocurre que no me coges el teléfono y Lucie necesita tu ayuda. —Escucho a Jean a través de los altavoces del coche.

—Lucie sabe cuidarse sola.

—Está en Madrid.

—¿No se fía de mí?

—No. Y yo tampoco.

—Acabo de llegar. Dadme un poco de tiempo.

—No tenemos tiempo. Esta madrugada nos ha llegado la noticia de que han puesto a la venta el Van Gogh. Habrá una puja a principios de año.

—Para eso aún quedan dos semanas.

—Alejandro está en la lista de asistentes.

Lleno los pulmones de aire y aprieto el volante con ambas manos hasta que los nudillos se vuelven blanquecinos. Me cuesta creer que mi hermano tenga algo que ver en esto.

Observo en el monitor que tengo otra llamada.

—Te dejo. Lucie me está llamando.

Cuelgo sin esperar a que se despida y, después de respirar varias veces y tratar de tranquilizarme, hablo.

—Hola, Lu.

—Estoy en Madrid.

—Lo sé.

—Tenemos que vernos. Te espero dentro de media hora.

—Voy de camino.

Aprovecho el camino para llamar a mi hijo. Roxana lo recogió hace una semana en casa de Dani y Alejandro y se lo llevó a Nueva York. Aprovechó que estaba en Europa en un desfile para pasarse.

—Te echo de menos, papi.

—Y yo a ti. Pronto iré a buscarte y pasaremos la Navidad juntos. ¿De acuerdo?

Entre hipos y sollozos, me promete que no va a llorar. Es un niño muy maduro para su corta edad, pero no deja de ser un niño, casi un bebé.

Aparco en el hotel Garden Suites un rato más tarde. Intentando cuadrar a Alejandro en toda esta ecuación, tratando de sumar dos más dos sin conseguir que el resultado sea cuatro. ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué hace mi hermano en una lista secreta para pujar por un cuadro que supuestamente se quemó durante la Segunda Guerra Mundial? ¿Por qué se relaciona con un traficante de armas?

Voy haciéndome todas estas preguntas mientras me bajo del coche, aparcado en una zona segura, y subo en el ascensor hasta nuestro usual punto de encuentro. Creo que voy a volverme loco pensando en las respuestas a esas preguntas, por ello, decido poner la mente en blanco y centrarme en Lucie durante las próximas horas. Si ella está aquí, debe ser por algo importante.

De repente, algo llama mi atención y me detengo en seco. Escucho una voz conocida amortiguada por la moqueta del pasillo. Es Alejandro, y parece que proviene de una habitación con la puerta abierta. Trato de acercarme, pero me percato de que está a punto de salir y me escondo tras una esquina.

No puedo creer lo que ven mis ojos.

Alejandro se despide de una mujer muy atractiva y le dice que la llamará en cuanto pueda para verse la próxima vez.

Pero, ¿qué es esto? Todo el mundo a mi alrededor se desborona.

Alejandro, ¿qué estás haciendo?

MEMORIA DE MOSQUITO

ALEXA

—¡Nina! ¿Dónde está mi labial rojo de Maybelline? —grito desde el baño, harta de buscarlo.

—¿Has mirado en el armario? —Hace acto de presencia.

—¿Tú qué crees? —Lo señalo, con todas las puertas abiertas.

Se posiciona a mi lado, introduce la mano en un cajón, lo revuelve y saca lo que llevo buscando más de cinco minutos.

—¿Sabes lo que creo? Que estás nerviosa porque ese hombre te gusta mucho.

Me miro en el espejo y me pinto los labios, ignorándola por completo.

Ella sigue hablando de Álvaro y tirándome de la lengua sin conseguir que hable. Y, claro, le parece raro.

—Ese conjunto de ropa interior es muy sexi. Al llevarlo te pueden acusar de premeditación y alevosía. —Se refiere al sujetador y a la braga que me cubren el cuerpo. Aún no me he vestido.

Me cepillo el pelo y me pongo un poco de perfume.

—Corazón, deja de pasar de mí. Me merezco una explicación —insiste.

Me detengo frente a ella, me cierro los labios como si tuviera una cremallera y voy al salón a darle de comer a Sopla. Tardo solo unos segundos. Cuando termino, me dirijo a mi dormitorio.

Ella me sigue todo el tiempo.

Va hasta la cama y coge el vestido que tengo sobre ella.

—Definitivamente tú lo que quieres es tirártelo —afirma, observando la prenda de color rojo, con los brazos y la espalda de encaje del mismo color.

Se lo quito de las manos, me lo pongo y le pido que me abroche la cremallera del costado.

Cruza los brazos y se niega.

—No hasta que no aceptes que te gusta mucho.

—Eres como una niña pequeña. —Trato de subirla yo sola pero es imposible. Se me atasca a la mitad—. Vas a conseguir que rompa el vestido.

—Vas a romperlo tú solita.

—Vale, está bien —claudico—. Llevabas razón cuando ayer dijiste que no te lo había contado todo de ese hombre.

Levanta el mentón, orgullosa de su gran olfato. —Álvaro es el hombre del que te he hablado alguna vez.

Achina los ojos.

—Sí. Uno de los que conocimos en Adara hace unos dos años.

—No caigo.

—Que celebraba la despedida de soltera de una amiga.

—Ni idea.

—Mira que tienes memoria de mosquito. ¡Ese con el que pasé la noche pero no me acosté!

—¡Ah, ese! Empieza por ahí.

Pongo los ojos en blanco.

—Mí niña, eso sí es un hecho de los más raro. Imposible olvidarlo —informa.

Yo sí que no lo había olvidado en estos años.

—El caso es que no se acordaba de mí... No... me recordaba.

—¿Y eso te enfada?

—Estaba enfadada con él, sí.

—Si mal no recuerdo... Iba bastante beodo. ¿Me equivoco? Nosotras también íbamos mal. Yo ni recuerdo su cara.

Respiro profundamente y asiento.

—Supongo que eso le ocurrió a él.

—Anda, deja que te abroche el vestido.

Sube la cremallera y me mira.

—¿Qué? —La conversación me ha cambiado un poco el ánimo.

—Estás preciosa. ¿Te preocupa algo?

—Muchas cosas.

—¿Como cuáles?

—Pues que no salga bien. Me gusta mucho. Llevas razón. Yo sí que recuerdo aquella noche, no se me ha olvidado en todo este tiempo. Sin contar que ahora es mi jefe y... bueno. También está mi familia.

—¿Qué pasa con tu familia? Sigue viviendo tu vida y listo.

—¿Qué le digo cuándo me pregunte por ellos? ¿Soy sincera y le cuento la familia tan “normal” que tengo? —Entrecomillo con los dedos.

—No tienes por qué decírselo...

—Alguna vez saldrá la conversación —la corto.

—Llevas razón. Pero no pienses en eso ahora. Tú, disfruta de la noche y mañana ya veremos qué hacemos.

—¿Cómo están mis chicas? —Mat interrumpe a gritos desde el salón.

—Gracias. —Nos damos un pequeño abrazo—. ¿No le quitaste la llave? —La miro con una sonrisa.

—Debió hacer copia antes de dármela.

Nos reímos.

Salimos a recibir a nuestro vecino, casi compañero de piso.

—¿Vais a salir? Traigo una botella de vino.

—Sale ella. —Nina me señala con la cabeza—. No te preocupes que yo te ayudo con esto. — Le quita la botella y se la lleva a la cocina. Supongo que para abrirla. Sé a conciencia que Nina no desaprovecha una oportunidad como esta.

—¿Vuelves a salir con ese tío? —me pregunta a mí, con bastante deje de molestia, por cierto.

—Si te refieres a Álvaro, sí.

Qué cansino.

—Gorka me ha preguntado si teníais algo serio.

Claro, Gorka le ha preguntado.

—No me voy a casar con él, Mateo. —Me cuelgo el bolso.

Nina llega con tres copas de vino llenas hasta la mitad y me ofrece una.

—Vamos a brindar —manda.

—¿Por qué? —pregunta Mat, cogiendo la suya.

—Porque Alexa ha conocido a alguien especial.

Mateo me lo reprocha con la mirada y yo suspiro.

—Venga. —Mi amiga nos anima a que levantemos las copas en medio de la sala—. Por Alexa, su arte y su futuro. Y por ese hombre que la hace sonreír como si viviera fumada.

Me muerdo el labio y sonrío.

Mat me mira por encima de la copa mientras la bebe.

Salgo a la calle subida en unos zapatos de tacón de varios centímetros y un abrigo negro que me abrocho en cuanto siento el frío en la piel. Álvaro llega hasta mí, me rodea el cuello con las manos y me besa. Ese es su saludo. No dice ni hola y, oye, no me quejo. Un gran saludo, sí, señor.

Cuando termina, pega su nariz a la mía y sonrío.

—Está fría —advierdo.

—La tuya está caliente.

—¿Cuánto llevas esperando?

—Solo unos minutos.

Le acaricio las mejillas.

—Podías haber esperado dentro del coche. Estás helado.

Me da un corto beso y me mesa el cabello.

—Vamos. Es tarde. —Me agarra de la mano y caminamos hasta su coche.

—¿Tarde para qué?

—Para comer —dice, como si fuera obvio.

Me abre la puerta y me detengo antes de entrar.

—¿Qué?

—Nada. —Me introduzco dentro y él cierra la puerta detrás.

He dicho nada, pero me ocurre de todo. Es cierto que me gusta mucho, es cierto que sonrío como si fumara marihuana a cada minuto, es cierto que esto me parece un sueño; pero también es cierto que solo acabamos de empezar a salir y no sé si él se lo está tomando tan en serio como yo. Algunas veces desaparece y no coge ni el teléfono. Supongo que tiene mucho trabajo y sé que viaja muy a menudo.

«No te comas más la cabeza. Haz caso a Nina. Disfruta».

Eso intento.

UN LUGAR EN EL QUE EL ARTE SE RESPIRA

ALEXA

Durante el trayecto suena *Stay with me* de Alex Goot. Las luces de Navidad alumbran todo Madrid tanto o casi como mis ganas de que esto salga bien. ¿Eso que se escucha es mi corazón? Por supuesto que sí. Bombea tan fuerte que hasta los viandantes de Gran Vía pueden escucharlo.

—No has preguntado adónde vamos —interrumpe mis pensamientos cargados de purpurina y confeti. ¿Por qué no he preguntado? Porque mi vida en este segundo es un muffin de crema de zanahoria cubierto de estrellitas de colores con chocolate puro, exquisito y perfecto. No quiero comerme el muffin, ¡no quiero que nadie le dé un bocado y lo estropee!

—El lugar no importa.

—Vaya... —Lo veo dudar.

«Ya lo has asustado».

—Oh, no he querido decir eso. Me refiero a que... a que...

«A que eres *retarder*».

—Tranquila. A mí tampoco me importa el lugar si estoy contigo.

Ohhhhh. El muffin que recreo en mi mente se convierte en una tarta de cuatro pisos y muchos sabores, todos los que me gustan. Y me veo a mí saltando sobre ella e hincándole el diente como si fuera el último dulce de este mundo después de que una invasión extraterrestre se apodere de la tierra y de todos sus manjares.

Y así, como quien no quiere la cosa, nos acercamos un poco más en esta inmensidad del universo, nos volvemos un poco más cuerdos en este mundo de locos, nos gustamos más en una sociedad en la que el odio es parte del día a día.

—Ya hemos llegado. —Me ofrece la mano cuando salgo del coche.

—¿Qué es este sitio?

—Un lugar en el que el arte se respira.

Estamos en una calle perdida pero céntrica de Madrid. Ahora mismo no sabría decir cuál porque el confeti y la purpurina dentro del coche no me han dejado ver lo que tenía delante.

Caminamos hasta una puerta de metal muy grande, que abre con una llave.

Me insta a que pase delante de él y, con mucha curiosidad, me adentro en lo que parece un pasillo con paredes de piedras alumbrados por un par de farolas no mucho más grandes que yo.

—Ahora tienes que detenerte —susurra detrás de mí.

Me estremezco y lo obedezco; todo en uno.

—Cierra los ojos.

Lo hago, y todo lo que viene a continuación es una montaña rusa de sensaciones. Cuando te privas de uno de tus sentidos, todos los demás se agudizan y, vaya por Dios, mi piel se electrifica.

Escucho el roce de una tela y siento algo acariciar mi cuello.

—¿Confías en mí? —musita junto a mi oído.

Trago con dificultad y asiento.

Con una especie de lazo, me tapa los ojos y hace un nudo en la parte posterior de mi cabeza. Con los dedos, me acaricia los hombros, los brazos, el vientre y la cintura.

—Ahora camina con cuidado.

Damos un paso tras otro los dos a la vez. No demasiados. Unos diez.

—¿Qué te gustaría que ocurriera ahora? —sigue susurrándome al oído.

«Que nos ates y nos destroces a polvos». Mi subconsciente se ha venido arriba.

—No lo sé...

Estoy muy nerviosa. Si me preguntaran en qué nivel de nerviosismo me hallo, diría que en una escala del uno al diez, supero el mil trescientos veinte.

—Yo también estoy nervioso. No quiero defraudarte.

No podrías, Álvaro.

«Ya sabemos que calzas grande».

—Ahora voy a quitarte la venda y... recuerda que prometimos decir siempre lo que pensábamos.

Me gusta que para él la sinceridad sea tan importante como para mí.

—Relájate, estás muy nerviosa.

No lo sabes tú bien.

Me desabrocha el lazo y este cae, besando mi hombro derecho, hecho que vuelve a ponerme la piel de gallina.

Tardo unos segundos en ver con claridad. Cuando lo hago, me doy cuenta de dónde estamos. Debe ser la nueva galería, porque todos mis cuadros, esos que vino a buscar Berta hace unos días con varias personas muy profesionales y que trataron mis obras con mucho mimo y cuidado, se encuentran colgados de todas las paredes que nos rodean formando un precioso arcoíris de colores, creando un maravilloso paisaje ante mis ojos, alumbrados con algunos apliques y cientos de velas puestas aquí y allá. Leo: Sala Mariposas.

—Pero... —No sé qué decir.

—¿Te gusta?

—¿Lo dices en serio?

—¿Es lo que esperabas?

«Esperábamos echar un buen polvo, pero vale, aceptamos cuadros como animal de compañía».

—Es... mucho más —digo, ignorando a mi subconsciente (muy salido).

—He tratado de que tenga coherencia, de que se convierta en un viaje cargado de emociones, pero no es definitivo, el artista siempre tiene la última palabra.

Giro sobre mí misma varias veces observándolos todos.

—Está perfecto. No cambiaría nada. Bueno... Supongo que las velas no estarán el día de la inauguración.

Me detengo frente a él. Sus ojos brillan como estoy segura lo hacen los míos.

Los dos sonreímos.

—Yo tampoco cambiaría absolutamente nada.

—Lo imagino. Todo esto ha sido decisión tuya. —Sonrío.

—Me refiero a ti. A mí. A nuestro momento.

—¿Crees que este momento es nuestro?

—Puede serlo... Aún no te he hablado mucho de mi pasado, pero estoy seguro de que la

primera vez que nos vimos no hubiese podido darte lo que deseo.

—¿Qué quieres darme? —pregunto, no sin miedo.

—Quiero que me conozcas. Quiero conocerte.

—Eso estaría bien.

—Hay cosas... —Suspira—. Cosas de mi vida que tal vez no te gusten.

—Yo tampoco tengo una vida modélica. —Si él supiera... Mi familia está tarada. Tengo una hermana que me odia y que va a casarse con el único novio que he tenido. Y lo peor no es eso. Mis padres son imposibles de comprender.

—Si todo va bien esta noche, me gustaría contarte algo importante. —El color de los ojos le cambian ante esta proposición.

Los vellos se me ponen de punta, y no es de excitación. No quiero que se coma mi muffin de zanahoria, estrellitas de chocolate y confeti. Quiero vivir en el mundo de las magdalenas gigantes y comerme una con sabor a Álvaro cada mañana.

«Álvaro desnudo, puestos a pedir».

Estoy de acuerdo contigo, amiga.

Nos sentamos en una mesa con dos velas, estas diferentes a todas las demás, más largas y finas, y él, como el caballero que es, me retira la silla como si yo fuera la Reina de las reinas.

—Gracias.

Una chica aparece a nuestro lado con una botella de vino y llena las dos copas.

—La cena está lista —informa a Álvaro.

—Puede servirla.

Desaparece como ha llegado, dejándonos solos de nuevo.

—Nunca me habría imaginado algo así...

—Me alegra saber que te gusta.

—Has hecho un buen trabajo. —Miro mis cuadros—. Estoy muy emocionada.

Me coge la mano y la aprieta.

—Alexa... Yo... —Va a decir algo importante cuando la persona encargada de la comida nos interrumpe.

Nos separamos y dejamos que sirva los platos.

—Señor, el postre está preparado sobre la encimera.

—Gracias, señorita Rubio. Puede marcharse.

La chica nos despide con una caída de cabeza y cierra la puerta al salir.

El pequeño portazo resuena en mi interior con fuerza y no sé muy bien lo que ocurre, pero el ambiente se tensa. Y él también lo siente.

—Ahora sí que estamos solos... —susurra, sensual y cálido, mientras me mira con esos ojos negros.

Siento mi corazón latir de nuevo, tanto que se me va a salir del pecho.

—¿No comes? —pregunta sin despegar sus pupilas de las mías, cada vez más grandes por la excitación que me ha dado de repente.

Niego con un gesto de cabeza.

—Parecías hambrienta.

—Y lo estoy.

Respiro.

—¿Qué deseas?

—Ya lo sabes.

Venga ya. Lo sabe de sobra.

—Dímelo.

—A ti.

Sonríe pérfido y... ¡Me encanta! Me encanta conocer esta faceta suya. Me excito muchísimo en una milésima de segundo.

—Ven —me pide.

Froto mis muslos el uno con el otro y siento la humedad salir de mí y mojar las bragas.

Me levanto sin dejar de mirarlo y camino hasta detenerme a su lado.

Lleva una mano a mi tobillo, que agarra con suavidad, y sube hasta la rodilla, acariciándome la piel. Mi sangre galopa desbocada entre mis venas y la respiración se me acelera tanto que estoy a punto del desmayo. Sigue en dirección ascendente y me estremezco cuando se pasea por mis muslos. Como acto reflejo, abro unos centímetros las piernas, y él sonríe de una forma muy perversa al darse cuenta del efecto que está teniendo sobre mí. Unos segundos después, roza la tela de mi tanga y, con ello, mi sexo; y sin control, de mi boca se escapa un gemido seco. Sé que nota mi humedad cada vez más abundante. Con un dedo viaja por mi zona más erógena, desde el monte de venus hasta el centro de mis glúteos, dibujando una difusa línea. En su retroceso, aparta el encaje y, sin avisar, lo introduce dentro de mi vagina.

—¡Ah...! —Me agarro a sus hombros y echo la cabeza hacia atrás.

—Me gusta que te mojes por mí. —Lo saca e introduce dos, haciendo movimientos lentos pero constantes, de adentro afuera.

Su alterada respiración multiplica por cien mi placer.

—Álvaro... Voy a correrme...

—¿Quieres correrme?

—Sí...

Saca los dedos, me baja las braguitas y me sube el vestido. Con decisión, me agarra de la cintura, me sienta en la mesa frente a él y me abre las piernas. Se detiene a mirar mi desnudez y se relame la boca con la lengua. Yo, como respuesta, separo más las piernas y le ruego en silencio que me devore.

Lleva su boca hasta mi sexo y, con la lengua, sigue la línea que antes ha dibujado con el dedo. Apoyo las manos sobre la mesa, junto a mi espalda, y grito. Álvaro me devora, sujetándome con sus dos manos de las caderas.

No puedo respirar.

Cuánto placer.

Voy a correrme ya.

—Álvaro... Me corro...

Reacciona volviéndose loco. Me succiona el clítoris e introduce dos, tres, cuatro dedos en mi interior. Mi cuerpo se contrae por completo y grito sin control durante más de un minuto, tiempo que utiliza para recrearse y exprimirme por completo.

No espera a que me recupere. Se levanta, se desabrocha el pantalón lo justo para liberar su polla y me penetra de una fuerte estocada. La mesa se mueve medio metro hacia atrás y las copas caen al suelo.

Un fuerte rugido brota de su garganta y, tras un segundo, que las paredes de mi sexo utiliza para acoplarse al suyo, comienza a empalarme sin piedad.

Tras una eternidad efímera en la que estoy a punto de morir de gusto, se detiene y sale de mí.

—Ponte de pie —habla con la respiración acelerada.

Hago lo que me pide, con la vista clavada en su miembro viril, erecto y brillante por la mezcla de mis fluidos y los suyos.

Saca el lazo con el que antes me había tapado los ojos y me pide que le enseñe las manos.

Agarra mis muñecas y las rodea con la tela, apretando y amarrándomelas juntas con un nudo muy fuerte.

Tira de mí y me pega con el pecho a la pared.

—Levanta los brazos.

Los agarra y me cuelga de un aplique clavado en la piedra sobre mi cabeza.

—No te muevas —susurra junto a mi oreja.

Agarra el bajo de mi vestido, que ha vuelto a su origen, y lo sube hasta la mitad de mi espalda. Siento su boca sobre mis glúteos, los muerde y los lame en un constante baile que acompaña con la palma de sus manos. Pierde una de ellas entre mis piernas y nota que mi humedad baja entre mis piernas.

—Joder —masculla.

Y de pronto, vuelve a empalarme. Los pechos se me pegan a la pared y chillan. Mis pezones, erectos, rozan contra la piedra, dura y áspera, y le pido más, mucho más.

—Más fuerte... Más fuerte...

Álvaro me hace caso y entra y sale de mí a un ritmo desolador. Estocadas rudas y cada vez más rápidas. Con una mano me pega a él y la otra la introduce entre mi pecho, sacando uno y masajeándolo.

Nuestros gemidos, descontrolados, chocan contra las paredes y vuelven a nosotros, multiplicados por cien.

Diez minutos después, las piernas empiezan a fallarme, mi cuerpo se cuelga del lazo, que crea un cerco sobre la piel de mis muñecas, pero no me importan; no quiero que esto termine nunca.

Su polla entra y sale de mí. Una y otra vez. Una y otra vez.

—Quiero besarte... —Suspiro.

Me descuelga, me da la vuelta y me tira en el suelo boca arriba. Se arrodilla delante de mí, levanta mi culo y lo lleva a la altura de su polla. Y me folla. Me folla sin medida en medio de una sala llena de arte, de mis sentimientos, de mis miedos, de mis emociones. Me folla dejándose llevar, sin freno, sin límites, sin cordura. Me folla como si estar dentro de mí no fuera suficiente y quisiera romperme por la mitad.

Se echa hacia delante y apoya una mano junto a mi cabeza. Me muerde un pezón y grito. Me quema, ardo. Lo agarro de la cabeza y lo incito a que vuelva a hacerlo. Va a por el otro, lo aprisiona entre sus dientes y tira hacia arriba.

Grito, envuelta en un placer doloroso que me lleva a la cima.

—Besa... Bésame...

Une nuestras bocas, que se devoran entre sí, y nos susurramos cuánto nos gusta sentirnos.

Nos corremos mirándonos a los ojos, con su cuerpo adueñándose por completo del mío, que se postra a sus pies y lo deleita con un orgasmo acompañado de gritos sin control, espasmos vaginales y corporales y mi humedad desbordándose.

—La cena se ha enfriado —comenta, tras ayudarme a levantarme, recomponerme el vestido y besarme con mimo.

—No me importa —afirmo, pero mi estómago se revela y se queja.

—Parece que él no piensa lo contrario. —Qué vergüenza, lo ha escuchado—. El sexo le ha

dado hambre.

—El buen sexo siempre le da.

—Me alegra escuchar eso.

—¿Un vanidoso?

—Una persona que desea follarte un millón de veces más.

Me lleva hasta la silla que antes ocupaba y me pide que tome asiento.

—Yo sirvo la cena —informa.

—No me imagino a un camarero más sexi.

Arregla la mesa, destrozada por nuestra escena erótica de hace un rato, y me pide que coma.

—Quiero que tengas fuerzas para lo que deseo hacerte luego. No quiero que te lastimes.

Casi me atraganto con el vino.

Él ríe y también bebe.

La siguiente media hora la pasamos hablando de arte. Aprendo que a él le apasiona tanto como a mí y no entiendo cómo dejó de pintar y expresar todo lo que sé que lleva dentro.

—Deberías volver a pintar. —La cara le cambia a una mucho más tensa al escuchar mi opinión—. Sé que debes hacerlo.

—No puedo.

—Claro que puedes. Solo tienes que intentarlo.

—No lo entiendes. —Habla serio pero no enfadado—. Para mí coger un pincel o una brocha es como enfrentarme a mí mayor miedo. ¿No tienes miedos?

Asiento. Claro que tengo miedos. Vivo muerta de miedo ante el hecho de sentarme frente a él desnuda, desnuda por dentro, y que conozca esa parte de mí que odio y que lo haga correr hasta alejarse tanto de mí que no logre volver a encontrarlo.

—Pero sabes... Tú me ayudas a sentir sin ese temor que me ha acompañado siempre. Le hice mucho daño a una mujer y... ella me lo hizo a mí. Desde entonces no me he permitido sentir. —Sé que le cuesta abrirme su corazón y está haciendo un gran esfuerzo—. Tengo que ser sincero contigo, Alexa. Me lo debo. Y tú me agradecerás que lo sea. —Respira—. Hace mucho que mi corazón se cerró y no ha vuelto a amar a nadie, no sé si está preparado para hacerlo, pero tú me das paz, me empujas sin quererlo a sonreír. Es muy fácil ser feliz cuando estoy a tu lado.

No sé qué decir.

Sigue.

—Para mí esto no es una noche de sexo, aunque lo sea. No es magia aunque tú la hagas conmigo. Es de verdad. Lo siento de verdad y quiero contártelo todo. ¿Estás preparada para saber más de mí?

—Quiero conocerte. Quiero entenderte. Quiero a un Álvaro sin excusas, sin miedos, sin mentiras. Quiero saberlo todo de ti aunque no seas perfecto. Nadie lo es.

Y yo mucho menos.

—Tengo un hijo.

COMO IR FUMADA

ALEXA

—¿Que tiene un hijo? —grita Nina a mi lado, sentadas en el autobús.

—Vas a dejarme sorda. Dilo un poco más fuerte que la señora de verde y el conductor no se han enterado. —Me toco el oído.

—¿Tiene un hijo! ¿Y te lo dice ya? Pero, ¿cuánto lleváis saliendo? ¿Diez minutos?

—Un poco más —contesto, con la sonrisa tonta.

—Otra vez estás fumada.

—No seas tonta. Yo no fumo.

—Te fumas pipas así. —Hace un gesto con las dos manos.

Me río y cojo el teléfono móvil.

—Me ha enviado un mensaje.

—Ahora te dirá que está casado, pero como eres tonta de remate, no le darás importancia.

—No está casado. La chica con la que estaba se quedó embarazada, pero nunca han tenido una relación seria. Es modelo. Vive en Nueva York.

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—Sí.

—¿Y?

—Y, ¿qué?

—¿No la has buscado en google?

—No.

Miento.

—¡Mentira! Dime como se llama.

—Ni muerta.

—Venga ya. ¿Está buena? Seguro que sí. Es modelo. Ya la odio solo por eso.

—No seas así.

—Vale, la odio porque vive en Nueva York. Siempre quise vivir en Nueva York.

—Pues hazlo. Vete a Nueva York.

—Joder con la fumada que llevas. —Cruza los brazos y alza la mandíbula.

—¿Qué? —le insisto, porque sé qué es lo que quiere.

—Nada.

—Venga.

—Ensémamela. Es de buena amiga cotillear juntas las ex de las parejas. —Hace un puchero.

Lleva razón. Es como una ceremonia obligatoria *estalker* a exnovias en la red.

—Está bien —claudico.

Da palmaditas con las manos de forma compulsiva y saltitos en el asiento.

—Es esta. —Le doy el móvil para que la observe y critique.

—Es muy guapa, pero... está muy delgada.

—La chica es perfecta.

—Vale. Lo es. Tiene un tipazo. Y es muy guapa.

Se me cambia la cara.

—¿Qué te pasa?

—Nada. A veces, cuando la miro, me pregunto qué ha visto en mí.

—¿En serio? —Se enfada—. Tú también eres preciosa. ¡Qué digo! ¡Eres una diosa pelirroja con un cuerpo de impresión y un culito respingón que me dan ganas de pellizcarlo! —grita.

—Shhh... —Río a carcajadas.

—Levanta, es nuestra parada.

Me incorporo y pego un salto. Ella me da un pellizco en el culo cuando voy saliendo del autobús.

—Espero que Álvaro no te haga pasar hambre —bromea.

—Pues no te creas. Hace un par de noches me dejó sin comer —hablo con intriga.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos comimos la cena fría porque estuvimos retozando sobre el suelo.

—Di, follando. Fo-llan-do. Las cosas hay que llamarlas por su nombre.

—Hicimos el amor.

Mi afirmación hace que se pare en seco.

—¿Qué haces?

—¿Ya te has enamorado? ¡Por Dios, Alexita! ¡Los diez minutos de relación...! ¡Diez minutos!

Me río y paso de ella. Sigo caminando hasta llegar a nuestro destino: una tienda de ropa exclusiva pero bastante barata en la que pienso comprarme el vestido más bonito que encuentre para la inauguración de la galería dentro de dos semanas.

La Nochebuena la paso en casa con Nina y Mateo. Mi madre me llamó y me insistió para que los acompañara, pero me niego a hacer el paripé delante de un montón de gente que casi ni conozco y que me caen mal. Las fiestas en mi familia se celebran a lo grande y no me apetece forzar una sonrisa durante horas.

—Eres una desagradecida —me dijo mi hermana por teléfono ayer por la tarde.

—Yo no les pidó nada. Que no me lo pidan ellos.

—Espero que te lo pienses mejor y vengas a mi fiesta.

—¿Qué más te da que vaya o no?

—Puede que te resulte extraño lo que voy a decirte, pero quiero ser la protagonista de esa noche. No me gustaría que todo el mundo hablase de tu ausencia y no de mi vestido Chanel.

Le colgué. Le colgué y no me sentí mal por ello. ¿Cómo podemos ser tan diferentes con todo lo que nos parecemos?

—Ya está todo preparado. —Mat viene a por nosotras.

—Mateo. No vamos a perdernos de aquí a tu casa. Aunque difícil, nos sabemos el camino —le contesta Nina, poniéndose los zapatos.

—Qué graciosa.

—Vamos. No quiero que esto se enfríe. —Salgo de la cocina con una bandeja cargada de solomillo en salsa y patatas panaderas.

—Qué bien huele, aunque preferiría “retozar” en el suelo y dejar que se enfriara. —Mi amiga me mira y sonrío.

Pongo los ojos en blanco y salgo de casa.

—Mateo, abre por Dios que esto pesa.

—No tengo las llaves. —Se toca los bolsillos del pantalón.

—¿Qué?

—¿Qué estás diciendo?

—Me las he debido dejar dentro. Coged la vuestra.

—Mateo, déjate de bromas que es Nochebuena. Ya sabes que la llave la perdí en el Bogga — grita Nina.

—Os estoy diciendo la verdad.

—¡Venga ya! —Lo señala.

—¡Mateo, que me quemó! —me quejo.

—Abre la puerta —le pide a Nina.

—Ya te he dicho que no tenemos llave de tu casa.

—¡Abre la puerta! Tengo una idea.

Se miran desafiantes.

Volvemos a entrar en casa y dejo la bandeja sobre la mesa del salón.

—¿Qué vas a hacer?

—Creo que puedo abrir la puerta del balcón —explica.

—¿Estás loco? Cenamos aquí y ya está.

—He dejado el fuego puesto. Si no entramos en cinco minutos, sale la casa ardiendo.

—No sería mala idea, una Nochebuena rodeada del cuerpo de bomberos —dice Nina.

Nos vamos al balcón y Mateo decide que es buena idea saltar de uno a otro como si fuera Spiderman. El problema es que él no es un súper héroe y está falto de poderes. El único que le reconozco es fustigarme cuando me acuesto con alguien que no le gusta y darme calor a todas horas (con dar calor me refiero a que es muy pesado, no a que se convierta en una estufa humana andante).

—Ay, Mateo, vas a matarte —me preocupo, cuando veo que se agarra a la barandilla.

Me tapo la cara. No quiero ver su cuerpo estrujadito en el suelo.

—Déjalo. Si verlo caerse va a ser lo mejor —comenta Nina riéndose.

—Por favor, Nina, que son cuatro pisos.

—Este vuela.

De nuestro balcón al suyo puede haber un metro y medio. Mat («Mateo el gato volador» para los amigos) intenta agarrarse al suyo, pero no llega. Decide subirse a un vuelo de la fachada de unos diez centímetros de fondo e ir muy despacio hasta llegar a su casa. Trastabilla y se tambalea. Mi mente lo imagina ya espachurrado sobre el asfalto con los sesos esparcidos por la carretera. Qué fatiguita (vale, también penita). Me arrimo a él y trato de atraparlo por la chaqueta, sin embargo, no llego. Ahora me gustaría tener los brazos del Sr. Fantástico, pero nada más lejos de la realidad. Estamos faltos de súper héroes. Todo cambiaría en este país con un Superman metiendo corruptos en la cárcel, solo digo eso.

—¡Ah! —mi amigo grita cuando resbala.

—¡Por Dios! —mi voz es un alarido ahogado.

—¡Mateo! —Nina se abalanza sobre él pero tampoco lo alcanza.

Cae un metro y se agarra a su barandilla, quedando con las piernas colgando.

EL MONSTRUO DEL LAGO NESS

ALEXA

Madre mía, madre mía. Perdemos a un amigo el día de Nochebuena. Vaya recuerdo que nos va a quedar. Pero no. Lo que perdemos poco a poco son los pantalones de Mateo, que resbalan por sus piernas centímetro a centímetro hasta quedarse encajados a la altura de los tobillos. En los primeros, ya nos damos cuenta de que no lleva calzoncillos y la minga se levanta como si quisiera ondear una bandera en este frío día de invierno.

—¡Los pantalones! —clama Nina.

—Joder... —masculla Mat.

—¡Agárrate fuerte! —le pido, aguantando la risa.

—Pero, ¿eso qué es? ¡¡El Monstruo del Lago Ness!! —Mi amiga lo señala, muerta de la risa.

Ya sabíamos que nuestro vecino tenía una anaconda en vez de pene, la hemos visto muchas veces mientras él pasea desnudo por la casa. Vamos, que no nos sorprende, pero parece que a un grupo de chicas que caminan por la acera sí. Comienzan a gritar desde la calle. No sabemos si porque creen que Mateo puede caerse o porque han observado que sí es un súper héroe: El Picha Grande.

Por fin consigue subirse al balcón, saltar la baranda, ponerse de pie y subirse los pantalones.

—Joder, no lo he grabado —se queja Nina.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Se me han congelado los huevos. —Se toca el paquete con las dos manos.

—¡Las pajas para después! —Nina no se corta un pelo.

Él la ignora, toquetea la puerta y, por arte de magia, la abre y consigue entrar en su casa.

La comida no se quema.

La casa no sale ardiendo.

La cena pasa distendida.

El Monstruo del lago Ness duerme calentito en su cueva.

A eso de las dos de la madrugada, después de bebernos una botella de ginebra entre los tres, decidimos ir a la fiesta que da el Club Adara cada año. No suele haber entradas, pero una amiga de Mateo le ha dado pases Vips con los que salir y entrar sin problemas.

Ya dentro, el jefe de seguridad, un tal Joan, nos acompaña a un reservado y nos hace subir las escaleras. He estado muy pocas veces aquí arriba. Son como balcones que dan para la pista de baile en la que la multitud se mueve sin parar. Mola.

Los tres nos colocamos al filo de la baranda, levantamos los brazos y, alucinados, gritamos sin parar.

—¡Wow! Esto es increíble —apunta Nina.

—¡Es una pasada! —respondo yo.

La siguiente hora la pasamos bailando sin poder detenernos. Hemos venido a disfrutar y lo

hacemos.

Mientras suena *Lola Bunny* de Lola Índigo y Don Patricio, me llevo mi copa a la boca y me percató de que solo queda una gota. Les chillo a mis amigos, entre balanceos, que voy abajo a pedir algo que me sacie la sed y bajo las escaleras a trompicones. Borracha no, pero un poco pasada sí que estoy. La gente me empuja y yo trato de hacerme hueco entre todos hasta que llego a un trozo de barra que parece que el destino ha dejado para mí.

—¡Un gin-tonic, por favor! —pido al camarero que se acerca a mí y con un gesto de cabeza me indica que está disponible.

—A mí una botella de agua —dice alguien a mi lado.

Miro en su dirección y veo a una mujer muy guapa con una sonrisa increíble.

—Me encantaría acompañarte con un buen gin-tonic, pero... El bicho que se mueve aquí dentro no debe beber alcohol.

Doy por hecho que me ha dicho que está embarazada, pero mis neuronas tardan en entenderlo (porque bailan con Lola Índigo, ahora su tema: *Mujer Bruja*).

Su cara me suena...

Por favor, neuronas locas, dejad de bailar y hacedme un poquito de caso.

—Soy Dani, la cuñada de Álvaro —se explica. Ella sí me ha reconocido.

Ahhhhh. La cuñada de Álvaro, la que le rompió el corazón, de la que estuvo enamorado, la que habla con su subconsciente tanto como yo. Parece una buena mujer, simpática y agradable.

«Deja de darle vueltas a la cabeza y contesta. Sé educada».

—Hola, Dani. Me acuerdo de ti. Encantada de volver a verte.

El camarero nos pone las bebidas delante y nos indica que ya está todo pagado.

—Pero... —me extraño, con un billete de veinte colgando de una mano.

—No te preocupes... Mi marido es el dueño. —Me dice a modo de confidencia y guiñándome un ojo—. ¿Ves esa cámara? —Me señala el visor en una esquina—. Saluda. —Alza la mano y la mueve—. Seguro que está comprobando que solo bebo agua.

Imito su gesto, sorprendida.

—Vaya...

—Haz como yo. Ni caso. Es un buen hombre, solo se preocupa demasiado por mí. Se preocupa demasiado por todos nosotros. También de Álvaro —incide en su nombre.

Algo sabe, pero no sé el qué.

—Eh... —Mejor no meter la pata.

—Me ha hablado de ti. —A ver qué le ha dicho—. Dice que manejas los colores como nadie. Que das vida a tus obras. Las he visto. Estoy de acuerdo con él.

No es buen momento para hablar sobre esto, sin embargo, hasta mis neuronas, esas que bailaban como si el mundo se fuera a acabar mañana, se unen para luchar contra el alcohol que lleva mi cuerpo y me regalan un poco de lucidez, la suficiente para no parecer gilipollas.

—Gracias. Llevo muchos años trabajando en ellas.

Un par de tíos muy borrachos nos empujan y casi nos caemos al suelo. En una milésima de segundo y como si lo estuviera esperando, Joan, el miembro de la seguridad que nos acompañó al balcón, aparece de la nada y se lleva a los dos hombres que nos habían molestado.

—Casi siempre llevo guardaespaldas —explica Dani—. Ya te lo he dicho. Mi marido se preocupa demasiado. Últimamente más de lo normal. —Arruga levemente el entrecejo—. Será mejor que nos vayamos de aquí, hay demasiada gente.

Caminamos lejos del gentío.

—¿Vienes con amigos? Nosotros estamos arriba. Podéis acompañarnos.

—Estamos arriba también.

Subimos y le presento a Nina y Mateo, que ahora mismo hacen el trompo hasta que caen revueltos en un sofá.

—Perdona, mis amigos no son normales —me disculpo.

—Tranquila, los míos tampoco.

Nos reímos mientras esperamos a que se recuperen y vengan hasta nosotros. Se dan dos besos cada uno y Dani nos invita a que nos unamos a ellos, un par de balcones más al fondo.

Hay grupos que se convierten en sectas y no se relacionan con otros, o no les gusta que se relacionen con ellos; el nuestro no es así, y parece que el de Dani tampoco, porque en cuanto llegamos nos reciben con besos y abrazos.

Sara, Tristán, Sofía, Roberto y Berta.

—Ya nos conocemos —informa Berta cuando le toca a ella—. Me alegro de volver a verte. Me ha dicho Álvaro que has dado el visto bueno a la galería.

Me pongo colorada en cuanto escucho esto último.

¿Qué le habrá contado? Espero que haya obviado el hecho de que me ató las manos y me empotró contra la pared, la mismita en la que esos cuadros están colgados.

Glup, glup. Trato de no atragantarme con mi propia saliva.

Me entero un poco de sus vidas. Por lo visto Roberto y Berta se casan en dos días y esta es como su despedida de soltero y soltera. Dani me dice que ha utilizado esa excusa para salir hoy y dejar a Alejandro con las niñas.

—Lo invitamos, pero no ha querido venir —explica Sara, una chica muy extrovertida—. Una pena, está buenísimo y me encanta ver cómo mueve el culito.

—Ni que lo digas, ¡lo mueve de miedo! —grita Dani, y levanta la botella de agua.

Su amiga choca su copa a modo de brindis y también grita:

—¡Por el culito de tu maridito!

Ríen.

—Nena —la llama el tal Tristán, que hasta ahora bailaba unos metros más allá.

—No me calientes, Tristán. Estoy harta de decirte que no me llames Nena —le recrimina.

El novio pasa de ella, la agarra de la cintura, le da una vuelta y la besa. En breves segundos, tengo que apartar la mirada hacia otro lado porque me da un poco de vergüenza cómo se meten mano.

—Sara es especial. Es cuestión de acostumbrarse —me explica Dani.

Ya me imagino, porque cuando deja de besar a Tristán, besa a Sofía y, tras soltarla, agarra a Mateo, al que acaba de conocer, de la cintura y empieza a contonearse al compás de *China*.

Las manecillas del reloj se van moviendo demasiado deprisa y compruebo que ha sido un placer coincidir con Dani y sus amigos, todos muy peculiares y simpáticos. Bailamos durante más de dos horas al ritmo de canciones de moda que todos ya conocemos. Cantamos, reímos y mantenemos conversaciones a voces de las que a veces se me escapa más de la mitad del sentido.

Detengo mis pies cuando una canción termina y la otra comienza enlazada con la anterior, e informo a Nina que voy a beber un poco de agua.

Me acerco a la mesa en la que nos han dejado todo tipo de bebidas hace cinco minutos y me encuentro a Dani sentada y mirando la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Va todo bien? —pregunto.

—Creo que voy a marcharme, estoy muy cansada.

—¿Ya? Pero si solo son las seis —la animo a quedarse un ratito más.

—He dado todo lo que he podido. —Se toca la panza. Parece cansada—. Voy a despedirme de todos.

—Lo hemos pasado muy bien. Me alegro de haber coincidido contigo.

—Yo también me alegro. ¿Te parece bien que nos veamos otro día?

—Me encantaría.

Nos damos los números del teléfono respectivo y nos despedimos con un pequeño abrazo. Informa al resto de su marcha, se despide también de ellos de un modo muy cariñoso y todos coinciden con la idea de que es hora de que se vaya a casa a descansar, pero a Sara no le hace demasiada gracia.

—¿Ya te ha llamado el gruñón enchaquetado? ¿Te ha prometido un gran polvo si vuelves a casa? —le recrimina.

—No digas tonterías. No me ha llamado —aclara—. Me voy porque quiero. Tengo que descansar.

—Mala amiga. —Hace un puchero.

—Ya me contarás cómo te sientes cuando estés embarazada.

—¿Embarazada yo? ¡No pienso tener niños nunca! —En realidad dice *blunca*, pero todos la hemos entendido.

Tristán la mira con el ceño fruncido.

Oh, oh, disparidad de opiniones sobre tener o no prole.

NOCHEVIEJA

ÁLVARO

Odio tener que hacer esto. Odio tener que separarme de mi hijo durante estas fechas. Odio a Jean por meterme en este asunto y odio a Alejandro por ponerme en esta tesitura. ¿Qué cojones hace relacionándose con un traficante de armas y viéndose en un hotel con otra mujer? Sé que para él solo existe Dani y, si no fuera así, si la estuviera engañando con otra, yo mismo me encargaría de cortarle los huevos.

Se me revuelve el estómago solo de pensarlo.

También odio los aeropuertos y los retrasos en los vuelos. Son un puto leñazo. Esta noche es el último día del año y me gustaría poder cenar con mi hijo, al que no veo desde hace más de una semana. Sé que está muy bien cuidado en casa de mi hermano. ¡Qué digo bien cuidado! Esa casa es una fortaleza inexpugnable y Alejandro un obsesivo del bienestar de todos nosotros, sobre todo de su mujer, sus dos hijas y mi hijo, al que quiere y trata como si fuera suyo; pero yo soy su padre y él es mi responsabilidad. Cuando todo esto se aclare y la operación termine, que Jean se olvide de mí para siempre. Puto francés.

Miro el monitor que tengo frente a mi asiento y me pongo nervioso al pensar que no voy a llegar a tiempo para la cena. ¡Por Dios Santo, que nos avisen ya para embarcar!

Antes de apagar el teléfono móvil, le envío un mensaje a nuestro enlace en Madrid y le confirmo que nos veremos al día siguiente. Buena forma de empezar el año (nótese la ironía).

Una hora después, por fin embarcamos y volamos hacia Madrid. Al aterrizar, Carlos me está esperando en el aeropuerto Madrid-Barajas Adolfo Suárez. Le pido que me lleve a casa de Alejandro, se pase por mi apartamento a dejar mi equipaje y después que se vaya a casa con su familia.

Llamo al ascensor del ático de Alejandro y una mojadísima y guapísima Daniel me abre la puerta con el pelo un poco desaliñado. Nos sonreímos y nos damos un cariñoso abrazo. Es curioso cómo este acto en otra época de mi vida se me hubiera antojado embarazoso, sin embargo, ahora la siento cerca, pero no de aquella manera que arrasaba con todo a su paso. La sigo queriendo, pero de una forma muy distinta. Mi amor por ella no ha desaparecido, se ha convertido en otro repleto de respeto y familiaridad.

—Hola, Álvaro. —Nos separamos y reímos.

—Hola, Dani. Estás... —Le echo una mirada en vertical—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído a una piscina?

Ella se tira de la ropa y se mira. Lejos de enfurruñarse, suelta una carcajada que me hace suspirar. Es feliz, y eso se nota a leguas.

—Ya me gustaría, ya. Una piscina, pero en un hotel en las islas Phi Phi. Acabo de bañar a los niños.

—Pues parece que te hayas bañado tú.

—Soy un desastre.

—¿Cómo estás?

—Bien, bien. Pasa.

Lía se acerca a nosotros llorando y su madre la acuna en sus brazos. Álvaro la sigue y juraría que aún no me ha visto.

Lía trata de contar, entre sollozos, lo que ha ocurrido, pero le es imposible hablar. Es muy pequeña aún y me causa mucha ternura.

—Papááá. —Mi hijo se tira a mis brazos y me agacho a recibirlo.

—Hola, mi niño. Te he echado mucho de menos. —Me lo como a besos. Él no se queja, solo ríe y a mí se me ilumina el alma.

—¡Hermanito! —Noelia llega hasta nosotros y me pregunta dónde he estado.

—Trabajando. —No miento, pero tampoco digo la verdad.

—¿Me has traído un regalito? —pregunta, como una niña pequeña, consiguiendo que los niños la sigan.

—Eso, papi. ¿Me has *taído* un *legalo*?

—¿Y a mí, tito?

—Se los he encargado a los Reyes Magos. Ya vienen de camino. —Le echo a mi querida hermanita una mirada de reprimenda, a lo que ella responde con una carcajada y llevándose los niños a comer.

—Hermanito —me saluda Alejandro remedando el tonito de Noelia.

—Muy gracioso. —Nos damos un abrazo—. Gracias por cuidado de mi hijo.

—No tienes que darlas, pero intenta no trabajar en estas fechas. Él quiere y debe estar con su padre.

—Lo sé. No he podido llegar antes.

—Roxana ha llamado varias veces. Tú no le cogías el teléfono.

—He estado muy ocupado.

—Supongo que sí —zanja el tema, porque sabe que no vamos a llegar a ningún acuerdo y no es día de discutirlo—. Vamos a mi despacho. A los dos nos vendrá bien una copa de bourbon.

—Ni que lo digas.

Nos dirigimos hacia nuestro tranquilo destino cuando un huracán fuerza cinco nos detiene en medio del pasillo.

—Me he muerto y estoy en el cielo. —Sara se lleva la mano al pecho—. Los dos hombres más atractivos de la tierra, juntos, muy cerca de mí y de un montón de habitaciones con camas.

—Hola, Sara. —La saludo. Aunque pasamos una época bastante convulsa, me cae bien. Hemos aprendido a soportarnos. Le doy un pequeño abrazo y obvio su proposición.

—Mmm, qué duro estás. —Me toquetea el pecho—. Si sigues soltero, estoy dispuesta a entregarte mi flor.

Siempre que nos vemos trata de incomodarme, y lo cierto es que algunas veces lo consigue. Es demasiado... demasiado ella para mí.

—¡Deja de sobar a mi hermano! —grita Noe—. ¡Tu novio te espera en el salón!

¿Sigue con Tristán, o está con otro?. Hace mucho que no nos vemos.

—Pues dile que venga, mujer, mientras más seamos, mejor. —Me guiña un ojo y desaparece riéndose porque sabe que un poco sí que me ha abrumado.

Entramos en el despacho y tengo que centrarme mucho para ignorar lo que estoy deseando preguntarle, sin embargo, soy un profesional (o eso me digo) y me trago todas las preguntas que

llevo dentro. No puedo echar abajo toda una operación por motivos personales; es la regla número uno que aprendí cuando acepté este trabajo muchos años atrás.

Alejandro prepara dos copas y brindamos.

—Por ellos.

Cuando dice por ellos, me es inevitable pensar en ella, en Alexa, y decido que es el momento adecuado para decírselo a mi hermano. Sé que se alegrará por mí y por mi solitario corazón.

—He conocido a alguien. Es especial... —No se lo esperaba—. Cuando estoy con ella... no lo sentía desde hacía mucho...

—Desde ella —asegura, sin dejar lugar al orgullo ni al reproche.

Asiento con la cabeza, aceptando lo que los dos sabemos:

—Sabes que la querré siempre.

—Lo sé y me alegra saber que te tendrá.

—Se llama Alexa. Y hace que pierda la razón.

—Me alegro, hermano. —Volvemos a brindar—. Por el amor. Da igual el tiempo, la forma y el lugar. Por el amor que todo lo puede. Por el amor que todo lo perdona. Por el amor que te vuelve loco. Por el amor que llena de felicidad. Por el que perdura en la eternidad.

—Te quiero, hermano.

—Te quiero, Álvaro. Sé feliz.

Terminamos con un fuerte abrazo, ese que nos ha unido a pesar de los pesares, ese que nos ha reforzado hasta en los momentos más difíciles, ese que nos recuerda cuánto nos amamos. Somos, a pesar de todo, hermanos.

SALIÓ BIEN

ÁLVARO

La conversación, después de la copa de bourbon, versa sobre los dolores de cabeza que le dan Lía y Álvaro, y que le encantaría que Dani se tomara unas vacaciones ahora que está embarazada y pasara más tiempo con las niñas y con él, pero que se niega en rotundo.

—Lo hace para molestarme —se queja.

—Sabes que eso no es así. Le apasiona mucho su trabajo. Igual que a ti. —«Por eso no entiendo, hermano, que estés metido en un follón como este. Sé que jamás pondrías a tu familia en peligro». Esto último me lo callo, pero me es difícil. Tengo que morderme la lengua para conseguirlo.

—Y dime, ¿dónde has conocido a Alexa? —cambia de tema. Como diría Dani, se le está hinchando la vena de la frente.

—Es una artista que expondrá sus cuadros por primera vez en la nueva galería.

—Sabes que no es buena idea mezclar el trabajo con el placer.

—Ella no es solo placer.

—Ten cuidado, solo digo eso.

—A ti te salió bien.

—Tuvimos que pagar un precio muy alto. Casi perdemos la vida los tres. —Sé que se refiere también a Alma.

—Eso no fue culpa tuya. Fue mía. Y no volverá a pasar.

—Eso espero.

—¿Qué hacen mis chicos? —Dani entra en el despacho sin llamar. No le hace falta y lo sabe —. Me parece fatal que os escondáis para no ayudar a poner la mesa. —Se detiene junto a su marido y pone los brazos en jarra. Alejandro la agarra de la cintura, la atrae hasta pegarla a él y la besa como si todo acabara aquí y ahora.

—¿Sabéis que aún estoy aquí? —les digo, cuando veo que no piensan separarse—. Vale, os dejo solos.

Salgo de la habitación y voy en busca de mi hijo. Juega con Lía y Alma en el salón de videojuegos.

—Hola, tito —mi sobrina mayor me saluda.

—Hola, bonita. ¿Cómo estás? —Le doy un beso en la mejilla y un pequeño abrazo.

—Estoy bien. Tenéis que dejar de preocuparos tanto. —Esta niña responde como una persona mayor.

Y es increíble cómo se parece físicamente a su padre.

—¡A comer! —Noelia entra en el dormitorio y todos se tiran sobre ella, cae de espaldas en la moqueta y los abraza—. ¡Nooo, no podréis conmigo! ¡Tengo poderes!

Los niños no la dejan en paz e intervengo en la guerra cogiéndolos uno a uno y levantándolos.

—Anda, lavaros las manos —les pido. Salen corriendo y gritando por el pasillo—. ¿Cuándo vas a tener tu propio hijo, hermanita?

—Primero quiero encontrar a un buen hombre. —Se levanta.

—Eso es mentira. Puedes tener un hijo sin un hombre. Mmm. Esto me huele raro... No lo habrás encontrado ya... —Achino los ojos y la escruto.

—No digas tonterías. No tengo tiempo para eso. —Mueve la mano, quitándole importancia. Lo dejo pasar, pero mi hermanita ha conocido a alguien y no quiere decírmelo.

—Yo he conocido a una mujer —declaro.

Ella abre mucho los ojos, sorprendida.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Ya hablaremos luego. Es hora de cenar.

—La cena puede esperar.

—Los niños no.

—¿Quién es? —insiste.

—No la conoces.

—Ya. Que no la conozco lo doy por hecho.

—Anda, vamos a cenar. —La agarro de los hombros y la giro hacia fuera.

Hace un puchero y pone cara de pena.

—Eres malo —me acusa.

—Y tú una cotilla sin remedio.

—Solo me alegro por mi hermano. —Me rodea la cintura y me aprieta a ella.

—Pues alégrate y ya está.

—De eso nada. Después me cuentas. Esto no va a quedar así.

Llegamos a la mesa del comedor donde están todos ya sentados. Sara me mira y sonrío con malicia, y ya me huelo que va a por mí.

Y no me equivoco.

—Álvaro, te he guardado un sitio a mi lado. —Da palmaditas sobre la silla—. Ven, que queremos proponerte algo. —Tristán, al que conozco y con el que coincido en el mundo del arte, meneaba la cabeza de lado a lado—. ¿No te apetece una noche de lujuria y desenfreno? Venga, que es Nochevieja.

—¡Por Dios, Sara! —le regaña Alejandro, con seriedad.

—Tú también puedes unirme, campeón. No te pongas celoso que siempre serás mi preferido. — Le guiña un ojo y le tira un besito.

Todos reímos.

Tomo asiento junto a Tristán y mi hijo y dejo a Noelia al lado de Sara. Que le dé la brasa a ella. Pondría la mano en el fuego porque Noe no se dejaría convencer para hacer un trío. O eso espero. Cambio de pensamiento enseguida o vomito sobre las verduras. Pensar en mi hermana en esos términos no es bueno para los ardores.

Antes del postre, Alvarito se queda dormido encima del plato. Tengo que cogerlo en brazos, limpiarle la boca y llevarlo a la que es su habitación siempre que se queda aquí. Por el camino se despierta y llora porque quiere dormir con sus primas, pero sé de buena mano que Alejandro lo tiene terminantemente prohibido.

—Venga, Álvaro, pórtate bien.

—¿Vas a *dolmi* hoy conmigo?

—Claro que sí.

—Cuéntame un cuento, papi. El de *capelucita loja*.

Me quedo a su lado hasta que se duerme, no tarda demasiado, unos diez minutos. Y menos mal, porque estoy a punto de dormirme con él. El *jet lag* está pasándome factura.

Voy al salón y me siento en un sillón junto a la chimenea mientras Sara se da arrumacos con Tristán en un sofá. Noe llega desde la cocina y reparte unos cuencos de madera con las uvas.

—¡Venga! ¿Dónde estabais? Son casi las doce —les dice Noe a mi hermano y Dani que acaban de llegar.

—Toma —me da el mío y se acomoda a mi lado.

—Estaban follando en la puerta de la habitación de las niñas. ¡Degenerados! —grita Sara.

—Envidiosa —le responde Dani, con la primera uva en la mano.

Son como dos moscas cojoneras.

Miramos la televisión y cómo parte de Madrid se come las doce uvas en la Puerta del Sol.

¡Doce!

—¡Feliz año nuevo! —gritan todos.

Nos abrazamos y brindamos con champán. Sara y Tristán preparan las primeras copas en la cocina y yo me alejo de todos a hacer lo que más me apetece en estos momentos (además de dormir): llamar a Alexa.

Salgo a la terraza acristalada y marco su número. Lo coge en el segundo tono.

—Feliz Año Nuevo —me saluda al otro lado con ese tono suyo tan dulce.

—Feliz Año Nuevo. Te he echado de menos.

—Yo también.

—Siento no haber pasado a verte. He llegado muy tarde. El vuelo se retrasó.

—No te preocupes. ¿Cómo estás?

—Muerto de sueño.

—Pues vente a mi cama.

—No puedo. He prometido a Álvaro dormir con él. —Además, me apetece mucho estar con mi hijo.

—Claro...

—Alexa.

—¿Qué?

—¿Va todo bien? Sé que quizás te dije muy rápido que tenía un hijo, pero no quería esconderlo. Es parte de mi vida, es parte de mí.

—No... No es eso. No voy a negarte que me sorprendió pero... Me encantaría conocerlo... Si... Si tú estás de acuerdo.

Lo pienso durante unos segundos.

—No tienes por qué hacerlo. —No deseo que lo tome como una obligación.

—Lo sé, pero quiero. Quiero conocerte por completo, y tú lo has dicho, tu hijo es parte de ti.

—Está bien. Buscaremos el momento.

Jamás le he presentado a ninguna cita a mi hijo. Ni siquiera me lo había planteado antes de conocerla a ella, sin embargo, algo me dice que no pasaría nada malo si lo hiciera. Alexa es una buena persona que quiero en mi vida, sea de la manera que sea.

—Dime qué has hecho hoy —me pide, para hablar por hablar. Es lo que hacemos, contarnos nimiedades para que nuestras conversaciones duren más.

—Es fácil. He estado en un avión. ¿Y tú?

—Es fácil. He estado en una cafetería.

Sonreímos.

—Tengo ganas de besarte —confieso.

—Y yo de que me beses.

—Alexa... —Esto da miedo. Me da mucho miedo. Supongo que estoy preparado para que nuestra relación no llegue demasiado lejos, pero no quiero. Quiero que esto salga bien, sé que podemos ser muy felices juntos. Me lo dice el corazón, me lo grita el alma.

—¿Qué...? —susurra.

—Me estoy quedando dormido de pie.

Suelta una carcajada.

—Hablo en serio —aclaró—. Creo que he cerrado los ojos durante unos segundos.

—Anda, acuéstate.

—Alexa... —Me doy cuenta de que tengo la necesidad de decirle que la quiero.

—Hasta mañana —me corta.

—Sueña conmigo —le ruego.

—Lo llevo haciendo dos años.

SONRÍE

ALEXA

—¡Año Nuevo, vida nueva! —Nina salta, dando voces, sobre mi cama.

La de personas que se levantarán hoy con ese mantra.

—Por favor, que son las once de la mañana —me quejo. Me va a reventar la cabeza. Y no por todo lo que bebí ayer que, aunque no fue poco, tampoco me pasó. Al menos yo. Los incansables de mis amigos son de esos que buscan un café con churros cuando sale el sol como un zombi busca sangre al convertirse.

Fuimos a la fiesta que organizaba Gorka en su piso y no me quedé demasiado tiempo. No me sentía cómoda. Gorka sigue tirándome los tejos aunque sabe que salgo con Álvaro. Supongo que piensa que no es nada serio, y no puedo culparlo. Llevamos muy poco juntos y yo tampoco estoy muy segura de lo que tenemos. Así que él sigue intentando acercarse a mí y no pierde ninguna oportunidad.

—Ayer Gorka preguntó por ti. ¿Por qué te fuiste?

—Estuve trabajando hasta las nueve de la noche. Estaba cansada.

—Mentirosilla. —Desaparece de mi habitación como ha llegado: como un torbellino. Me doy una ducha y me acomodo sobre la encimera para volver a quedarme dormida. Nina me pone un café delante de la cara y le doy las gracias casi sin abrir los ojos.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me pregunta.

«Esperar a que Álvaro nos llame y nos bese hasta dejarnos sin sentido».

Estoy de acuerdo, subconsciente.

—No sé. Tal vez salga. ¿Y tú?

—Yo no voy a salir de la cama. —Se pone misteriosa.

Abro la boca y me la tapo con las dos manos.

—¡Putas! Te has acostado con alguien.

—Puede...

—¿Quién es?

—No lo conoces.

—Dime quién es —insisto, con los ojos convertidos en una fina línea.

—Se llama Gianmarco. Es italiano —habla como si hubiera veraneado durante la infancia en La Toscana.

—¿En la fiesta había un italiano?

—Uno no, tres, pero tú no socializaste mucho ayer.

Me encojo de hombros.

—¿Le has echado azúcar al café? —Lo miro con el ceño arrugado.

—Dos cucharadas. No cambies de tema.

—Estoy... —Quiero hacerle partícipe de mi preocupación, pero un italiano la espera en la

cama y no pienso aguarle la fiesta, así que me callo y sonrío—. Estoy bien, no seas pesada. Vete a la cama.

—Llevas razón. Debería irme a la cama, verter el café sobre Gianmarco y chuparlo de arriba abajo.

—Asegúrate de que no está demasiado caliente.

—Nunca se está demasiado caliente. —Se levanta y se va.

—¡Me refiero al café! —grito, y río.

Me voy a tirarme sobre la cama y llamar a Álvaro. Mis expectativas imaginan una conversación subida de tono y mi mano derecha metida bajo mis braguitas, pero nada más lejos de la realidad porque, tras varios intentos, no consigo que coja el teléfono.

Dejo el móvil sobre la mesita de noche y refunfuño. No recuerdo demasiado. Me quedo dormida hasta que el timbre de la puerta me despierta un par de horas después. Me levanto de un salto y voy corriendo a abrir, soñando con ver a Álvaro detrás, tirarme sobre él y besarlo hasta terminar con un buen polvo sobre el rellano. Pero no, el que ha interrumpido mi sueño en el que me regalaba un trío con Maluma y Can Yaman no es otro que Mateo, mi socio, amigo y vecino.

—Mateo, ¿hoy no utilizas la llave?

—¿Qué llave? —se hace el sueco.

Pongo los ojos en blanco y me muerdo la lengua para no contestarle una fresca.

—¿Qué quieres?

—Que seas más amable, para empezar. —Levanta una mano.

—¿Y para terminar?

—Que te vengas a comer conmigo.

Levanto una ceja.

—No pienso ir a casa de tus padres. Tu madre nos preguntará cuándo nos vamos a casar y vamos a tener hijos.

Ríe.

—¿Y qué? Eso lo hace porque le gustas tanto que quiere tenerte como nuera.

—Ya es hora de que se lo dejes claro.

—Deja que siga penándolo. Me niego a que me prepare citas con las hijas de sus amigas.

—Vale, te acompaño. Pero después me llevas a merendar al Riu Plaza España.

—Claro que sí, Alexita, lo que haga falta. ¿Te llevo en mi limusina? —ironiza.

—¡A que vas solo!

No va solo. Yo lo acompaño, como buena amiga, socia y vecina que soy (al final terminaré tatuándome esta frase). Nos subimos en un tren de cercanías hacia Alcalá de Henares un rato después. He tenido que ducharme, maquillarme y peinarme para parecer una nuera de pacotilla decente.

—¿Por qué te has puesto tanto escote? Mi hermano babeará toda la casa —me regaña, justo antes de llamar al timbre de la puerta.

—Como intente cogermelo culo como la última vez, le reviento la cara. —Trato de taparme con el pañuelo.

—Sonríe, o mis padres creerán que estamos enfadados.

Resoplo.

—¡Hola, amores míos! ¿Cómo estáis? —Su madre nos abraza y nos besa.

—Hola, mamá. Feliz año.

—Alexa, estás muy delgaducha. —Me aprieta los brazos con las manos—. Tienes que comer

más.

—Estoy igual que siempre, Mercedes. Usted está estupenda.

—Es por el Korunta.

—¿Ahora a la vejez empiezas con las drogas? —le fastidia su hijo.

Caminamos hacia el salón.

—¡Mateo! —le regaña—. Es una clase de yoga, se hace con cuerdas.

No veo yo a Mercedes colgando del techo por un par de cuerdas.

—Mamá, que ya tienes una edad...

—Pero, ¡qué dices! ¡Aún soy muy joven! ¿Y vosotros? Se os va a pasar el arroz. ¿Cuándo vais a casaros y a traerme nietos?

Ahí está la pregunta de siempre. Ya me extrañaba a mí que tardara tanto. En otras ocasiones, la ha lanzado nada más abrir la puerta.

Pasamos una buena sobremesa con los padres de Mateo. Por suerte, su hermano salió anoche en Madrid y se quedó a dormir en casa de una novia que se ha echado hace poco. Qué duro son los dieciséis años y cuántos granos en la cara. Los recuerdo llorando por las esquinas porque Xavi, un chico de clase de francés, no me hacía ni caso y mi hermana me refregaba por la cara que a ella sí. Mis padres no nos dejaban salir solas y puede decirse que teníamos guardaespaldas. Y los granos, por supuesto. Esos volcanes en la cara que la pubertad me regaló. El acné me hizo tanto daño como Xavi y Ágata. Aún así, no babeaba detrás de ningún chico ni de ningún culo como Kiko, el hermano menor de Mateo, al que la hormonas lo han convertido en un acosador perverso.

A las cinco y media de la tarde vemos el atardecer sentados en la terraza del Hotel Riu Plaza España con un café en una mano, y en la otra... Yo en la otra tengo el móvil porque Álvaro no me ha devuelto las llamadas y lo miro como si pudiera meterme dentro, viajar hasta el lugar en el que se encuentra, agarrarlo por la chaqueta de cuero y zarandearlo a la vez que le grito por qué no se acuerda de mí. Pero, por ahora, no tengo esa clase de poderes, así que decido aceptar que debe estar muy ocupado con su hijo, al que tampoco ve desde hace más de una semana, y disfrutar del color del cielo: una mezcla de naranjas, amarillos, azules y morados, todos desde sus tonalidades más claras a las más oscuras.

Esto es precioso. Desde aquí, Madrid, se queda a nuestros pies. Te sientes poderosa y fuerte, importante, a la vez que compruebas la grandiosidad de esta ciudad. Todo nuestro alrededor está decorado con mucha vegetación, bancos individuales y altos de color marrón y cristales como paredes para que no te puedas perder nada desde ningún ángulo. Pero sin duda, las vistas son lo mejor que tiene este lugar y me quedo ensimismada observando cómo el cielo cambia por segundo de color hasta convertirse en un azul oscuro iluminado por la fuerza de Madrid, una ciudad viva y que siente.

Me dan ganas de pintarlo. Me imagino que estoy sola (y no con unas cien personas cerca) y me permito desnudarme por dentro y por fuera. Coloreo el lienzo a mi antojo con esos tonos que nos regala la primera tarde del año y lo grabo en el tapiz de mi mente para siempre. Y así, solo pensando que pinto ya me siento un poco más feliz y este sentimiento que aparece en mi pecho y lo hincha en breves segundos me lleva a una conclusión: Álvaro debe pintar. Debe enfrentar ese miedo para ser completamente feliz.

Sonríó, porque una gran idea nace en mi mente.

VISITAS

ALEXA

El segundo día del año abrimos la cafetería. No podemos permitirnos tenerla más tiempo cerrada, con uno las pérdidas ya son considerables, pero necesitábamos veinticuatro horas de descanso: mental y físicamente hablando.

Ayer tuve una gran idea y me siento súper orgullosa de ella. Voy a intentar que Álvaro entienda que debe pintar, que tiene que dejar salir la rabia y la decepción en forma de colores para que sus ojos brillen mucho más.

Cargo una bandeja de galletas recién hechas mientras sonrío como si hubiera fumado María (he aceptado el símil de Nina) y salgo al salón a colocarlas en el mostrador. Álvaro me envió un mensaje esta mañana pidiéndome disculpas y preguntándome si podíamos vernos hoy. Le contesté que tenía que trabajar durante todo el día y que quizás podía pasarse por aquí a la hora del cierre. En eso quedamos, así que predigo que el día va a ser muy largo hasta que mis labios prueben los suyos.

—Alexa, cariño. Cóbrate. —La señora Rivera pone sobre la barra un billete de cinco euros con su mano arrugada y temblorosa.

—Hoy invita la casa, Manuela.

—¿Os vais a casar? ¿Es la fiesta de compromiso?

—Es un regalo a la mejor cliente de Magdalenas. Viene usted todos los días. No falta ninguno. Sonríe.

—Ayer os eché de menos. No supe qué hacer por la mañana.

—¿No estuvo con su familia?

—Mis hijos vinieron a verme con mis nietos y quise traerlos a que te conocieran, pero estaba cerrado.

—Lo siento, Manuela. Me hubiese encantado conocerlos.

—Son todos muy majos, como tú.

Observo cómo sale de la cafetería con ese paso lento e inseguro. La puerta pesa demasiado para una mujer de su edad y alguien la abre y la aguanta para que ella pueda salir con tranquilidad. Barro la estancia con la mirada y compruebo que todos los clientes se han marchado, detengo el barrido sobre un niño de unos tres años que entra en el salón con un dedo metido en la nariz y mirándolo todo con cara golosa. Es guapo. Moreno con ojos castaños, y ataviado con un abrigo azul marino muy elegante. De repente, alguien se agacha a su lado poniéndose a su altura, por el pantalón juraría que es la persona que le ha abierto la puerta a Manuela, le retira el dedo de la nariz, le intenta explicar que eso no se hace y le quita el abrigo con cuidado. Es la imagen más tierna que he visto nunca.

El hombre agarra al niño de la mano y camina hasta detenerse frente a mí. Nos saludamos como si nos diera vergüenza vernos y nos quedamos mirándonos muchos segundos.

El hombre es Álvaro, por si quedaba lugar a dudas. El niño... aún no tengo datos para dar esta información, apostaría a que es su hijo porque se parece bastante a él, pero no voy a dar nada por hecho en esta vida de sorpresas constantes.

—Álvaro quería galletas y he pensado que probara las mejores de Madrid. —Está claro. Habla del niño y se llama Álvaro, ya me dijo cómo se llamaba, conseguí preguntárselo después de salir del shock de la noticia. Es su hijo sí o sí.

Miro al pequeño y sonrío.

—Por supuesto. Aquí tenemos las mejores de toda la ciudad. Tú debes de ser ese Álvaro.

Él asiente con la cabecita sin soltar la mano de su padre. Me agacho para hablarle a su altura, pero sin acercarme demasiado. No quiero asustarlo.

—¿Y de qué te gustan las galletas? Tenemos de todos los sabores.

—Me gusta de chocolate y de *clema*. También la *fesa* y el *yogul*.

—Vaya... Creo que tenemos de todas esas. ¿Quieres verlas en el mostrador y tú eliges las que más te llamen la atención?

Mira a su padre, buscando su beneplácito, y luego me mira a mí. Suelta su mano y coge la mía, con fuerza y sin miedo.

Álvaro sonrío con la cabeza un poco inclinada, pero no puede esconder que está tan asustado como yo.

—¿Este? —señalo uno de los muffins a Alvarito (utilizo el diminutivo para que no haya confusión).

—No.

—¿Este?

—Sí.

Lo pongo en un platito y le pregunto qué quiere de beber. Él mira a su padre de nuevo.

—¿Chocolate? —Yo miro a los dos.

—Un poco —dice Álvaro, y el niño casi salta de alegría.

—¡Marchando una taza de chocolate!

La preparo, pongo el desayuno en una bandeja y le pregunto a Álvaro dónde quieren sentarse.

—Yo lo llevo. —La coge y se dispone a dejarla sobre una mesa cercana.

—¿Qué vas a tomar tú? —Estoy deseando saltar la barra y abrazarlo, olerlo, sentirlo...

—Un café americano.

—Enseguida.

Me vuelvo y me peleo con la máquina del café, mientras él toma asiento junto a su hijo en el salón, a pocos metros de la barra. O eso creo, porque cuando estoy tirando de la palanca con ganas de comerme la dichosa máquina *vintage*, aparece a mi lado, pega su pecho a mi espalda, pone su mano sobre la mía y me susurra al oído si puede ayudarme.

Todos y cada uno de los vellos de mi cuerpo se estremecen. Tengo tantas ganas de él, de su sabor, de su olor.

—Te he echado de menos —sigue.

Nos llevamos más tiempo echándonos de menos que juntos. Y debería ser de otra forma. Deberíamos besarnos más, besar nunca está de más.

—Creía que nos veríamos ayer.

—Lo siento. No pude llamarte. —Me acaricia el cuello y el brazo.

—Yo también te he echado de menos.

Me agarra de la cintura y me da la vuelta sin separarnos ni un ápice. Mi nariz queda casi

rozando la suya.

—Me gustaría besarte —declara, muy bajito.

—Y a mí que lo hicieras, pero no debemos.

—Llevas razón, pero me es tan difícil controlarme... —Se muerde el labio y yo mojo las bragas. ¡Qué digo las mojo! ¡Las quemo! ¡Acaban de salir ardiendo!

El ruido de la máquina de café a pocos centímetros de nuestras cabezas nos hace reaccionar un poquito y respiramos.

—Papi, *mida*.

Volteamos la cabeza en dirección a esa vocecita y nos encontramos a Alvarito con las manos levantadas y abiertas y llenas de chocolate.

—Álvaro, ¿has comido chocolate o has jugado con él?

También tiene todo el alrededor de la boca manchado.

—Me lo he comido, papi. Está muy *dico*.

Álvaro pone los brazos en jarra y suspira.

—¿El baño? —me pregunta.

—Al fondo. Hay toallas limpias en el armario. Es esta llave. —Me saco un llavero con tres llaves del delantal.

—Volvemos enseguida.

Un fuerte ruido me avisa de que Mateo y Gorka entran en el almacén con las cajas de refrescos que han salido a buscar. O son ellos, o unos ladrones muy poco cuidadosos tratan de robarme a plena luz del día y tocando una sirena. Voy hasta el almacén y les pregunto si necesitan ayuda.

—No queremos que la princesa se rompa una uña —bromea Gorka.

Le saco el dedo y vuelvo al salón, en el que se puede montar la Segunda Guerra Mundial cuando terminen de descargar el camión y Mateo vea a Álvaro y a su hijo. No le he dicho nada. ¿Para qué? Paso de escuchar otro de sus sermones. Ya tuve que tragarme el de Nina. Y, por otro lado, está Gorka, ese chico guapo que no cesa en su empeño porque salgamos juntos aunque sepa que ya salgo con alguien. Ojalá tuviera el poder de congelar a personas al azar; los congelaría hasta que Álvaro se marchara. O quizás los dejara congelados unos días; son muy cansinos.

Preparo el café americano de Álvaro, lo acompaño con una galletita de zanahoria y se lo llevo a la mesa en la que habla con su hijo.

—Su café. —Lo trato con ese respeto que todo cliente merece, y sonrío.

—¿Por qué no nos acompañas un rato? —me propone.

—Me encantaría.

—A nosotros también nos encantaría, ¿verdad, Álvaro?

El niño se encoge de hombros y sigue devorando el muffin.

Tomo asiento frente a los dos y Álvaro me propone compartir la galleta. La rompe por la mitad y la acerca a mi boca. La muerdo y la saboreo. Él acaricia mis labios con sus dedos.

—Imagina que te beso —musita.

Se me corta la respiración y él lo nota. Sus ojos negros brillan clavados en los míos, cargados de excitación.

Respira varias veces, y toma las riendas de la situación.

—Álvaro, cariño —se dirige a su hijo—. Ella es Alexa, ya te he hablado de ella.

—Ya la conozco —contesta, con la boca cargada de magdalena.

—¿Ya la conoces?

—Es mi amiga. Me ha dado galletas y chocolate.

Reímos.

—Puedes venir cuando quieras. Siempre habrá galletas y chocolate para ti —le manifiesto.

—¿En *selio*? —Abre mucho los ojos, y mira a su padre—. ¿Podemos *vení*, papi? ¿Podemos *vení*?

Álvaro sonrío y le acaricia la cabecita.

—Terminatelo todo, anda. —Lo mira con devoción durante unos segundos, hasta que lo suelta y fija sus ojos en mí.

—No sabía que vendrías.

—Se me ha ocurrido esta mañana. —Hablamos en un tono muy bajo—. ¿Te ha molestado?

—No, no. Pero... Tal vez no ha sido la mejor forma de conocernos. —Miro al niño.

—Yo creo que a él sí le ha gustado. —Lo observamos chuperrretarse los dedos.

—Sabes a lo que me refiero. Me podías haber advertido... No sé. Quiero caerle bien.

—Le has caído estupendamente. Si no, no se hubiera ido contigo nada más conocerte.

—Los niños se fían de cualquiera que les ofrezca un dulce.

—En eso llevas razón.

Sonreímos.

Y, en un acto casual, instintivo, normal y necesitado, nos agarramos de la mano encima de la mesa.

—Buenas tardes. ¿Le importa que me lleve a Alexa un momento? —Nos interrumpe Mat, con semblante muy serio.

UN POLVO EN LA OFICINA

ALEXA

—¿Qué quieres, Mateo? —Me cruzo de brazos dentro del almacén, enfrentándome a él.

—¿Qué era eso?

—¿El qué?

—¿Tiene un hijo?

—No es de tu incumbencia.

—¿Lo tiene o no lo tiene?

—Sí, ¿y qué?

—¿Y ya lo conoces?

—Qué pesado eres. —Trato de largarme.

—Oye, esto es serio. —Me detiene.

Nos retamos con la mirada durante un momento, hasta que me suelta y me deja ir.

Cuando llego al salón veo que Álvaro y su hijo no están solos. Dani y dos niñas les acompañan. Me dirijo a saludarla.

—Hola, Dani.

—¡Hola, Alexa! —se levanta y me da un abrazo—. No sabía que tenías una cafetería, ¡es preciosa!

—Gracias. Me alegra que hayas venido.

—Mis hijas querían ver a su primo y estábamos por aquí cerca. —No me pasa desapercibida la mirada que se echan ella y Álvaro—. Álvaro me ha dicho que estaba aquí.

—¿Quieres tomar algo?

—Un café. Soy adicta. Pero descafeinado. El médico me ha prohibido la cafeína.

—¿Algo dulce?

—Sí, por favor. Cualquier cosa con chocolate. Mucho chocolate. —Pone cara golosa.

—Tengo lo que necesitas.

Sonreímos.

—¿Les pongo algo a las niñas?

—Alma, cariño, ¿quieres algo?

—Un zumo de naranja natural —contesta la mayor, tan guapa como su padre, está claro. Morena, ojos azules, piel aceitunada. Solo he visto al hermano de Álvaro un par de veces, pero es de esos hombres que no se olvidan.

—Lía, ¿quieres un zumo? —pregunta ahora a la pequeña—. Lía, Lía.

La niña juega con su primo y no hace caso a su madre.

—Tráele otro zumo. Se le antojará cuando vea el de su hermana.

Llego a la barra y respiro con tranquilidad cuando veo que Mateo y Gorka han vuelto a desaparecer. Han debido salir a cargar más cajas de bebidas, pero me asomo a la puerta de la

trastienda y no los encuentro en la calle. Mejor. No me gusta la reacción de ninguno de los dos. Qué pesadilla.

Me preparo para echar el café que me ha pedido Dani. Cojo los granos molidos del tarro y el olor se introduce por mis fosas nasales, sin embargo, uno más poderoso se cuele por mis poros atravesándome la piel. Es la anticipación, el deseo, las ganas de sentir, de saborear, de tocar, de besar, de abrazar. Una electricidad potente que sube por mi columna vertebral hasta llegar a la nuca y erizarme todos los vellos del cuerpo. Y después... él. Su mano agarrando la mía, tirando con premura y determinación, llevándome hasta la trastienda, pegando mi espalda a una pared y besándome con fervor. Gimo. Me aferro a su camisa y lo pego más a mí. Nuestras lenguas se enredan.

Saliva,

dientes...

Deseo, mucho deseo.

Me muerde el labio,

jadeo.

Él suspira.

Él quiere más.

Yo quiero más.

Se me ocurre atraerlo hacia la oficina y cerrar la puerta. Le quito los botones de la blusa. Él intenta levantarme la camiseta, pero se enreda con el delantal y terminamos riéndonos.

—Espera. —Deshago el lazo de la parte trasera de la cintura y él lo tira, cayendo sobre el ordenador.

Lleva su boca hasta mis pecho y los muerde y los lame por encima del sujetador. Doy un pequeño grito cuando aprieta un pezón con los dientes.

Mis manos se entretienen en abrirle la bragueta, bajar el bóxer y acariciarle el sexo. Está caliente, muy caliente y duro.

Él jadea con rudeza.

—Vas a matarme.

—No es eso lo que pretendo.

Es ahora Álvaro el que, con urgencia, me baja el pantalón, llevándose también mis braguitas. Yo lo ayudo, sacándolo por mis pies.

No hay más preliminares.

No nos hacen falta.

Queremos sentirnos el uno al otro.

Y los dos lo sabemos.

Me sube sobre la mesa, me abre las piernas, se coge la polla con una mano y se masturba mientras mira mi sexo con fervor.

—Esto va a ser muy rápido —asegura.

Me muerdo el labio inferior con los dientes y lo miro con lascivia.

—Pero muy rápido...

Ladea la cabeza y me besa a la vez que me empala con fuerza.

Los dos gemimos sobre la boca del otro.

Me agarra fuerte por las caderas y entra y sale con determinación y rapidez. No tardamos mucho tiempo en dejarnos llevar.

—Me corro —musito.

Da unas cuantas acometidas más y gritamos al unísono.

Salimos al salón con la sonrisilla floja en los labios y recomponiéndonos. Yo me peino un poco, él comprueba que lo lleva todo en su sitio. Y lo lleva. Vaya-si-lo-lleva (ya me entiendes).

—Voy al baño. —Me guiña un ojo.

Lo observo hasta que desaparece tras la puerta. He intentado no hacerlo, pero mis ojos se han pegado a ese culo hasta que no han tenido más remedio que volver en sí.

Me lavo las manos bajo el grifo del fregadero y preparo el descafeinado. Sirvo en un plato una tartaleta de chocolate y un bombón de trufa cuando Gorka llega a mi lado.

—Siento haber tardado, jefa. He tenido que llevar a Mat a ver un proveedor. ¿Ha habido mucha gente?

«Ni idea. Yo he echado un polvo en la oficina»

—¿Te ayudo con eso? —sigue, señalando las naranjas que tengo en las manos. Yo aún no he contestado ninguna de sus preguntas—. Jefa, jefa... Alexa.

—¿Mmm? —Lo miro.

—¿Todo bien?

—Sí.

Mejor que bien.

Hago el zumo de naranja, lo reparto en dos vasos de cristal con unas vaquitas pintadas y los pongo sobre la bandeja junto a todo lo demás. Cuando voy a cogerla, le doy un golpe a un tarro de avena y lo derramo sobre la barra.

—Mierda —mascullo.

Dejo la bandeja a un lado y lo limpio con la mano, atrayéndolo hacia mí.

—Te ayudo. —Gorka hace una montañita de avena, la coge y me pregunta qué hace con ella.

—Comértela, no te digo. —Río.

Se la lleva a la boca y la abre.

—¡No! —Le agarro por la muñeca y lo detengo.

Reímos.

—No iba a hacerlo —aclara.

—No me fio...

—Ah, ¿no?

—Pues no.

Lo tiramos en el cubo de la basura, riéndonos sobre la posibilidad de hacer un reto. Bueno, lo propone él.

—A ver quién de los dos es capaz de tragar más avena sin beber nada de líquido.

—Ni se me ocurriría. Tú lo que quieres es que muera ahogada.

—Eso jamás ocurriría. Sé hacer el boca a boca.

Me río.

En ese momento, alzo el mentón y Álvaro pasa por delante de nosotros camino de la mesa en la que Dani lo espera lidiando con los tres niños. Echa una mirada a Gorka (mirada de odio infinito) y nos da la espalda.

TENGO PLANES PARA NOSOTROS

ALEXA

Cojo la bandeja y me acerco a Dani y Álvaro. Es casi la hora de almorzar para muchos de los oficinistas de los alrededores y el local comienza a llenarse, además, vienen con las mismas prisas con las que se van.

—Aquí tienes.

—Mmm. ¡Qué buena pinta!

—Está muy *lico*, tita. El chocolate de Alexa es el *mejor* —dice Alvarito, que trata de saltar por encima de su padre y coger los zumos de las primas.

—Veo que ya os habéis hecho amigos. Me alegro —manifiesta Dani, con una sonrisa perspicaz.

—Es un niño muy despierto —advierdo

—Cariño, lo vas a tirar —Álvaro riñe a su hijo y le pide que se tranquilice—. Deja de correr.

—La *plima* no me deja. —Apunta a Lía con el dedo.

—Son dos terroristas —explica Dani, mientras ellos siguen regañando—. Nos vuelven locos, pero los adoramos. Por cierto, ¿por qué habéis tardado tanto ahí dentro?

¿Qué?

Me pongo tan colorada que a punto estoy de explotar y esparcir mis sesos por la cafetería.

—Yo... Eh...

—Dani, por Dios —le reprende Álvaro.

—Yo solo digo... —Comienza a sonarle y a vibrar el móvil sobre la mesa, lo mira y lo coge—. Mi querido marido os ha salvado de mis insolentes preguntas. —Lo levanta y lo mueve—. Vóy fuera. A ver qué quiere. —Se gira—. Alma, salgo un momento. Ten cuidado con Ito y tu hermana.

—¡Alexa! —Me llama Gorka.

—Tengo que trabajar. ¿Estarás bien?

—Claro. No te preocupes —contesta, demasiado formal—. Ven. —Me agarra de la mano y la acaricia. Se queda mirando ese punto exacto durante unos segundos a la vez que hace círculos con un dedo—. ¿Puedo venir a recogerte esta noche?

Alza el semblante y me observa con detenimiento.

—Claro. Puedo salir sobre las diez.

—Estupendo —musita, con sus ojos clavados en los míos.

—Estupendo —suspiro, perdiéndome en el negro de sus ojos.

—¡Alexa! —Gorka vuelve a insistir—. Necesito tu ayuda.

—Tengo que irme.

Suspira y me suelta.

—Por cierto. No hagas planes. Ya los he hecho yo —le anuncio.

Arruga el entrecejo y convierte el labio en una fina línea.

—No pongas esa cara. Te va a gustar lo que tengo pensado.

Vuelve a agarrarme de la mano y me trae hacia él.

—A mí me gusta besarte —susurra sobre mis labios.

—Habrá muchos besos...

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Parecemos dos quinceañeros.

La siguiente media hora me dedico a atender a los clientes. Mi trabajo se basa en preparar ensaladas, sándwiches y tarritos de fruta troceada. Gorka está con los pedidos y las bebidas y Mat aún no ha llegado. ¿Dónde se habrá metido? Hay que recoger y limpiar mesas, o las personas que llegan ahora no tienen sitio donde sentarse.

Me estoy agobiando.

Susurro exabruptos dentro del almacén mientras me cambio de mandil (este está como si hubiera hecho la croqueta por el suelo de mi piso después de haber celebrado el cumpleaños de Nina el año pasado) cuando Mat entra por la puerta trasera.

—¿Dónde has estado?

—Había problemas con un proveedor y he tenido que ir a buscar algunas cosas. —Deja la caja que lleva en las manos en una esquina.

—Ayuda a Gorka. Está solo ahí fuera.

Vuelvo a quedarme sola y se me ocurre que tal vez los niños tengan hambre. Les preparo unos bocadillos a todos y se los llevo en un momento. Mientras me acerco a la mesa, observo la complicidad que existe entre Álvaro y Dani, pero lejos de darme celos, lo que se apodera de mí es un sentimiento de cariño, el mismo que ellos se tienen.

—He pensado que tal vez les apetezca algo de comer. —Dejo los platos sobre la mesa, y los niños se abalanzan sobre la comida.

—A ver, a ver. Primero hay que lavarse las manos. —Dani los retira de los aperitivos—. Acompáñalos al baño —le pide a Álvaro—. Yo estoy muy cansada. —Hace un puchero y se acaricia la panza.

—Lo que ordenes. —Hace una pequeña reverencia, y se lleva a los peques casi tirando de ellos.

Cuando pasa por mi lado, me roza la cintura y a Dani no se le escapa el gesto de afecto.

—Veo que estáis muy ocupados, —echa un vistazo a la sala—, pero me gustaría invitarte a cenar a casa esta noche. Con Álvaro, claro.

—Me encantaría, pero no podría salir antes de las diez. —No se me olvida que tengo un plan preparado para nosotros dos, pero podría dejarlo para más tarde.

—¡Perfecto! A esa hora los niños ya están dormidos y podremos estar más tranquilos. Algunas veces parece que les damos de cenar alguna droga dura que les quita el sueño y se ponen a saltar como si fueran monos.

Me río.

—Deberíamos preguntarle a Álvaro qué le parece. —De pronto, se me pasa por la cabeza que tal vez se sienta incómodo.

—Oh. De Álvaro no te preocupes. Yo lo convenzo.

—Si él está de acuerdo, yo también.

Mat asoma la cabeza por la puerta de la cocina en la que llevo preparando menús más de media hora y me avisa de que Álvaro se marcha y quiere verme.

—Alex, el galerista pregunta por ti —dice, literalmente.

—Se llama Álvaro. —Le clavo la mirada y resoplo, pero él se va sin hacerme caso. En realidad quería decirle que tiene nombre y que gracias al contrato que he firmado con él vamos a poder renovar Magdalenas de Colores.

Me lavo las manos, las seco con un trapo limpio y salgo. Me está esperando en una esquina de la barra.

—Nos vamos. Los niños no aguantan más.

—Vale. Eh... Me ha dicho Dani que...

—Lo sé, lo sé. No se le puede decir que no, pero... —Da un paso hacia mí y me acaricia la muñeca—. No tenemos por qué ir si no quieres; sé que ya tenías otros planes.

—No me importa. Podría ser interesante.

—¿Interesante? —Arruga el entrecejo.

—Podría averiguar cosas sobre ti... —Sonrío de lado.

—Ya lo sabes todo... A excepción de que por las noches me convierto en vampiro. —Lleva su boca hasta mi cuello y deja sobre él un suave beso.

Me estremezco, y él lo nota.

—Ya sé que no, pero... ¡Quién sabe! Tal vez seas un gigoló a media jornada o... un agente doble de la CIA que pillas a los malos fines de semanas alternos.

Sonríe, pero no le llega a los ojos.

—Tengo que irme. Dani está fuera con los niños.

—De acuerdo.

Se acerca a mí y me da otro beso, esta vez en la mejilla.

—Me paso el día deseando besarte —susurra en mi oído.

—Bésame —murmuro en el suyo.

Nos miramos, sonreímos, me rodea el cuello con la mano y me atrae hasta su boca. Es un beso corto y sencillo, pero con sensaciones tan difíciles de explicar que me detengo aquí, entre otras cosas, porque tengo que atrapar todos los corazoncitos que han saltados mis ojitos, de todos los colores, por cierto, hasta sueltan purpurina.

CENA PARA CUATRO

ALEXA

Álvaro me recoge justo a las nueve y media en casa, después de enviarle un mensaje e informarle de que puedo salir un poco antes. Me doy una ducha rápida y me pongo un vestido camisero estrecho de cuello alto y color negro. Álvaro me ha dicho que es algo informal. Una cena en familia. Y lo estoy citando textualmente. Ha dicho familia y me ha incluido a mí. Esto me ha parecido un poco acojonante al principio, después he pensado que pertenecer a una familia no es malo, siempre y cuando no sea la mía.

Dejo a Nina viendo una película, escondida detrás de un cojín y un bol de palomitas. Jamás entenderé por qué ve pelis de miedo si lo pasa tan mal durante y después. Esta noche, nohecita toledana, lo estoy imaginando ya.

—Nina, esta noche no puedes venirte a mi cama —la he avisado antes de salir.

—¿Por qué? —casi ha soltado un sollozo.

—No creo que duerma aquí.

—¿Te quedas en casa de Álvaro? ¿Con el niño?

—Nos quedaremos en el estudio.

Sí, para la sorpresa que quiero darle necesito mi estudio, mis pinceles y la magia de ese lugar.

—Pues me subo.

—¡Ni se te ocurra! —Le advertí, justo antes de cerrar la puerta de casa.

Hacemos el trayecto hacia la casa de Dani en coche y en silencio. Yo estoy nerviosa, Álvaro me observa con detenimiento por el rabillo del ojo.

—Oye, tranquila. —Me acaricia la mano izquierda con su derecha.

Intento sonreír pero no lo consigo.

—¿Qué te preocupa?

—¿Y si no le caigo bien?

—¿A quién?

—A tu hermano.

—¿Por qué piensas que vas a caerle mal?

—Parece... No sé... Parece...

—¿Serio? ¿Seco? ¿Distante?

—No quería decir eso.

Me avergüenzo.

—No lo has dicho tú. Lo he dicho yo. Su mujer lo define más como un gruñón enchaquetado y engreído que vive con un palo metido por el culo.

Los ojos se me salen de las órbitas.

Él comienza a reírse.

—Vale. Exagera bastante. Alejandro mantiene las distancias con los desconocidos, pero es la

mejor persona que conozco. Me ha salvado la vida, y no sabes hasta qué punto es cierto esto. Es bastante controlador con su mujer y sus hijas, pero ellas hacen lo que les da la gana y lo vuelven loco. Es divertido ser testigo de esto. —Ríe—. Lo cierto es que le gusta controlarnos a todos, pero solo lo hace porque su preocupación le supera. Juraría que desde que nació Alma ni duerme por las noches.

Reímos.

—Álvaro y Lía lo sacan de quicio. Los niños lo saben y lo hacen peor. Alma es la niña de sus ojos, ha tenido problemas y siempre está pendiente de ella.

—¿Qué le ocurre?

—Nació con una lesión vascular. Ya ha superado varias operaciones. No se descarta que tenga que someterse a alguna más durante su vida, y eso les tiene muy preocupados. Está bien —afirma, ante mi cara de desconcierto—. Es una niña muy fuerte. Es la que más se parece a su padre, física y mentalmente hablando. Lía es más revoltosa como su madre.

—Ella... Ella... —No sé si hablarlo con él, o si este es el momento o no, pero... ¡qué demonios!—. Dani es le mujer de la que estabas enamorado.

—Sí —afirma sin dudar.

—¿Aún la quieres?

—Por supuesto, pero ya no estoy enamorado de ella —habla con tranquilidad.

Se hace el silencio.

Detiene el vehículo a un lado y me mira.

—Si quieres que te cuente lo que pasó, lo haré, pero, por favor, no te preocupes por eso ahora.

—No estoy preocupada. Solo... solo me gustaría saber más cosas sobre ti.

—Y te lo contaré. Todo. Te lo prometo.

Álvaro llevaba razón en todo lo que me contó mientras veníamos hacia aquí en el coche. Alejandro se abre poco a poco conforme va pasando la noche y Dani lo saca de quicio cada vez que tiene oportunidad. Él la mira con devoción y derrochando un amor infinito, trata de estar cerca de ella, de besarla y abrazarla, y he de decir que recibe lo mismo de su mujer. Habla de ella y de su trabajo con orgullo aunque no se calla las quejas.

—Viaja demasiado.

—Cariño, tú también —le replica ella.

—Pero yo no estoy embarazada —zanja.

—Estar embarazada no es una enfermedad. No deberías preocuparte tanto.

—Llevas a mi hijo ahí dentro. No me digas que no me preocupe.

—Sé cuidarme sola.

—Lo sé, pero a veces todo no depende de ti.

Dani pone los ojos en blanco y suspira.

—¿Ya sabéis el sexo del bebé? —pregunto.

—No —contesta Dani.

—Es niño —habla Alejandro a la vez.

Se miran.

—Aún no lo sabemos con seguridad —le explica ella.

—Es un niño —repite él, seguro.

Se retan con la mirada durante un montón de segundos hasta que Álvaro los interrumpe.

—Y... Dime, hermanito, ¿qué hay de cierto en esos rumores que se escuchan?

—¿Cuál de ellos? —responde, sin prestarle demasiado atención.

—Dicen que el gran Alejandro Fernández se retira.

—Por favor, ¡no! —grita, Dani—. ¿Y tenerlo todo el día en casa? ¿Quieres matarnos a las niñas y a mí?

Todos reímos menos él. Queda claro que es un rumor más, como ya sospechaba y seguimos disfrutando de la cena. Alejandro, a petición de su esposa, trae el postre poco después, y ponemos broche de oro a la velada tomando una copa junto a la gran chimenea que preside uno de los salones.

Poco más tarde, pasada la una de la madrugada, nos despedimos de la pareja y nos marchamos. Álvaro deja a su hijo en casa de su hermano, tal y como tenía planeado, según me ha dicho, y me pregunta bajo un ronroneo muy sensual qué cuál es la sorpresa.

—No puedo decírtelo. —Todos los vellos del cuerpo se revelan al sentir su lengua recorriendo mi cuello cuando todavía no hemos bajado del ascensor.

—¿Alguna vez has follado en un ascensor de lujo?

Aunque no lo crea, sí. Jade y yo solíamos echar algún que otro polvo en la casa de mis padres, y allí todo es de inmenso valor (monetario, porque valor sentimental le falta, y mucho).

—Contigo no.

Lo atraigo sin apartar mi mirada de la suya y lo beso con devoción. Él introduce las manos por debajo de mi vestido, tira de mi tanga con fuerza, lo rompe y me lo quita.

Se aparta, sonríe, lo mete en el bolsillo y deja la espalda caer sobre el cristal.

—Me gustan tus medias de liga —murmura, con voz ronca y sensual.

Miro hacia abajo y observo mi vestido casi a la altura de mi sexo y mis piernas al aire.

El ascensor se detiene.

—Vamos. —Me agarra de la mano y tira de mí. Yo me quedaría ahí dentro un rato más, mientras espero a que se me baje el calentón, pero él no desea que se me pase.

Cuando le damos las buenas noches al portero y pasamos el mostrador, pega mis pechos a una pared, se posiciona detrás de mí y roza con su entrepierna mi culo.

—Joder, Alexa, besarte ya no es suficiente —ronronea sobre mi melena.

Con una mano, me abre las piernas, la introduce y siento cómo sube acariciando mis muslos. Me humedezco y me sexo se contrae.

Cuando llega arriba, y con un dedo surca una línea desde el clítoris hasta el ano, pego un gritito de placer.

—Sshh... Te va a escuchar.

—No me importa —musito entre suspiros.

—Ah, ¿no?

Niego, nerviosa.

—¿Te gusta que te miren?

—No... —Hace círculos alrededor de la entrada de mi vagina—. No es eso...

—¿Entonces? —Me muerde la oreja y, con la otra mano, me pellizca un pezón.

—No... No me importaría que me follases aquí —logro decir.

—Pero ese tío puede vernos. —Se refiere al portero.

—Podría asumirlo.

Introduce un dedo dentro de mí y jadeo.

—Qué mojada estás...

Lo mueve sin prisa pero sin pausa. Introduce otro... Y otro...

Jadeo.

De repente, los saca y me embiste sin compasión. Cuando se ha desabrochado el pantalón y sacado la polla se me escapa. No lo pienso, porque no me deja hacerlo y porque no quiero. Solo siento su miembro dentro de mí, llegando hasta lo más profundo y abriéndome por completo. Lo acojo y lo envuelvo. Apoyo la frente en la pared y me dejo llevar. Mi cuerpo se mueve al compás de sus embestidas y me olvido de que estamos en el vestíbulo de un edificio de lujo.

—Joder... —Jadea en mi nuca—. Te hubiera follado arriba.

—Sigue —ruego, no porque haya parado o tenga intención de hacerlo, sino porque deseo correrme con tantas ganas que mi mente no puede pensar en otra cosa.

Siento que se derrama dentro de mí y me dejo llevar. Me tapa la boca con la palma de su mano y, poco a poco, disminuye las acometidas.

—¿Ahora me dirás qué me tienes preparado? —susurra, mientras se separa de mí y yo trato de recomponerme.

PUEDES HACERLO

ÁLVARO

Sigo sus instrucciones y aparco cerca de su casa, en una calle paralela. No sé qué me ha ocurrido hace escasos quince minutos. Me la he follado en el hall del edificio de mi hermano y poco me ha importado. No le he mentado cuando le he dicho que la hubiera hecho mía arriba. Me era indiferente el lugar: la cocina, el baño, una de las habitaciones, el pasillo. Con ella pierdo la razón, la veo y mi polla cobra vida propia. La deseo. La deseo con toda mi alma. Su piel blanca y su pelo rojizo me descolocan. Ha sido rápido pero bestial. Un subidón de adrenalina que me gustaría volver a experimentar. Cuando la he tocado y su humedad ha mojado mis dedos, me he vuelto loco, muy loco; no me he podido controlar, y ella tampoco.

Le abro la puerta del coche y le pongo mi abrigo por encima de los hombros. Lleva el suyo, pero le tiembla todo el cuerpo.

—Gracias, pero te vas a congelar. —No me lo rechaza.

—Vamos, está aquí al lado. —La abrazo y caminamos hasta su portal.

En el ascensor me doy cuenta de que no vamos a su casa. Sube hasta la azotea y bajamos en ella. Abre su estudio y me pide que entre. Ella lo hace detrás y enciende las luces. Son tenues, tal y como recordaba.

—¿Cuál es la sorpresa? ¿Has trabajado en algo más? —Arrugo el entrecejo.

—Eres un poquito impaciente. —Se quita el abrigo y lo cuelga, junto con el mío, en un perchero blanco que hay junto a la puerta.

—¿Tienes frío? —Se interesa.

—Hace calor aquí —observo.

—Programé la calefacción. Es imposible estar aquí por estas fechas sin ella.

Deshace los pasos que nos separan, me agarra del chaleco y sonrío.

—¿Estás preparado?

—¿Para qué?

—Hoy vas a ser tú el que pinte mi vida de colores.

—Creí que eso ya lo había hecho... Hace solo un ratito —específico.

—Muy gracioso. —Se sonroja, y me encanta—. No me refiero a eso. —Se aleja y camina hasta el final de la habitación.

Se detiene al lado de un caballete en el que se posa un lienzo sin estrenar. Coge un pincel y se gira hacia mí.

—Hoy te toca a ti.

Me pongo nervioso.

—Vamos, ven, no tengas miedo.

Mis pies, clavados al suelo, se niegan a moverse.

—Sé que puedes hacerlo —insiste—. Sé que puedes dar vida a este lienzo.

—Yo... No... —Un sudor frío me cubre el rostro.

Alexa se acerca a mí, me agarra de las manos y las aprieta.

—Sé que confías en mí. Ven. —Tira y, paso a paso, me lleva hasta donde quiere.

—No... No puedo —le advierto.

—Sé que puedes, Álvaro. Y yo estoy aquí contigo. Lo haremos los dos. Juntos.

—Alexa... —Trago con dificultad cuando me pone un pincel en la mano—. No puedo...

—Inténtalo —insiste.

—No...

—Venga...

—No... No puedo...

—Está bien. —Me lo quita y lo deja sobre la mesa, junto a los botecitos de pintura—. No lo necesitamos. Lo haremos sin herramientas.

La miro, extrañado.

—Tenemos nuestras manos. —Me las enseña y sonrío—. ¿Con qué color deseas empezar?

No contesto. Me he quedado helado.

No. No quiero hacerlo.

Tiemblo.

No estoy preparado para esto. Hace mucho que acepté que no volvería a crear sobre un lienzo. Esto es demasiado para mí.

Alexa ignora mis silenciosas súplicas, abre un botecito y moja un dedo en el color azul. El azul está bien, el color del cielo... Aire, oxígeno. «Respira, Álvaro», me arengo. Me agarra de la mano y extiende un poco de pintura sobre la punta de uno de mis dedos. Azul. Azul. Concéntrate.

Lleva nuestras manos al mismo tiempo hacia el lienzo y traza una línea justo en medio. El olor a acrílico, el calor de su cuerpo, el contraste con el frío de la mezcla... Mi cuerpo reacciona apartándose con brusquedad.

Ella me mira entre sorprendida y asustada.

—No puedo —zanjo, no de muy buenas maneras.

—Pero... Pero creí...

—Te lo he repetido varias veces —la corto—. Te lo he dicho. ¡No puedo hacerlo! —Giro sobre mis zapatos y cojo mi abrigo.

—Solo quiero ayudarte. —La escucho detrás de mí.

—Así no, Alexa. Así no. —Hundo los hombros a la vez que niego con la cabeza.

—Álvaro —me llama a la espalda.

Me enfrento a ella, a mis miedos y a todo lo que significa este momento.

—No has debido hacerlo.

—Tienes que superarlo.

Suelto una risa sarcástica.

—¿Superarlo? ¡Qué sabrás tú! ¡No sabes nada! —le grito, y, justo después de hacerlo, me arrepiento.

Ella ha dado un paso atrás y me mira con rabia.

Le he gritado a mis miedos, no a ella, pero, ¿cómo explicárselo?

—Debería irme. Esto no ha sido buena idea.

—Yo... Lo siento. No pretendía que te pusieras así.

—No me conoces, Alexa. Yo... —Observo cómo mis manos siguen temblando—. No puedes obligarme a hacerlo.

—No quería obligarte.

—Pues lo has hecho.

Le brillan los ojos. Percatarme de que está a punto de llorar solo me enfada más.

—Tengo que irme. —Agarro el pomo de la puerta y lo giro.

—No te vayas... Hablemos...

—No tenemos nada de qué hablar. Ahora no.

Cuando salgo a la calle, respiro. Lleno los pulmones de aire y camino hasta el coche, en el que me encierro y me obligo a no volver y pedirle disculpas. No es el momento. Sigo enfadado a pesar de todo. Le he dicho que no y ella ha insistido. Todos los recuerdos del pasado han llegado en tromba a mi mente y me han desestabilizado. Sé que no estoy enamorado de Dani, pero pintar me recuerda a ella, o debería decir que me recuerda todo lo que ella me hacía sentir, desde lo más bueno a lo más malo.

Arranco, me voy a casa, me tomo dos copas de whisky y me quedo dormido sobre el sofá. Sueño con el día en que una chica cayó sobre mi regazo, con risas sobre el césped, con su primera vez, con una lluvia de estrellas, con la ilusión de una pedida de mano, con una llamada que lo cambió todo, con un Álvaro que se equivocó y tomó malas decisiones, con años de ausencia, con un reencuentro, con la aceptación de que ella ya no me quería, se había enamorado de mi hermano, con una boda que me hizo reaccionar y tomar el control de mi vida, con unos ojos con los que ya soñaba, color avellana, casi rojos como el color de su cabello, con una sonrisa detrás de una barra en un local en el que huele a magdalenas recién horneadas, a ella atada a mi merced, a corazones abiertos en canal, sangrando por no admitir que todos tenemos miedos a los que nos cuesta enfrentarnos.

Me despierto sobresaltado, sudando y con la ropa del día anterior. Soy un imbécil y necesito decírselo. Anoche nos equivocamos los dos. Debo admitir mi parte de culpa y pedirle disculpas como solo mi chica pelirroja se merece. ¿Lo que me encuentro en la cafetería? Algo totalmente diferente.

TEMORES

ÁLVARO

Me doy una ducha, me cambio de ropa y me dispongo a salir de casa para pedir disculpas a Alexa. Anoche me pasé bastante, pero a veces no puedo controlar mis reacciones, y menos cuando se trata de mi pasado convertido en puzle en el que aún me faltan piezas por encajar.

Suena el teléfono fijo cuando cruzo el vestíbulo, así que me vuelvo y lo atiendo.

—Todo preparado para mañana —me informa Lucie.

—Prefiero ir solo.

—Vamos juntos. Ya está hecho.

—Esto ha sido idea de Jean.

—¿Qué más te da? Vas a ayudarnos, ¿no? El Álvaro que yo conozco no se echa atrás.

—Preferiría hacerlo solo.

No quiero dar explicaciones de por qué Alejandro se ve a escondidas con otra mujer. Si llega a oídos de mi cuñada, le corta los huevos. Pero sospecho que mi querida Lu y mi amigo Jean están al tanto de todo; es más, seguro que saben más de lo que me cuentan.

—Lu, dímelo. ¿Qué tiene que ver Alejandro en todo esto?

—Aún no estamos seguros.

—Me gustaría preguntárselo a él.

—Sabes que no puedes hacerlo. Lo sabes —insiste ante mi silencio—. Podrías echar abajo la operación. Llevamos meses detrás de Torres Castillo y de ese cuadro.

—Pero es mi hermano.

—Lo sé. Y lo siento. Pero por eso estás aquí.

Trago y respiro.

—Tengo que dejarte.

—Nos vemos mañana a las nueve.

—De acuerdo.

Me dispongo a colgar.

—Álvaro —la voz de Lucie me detiene—. Todo va a salir bien.

Eso espero.

Leo el cartel de Magdalenas de Colores a unos metros y me detengo. Me digo un par de veces que, a pesar de que ella se excediera insistiendo, yo fui un mal educado y un poco brusco anoche. Me pasé bastante y ella no se lo merecía.

Entro en la cafetería repitiéndome todo esto en mi mente. Espero decírselo y poder besarla con todas las ganas que tengo, que son muchas; muchísimas.

Deseo verla, que me sonría con los labios, los ojos y el alma. Y deseo devolverle todas las ganas que ella me transmite.

—Buenos días, ¿está Alexa? —Tal vez debería haberla llamado. Cabe la posibilidad de que

no haya venido a trabajar hoy. Quizás ha decidido tomarse el día libre después de tener que aguantar mi ira descontrolada y desmedida.

Soy un jodido idiota y no lo voy a negar.

Mat levanta el semblante, posicionado tras la barra, y me mira. ¿Por qué le caigo tan mal? Podría disimularlo un poquito. Salgo con su amiga, vale. Me la follo, vale. Tal vez sepa que anoche la cagué mucho, vale. Pero tiene que haberse dado cuenta de todo lo que me gusta Alexa, que no es un polvo pasajero y que mis intenciones para con ella van más allá a tirármela en el portal del lujoso edificio de uno de los empresarios más importantes del país. Supongo que esto último no lo sabe; espero que mi pelirroja no se lo haya contado. ¿Son tan amigos? Supongo que sí.

—Está dentro.

—¿Podrías decirle que salga un momento? Me gustaría hablar con ella.

Se lo piensa dos veces.

—Está ocupada.

—Ya... Supongo. Pero es importante.

Me está cabreando. Me habla como si me estuviera perdonando la vida y eso me supera.

—Mira, Mat...

—Mateo —me corta.

—Mateo, solo necesito hablar con ella un momento.

Una idea me cruza la mente: quizás sea ella la que no quiere verme y, barajando la posibilidad de que me presentara aquí a pedirle disculpas porque soy un jodido desalmado, le ha pedido a su amigo que no le deje verme.

—Entra. —Corta mis pensamientos, y me sorprende—. Está en la cocina. —Una sonrisa pérfida asoma muy tímida en sus labios. Umm, no me gusta—. Pasa. Se alegrará de verte.

Me asomo a la cocina y no veo a nadie. Estoy a punto de irme cuando unas risas llaman mi atención. Camino un par de pasos, dejo unas cajas de fruta a un lado y me detengo ante lo que mis ojos observan. Alexa y Gorka ríen mientras se tiran harina el uno al otro.

—¿Cómo te atreves? —grita él.

—¡Mira cómo me has puesto tú! —le reprocha ella entre carcajadas.

Gorka va hasta Alexa, lleva las palmas de sus manos a la cara de la otra y refriega en círculos. Alexa coge un puñado de harina de la mesa y hace lo mismo. Están medio abrazados y los celos me comen por dentro. ¿Qué es esto? Hacía años que no sentía esto. Un ardor se instala en mi estómago y sube hasta la garganta en forma de bola de fuego capaz de quemar la cafetería y el edificio al completo. Ha dejado de oler a galleta recién horneada, ahora huele a infierno y a la hostia que me gustaría zamparle a Gorka en la cara.

En un giro mientras siguen con la guerra como si fueran dos niños, los ojos de Alexa se topan con los míos y, lejos de cortarse, me saluda con una sonrisa en la boca.

—Hola. —Gorka la tiene asida por los brazos.

Aprieto la mandíbula y me obligo a no ir y quitarle sus zarpas de encima.

—Me gustaría hablar contigo.

—Claro.

Se deshace del agarre y le pide a Gorka que recoja el destrozo.

—Pero... —Va a quejarse él.

—Soy la jefa. Mala suerte. Toma. —Le acerca un trapo y el otro lo acepta.

—Eres mala.

—Malísima.

Pasa por mi lado y me pide que la siga. Entramos en la oficina y cierra la puerta.

Cruza los brazos

—¿Qué haces aquí? —Va directa al grano.

—Quería hablar contigo.

—Suponía que después de lo de ayer no querrías verme.

—¿Por qué piensas eso?

—Te fuiste como si hubiese intentado que matases a alguien.

—Yo... Lo siento. —Me masajeo la frente.

—Me hiciste daño. No he pasado una buena noche.

—Supongo que la mañana ha mejorado —suelto, sarcástico, sin remediarlo. No puedo quitarme de la cabeza las manos de Gorka sobre su cuerpo. ¿Qué me pasa? Nunca he sido tan celoso.

Alza las cejas.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Gorka y tú estáis muy unidos.

—¿Y?

—Pues eso.

—¿Vienes a pedirme disculpas o a echarme en cara que intente refugiarme en el trabajo y olvidar que anoche fuiste un completo gilipollas?

—Lo de anoche fue un error.

—¿El qué? ¿Que deseara ayudarte o que te pusieras fuera de sí?

—Las dos cosas. No puedes obligarme a enfrentarme a mis temores si no estoy preparado.

—¿Y cuándo estarás? ¿Cómo sabré cuándo estás preparado? Solo pretendía ayudarte.

Respiro.

—Y te lo agradezco, pero no puedes forzarlo. No he podido superarlo en mucho tiempo. Por favor, deja que lo haga a mi ritmo.

—Yo... Quiero estar junto a ti, quiero ser la que te empuje a seguir.

—Alexa... —Le acaricio el rostro—. Ya lo haces. ¿No te has dado cuenta todavía? Nadie había entrado en mi corazón desde que yo mismo lo rompí en pedazos. Tú te has apoderado de él. Es tuyo —susurro, con mi frente pegada a la de ella.

Poco a poco nos hemos desinflado, nos hemos acercado y mis labios rozan los suyos, deseosos de ser encontrados.

—Lo siento. Siento mi reacción de ayer, pero no estaba preparado. No estoy preparado. Tienes que entenderlo.

—Siento haber insistido. Fue un error, pero creí que podría ayudarte.

—Ya lo haces.

—¿Cómo?

—Con tus besos. Tus besos sanan mis heridas. Las hace desaparecer.

—Me gustaría curarlas todas.

—Pues bésame.

Nos fundimos en un beso muy tierno que se vuelve demasiado apasionado, sin embargo, no, no terminamos follando sobre la mesita del ordenador; esta vez no. Necesitamos recomponernos. Los dos. Ella. Y yo. Yo necesito aceptar lo que poco a poco siento por ella, y ella necesita aceptar todas mis rarezas, vengo cargado con una maleta de miedos, equivocaciones y malas decisiones.

—Será mejor que paremos —adviento, observando mi polla hinchada dentro de los pantalones.

—Sí, será lo mejor. Aunque ella estaría dispuesta a arriesgarse a ser pillada. —Alexa también se ha dado cuenta de que mi verga ha cobrado vida propia y desea jugar.

Me alegra que el tono distendido vuelva a estar entre nosotros. Espero que se quede mucho tiempo.

—¿Te recojo esta tarde y hacemos las paces? —propongo.

—Creía que esto era hacer las paces.

—Esto es besarse con ganas. Yo quiero besarte con ganas y con el alma.

SUSPIROS Y BESOS CON EL ALMA

ALEXA

Suspiro a lo largo de la tarde cada vez que recuerdo sus labios susurrando sobre los míos que quiere besarme con el alma. Vale, suspiro hasta que discuto con Mat porque le digo que voy a salir antes de nuevo, mucho antes y, claro, él se enfada. Qué digo se enfada. Se pone hecho un basilisco.

—Estamos en temporada alta. No puedes salir antes todos los días. Pero, ¿de qué crees que va todo esto?

Lleva razón, pero yo la mía la he perdido entre tantos besos sabor a crema, tarta y helado de nubes. Estoy como la del anuncio de compresas: totalmente colocada. ¿A qué huelen las nubes? A nada, leches. Y la menstruación es un coñazo, hablando en plata. Pero los besos de Álvaro tan bonitos...

—Tienes a Gorka —reacciono.

Un día de estos me ahogo en la purpurina imaginaria que expulsan mis poros.

Echa un vistazo a la sala y termina con los ojos sobre mí.

—Esto está a tope.

Está preparando cafés mientras yo monto sándwiches sin parar ni para respirar (pero sí para discutir). Resoplo imaginariamente.

—No me iré si sigue habiendo tanta gente.

Por suerte para mí, por la tarde todo se calma y consigo escaparme. Gorka me ha ayudado a convencer a Mat de que aquí no hago falta y de que ellos dos pueden arreglárselas solos.

—Gracias. Te voy a nombrar empleado del mes.

—De nada, jefa. Podrías hacerme una plaquita.

—¿Para qué la querrías?

—Mi madre se sentiría muy orgullosa. La colgaría en la nevera junto al imán de los Lagos de Covadonga.

—Me encanta Asturias.

—Cuando quieras te llevo.

—Puedo ir sola.

Le tiro el mandil a la cara, me cuelgo el bolso y me voy.

La señora Rivera me detiene antes de salir a la calle.

—Estás más gordita, Alexa. Me alegra verte tan bien. Estabas muy *escuchimizadita*.

No sé si darle las gracias, pero estoy segura que para ella es un piropo. Supongo que lleva razón, últimamente me alimento mejor. Debe ser cierto que el buen sexo da hambre.

—Hasta mañana, Manuela.

—Mañana no podré venir. Tengo cita con el médico.

—¿Va todo bien?

—Sí. Mi hijo, que cree que estoy mayor y yo soy de espíritu joven, y mi cuerpo me acompaña. Estoy como un roble.

—Estás estupenda.

—Gracias, preciosa. Tú irradias alegría.

Nerviosita. Así llego a casa de Álvaro. Casi me subo por las paredes cuando entro en el portal. ¿Por qué estoy así? Porque su hijo también va a cenar con nosotros y pasaremos la noche los tres juntos. ¿Cómo me he dejado convencer para eso? Fácil. No he podido negarme cuando me lo propuso.

—Quiero que me conozcas mejor.

—Estoy deseándolo —le dije.

—Esta noche cenamos en mi casa. Con Álvaro. Esa es mi vida. Soy padre ante todo.

Y, haley, aquí estoy. Llamando a la puerta con una mano mientras que con la otra sostengo una caja en la que me he traído a Soplá. Sí, mi hámster me acompaña. Y no es porque me diera vergüenza aparecer sola y pensara que quizás el ratón podría ayudarme a abrirme, sino porque es una forma de romper el hielo. Se me ocurrió que a Alvarito le gustaría conocerlo y podría ayudarme a acercarme más a él y hacernos amigos, aunque el niño ya me considera como tal, te recuerdo. Eso ha sido siempre así. A los niños les das un caramelo y te los ganas. Y yo traigo dos en un bolsillo.

—Hola. —Sonríe a Álvaro cuando me abre la puerta. Tengo la nariz roja y fría. Llevo gorro, bufanda y un abrigo de lana hasta las rodillas.

#antisexi

#calentitacuesteloquecueste

Pero no te equivoques. Bajo toda estas capas llevo lencería capaz de quitarle los poderes al mismísimo Superman, Batman o cualquier otro superhéroe que se precie. Thor me ve y se le adelgaza el brazo, te lo aseguro.

—Te estábamos esperando. —Me devuelve la sonrisa—. Pasa. Estás helada —apunta, cuando me acaricia la mejilla.

Se dispone a quitarme el abrigo, pero ve que algo que llevo en las manos se lo impide.

—Espera.

Dejo la caja sobre la mesa del recibidor.

—¿Qué es eso?

—Una especie de regalo para Álvaro. Bueno, no es un regalo. Es mi mascota. Soplá. Tal vez se hagan amigos.

—¿Puedo? —Pregunta antes de abrirla.

—Claro. Es un hámster.

Frunzo el ceño.

—¿Qué ocurre?

—¿Te he dicho que tenemos un gato?

—Eh... Oh, oh.

—Eso. Oh, oh. —Sonríe.

—¿Crees que puede haber algún tipo de problema?

—¿Con problema te refieres a que Soplá termine en el estómago de Manchitas?

—Básicamente.

—Espero que no.

Nos reímos.

—Papi, papi, papi. ¿Ya está aquí Alexa? —El niño llega, corriendo, hasta nosotros.

Me agacho y le sonrío.

—Hola, Álvaro. Me alegro mucho de verte.

Me sorprendo cuando me rodea con los bracitos y me da un beso en la mejilla.

—Traigo algo para ti.

—¿El qué? —Se le ilumina el rostro.

—En realidad traigo dos cosas. —Saco de mi bolsillo dos galletas de chocolate de colores que he hecho hace un rato expresamente para él. Las coge y las mira, goloso—. ¿Te gustan?

—¡Mucho! —Mira a su padre—. ¿Me las puedo *comed*?

—Antes tienes que cenar. ¿Te has lavado las manos?

Alvarito niega.

—Está bien. Mira lo que ha traído Alexa. No es para nosotros. Es solo para que podamos disfrutar de él esta noche. ¿Lo has entendido?

El niño abre mucho los ojos. Su padre coge la caja, la acerca a él y quita la tapa con cuidado.

—Se llama Soplá y es amigo de Alexa —le explica.

—¿Lo puedo coger?

—Eso debes preguntárselo a ella.

Me mira con ojillos de corderito.

—Claro que sí. Él está deseando conocerte.

Alvarito mete las manitas, lo saca y se lo lleva al pecho.

—Pasad al salón. Voy a meter a Manchitas en la habitación —me susurra.

—Gracias —le digo, sin emitir sonido, solo moviendo la boca.

—Hemos *pepalado* lasaña de *veldudas*—me informa el niño, camino de la sala—. La hemos hecho solitos. Mamen no nos ha *ayulado*.

—Mamen es la que nos cuida —aclara Álvaro, que entra justo detrás de nosotros.

—Espero que con cuidar te refieras a que os hace la comida.

—También limpia y me ayuda con Álvaro. Tiene ganas de conocerte.

Nos sentamos en el sofá. Alvarito juega con Soplá sobre la alfombra.

—¿Le has hablado de mí?

—Por supuesto.

—¿Y qué le has dicho?

—Que pintas de muerte y que el sexo se te da genial. Que te gusta que te aten y esas cosas.

Le doy un codazo y nos reímos.

Me rodea los hombros con el brazo y... Todo cobra sentido. Es raro sin serlo. Estoy sentada en el sofá de un hombre al que conozco hace apenas dos meses, con su hijo y mi mascota jugando frente a nosotros y el fuego de una chimenea preciosa dorándolo todo. ¿Quién me lo hubiera dicho? Hacía mucho tiempo que no me sentía así, protegida, en familia.

Un sentimiento de añoranza y tristeza se apodera de mí. No siempre tuve problemas con los de mi sangre más directa. De pequeña, cuando aún no entendía de qué iba la vida y en qué se podían convertir las personas y adónde podían llegar, me sentía así, como ahora: bien, en casa, en un lugar al que pertenecer te llena de orgullo.

—¿Tienes hambre?

Álvaro corta mis pensamientos.

—¿Eh?

—¿Quieres cenar? —repite.

—Estoy bien. —Respiro y me acurruco junto a su costado. Y te juro que una afirmación nunca fue tan acertada. Estoy realmente bien.

¿Cuánto tiempo seguirá así?

QUÉ BIEN HUELE

ÁLVARO

La miro mientras duerme a mi lado. No quiero moverme y que se despierte, parece tan... serena. Está cansada, se lo he notado en la mirada cuando le he abierto la puerta. Trabaja demasiado, y la admiro por eso. Pasa el día en la cafetería y por la noche crea en su estudio. Debería decirle que se plantee tomarse un par de días de vacaciones. Queda poco para la inauguración de la galería y sé que le lloverán ofertas en cuanto el resto del mundo vea su arte. Espero que esté preparada para exponer en Nueva York.

—Tengo *hamble*, papi.

—Sí, es tarde para cenar.

—¿Despedtamos a Alexa?

—Vamos a dejarla dormir mientras ponemos la mesa, ¿te parece buena idea?

—Clado, papi.

—Deja a Sopla en su caja y cierra la tapa.

Lo veo caminar descalzo y sonrío. Es la luz de mis ojos, no sé qué sería de mi vida sin él.

Voy hasta la cocina y caliento la lasaña durante diez minutos. Álvaro me ayuda a poner la mesa y le pido que ahora sí vaya a lavarse las manos.

—Y deja de meterte el dedito en la nariz.

—Vale, papi.

Esos «Vale, papi» no me los creo en absoluto, pero ¿qué voy a hacer? Volveré a pedirle que no haga según qué cosas y él seguirá respondiendo lo mismo hasta el momento justo en que vaya a la universidad. Es lo que me queda, estoy resignado.

Me arrodillo delante de Alexa y le aparto el pelo de la frente con suavidad. Qué bonita es y qué bien huele. El color del fuego reflejado en su pelo lo hace aún más espectacular. Toda ella lo es. Irradia todos los colores que pinta, pero todavía con más luz, con más vida, con más esperanza. A mí me la da. Me ilusiona, me transmite confianza, me da la seguridad que necesito para creer en mí, en ella, en nosotros, en la posibilidad real de un futuro juntos.

—Alexa... —susurro—. Alexa...

—¿Mmm? —ronronea.

—Alexa, tienes que despertarte. La cena se va a enfriar.

—Mmm. —Se remueve y se queja.

—Puedes seguir durmiendo si quieres. —Sonrío.

Abre los ojos y también sonrío.

—Huele bien —murmura.

Me quedo observando el rubor de sus mejillas.

—Vamos. Cenamos y te vas a la cama. —Le acaricio el cuello y dejo la palma de mi mano allí, rodeándolo, como si soltarlo supusiera el hecho de que pudiera alejarse de mí.

—¿Me estás invitando a pasar la noche?

Te lo estoy pidiendo de rodillas, Alexa, porque...

—No podría dormir sin ti —resumo.

—Lo llevas haciendo años.

Pego mi nariz a su nariz.

—Pero no te conocía.

Nuestras respiraciones se mezclan y concluyo dándole un corto beso tras el que se podría leer todo lo que siento por ella.

Es curioso cómo nos imaginamos que pueden ser los momentos que aún no hemos vivido. Llevo todo el día dándole vueltas a la cabeza sobre el hecho de tener a Alexa aquí en casa, en nuestro hogar, de abrirle las puertas de nuestra intimidad, y jamás pensé que todo pudiera salir tan natural, como si esto fuese más normal que respirar a cada segundo. Y, ¿lo mejor? Mi hijo está cómodo con la situación. Es más, ahora mismo le pregunta si los Reyes Magos tienen pensado dejar un regalo para él en su casa.

—Álvaro, no seas impertinente —le reprendo.

El niño hace un puchero y se lleva a Alexa a su terreno.

—¿Te cuento un secreto? —le pregunta. Y mi hijo asiente, expectante—. Ayer me llamó el Rey... —«Baltasar», le chivo sin que él se dé cuenta—. Baltasar. Es tu favorito, ¿no? —Vuelve a asentir, sorprendidísimo—. Me dijo que dejara la puerta abierta, que tenía que dejar un gran regalo para ti.

—¿De *verdad*?

—¿Dudas de mí?

—No —responde, seguro.

—Pues eso. Estoy segura de que dejarán un regalo enorme. Me lo ha dicho Baltasar.

«¡¡Miaaaaauuu!!», escuchamos al gato gritar y correr por debajo de la mesa.

—¿Cómo se ha escapado? —Me levanto—. Cariño, ¿cerraste la puerta de la habitación?

—No me *acuerdo*.

—¿Qué es eso? —pregunta Alexa.

Vemos una sombra pequeñita y redonda correr de un lado a otro, delante de Manchitas.

—¡Sopla! —Se lleva las manos a la boca.

—¡¿Ze lo va a *comer*?! —Alvarito está a punto de empezar a llorar.

De pronto, todo se vuelve un caos.

Corro detrás de Manchitas, que corre detrás de Sopla.

Alexa corre detrás de Sopla mientras le grita a Manchitas.

—¡Por favor, no te lo comas!

El gato acorralla al hámster en una esquina e intenta cazarlo de un zarpazo. A punto está de darle en el estómago. Sería capaz de matarlo de un golpe.

—¡Ze lo ha comido! ¡Ze lo ha comido! —Álvaro no para de gritar, asustado.

Alexa deja de correr y va hasta mi hijo. Se agacha, lo coge en brazos y lo tranquiliza.

—No se lo va a comer, cariño. Solo quiere jugar.

—*Pedo...* *Quedía moddedle*. —Las lágrimas le brotan de los ojitos y ella se las seca con los dedos.

—Tu papi los separará.

Me solicita con la mirada que cumpla su promesa.

Me agacho y, con cautela, me acerco a Manchitas. El gato está muy alterado. Seguro que no me

deja cogerlo. Y mis sospechas se confirman cuando voy a agarrarlo y salta. Vale, por lo menos ha dejado a Sopla tranquilo. Me tiro al suelo por completo y alargo el brazo. El hámster se ha escondido bajo el sofá. El pobre está acojonado. Lo envuelvo entre mis dedos y consigo atraparlo.

Mi hijo llora en brazos de Alexa.

—No ha pasado nada, cariño. No llores. Aquí está Sopla, sano y salvo.

—¿Y Manchitas?

—Manchitas debe estar en una de las habitaciones. Vamos a darle de comer y nos vamos a la cama. Se está haciendo tarde.

Tras acostar a Álvaro, le pido a Alexa que nosotros también nos acostemos.

—No traigo ropa para quedarme aquí.

—Mejor. —Sonrío de lado.

Me da un golpecito en el pecho y la abrazo.

Pasan unos segundos sin que digamos nada. Solo se escucha el crepitar de la chimenea. Respiro hondo, cojo fuerzas y la retiro unos centímetros, los justos para que mis ojos queden sobre los suyos.

—No puedo pintar lienzos en blanco, aún no. Pero déjame que pinte tu cuerpo con mis labios. Lo colorearé con todas mis emociones. Déjame tu piel para expresarme, quiero que entiendas todo lo que siento por ti.

VOY A ECHARTE DE MENOS

ÁLVARO

El desayuno de hoy es diferente. Normalmente somos dos o tres los que nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina a comer cereales y tostadas. Hoy nos ha acompañado Alexa y todos nos hemos sentido cómodos, o eso me ha parecido. Agradezco a Mamen lo cariñosa que ha sido con ella, se merece que le suba el sueldo, aunque no es que le pague poco; de todas formas, ya se lo gana, por cuidar de nosotros como lo hace. Hoy, incluso ha hecho un desayuno especial con tortitas de sirope y varias frutas cortadas a trocitos. A Álvaro le ha encantado desayunar una tortita con cara de payaso y pelo de plátano

Dejo a Alexa en su casa a las ocho de la mañana. Tiene que cambiarse e ir a trabajar. He insistido en esperarla y acompañarla a la cafetería, pero no ha querido.

—Te llamo en un par de días —digo, a sabiendas del día tan largo que me espera y que mañana es la Noche de Reyes.

Nos despedimos en el coche. Los dos tenemos prisa.

—Espero poder darle pronto a Álvaro el regalo que Baltasar va a dejar mañana en mi casa.

—No tienes por qué hacerlo.

—Lo hace Baltasar. —Ladea la cabeza y sonrío.

Le acaricio la mejilla y le miro los labios.

—Te agradezco que trates con tanto cariño a mi hijo.

—Es un niño muy especial.

—Como tú. —Me acerco a ella y le doy un beso en los labios. Apoyo la frente en la suya y suspiro—. Será mejor que me vaya.

—Mmm —ronronea.

—Siento que no nos podamos ver hoy. —Me lamento, pero esta noche es la dichosa fiesta en casa de Torres Castillo.

—No te preocupes. Yo también tengo una cita imposible de eludir.

—Espero que no sea con un hombre —bromeo.

—Con varios... —Se muerde el labio, y, en consecuencia, mi polla da una sacudida.

—No hagas eso o no salimos de aquí. —Me remuevo en el asiento.

Ríe.

—Vale, lo capto. Me voy.

La atraigo de nuevo hacia mí.

—Te voy a echar de menos.

—Nosotros también a ti. —Levanta la cajita en la que tiene a Sopla, me da un beso rápido, abre la puerta y se marcha.

No despego la mirada de ella hasta que entra en el portal.

Necesito hacer varias cosas a lo largo de la mañana. Las invitaciones de la fiesta las tiene

controladas Lucie, no debo preocuparme; lo que me pone nervioso es que Alejandro también estará allí y no sé por qué está invitado. Me sigo negando que tenga algo que ver con ese malnacido.

Aparco en los alrededores de Art et Monde y entro en la escuela buscando a mi cuñada. La he llamado y me ha dicho que estará aquí durante casi todo el día. Me extraña lo que veo antes de entrar. Carlos está apostado junto al coche de Batman de mi hermano (y no exagero al llamarlo así. Ese coche está preparado para salir inmune de una guerra). Marcus vigila en la puerta principal de la escuela, y no se me escapan los dos guardaespaldas de las esquinas. ¿Qué está pasando aquí?

—Buenos días. ¿Está Alejandro dentro? —pregunto al jefe de seguridad de mi hermano.

—No. —Él siempre tan escueto.

Doy por sentado que Dani se encuentra dentro. Me lo ha dicho ella hace unos minutos, pero además, si hubiera salido a hacer algún recado, Marcus y sus secuaces la acompañarían, no la dejarían sola en ningún momento; para eso están aquí.

Sonríó al imaginar el cabreo que tiene que tener mi cuñadita ante el hecho de que su marido vuelva a sobrepasarse con su seguridad.

Nunca ha dejado su seguridad al azar, Daniel siempre ha estado escoltada en mayor o menor medida, pero lo de hoy roza lo churrueresco. Esto solo me deja más claro que hay gato encerrado.

—¡Álvaro!

Me detengo al terminar de subir las escaleras.

No se escucha un alma en toda la escuela, el alumnado debe estar de vacaciones.

—Hola, Dani.

Me acerco a ella, que me recibe con una gran sonrisa, y nos damos un pequeño abrazo.

—¿Qué haces por aquí? Pensé que no nos veríamos hasta mañana. Las niñas cuentan las horas para ver la cabalgata de Reyes con Ito.

—Tengo que pedirte un favor. Esta noche tengo una reunión de trabajo. —No estoy mintiendo —. Y necesito que te quedes con Álvaro.

—Por supuesto, no te preocupes.

—Eres la mejor.

—Lo sé. —Encoge los hombros.

—¿Qué haces hoy aquí? Supongo que la escuela está cerrada.

—Los alumnos exponen dentro de dos semanas algunos trabajos y quería dejarlo preparado. Cuando empiecen las clases, no me dejarán tiempo ni para salir a comer. —Esto puede parecer una queja, pero no lo es. Sonríe tanto que casi se parte la cara en dos.

—Te invito a un café. Mi sobrino tiene que comer.

—O sobrina. —Levanta un dedo—. No seas como tu hermano.

—Llevamos la misma sangre. En algo tendremos que parecernos.

—Está tan ilusionado con que sea niño que me da miedo ir a la próxima revisión.

—Le podría dar un infarto, sí. —Río.

—La vena de la frente le explota.

Rompemos en unas cuantas carcajadas.

—Si quieres, yo puedo acompañarte. Si es niña, ya vemos cómo decírselo entre los dos.

—¿Harías eso por mí?

¿De verdad me lo pregunta? Haría cualquier cosa por ella. Por ella, por mi hermano, por mis

sobrinas, por mi familia.

—Claro, cuñadita. Además, jamás me perdería la cara de Alejandro cuando se entere de que será otra niña.

Volvemos a reírnos.

—Venga, invítame a un café. Y a una tostada, tengo mucha hambre. —Me agarra del brazo y caminamos hasta la puerta.

A lo lejos, vemos a Marcus.

—Por cierto, ¿a qué viene todo este despliegue? —inquiero.

—Tu hermano está un poco preocupado por unas llamadas que me hicieron hace un mes.

—¿Qué llamadas?

—Nada, no fue nada. Solo llamaban y colgaban. Ya sabes que él es así de exagerado.

—¿Dónde está? Tengo que hablar con él.

—Salió anoche de viaje. Creí que te lo habría dicho.

No. No me lo ha dicho. Y sé por qué no lo ha hecho. Porque es mentira. Alejandro prefiere el silencio a tener que mentir. Pero, ¿por qué ha mentido a su mujer? Bueno, no sé de qué me extraño. No creo que le contara que iba a verse con otra mujer en un hotel de Madrid.

—Buenos días, Dani. ¿Sales? —Marcus la trata de tú porque ella no dejaría que una persona cercana la tratase de otra forma.

—Vamos a tomar un café. No es necesario que me sigáis a la cafetería. Álvaro me defendería en caso de que alguien intentara robarme o similar con algún tipo de arma, ya sea blanca o de fuego —habla con mucho sarcasmo, y yo no puedo hacer otra cosa que reírme—. Mi cuñado sabe todo tipo de artes marciales. ¿A que sí? —me mira, asintiendo con un golpe de cabeza.

—Todas. Aprendí en un viaje relámpago a Japón.

Marcus no muta el gesto. En eso se parece mucho a Alejandro.

Nos alejamos de él riéndonos, pero sé que no la va a perder de vista en ningún momento, porque, entre otras cosas, Alejandro se lo ha pedido.

EL DÍA D

ÁLVARO

La gran mansión del señor Torres Castillo se levanta imponente a las afueras de la ciudad y el tráfico se presagia denso, así que Lucie me recoge a las ocho en punto de la tarde. No entiendo por qué la mayoría de los mortales dejan para última hora las compras del día de Reyes. Una marabunta de personas se agolpan en las calles y en las tiendas cargados de bolsas... y de ilusión, o eso quiero pensar, porque nuestro día, hoy, va a ser muy diferente. Puede que no me guste lo que encuentre. Y no me refiero a que nuestra operación salga mal, sino a toparme con un Alejandro que no conozco. ¿Podría ser? ¿No conozco a mi hermano después de tantos años? Nuestro enlace en Madrid nos espera allí. Se supone que vamos en nombre de mis galerías a la fiesta de Navidad que celebra todos los años. Celebración que aprovecha para tapar sus sucios negocios y entablar nuevas relaciones. Torres ha comprado varios cuadros y desea que mi empresa se los tase. Al menos, así se ha urdido el plan. Vamos a una primera toma de contacto y espero que sea la última.

Una gran escalera de mármol blanco nos da la bienvenida. Frente a esta, un jardín inmenso con flores de todas formas y colores, árboles colosales y una iluminación de ensueño.

—Tiene muy buen gusto para ser una sabandija —apunta Lucie, a mi lado y bajo las escaleras.

—Habrás sido su mujer. —Le ofrezco el brazo para que lo agarre— ¿Preparada?

—Nací preparada.

Entramos en el gran salón e inspeccionamos desde una esquina a otra, sin dejar ninguna zona sin vislumbrar. Para eso fuimos entrenados. Cuatro lámparas colgantes de cristales sobresalen sobre la decoración. Bajo ellas, algunas caras conocidas del mundo del arte que pronto vienen a saludarme. Nuestro enlace, apostado en una esquina, esperando instrucciones.

Alejandro no se encuentra en esta sala y eso es buena señal. Tal vez ha tomado en consideración no mezclarse con la basura de esta ciudad, lo ha reconsiderado y es cierto que ha tenido que viajar.

—Es el momento —me informa Lucie.

—Ten cuidado.

Me tomo una copa de vino, por no desentonar, y charlo con varios marchantes de arte parisinos con los que mantengo muy buena relación. Está claro que Torres Castillo quiere presumir de su colección delante de todos. En estas paredes hay millones de euros colgados.

—Ya estoy dentro —escucho a Lucie por el auricular diminuto que llevo adosado dentro de la oreja.

—Aún no entiendo qué hago aquí. —Sonrío, y saludo a una señora que tengo en frente para disimular que hablo solo.

—Adornar, que eres muy guapo —habla al otro lado.

—Muy graciosa. ¿Has encontrado algo?

—No lo veo. Aquí no está. Pasamos al plan B.

—Debería estar ahí. —Hemos estudiado y seguido sus pasos las últimas semanas. La zona más segura de la casa es el sótano—. Tienes que subir.

Le doy el okey y me dispongo a dejar la segunda copa de vino sobre una mesa y buscar la escalera que va directa a la habitación principal. Hemos memorizado los planos de la finca y cabe la posibilidad de que guarde el Van Gogh en una caja fuerte en ese dormitorio, tras una falsa pared.

El trasiego de gente es constante. Por eso no me es demasiado difícil hacerme el borracho y buscar un baño en la primera planta.

Me recompongo cuando dejo a todos atrás y enfilo un pasillo con puertas a ambos lados. No es de extrañar que, cuando llego, la puerta esté cerrada, pero la abro en breves segundos con una llave maestra que el enlace nos ha proporcionado.

Ya dentro, busco la forma de que la falsa pared se mueva y poder pasar a lo que sabemos que existe detrás: una habitación de bastantes dimensiones con una gran caja fuerte.

Me dispongo a buscar entre el escritorio, cuando escucho ruidos fuera. Inmediatamente me escondo dentro de un armario y bajo la respiración al mínimo para que no se me escuche en absoluto. Puedo ver lo que ocurre por una pequeña ranura que dejo abierta.

Son dos hombres.

Uno, el dueño de toda esta desorbitada riqueza.

—Emplaza a todos para dentro de treinta y cinco minutos. Justo después de anunciar el compromiso. Las mujeres estarán demasiado ocupadas hablando de la boda para que echen en falta a sus maridos —habla Torres Castillo—. Comprueba que todo está en orden.

—Por supuesto, señor. Seguro que la subasta será todo un éxito.

Torres sale del dormitorio y la otra persona abre la doble pared y se pierde dentro de la sala. Tarda unos minutos en salir, los justos para indicarle a Lucie donde me encuentro. Cuando se va, lo relevo y me introduzco en la habitación escondida. Allí está. Tras una vitrina de cristal cerrada a cal y canto. «El Pintor en el camino a Tarascón». Me quedo embobado observándolo. Cuánto arte, cuánto sentimiento, cuánta verdad.

Informo a nuestro enlace del posicionamiento exacto de la obra y de que la subasta se celebrará dentro de (miro mi reloj) veintidós minutos.

La recuperación de la obra se hará durante la cena de gala. Justo en el momento en que la puja haya terminado y todos se sienten a la mesa a brindar con champán.

Salgo de la habitación y cierro la puerta con cuidado tras comprobar que nadie camina por el pasillo. Me dispongo a volver al salón principal cuando escucho una voz conocida tras la puerta que va hasta la biblioteca. Pego la oreja y me aseguro de que, sin duda, es la voz de Alejandro.

—Me estoy jugando mucho con esto. Puedo perder a mi familia —dice a otra persona.

—Te parecía divertido cuando todo empezó —contestan con voz de mujer.

Me muevo unos centímetros hacia un lado y veo que es la misma que estaba con él en la habitación del hotel.

Hostias, Alejandro, ¿qué estás haciendo?

—Esta noche terminará todo —zanja él.

—Eso no lo decides tú. —Ella acorta la distancia con mi hermano.

—Yo no debería estar aquí.

—Lo estás haciendo muy bien. —Le coge de la mano, y él suspira.

Tiro un jarrón que adornaba una mesita a mi lado y se rompe con fuerza sobre el suelo.

Mierda.

Es lo primero del agente recuperador de obras perdidas, joder. No hacer ruido, ser silencioso, no dejarse ver, tener mucho cuidado en cada paso.

TE VI CON ELLA

ÁLVARO

Cuando levanto el semblante, tengo a Alejandro frente a mí y a la que supongo su amante apuntándome con una pistola.

—¿Qué haces tú aquí? —me pregunta, más hosco de lo normal.

Mira a su amiga y alza la mano. La mujer enfunda el arma y retrocede unos pasos.

—Yo debería preguntarte lo mismo. ¿Qué cojones estás haciendo?

—No es de tu incumbencia.

—¿Que no es de mi incumbencia? ¿Después de todo lo que hemos pasado, te ves con otra mujer y crees que no es de mi incumbencia?

Alejandro arruga el entrecejo.

—¡Te vi! Te vi en un hotel con ella. Y ahora estás aquí... Por Dios, pero... ¿qué estás haciendo?

—Álvaro...

—No puedo creerlo. Jamás lo hubiera esperado de ti.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de sacar conclusiones precipitadas?

—¿Quién es ella?

—No puedo decírtelo.

—Yo creo que está bastante claro.

Él no habla, no dice nada. Esto es una puta locura.

—Estoy aquí por negocios —aclara.

—¿Y ella qué?

—Está conmigo.

—Que está contigo está bastante claro.

—Álvaro, vete. Esto es importante.

—No pienso irme hasta que no me digas qué está pasando.

—¿Y qué haces tú aquí? —contraataca.

—Voy a tasar unas obras.

—No me tomes por idiota.

—¡No me tomes tú! ¿Cómo puedes hacerle esto a Dani?

La mujer se acerca a nosotros y le dice que tienen que irse.

—Me parece perfecto —zanjo.

—Hablares mañana —declara con tono tranquilizador.

Escuchamos aplausos en el salón mientras mi hermano y yo nos retamos con la mirada.

—Álvaro. ¿Alguna vez te he defraudado?

No tengo que pensarlo. Sé cuál es la respuesta. ¿Debería confiar en él? Sí, sin duda, pero me es difícil aceptarlo.

Asiento y respiro.

—Vamos a ver qué pasa. No nos viene bien que nos echen de menos —le informa la mujer.

Salen los dos de la biblioteca y yo lo hago unos segundos después. Todos brindan con champán y el murmullo ha aumentado.

Lucie llega a mi lado.

—¿Dónde has estado? —se interesa.

—Asuntos de familia.

Ella no le da importancia a mi comentario.

—Está todo preparado. Puedes marcharte cuando veas las obras.

—¿Qué está pasando aquí? —Comienza a sonar jazz en directo.

—Acaban de anunciar el compromiso de la hija de Torres Castillo. Eso nos beneficia. Parece que todos están bebiendo demasiado.

Se abre un círculo delante de nosotros y una pareja joven se acerca al centro cogidos de la mano. Ella lleva un vestido plateado y el pelo rojo. Inmediatamente una sonrisa se me dibuja en el rostro cuando la imagen de Alexa desnuda se me viene a la cabeza.

Ella... riendo sobre la cama a corazón abierto.

La sonrisa, esa que me ilumina hasta el alma, desaparece de mi semblante y de mi cuerpo, muriendo como un pájaro al que le cortan las alas.

No puede ser.

Ella...

Ella no...

Es Alexa.

—¿Quién... Quién es? —consigo preguntar a Lu.

—La hija de Torres. Por lo que se dice, digna sucesora de los negocios de su padre. Igual de ruin y manipuladora.

Me quedo petrificado.

Es imposible.

Ríe mientras baila con su futuro marido. Pero no es ella, esa no es su sonrisa... ¿Cómo ha podido engañarme de esa manera?

Todo a mi alrededor se derrumba. Las luces desaparecen, la música se aleja conforme mi mente trata de asimilar la situación.

Me siento engañado, utilizado, ninguneado.

La observo. Ella ocupa todo mi campo de visión. El alrededor se ha volatilizado para dejarme una imagen de Alexa sonriendo a otro, abrazando a otro, besando a otro.

Escucho mi corazón partirse en un millón de trozos, que caen al suelo y se dejan pisotear.

—Tengo... Tengo que salir de aquí... —Me aflojo el nudo de la pajarita y doy dos pasos hacia atrás.

—Álvaro, ¿qué pasa?

Giro sobre mis pasos y camino deprisa en busca de una salida. El frío me golpea todo el cuerpo cuando llego al patio. Unos copos de nieve han comenzado a caer.

—Álvaro, no puedes irte. —Lucie llega a mi lado.

—No... No puedo respirar. —Me deshago el nudo de la pajarita, me la quito de un tirón y abro dos botones de mi camisa blanca.

MI CASA

ALEXA

No me apetece nada hacer esto. Hace mucho que decidí vivir mi vida sin las obligaciones que mis padres me quisieron imponer, así que no entiendo cómo me han convencido para venir aquí. No me gusta esta casa, no me gustan gran parte de los recuerdos que tengo en ella y odio lo que mi padre hace para ganarse la vida. Por eso me fui. El día que descubrí que traficaba con obras de arte robadas, además de con armas y drogas, me largué sin mirar atrás. Me niego a que me relacionen con él y con todos los de su alrededor, como mi madre y mi hermana.

Unos copos de nieve comienzan a caer cuando me bajo del coche. Recuerdo lo que me gustaba hacer muñecos de nieve en este jardín. Eran tiempos felices para todos, tiempos felices para mí.

Pensé decirles a Mat o a Nina que me acompañaran, pero no quiero involucrarlos en este mundo tan sucio y mezquino. Ellos saben quién soy, de dónde provengo y la sangre que corre por mis venas, pero nunca les ha importado; y eso que han tenido que aguantar amenazas del séquito de mi padre; enviados por él, por supuesto. Hace mucho tiempo que no nos molestan. Parece que el señor Torres Castillo aceptó que su hija no estaba dispuesta a ser otro títere de su emporio.

Entro por la puerta de atrás. Prefiero que me vean el menor número de personas posibles, además, en esta casa solo hay una persona que me muero por ver.

Llego a la cocina pequeña y Ángela está recogiendo la que seguro que ha sido su cena.

Se lleva una gran sorpresa cuando me ve.

—¡Mi niña!

Viene hasta a mí y me envuelve con un gran abrazo. Su pelo lo tiñen canas y su corazón una bondad infinita.

—No esperaba verte aquí.

—Yo tampoco.

—Me alegra que hayas venido.

Sonríe. Y esa sonrisa es lo único que siento mío en esta casa.

—Yo me alegro de poder abrazarte.

—Tu padre se alegrará de verte. —Me acaricia la cara.

Suspiro.

—Solo vengo por compasión por Ágata. Creo que aún puedo convencerla para que no se case.

—Niña, deja que Ágata escoja su camino, como lo hiciste tú.

—No lo entiendo, Ángela. ¿Cómo sigues trabajando para él?

—Sois mi familia. Tu padre me dio una oportunidad cuando más lo necesitaba. No tenía nada, nada. Él me dio una casa, un hogar... Me dio esperanza.

—No hables de él como si fuera la mejor persona del mundo. Como si fuera un salvador. No lo es. Ni siquiera es buena persona.

Respira, ladea la cabeza y me mira con cariño.

—Él no es la persona que crees.

—De eso estoy segura.

—Estás preciosa. —Me acaricia el cabello—. Siéntate, te preparo algo de comer. —Sabe que llevo razón, pero ella nunca reconocerá que trabaja para un hombre que es capaz de matar a quien se interponga en su camino.

—No tengo hambre.

—Sé de algo que te comes aunque no tengas hambre.

Tomo asiento y le pregunto cómo va todo por aquí.

—Bien. Como siempre. Ahora con mucho revuelo por la futura boda de tu hermana.

—Imagino... —musito.

Hablamos sobre la de veces que hemos desayunado y almorzado aquí las dos solas. Ella me contaba historias de su niñez, de lo dura que fue y todo lo que tuvo que trabajar para ayudar a sus padres a sacar a sus hermanos adelante. De ella aprendí casi todo lo que sé, ella supo inculcarme unos valores de trabajo y respeto que mis padres no me supieron dar. Mi padre se pasaba el día fuera de casa trabajando y también lo respetaba por ello; por eso, cuando me enteré de lo que realmente hacía, de lo sucio que eran sus negocios, la decepción fue aún mayor. No pude controlarme, le grité, lloré e incluso lo amenacé con denunciarlo a la policía; y él reaccionó de la forma menos esperada para mí hasta aquel momento. Jamás me había puesto una mano encima, jamás; hasta ese día.

Me como un plato de espaguetis con salsa ravioli y bebo un poco de vino. Ángela me regaña por tomar alcohol si he venido conduciendo hasta aquí.

—¿Te has comprado un coche?

—Es de Mat.

—Me alegro de que Mat cuide de ti. Es un buen chico.

—Es un buen amigo.

—Ángela, necesito que busques a Raimundo. Hay un problema en la cocina principal. —Ágata entra como un torbellino que arrasa con todo a su paso. Ella es así, impone con su presencia.

Pues sí que ha tenido que ser grave el problema para que sea ella misma la que venga a avisar a Ángela y no haya enviado a algunas de sus tres ayudantes. Ágata no suele hacer nada ella sola.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, pega los pies al suelo.

—¿Qué haces aquí? —No puede ocultar el tono molesto y altanero.

—Tú insististe en que viniera —rebato.

—¿Y por qué no estás en la sala con todos?

—¿Para qué quieres que vaya? ¿Toca hacer la foto de familia feliz? ¿A cuántos periódicos has convocado?

—Solo a uno. —Eleva el mentón—. He firmado una exclusiva.

—He venido para... —Me levanto y me pongo frente a ella. Odio estos momentos. Odio parecerme tanto a ella, somos como dos gotas de agua, idénticas por fuera; por suerte, no por dentro, aunque un día creí que sí lo éramos. Tuve que convencerme de que llevar la misma sangre no significa ver la vida con los mismos colores. Ella solo ve el color del dinero y el respeto (o debería decir miedo. El miedo que se le tiene a ella y a mi familia); yo veo el del amanecer de todas las mañanas al sentirme libre, y son tantas las tonalidades, que con ellas pinto mis días de alegría, o eso intento—. No te cases, Ágata. Jade no es buena persona.

—Ya sé lo que te pasa. ¿Aún no lo has superado?

—Eso no tiene nada que ver.

—¡Sigues queriéndolo! ¡Sigues queriéndolo y solo pretendes que rompamos!

—Ágata, por mucho que te cueste creerlo, nunca he estado enamorada de él, ni siquiera lo he querido, y, a pesar de todo, eres mi hermana, solo quiero lo mejor para ti.

—Acabamos de anunciar el compromiso, y te lo has perdido. ¿Cómo has podido?

—¿Para qué querías que estuviera?

Calla y aparta la mirada.

—Por una vez en tu vida, sé sincera conmigo —le pido.

Me clava la mirada, es oscura, pero no se parece en nada a la de Álvaro. La suya brilla por la maldad que se desprende.

—Me lo debías.

—Yo no te debo nada.

—Por supuesto que sí. Todos creen que soy el segundo plato de Jade. Que se casa conmigo porque no pudo hacerlo contigo.

Abro los ojos de par en par.

—Cuando creo que no puedes sorprenderme más, vas y lo haces. Solo querías menospreciarme delante de todos. ¿Cómo puedes ser tan soberbia?

—Solo quiero respeto.

—Para eso tienes que respetarte primero tú misma.

Cojo el bolso que había dejado sobre la mesa y le digo a Ángela que me voy.

—Gracias por la cena.

—No te vayas así, mi amor —me aconseja.

—Ni siquiera debería haber venido. Esto ha sido un error.

Sí. Un error en mayúsculas. Solo ha servido para darme cuenta de que no puedo cambiar nada, no puedo salvar a mi hermana de una vida de mentiras. Si ella quiere vivir entre escoria, a partir de ahora, no será cosa mía. Ya lo he intentado demasiadas veces.

—Ya estábamos juntos antes de que lo dejaras —suelta, con tanta rabia y maldad que lo que consigue es darme pena.

Detengo mis pasos, giro la cabeza y la miro.

—Gracias. Nunca te he dado las gracias por eso. —Respiro y hago un último intento de convencerla de que alejarse de todo esto es lo mejor—. Ágata, vete. Vete y vive tu vida lejos de aquí. Al final... lo perderás todo.

CARAMELOS

ÁLVARO

Le cuento a Lucie todo lo ocurrido los últimos meses, y es la primera persona ante la que reconozco que estoy enamorado de Alexa. Ya. Lo he dicho. Me ha costado aceptarlo pero no puedo negármelo más; y no es que lo haya intentado, sino que, a pesar de todo lo que estaba sintiendo por ella, dudaba si podía ser posible querer a otra persona como amé a Dani. A esa chica que revolucionó mi mundo en una época en la que necesitaba tanto su sonrisa como las palmas de sus manos acariciando mi pecho para poder respirar. Ella me dio la vida y yo mismo me la quité cuando me alejé de su rostro y me privé de su compañía. Ahora, por fin ha llegado otra persona capaz de llenar mi corazón con todo el júbilo que no encontraba. Y... ¿para qué? Para llevarme una decepción más grande que la noticia de que Dani se había enamorado de mi hermano. Me costó aceptarlo, pero esto... ¿Cómo tragar que haya sido capaz de engañarme de esta manera? ¿Qué pretende?

¿Cómo puede ser posible? Creí que la conocía, pero lo cierto... Lo cierto es que no nos conocemos de nada.

—Lo siento. —Lucie toma asiento a mi lado junto a la baranda de piedra y apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Sabes? Creí que era ella. Creí que era la mujer con la que pasaría el resto de mi vida. Sé... Sé que nos conocemos desde hace muy poco tiempo, pero es como si nuestra historia se hubiera fraguado a fuego lento desde hace mucho sin nosotros saberlo... Como si hubiésemos estado predestinados.

—El destino se equivoca muchas veces, el muy hijo de puta.

Reímos con tristeza.

—Tal vez sea una confusión. No sé... —Trata de darme ánimos.

—No hay confusión en lo que vi. Va a casarse con otro. Pero no entiendo cómo ha podido engañarme tanto.

—A veces no conocemos a las personas. No importa el tiempo que llevemos junto a ellas.

—Álvaro. —Alejandro llega hasta donde estamos. Alza las cejas cuando ve a Lucie—. Supongo que tú también vienes por la tasación de unas obras —suelta sarcástico.

—Yo también me alegro de verte, señor Fernández —replica Lu en el mismo tono.

—Quiero hablar a solas con mi hermano.

Lucie mira su reloj de muñeca.

—Tenemos que estar dentro en dieciocho minutos.

—La tasación de las obras... —apunta Alejandro.

—Exacto —contesta ella.

—Álvaro... —Alejandro se acerca a mí cuando mi amiga se aleja—. Yo... La he visto...

—No hace falta que digas nada.

—Lo siento —habla sincero.

Me pone una mano sobre el hombro y me aprieta en un gesto de cariño absoluto.

Niego con los ojos cerrados, trago para aplacar la decepción que sube por mi garganta y me ahoga.

—Vamos dentro, hace frío.

Vuelvo a negar.

—Alexa no está. Ha desaparecido por la puerta de las cocinas.

—¿Has estado antes aquí alguna vez? —pregunto, observando que se sabe la distribución de la casa tan bien como yo.

—No.

Sonrío triste.

—¿Vas a decirme ya qué haces aquí? —inquiero.

—Necesito más de... —Mira el reloj—... catorce minutos para explicártelo.

—Sabía que no podías estar engañando a Dani.

—Adoro mis cojones. Y sabes que me los cortaría.

Sonreímos, afligidos.

—Pensé que era ella... —Ambos sabemos que hablo de Alexa.

Él solo me abraza, como un hermano sabe hacer en momentos difíciles.

La recuperación de la obra sale como teníamos planeado. No vuelvo a ver a Alexa en toda la noche, pero lo cierto es que ni siquiera piso los salones de la casa, sino zonas más desiertas.

Lucie coge un jet privado y custodia el cuadro hasta nuestra sede en París. Allí se someterá a un reconocimiento más exhaustivo y se le hará llegar a la fundación Vincet Van Gogh.

Mi intención es encerrarme en casa y emborracharme antes de meterme en la cama (si consiguiera llegar a ella con la cogorza que pienso cogermme), pero alguien me llama utilizando el claxon de un coche antes de abrir la puerta del portal.

Miro hacia atrás y me encuentro a Alejandro con la ventanilla bajada. Me pide que suba y, sin pensarlo demasiado, hago lo que me ordena. Sí, me ordena. Porque él habla así. Sus peticiones se convierten en órdenes en cuanto salen de su boca.

Casi me tiro en el asiento del copiloto y cierro dando un portazo. No hace falta que hablemos sobre lo que ha pasado, no quiero su compasión y él lo sabe, solo necesito su apoyo.

El reloj digital del coche de Batman marca más de las seis de la mañana cuando aparca en un bar de carretera y bajamos de él. No sé cuál es ni me importa. Si tienen alcohol, me vale.

Y allí, en medio de la nada, solos, con el sonido de una televisión vieja de fondo y rodeados de olor a tabaco, tratamos de aclarar todo lo que está ocurriendo a nuestro alrededor.

—Jean me pidió ayuda porque creía que tú estabas implicado. En cuanto me lo dijo, viajé a París a ver qué ocurría. No me lo podía creer.

—Torres es un indeseable. Está introduciendo drogas y armas en el país. Tenía negocios con él y me enteré de lo que pretendía. Quería utilizarme para colar un cargamento procedente de Colombia aprovechando mi jet. Tengo un contacto en antidroga y ahí empezó todo. La mujer con la que me has visto es la Inspectora Molina.

—¿Qué hacías en la fiesta?

—Sabíamos que invitaría a toda la crême de la crême y no nos equivocamos. Ahora sabemos hasta qué día piensa enviar la mercancía.

—Pues sí que ha sabido aprovechar el evento. Hasta ha prometido a su hija... —Me revuelvo el cabello.

Alejandro levanta la mano y pide otras dos copas al camarero, un hombre mayor y con pocas ganas de estar en un bar de mala muerte a las seis de la mañana.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada.

—Deberías hablar con ella.

—Ni siquiera podría mirarla a los ojos... No puedo.

Nos ponen dos vasos delante y los llenan con una botella de Bourbon.

Los levantamos y brindamos.

—Salud, hermano.

—Salud.

Pasamos el día de Reyes juntos. Álvaro quiere ver la cabalgata con sus primas, pero además, sé a ciencia cierta que Alejandro no quiere dejarme solo. Dani me pregunta qué me ocurre un par de veces y me planteo si contárselo, sin embargo, no es el día. Bastante amargado estoy yo, no quiero que ella se preocupe por mí.

Esperamos la cabalgata en la plaza del Doctor Marañón. Yo llevo a Álvaro en brazos y Alejandro sube en hombros a Lía, que no ha parado de llorar hasta que lo ha conseguido. Dani va de la mano con Alma delante, a las que mi hermano no pierde de vista.

—Lía, ¿puedes dejar de tirarme del pelo? —Alejandro refunfuña.

—Papi, papi, papi. ¿Ya vienen los *Deyes*? —La niña está tan emocionada que no puede parar.

—*Mida*, Lía. Ahí, ahí, ahí —grita Ito.

—Bájame, papi, bájame. *Quiedo cogé cadamelos*.

—Hay demasiada gente —contesta él.

—Papiiiiiiiii —se queja—. *Quiedo Cadamelos*.

—Está bien, pero no te sueltes de mi mano.

Yo bajo también a Álvaro y entre todos conseguimos llenar dos bolsas de caramelos.

Ver sonreír a mi hijo me cura un poquito el corazón, pero solo un poco. Hacía tanto que decidí dejar de sufrir por amor que ya casi no recordaba qué se sentía. Y duele, vaya si duele. Y lo malo de estar destrozado y tratando de evitar pensar en una persona, es que todo lo que ves, lo que hueles o lo que imaginas se parece a ella. Como el olor a galleta recién hecha que sobrevuela la cafetería en la que nos sentamos a merendar, o la sonrisa de la chica de al lado, o el lienzo que adorna una pared.

Mi teléfono vibra sobre la mesa mientras me llevo la taza de café a los labios. Leer su nombre en la pantalla del móvil puede parecerse a que me claven alfileres por todos los poros de mi piel, o a que una manada de elefantes me pase por encima.

—¿No lo coges? —me pregunta Dani, sentada frente a mí, comiéndose una palmera de chocolate recién horneada.

Respiro y niego con la cabeza.

Mi cuñada frunce el ceño y me mira a los ojos. Y ella sabe leerlos como yo siempre he leído los suyos.

#adictaasusbesos

ALEXA

Guardo mi teléfono en el bolsillo del mandil cuando se agotan los tonos de mi teléfono móvil. La cafetería está a reventar, no cabe un alfiler y la cola de los pedidos llega hasta la puerta. La cabalgata de Reyes ha salido a la calle y con ella todos los madrileños, más el trillón de turistas que vienen a esta ciudad por estas fechas. No me quejo, a nosotros nos viene de perlas tanto ajetreo, no obstante, echo de menos a Álvaro. Hace más de veinticuatro horas que no nos vemos y siento que algo me falta. Vale, algo no, sé perfectamente qué es: sus besos. Me he convertido en una de esas personas totalmente insoportables porque la fuerza del amor se ha apoderado de ellas y solo saben suspirar por las esquinas.

Soy una #adictaasusbesos.

Llego a casa pasadas las dos de la mañana y lo primero que hago es ver si Álvaro me ha devuelto algunas de las cuatro llamadas que le he hecho. Nada. Mi móvil no me tiene preparado ni un mensaje de buenas noches. Aún así, se lo escribo yo. No quiero irme a dormir sin saber de él:

«Le pedí a Baltasar un regalo para Álvaro y otro para mí. El de Álvaro ha llegado; el mío eras tú y no he conseguido verte, ni tan siquiera hablar contigo. Espero que lo hayáis pasado bien. Yo os he echado mucho de menos. P.D.: Espero que llegues envuelto en papel de regalo. Me encantaría desnudarte despacio. Besos.»

No tardo en quedarme dormida, pero aguanto despierta lo suficiente para comprobar que ha leído el mensaje y no me contesta.

Prefiero pensar que está ocupado. Hoy es noche de Reyes y su hijo merece toda su atención.

El día 6 solo abrimos Magdalenas de Colores por la tarde, y mi intención es dormir hasta bien entrada la mañana, pero Mat y Nina me despiertan entrando en la habitación y dando gritos sobre la cama.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —Te juro que creo que es un terremoto. Estaba soñando con algo catastrófico.

—¡Los Reyes han pasado por aquí! —chilla Nina.

—¡Han dejado muchos regalos! —Le sigue Mat.

—Pero, ¿cuántos años tenéis? —Me quejo, con una sonrisa en los labios.

—Los suficientes para saber que en esta casa no han entrado por la chimenea. —Mi amiga tira de la colcha y me destapa—. Te has acostado con la ropa de ayer.

—Me cambié en la cafetería y estaba muy cansada cuando llegué —explico sin necesidad, pero aún estoy dormida.

—Venga, levanta. —Mat tira de mí y casi me arrastra hasta el salón.

—Faltan tus regalos. ¿Dónde los tienes? —me pregunta Nina.

—En el armario. ¿Puedo tomarme antes un café? —suelto una queja.

—No —ataja Mat, ya de rodillas delante del pequeño árbol de Navidad que tenemos sobre una mesita. Medirá unos quince centímetros de alto.

Tras abrir los regalos y emocionarnos, vuelvo a mi dormitorio en busca del teléfono móvil, deseando leer la contestación de Álvaro a mi mensaje de anoche. Sin embargo, cuando lo cojo y lo miro, no hay nada, absolutamente nada; como ayer tarde, como ayer noche. Me pongo nerviosa y lo llamo. Tal vez ha ocurrido algo. ¿Y si ha tenido un accidente? ¿Y si está en el hospital? ¿Y si...? Resoplo y me agobio.

«No adelantes acontecimientos», me anima mi subconsciente.

Tiene que haber una explicación lógica a por qué no da señales de vida. ¡Dios mío! Pienso en lo peor, no puedo controlarlo. Lo imagino tirado en una cuneta, dentro del coche, convertido en un amasijo de hierro, tras un golpe...

Una llamada.

Dos llamadas.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Siete.

Se agotan.

Vuelvo a marcar.

Se vuelven a agotar.

Se me ocurre llamar a Dani.

«Tengo el teléfono de Dani. Ella misma me lo dio», me repito, frenética.

Me tiemblan las manos y no puedo controlarlas. ¿Por qué me pongo así? Nunca me había preocupado tanto por una persona. ¿Y si le ha ocurrido algo también a su hijo? «Por favor, por favor, por favor, por favor, que estén bien, por favor».

—¡Dani! —grito cuando la escucho al otro lado de la línea.

—Hola, Alexa. —No me tranquiliza el tono de su voz.

—Disculpa que te moleste, pero llevo dos días llamando a Álvaro y no me contesta ni me devuelve las llamadas. Estoy preocupada. ¿Está bien?

—Sí, no te preocupes.

—¿Puedes decirle que me llame?

—Alexa, verás... No sé qué ha ocurrido entre vosotros, pero... No sé cómo decirte esto. Álvaro está bien, pero no se le puede hablar de ti.

¿Qué?

Caigo de culo en la cama sin entender absolutamente nada de lo que me está diciendo.

—Lo mejor será que hables directamente con él.

—Pero... ¿Qué pasa?

—No lo sé, no ha querido contármelo, pero... Hacía mucho tiempo que no lo veía tan abatido.

—No... Yo... No entiendo nada...

—Yo tampoco. Me gustaría ayudarte, pero no sé cómo.

—Puedes... Puedes hablar con él —le ruego.

—Ya lo he intentado.

—¿Puedes decirle que me llame, por favor?

—De acuerdo, lo intentaré. —Pasan unos segundos sin que ninguna de las dos diga nada—. Alexa, lo conozco. Siento tener que decirte esto, pero cuando Álvaro decide alejarse de alguien, lo hace a conciencia.

Escucho resquebrajarse mi corazón.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué he hecho?

—A veces no tienes que hacer nada. Álvaro toma decisiones que ni su corazón entiende.

—Dani... Sé que estuvo enamorado de ti.

—Eso fue hace mucho tiempo. No debe preocuparte.

—Lo sé, pero... Solo quiero que sepas que estoy enamorada de él. Yo solo quiero... Quiero hacerlo feliz.

FANTASMAS

ALEXA

Toc, toc.

La puerta de mi dormitorio se abre unos centímetros.

—¿Puedo pasar? —Nina asoma la cabeza y me regala una media sonrisa ladeada.

No le contesto, así que ella lo interpreta como un sí y camina hasta detenerse a los pies de mi cama. Lo cierto es que hubiera entrado aunque mi respuesta hubiera sido la contraria.

—Aquí huele a muerto.

—Me has pillado. Lo tengo debajo de la cama —contesto, tumbada boca arriba sobre el colchón y mirando el techo como si allí estuviera el secreto mejor guardado de la NASA. Y sí, me gustaría matar a Álvaro, envolverlo en papel de plata y hacerlo a la plancha. Como los chorizos en una buena chimenea.

—Si matar no fuera delito, yo misma te ayudaría a clavarle una estaca en el corazón a ese malnacido —ella tiene otras formas de acabar con él—, pero somos muy jóvenes y bonitas para pasar el resto de nuestros días en la cárcel. Allí no puedes ir de compras cuando te apetezca. —Toma asiento en el filo—. Hazme un ladito. —Me muevo unos centímetros y se tumba a mi lado.

Durante un par de minutos, se une a mi mutismo y solo se dedica a estar junto a mí. Y, ojo, sé que lo está en todo momento. Nina es de esas personas que te agarran de la mano y no te dejan caer. Y si, por alguna razón, te tiras desde el precipicio, ella cae contigo para luego resurgir de las cenizas y levantarte pase lo que pase.

—¿Puedo preguntarte algo? —Rompe el silencio.

—Claro —musito.

—¿Por qué no has ido a buscarlo? ¿Por qué no te has presentado en su casa o en la galería y le has pedido explicaciones?

—Porque él no quiere darlas.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con Dani, la mujer de su hermano. Son grandes amigos. Ha intentado hablar con él.

—Pero ella no es Alexa. Cuando te vea recapacitará.

—No, esa es la cuestión, yo no soy ella. Álvaro estuvo muy enamorado de Dani durante años.

—¿Qué?

—Es una historia muy larga, pero sé que se alejó de ella por algún motivo.

—¿Y se casó con su hermano?

—Sí.

—Esto parece una telenovela venezolana.

—Ni que lo digas... Pero sin final feliz para mí.

—Esto aún no ha terminado.

—Sí ha terminado.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo... Lo sé.

—La Alexa que yo conozco no se da por vencida tan pronto.

—¿Qué Alexa es esa?

—La que tuvo ovarios para alejarse de su familia porque le hacía daño, para cancelar una boda que no deseaba y para enfrentarse a un padre controlador y a una hermana que se creía más lista que nadie. Tuviste ovarios para rehacer tu vida y trabajar durante veinte horas al día para sacar hacia delante un negocio con tu mejor amigo. Esa es la Alexa que yo conozco. Así que ni se te ocurra decirme que esta vez, cuando has encontrado al amor de tu vida, te vas a rendir tan pronto.

Suspiro y cierro los ojos.

—Esa es la cuestión. Es el amor de mi vida, pero... Creo que él no siente lo mismo por mí. No lo ha demostrado en ningún momento.

—Te ha presentado a su hijo, te ha invitado a su casa, Alexa. Te ha abierto su corazón y te ha mostrado su intimidad. Ese tipo de hombres no hace eso por cualquiera.

—No puede pintar, ¿sabes? —Nina no contesta. Supongo que no sabe a lo que me refiero y me explico—. Le gusta pintar, el arte corre por sus venas, lo supe en cuanto hablé con él por primera vez sobre arte. Pero... No lo hace desde que Dani le rompió el corazón. Lo ha intentado, pero... No puede. —Suspiro—. Intenté que lo hiciera, pero... pero... Ni yo he podido que se deshaga de sus fantasmas. —Me siento sobre la cama con las piernas cruzadas y mi amiga me imita—. El amor libera, Nina. El amor rompe fronteras, desdibuja las líneas del miedo, te llena de valentía. Cuando estás enamorada puedes con todo, te sientes invencible, ganas batallas; no... No las pierdes.

Una lágrima rueda por mi mejilla.

Mi amiga la limpia con un dedo y me acaricia la cara con cariño.

—Por eso. No las pierdes. No la des por perdida antes de empezar a luchar.

—No lo entiendo... —Comienzo a llorar—. Todo iba bien, Nina. Todo iba bien. —Me tapo la cara con las manos.

Ella me abraza y me da ánimos.

—No lo entiendo. No entiendo nada —repito, entre sollozos—. ¿Por qué no quiere saber nada mí? ¿Por qué?

—No lo sé, cariño, no lo sé. Lo único que puedes hacer es ir y preguntarle.

No voy y le pregunto, por si estás esperando que eso ocurra. Al menos no inmediatamente. Me levanto, me doy una ducha y me voy a la cafetería. Trabajar me viene bien para olvidarme de Álvaro. Vale, no. En Magdalenas de Colores también pienso en él, pero no puedo llorar como en mi casa y no me siento tan desdichada. Los clientes no tienen la culpa de que mi mundo se hunda bajo mis pies y siguen mereciéndose mi sonrisa, así que se las regalo todo lo que puedo; que no es poco, oye. Obligarse a sonreír debería hacerse más a menudo, podría haber una asignatura en el colegio que te enseñara a ver el lado positivo de las cosas, a buscar soluciones a los problemas... en definitiva: a ser feliz.

No di esa asignatura en el colegio, pero hace mucho que me propuse ser feliz pasara lo que pasara y ese mantra se convierte en mi religión de hoy.

«Alexa la feliz», mi subconsciente le pone nombre a la película que me estoy montando sola en la cabeza mientras enjuago tazas y las meto en el lavavajillas.

—¿Cuándo es la fiesta inaugural de la exposición? —Me pregunta Mat, a la vez que echa un

par de cafés.

Hale, mi impuesta felicidad por el desagüe.

Me gustaría coger el tapón y evitar que la alegría del día de hoy desaparezca junto al agua y al jabón, pero no llego a tiempo. Pierdo toda esperanza de que el día no empeore en cuanto Mat lanza la preguntita. La exposición... Maldita sea la exposición. Me gustaría mandarlo todo a la mierda y olvidarme de eso.

«Al que te gustaría mandar a la mierda es a Álvaro», mi subconsciente habla.

Preferiría pedirle explicaciones.

«Pero antes mandarlo a la mierda».

Vale, *fifty-fifty*.

—Dentro de dos semanas.

—¿Qué día?

—El jueves.

Mateo no sabe lo que ha pasado (ni yo tampoco, que conste), pero me refiero a que no sabe que Álvaro pasa de mí y que ni siquiera me ha dado explicaciones. No me apetece tener que escuchar de su boca algo así como «Te lo dije», o peor, mi amigo es capaz de ir a buscarlo y pedirle las explicaciones él, pero después de darle dos puñetazos. Aunque claro, él se vendría con un ojo morado, la nariz rota, o ambas cosas en el peor de los casos. Mateo está fuerte, pero Álvaro mucho más. Eso de «más vale maña que fuerza» aquí no valdría, te lo digo yo, que los conozco a los dos. Así que mejor me callo y le digo que las ojeras son de una migraña.

—He pillado un vuelo a Londres muy barato. He pensado ir a ver a Natalia.

Dejo de fregar y lo miro. Esto es importante, al menos, lo parece.

—¿Y eso?

—La echo mucho de menos —habla sincero.

—No me lo habías dicho.

—Sí te lo he dicho, pero no prestabas atención.

Él sigue a lo suyo, moviéndose de un lado a otro sin detenerse. Yo estoy parada y siguiéndolo con la mirada.

¿Me lo ha dicho? ¿Es posible que yo haya estado tan preocupada por mí y por mi vida sentimental que no me haya dado cuenta de que mi amigo lo está pasando mal? De repente, un sentimiento de culpabilidad me inunda por dentro y me presiona el pecho.

«Mala amiga», mi subconsciente me reprende, y no puedo replicarle; lleva razón. He estado tan absorta en mi mundo que no he mirado más allá de mi ombligo.

—Perdona, Mat. Yo... Yo he estado...

—Abducida por Álvaro —termina por mí.

—Eso no es del todo cierto —arrugo el entrecejo.

Exagera, y mucho.

—Ah, ¿no? ¿Te has acordado siquiera que mañana es mi cumpleaños?

Convierto la boca en un círculo concéntrico.

—Ah... —No se me ocurre qué decir.

—Ya, lo suponía.

—Lo siento, Mateo

Me quedo fatal. ¿Cómo se me ha podido olvidar? ¿Por qué Nina no me lo ha recordado?

—Mateo —lo llamo.

Él se detiene, suspira y me mira.

—Lo siento, de verdad. Sabes que he estado muy liada con la exposición y preparando algunas obras nuevas. Álvaro está en mi vida, o... —Me callo, no me callo, me callo, no me callo... Me callo. No es buena idea contárselo—. Perdóname. Vamos a celebrarlo por todo lo alto, ¿vale? —Lo miro con ojillos caídos. Como cuando te mira un perrito en la calle que te suplica en silencio que te lo llesves a casa, pero tú no lo haces porque ya te llevaste a uno y casi te echan del piso.

—Vale... Perdonada, pero... Por favor, no me llevéis a Adara. —Sonríe.

—Nada de Adara. —Afianzo la respuesta con un movimiento de manos—. ¿Me das un abrazo?

—Uno y miles. Todos los que quieras.

Sonreímos y me encalomo a él como un osito tití.

—Natalia se alegrará de verte. —Nos miramos sin soltarnos.

—Eso espero. —Achina los ojos.

—Dime que sabe que vas.

Calla como respuesta.

—¿No le has dicho nada?

—Va a ser una sorpresa.

—Espero que te salga bien.

—En la vida, para conseguir lo que quieres, tienes que ser valiente.

Mateo lleva razón.

Hay que ser valiente.

Tengo que ser valiente.

Voy a ser valiente.

«Verás el tortazo que te llevas».

Pues me vuelvo con la cara colorada.

VALIENTE. PRUEBA UNO.

ALEXA

Hay que ser valiente, sí. Hay que llenarse de valentía si queremos luchar en algún aspecto de la vida. Yo lo hice cuando me lancé a abrir un negocio junto a Mateo y, aunque necesite unos arreglos, no nos va nada mal. Pero de eso se trata. De tirarte a la piscina sin saber si habrá agua debajo y no te romperás la crisma en mil pedazos, de pedir perdón sin saber si te lo concederán, de luchar sin ir armado y sin tropa, de jugar el partido a sabiendas de que el equipo lleva un año sin entrenar, de enfrentarte al miedo sin estar seguro de poder acabar con él. Es fácil ir tras algo que ya es tuyo de antemano. Lo difícil es llegar a un lugar que sientes como tuyo pero en el que no te van a dejar entrar. Lo complicado es llamar a la puerta de una casa en la que sabes que no eres bienvenida. Hay que asumir un riesgo y comprender que, por muchas ganas que le pongamos, no vamos a ganar siempre. La valentía consiste en enfrentarnos a nuestros miedos más básicos, lejos de anularnos o no. Hacernos amigo de nuestros temores es la mejor arma de la fortaleza humana.

Total, que esta charla me doy durante todo el día para armarme del valor necesario para ir en busca de Álvaro y pedirle explicaciones, o, por lo menos, que se despida de mí cara a cara.

Lo que me recorre el cuerpo cuando pienso en su cara es otra historia. Ese es mi verdadero miedo, que no me mire como siempre me ha mirado, que no me trate con la delicadeza que siempre me ha tratado, que no me bese... Sus besos para mí son vida. Que no me quiera...

Ni siquiera me paso por casa a darme una ducha. Tiro el mandil sobre una caja, me suelto el pelo y me pongo el abrigo.

—¿Adónde vas con tanta prisa, jefa? —me pregunta Gorka, barriendo la sala.

—¿Por qué eres tan cotilla? —le respondo, con una sonrisa.

—No es por cotillear, pero me da la impresión de que vas a necesitar ayuda.

—Esto puedo hacerlo sola.

—De eso no me cabe duda.

El autobús me deja muy cerca del piso de Álvaro. Mentiría si dijera que el miedo lo dejé en la cafetería, porque me acompaña todo el trayecto. Una señora mayor me ha mirado durante todo el camino con compasión. Le ha faltado sentarse a mi lado, cogerme de la mano y decirme que todo va a salir bien.

Suspiro frente al portal y veo salir el vaho de mi boca hasta desaparecer en el cielo. Aprieto los puños y agacho la cabeza.

«Vamos, Alexa, batallas más grandes has combatido».

Lo sé. Sé que para ti esto no signifique tanto, pero para mí lo es todo. Enfrentarme a una verdad que desconozco y que me puede destrozar, me hace temblar.

Llamo al portero automático y, tras unos segundos, me abren sin preguntar ni decir ni lo más

mínimo. Empujo la puerta de hierro y cristal y entro. El cambio de temperatura es considerable. Me deshago el nudo de la bufanda, me quito el gorro y muevo la cabeza para que el pelo se despegue y se abra.

Los segundos en el ascensor se me hacen eternos. Me encuentro conmigo misma en el espejo y todos mis miedos se posicionan a mi lado. Somos tantos que no cabemos aquí dentro; los hay de todos los colores y tamaños. Ahora mismo me siento tan pequeñita que casi ni me veo. Me agobio y solo quiero gritar. Trago con dificultad y trato de calmarme.

«Tú puedes, Alexa. Estoy contigo».

Me gustaría decirle a mis subconsciente que él no cuenta y que estoy sola, muy sola, pero no voy a ser una desagradecida.

Unos pasos más y... Otra vez, detenida frente a una puerta, pero esta vez en modo congelación extrema. Como si me hubiera metido en un congelador de un mercante, como una lubina pescada el alta mar y a la que le quedan muchas semanas para servirse en un plato. Es que ni pestañeo. Me da miedo (ahí uno de mis temores. Este, nuevo) hasta de pestañear, a ver si me van a escuchar y van a abrir la puerta.

«Es lo que pretendemos. Para eso estamos aquí. Para que nos abran».

No quiero. Quiero volver a casa, hacer palomitas y ver una peli de miedo. No, de miedo no, bastante tengo ya con los míos. Aunque podría reírme de Nina y de sus saltos sobre el sofá. Eso sí, la tendría de madrugada en mi cama, y a veces ronca. No le digas que he contado esto último. Me mataría de alguna forma lenta y dolorosa.

Rim, Rim. Mi mano loca cobra vida propia y llama al timbre un par de veces. Pero, ¿qué haces, mano? ¿Quién te ha dado permiso para cometer tal locura?

«Yo». Mi subconsciente levanta el dedo y agacha la cabeza. Ese dedo... ¡se lo cortarían! Pero, ¿cómo se atreve?

Discutiendo conmigo misma estoy cuando la puerta se abre y una mujer muy alta y muy guapa me saluda.

—¡Hello! —habla en inglés.

Levanto la mano loca (y ahora tonta) como si reflejara mi personalidad de gilipollas perdida.

«Di algo».

—Hello.

«Te lo has currado».

La conozco.

Es Roxana.

La madre de Álvaro.

Un sentimiento totalmente descontrolado de celos casi hace que me estalle la cabeza. Vale, de celos y envidia. Qué guapa, qué alta, qué ojos, qué pelo, qué piernas, qué manos, qué piel más tersa... Sí, hasta en la piel y en las manos me fijo.

—¿Puedo ayudarte? —Habla ahora en español. Creerá que, dada mis pocas dotes para hablar en general, en inglés me costará mucho más (en el que caso de que hablara el idioma, que lo es, aunque ella no lo sabe).

—Eh... Oh... Ah...

«Una guitarra y te pones a cantar».

Ella me mira con una sonrisa en la boca, pero de esas de verdad. Juraría que se ríe de mí, y lo peor, ¡no puedo culparla! Hasta yo me reiría si no estuviera tan tensa.

—Siento venir sin avisar.

—Oh, no te preocupes. —La erre no la pronuncia muy bien, no obstante, su español es de diez —. ¿Eres amiga de Álvaro?

—Eh... Sí. ¿Podría hablar un momento con él?

—No está, pero pasa.

¿No está? ¿Todo el mal trago que he pasado para no poder hablar con él? Que la señora del autobús casi me lleva a su casa y me pone leche y galletas, por favor. Que llevo hablando sola durante todo el día, escuchando a mi subconsciente darme la charla.

—Oh, no te preocupes, mejor vuelvo otro día.

—Está bien, como quieras. ¿Le digo que has estado aquí?

—Eh... —Mierda, no había pensado en esta posibilidad.

—¡Alexa! —grita Álvaro (hijo, por supuesto, supongo que no hace falta la aclaración. ¿Te imaginas a Álvaro padre gritándome? Seguro que sería para echarme de aquí, visto que no quiere saber de mí, pero su hijo lo grita de júbilo y viene corriendo hacia mí.

—¡Alexa! —repite, y se me tira encima.

Yo lo abrazo con fuerza, y sonrío. Qué bien huele. Huele a dulzura, a querer sin condiciones, a bondad, a dártelo todo sin pedir nada a cambio, a amor puro y sincero.

—Hola, cariño. Me alegro mucho de verte.

—Y yo. Le he *preguntado* a mi papi *pod* ti.

—He estado ocupada. —Le acaricio el rostro.

—¿Y mi *degalo* de *leyes*?

—Lo dejó Baltasar en casa, pero no lo he traído.

—¿Me lo *taeras* mañana?

—No lo sé, pero prometo dártelo lo antes posible, ¿vale? —No quiero mentirle, y no sé cuándo podré volver a verlo.

Asiente convencido y me da otro abrazo.

Cuando me levanto, Roxana me mira como si me conociera.

—Entonces, tú eres Alexa.

¿Sabe quién soy? ¿Le han hablado de mí? ¿Álvaro le ha hablado de mí?

—Ito solo habla de ti.

Ya decía yo.

—Mami, ¿puede *quedadse* a *cenad*? ¿Eh? ¿Eh? ¿Podemos *invitad* a Alexa a *cenad*?

—Claro que sí.

—Oh, gracias, pero... no puedo.

—Por favor, insisto. Me gustaría conocerte.

«Contesta. Reacciona. Di que no. Invéntate algo».

—Está bien.

«¿Qué? Pero, ¿tú no me escuchas?»

Cuando me conviene.

Lo cierto es que deseo quedarme a cenar. Yo también quiero conocer a la mujer con la que Álvaro tuvo un hijo. Y he de reconocer que tardo muy poco tiempo en cambiar mi percepción sobre ella. Al principio, doy por hecho que a Álvaro le gustó su físico (increíblemente perfecto), media hora después, me fustigo con mi látigo interior por ser tan superficial y no mirar más allá de la fachada de una persona. Roxana es una mujer educada, simpática y atenta. Lo veo en cómo trata a su hijo, pero también en cómo me trata a mí, una desconocida que acaba de llegar y de invadir su intimidad.

Me pide que la acompañe a la cocina donde la cena nos espera dentro del horno.

—¿Vino?

No sé si es buena idea beber, pero...

—Sí, gracias.

Una copita no va a hacer que meta la pata con ella.

Las sirve y me pregunta si me gusta el pescado.

—Me encanta, pero soy alérgica al marisco.

—¿Alergi..... ca? —pregunta, con, esta vez, una pronunciación muy pobre.

—Significa que no me siento bien el marisco. Es más, puedo terminar en el hospital si lo como.

—Vaya... Ya sé cómo matarte si llegara el caso...

Sonríe. Y, tras un segundo de incertidumbre (en el que me tomo en serio que tal vez se le pase por la mente matarme una noche mientras duermo para quedarse con el amor de mi vida), tengo que acompañarla en las risas.

Ito llega hasta nosotras y me pide que lo acompañe a su habitación.

—Quiero *enseñadte* una cosa.

—Ve con él. Yo termino con esto y cenamos —me anima su madre.

Lo único que desea Álvaro es estar conmigo un rato y disfrutar de mi compañía. (Leer esta frase con conocimiento de causa. Hablo del hijo. Ahora leer como si estuviera hablando del padre. Una realidad imposible de creer ahora mismo. Me deprimó). Me enseña todos sus juguetes. Me habla de los que tiene en Nueva York y de lo que le gustan los aviones.

—Aunque *siempre* me quedo *dodmido*.

Se mete un dedito en la nariz y lo mueve en círculos.

—Ven aquí. —Tiro del brazo y consigo que deje de tocarse sin que se dé cuenta, y le doy un pequeño y corto abrazo.

Roxana nos avisa de que la cena está sobre la mesa, y lleva razón. La cena está servida, lo que no cuenta es que la mesa y la cena vienen con sorpresa. Una, y muy gorda.

Cuento cuatro cubiertos. Cuatro. Y aquí solo somos tres. Espero que el gato acostumbre a comer con cuchillo y tenedor.

VALIENTE. PRUEBA DOS.

ALEXA

Si a la primera no te sale, prueba otra vez. Y si no lo consigues, prueba otra. Prueba, error; prueba, error, hasta alcanzar el objetivo.

¿Morirse de miedo significa que de valiente tienes lo que Snoopy de real? Espero que no, si no, aún me queda mucho para saberme valiente, porque ahora mismo el pánico se ha apoderado de mi cuerpo.

—Por favor, siéntate —me pide Roxana.

—A mi lado. —Ito señala con el dedo la silla de su izquierda.

Tomo asiento junto a Álvaro y frente a Roxana en la mesa cuadrada del comedor. Espero unos segundos hasta que me doy por vencida y admito que esperar que Manchitas sea el cuarto comensal y que sepa utilizar los cubiertos es de locos y que eso no va a pasar.

Roxana, además, despeja mis dudas enseguida.

—¿Te importa que esperemos a Álvaro unos minutos? Seguro que está a punto de llegar.

—Pero... —¡Por Dios, Roxana, dijiste que no estaba! Lo grito para mis adentros, claro, pero me gustaría levantarme y que se enterasen hasta en Pozuelo.

—Me ha enviado un mensaje. Le da tiempo a cenar con nosotros. No le he dicho que estás aquí. Verás la sorpresa que se lleva.

—¡Una *sodpesa* pada papi! —chilla Ito, contento.

Una sorpresa sí. Una sorpresa que no le va a gustar. Madre mía, madre mía, madre mía. ¿Sería capaz de echarme delante de Roxana y de su hijo? Me hundo. Me siento mal por aprovecharme de la hospitalidad de Roxana. Debería habérselo contado, o no haber accedido a su invitación para la cena.

«Esto ya no tiene arreglo».

Me va a odiar.

«Ahora más».

—¿Puedes *quitadme* las espinas? —Ito tira de mi chaleco, llamando mi atención.

Mientras yo pensaba en cómo volatilizarme o convertirme en tenedor, Roxana ha servido a su hijo que se queja de un hambre atroz.

—Claro. —La afirmación la acompaño de un intento de sonrisa que se queda en eso: en un mísero intento.

Haciendo una autopsia al pescado me hallo cuando escuchamos la puerta del ático abrirse y cerrarse y unos pasos llegar hasta nosotros. Álvaro (el padre, esta vez el padre) se detiene junto a la mesa a mi izquierda y a la derecha de Roxana. Me mira como si lo único que deseara ahora mismo es que yo fuera la lubina al horno que yace medio despellejada sobre la bandeja.

—¡Hola, papi! *Mida* quien está aquí. —Me señala y sonrío.

Me ve, Ito, tu padre me ve. Me ve y no le hace ninguna gracia. Aprieta la mandíbula y rechina los dientes. ¿Soy la única que los escucha? Parece que sí, porque Roxana sonrío tanto o más que su hijo.

—Alexa ha venido a verte y la he invitado a cenar. Supongo que no te importa. —Pobrecita. Cree que va a hacer feliz a Álvaro con el gesto, y lo único que va a conseguir es que le salga una úlcera en el estómago.

—Estupendo —contesta con un retintín exagerado.

«No creo necesario derrochar tanto júbilo al vernos». Ahora es mi subconsciente el que ironiza con la cara de estreñido que se le queda al sentarse junto a Roxana y frente a mí.

Qué divertido va a ser esto.

—Acabamos de sentarnos a la mesa. Alexa ha llegado hace poco. Quería hablar contigo y le he pedido por favor que se quedara a cenar. Sé que te haría ilusión. No me acostumbro a estos horarios españoles. Es demasiado tarde.

—Te dije que no me esperarais —le informa él.

Y otra vez los celos me comen por dentro.

—No te preocupes. Hemos llegado muy tarde de ver el Jardín Botánico. Hoy era el último día que se podían disfrutar las luces navideñas. ¿Has ido a verlas? —Se dirige a mí.

—Quería pasarme, pero el trabajo no me ha dejado mucho tiempo libre.

—Trabajas en una cafetería, ¿cierto?

—Sí. La regentamos un amigo y yo.

—Me han dicho que tienes unos muffins exquisitos.

—¡Síííí! —grita Ito.

Conforme transcurre la cena, Roxana se percata de que algo ocurre entre Álvaro y yo. No es difícil darse cuenta de ello. Él casi ni habla, a mí ni me mira, y, si lo hace, sus ojos no reflejan nada bueno.

Ito comienza a toser y se queja de que se le ha clavado algo en la garganta. Me preocupó enseguida, pero no me da tiempo ni a acercarme a él (y está a mi lado), que su padre ya ha llegado hasta su hijo, lo ha cogido en brazos y le ha abierto la boca.

Le da un poco de agua, pero el niño sigue quejándose.

—Mi madre me daba pan de pequeña. —Cojo un trozo mi migajón y se lo ofrezco—. Se lleva la espina. —Explico cuando Álvaro se piensa dos veces si hacerme caso o no.

Coge el trocito de pan con los dedos y roza los míos durante un segundo. Solo un segundo de contacto que he sentido hasta en los dedos de los pies. Juraría que él también ha notado ese latigazo en el estómago, esas burbujas subir hasta la boca, esa sensación de vértigo que llega a la cabeza desde la espalda y el cuello.

Vale, lo admito, tal vez sean imaginaciones de una persona completamente enamorada y con esperanzas de que la sigan amando en igual medida.

Mi plan funciona y la espina desaparece. Ito me da un besito y un abrazo y se queda en mi regazo. Entre los dos nos comemos mi postre. Un trozo de tarta de manzana que en nada tiene que envidiar a la que hacemos en Magdalenas.

—Vamos, es hora de dormir. —Álvaro se acerca a nosotros y lo coge en brazos.

—Hasta otro día. —Le doy un besito en la mejilla.

—No te olvides de mi *degalo*. —Bosteza, con la mejilla ya en el hombro de su padre.

—Por supuesto que no.

Padre e hijo desaparecen en el pasillo de las habitaciones y yo ayudo a Roxana a recoger la mesa. Nos tomamos la última copa de vino de pie en la cocina mientras que con dos cucharas terminamos con los restos de tarta de manzana que han quedado en la bandeja.

—Álvaro me ha hablado de tu obra. Aún no la he visto y no puedo valorarla, pero él dice que es una obra maestra por muchas cosas, como la mezcla de colores y la sencillez de la técnica. No sé mucho de arte, pero él me enseñó un poco cuando salíamos. Me llevaba al MoMA a menudo.

Otra vez los celos, no puedo evitarlo, aunque ya he podido ver con mis propios ojos que lo que hay entre ellos es solo un gran cariño; y un hijo maravilloso, por supuesto.

—Qué suerte.

—¿No has estado?

Cree que hablo de sus visitas al museo más importante del mundo cuando me refiero a la suerte. En realidad, lo único que se me viene a la mente es pasear de la mano entre sus salas de la mano de Álvaro.

—Sí, en varias ocasiones. Me encanta Nueva York.

—Es una ciudad increíble. Vivir allí convierte cada día en una experiencia.

—Eres modelo, ¿verdad?

—¿Te ha hablado Álvaro de mí?

No, sin embargo...

—Sí —contesto, con mi sonrisa forzada.

—Vengo a desearos buenas noches. Estoy muy cansado —nos interrumpe Álvaro, con cara de pocos amigos.

Yo quiero ser su amiga si él me dejara.

«Más que eso».

Por supuesto. Quiero lo que éramos. Lo que teníamos. Lo que sentíamos. Quiero que vuelvan las ganas de besarnos hasta quitarnos la ropa.

—Alexa ha venido a verte. Supongo que tendréis cosas de las que hablar.

¿Sí? ¿Muchas? Pues ninguno de los dos dice ni una palabra.

—Voy a darme una ducha. Os dejo solos.

Roxana se marcha y no da lugar a réplica.

—Yo... —Intento decir algo. Yo qué sé. Algo como que la comida ha estado bien, agradecer la invitación, el frío que hace en la calle a estas horas...

—Será mejor que te vayas —manifiesta, de forma dura y cortante.

«Venga, que no se diga. Haz uso de esa valentía».

El vino ayuda.

—Álvaro, ¿qué ocurre? ¿Por qué me tratas así?

NI MI VALENTÍA

ALEXA

Ya. He soltado esa pregunta que me da tanto miedo, o debería decir que deja lugar a una réplica o respuesta que me aterroriza; sin embargo, no deseo vivir en una mentira, ni entre verdades a medias, no quiero palabras bonitas de consuelo, quiero la verdad desnuda, la verdad al completo.

—¿Así? —se envalentona, pero se lo piensa mejor. Se revuelve el pelo y respira—. No tenemos nada de qué hablar. Supongo que sabes dónde está la puerta. —Se gira y da unos pasos hacia el salón.

Eso ha dolido. Y tela.

Lo agarro del brazo y lo detengo.

Veó su pecho hincharse con fuerza.

Está guapo. Bueno, es guapo porque la naturaleza lo dotó de unos rasgos muy atractivos, sin embargo, esta noche está aún más. Ese chaleco negro de cuello vuelto le queda de muerte. Conjunta con la oscuridad de sus ojos.

—¿Qué quieres?

—Que me mires. Que hables conmigo.

—Ya te lo he dicho. No tenemos nada de qué hablar.

—Ah, ¿no? Yo creo que sí. Estábamos bien. Todo iba bien y... de repente, desapareces, no me coges el teléfono, no quieres hablar conmigo. Dani me dijo...

—¿Has hablado con Dani?!

—¿Qué querías que hiciera? No encontraba otra forma de llegar a ti.

—¿Llegar a mí? Qué cínica eres... —sisea, y me hace mucho daño.

—Pero, ¿puedes decirme qué te pasa?

—¿Qué me pasa?! ¿Qué me pasa?! ¿Cómo puedes siquiera venir aquí y preguntarlo?! ¿Cómo se te ocurre?!

—¿Qué querías que hiciera? ¡¡No quieres hablar conmigo!! ¡Necesito saber por qué el hombre que amo se ha alejado de mí!

«Buen momento para declararle tu amor».

Da un paso hacia mí y nuestros pechos casi chocan en medio del salón.

—¿El hombre al que amas?! ¿Estás segura de que soy yo el hombre que amas?!

—Por supuesto.

—El hombre que amas está muy lejos de aquí. ¡¡Vete!! ¡Te estará esperando en vuestra cama!!

—¿Qué estás diciendo?

—¿Lo que has escuchado! —Nuestras respiraciones se mezclan—. Y ahora vete. Sal de mi jodida casa. No quiero volver a verte. —Sus palabras se clavan en mi corazón, cada una de ellas son como una lanza que me atraviesa el pecho.

—Pero...

—Eh... ¿Podrías hablar un poco más baj... baj... bajito? Vais a despertar a Álvaro. — Roxana sale al pasillo y nos interrumpe.

—Alexa ya se iba.

—Lo siento. —Me disculpo ante Roxana. Miro a Álvaro por si cambiara de idea (la esperanza sigue viva en mí. Positivismo idiota al poder), y vuelvo a posar los ojos sobre la modelo—. Gracias por invitarme. Estaba todo delicioso.

Ella sonrío contrariada y asiente con la cabeza.

Cojo mi abrigo, que había dejado bien colocado sobre el sofá, me lo cuelgo en el brazo y camino hasta la salida.

Escucho a Roxana reprocharle que si va a dejarme sola. Abro y cierro la puerta sin esperar qué le responde y bajo en el ascensor.

Llamo a un Uber que venga a por mí. Es lo mejor. No quiero seguir jugando con la suerte y que la noche siga dándome sorpresas desagradables. Vale, la reacción de Álvaro no ha sido una sorpresa, sino más bien la crónica de una muerte anunciada. Su forma de actuar no puedo manejarla, no obstante, hay cosas sobre las que es fácil tomar el control, y esta es una de esas. Llamar y que me recoja un coche es lo mejor. No sé cuánto puede tardar el autobús.

Me pongo el gorro y la bufanda después de colgar el teléfono y meterlo en mi bolso y salgo a la calle. Hace un frío que corta la cara, pero el Uber me ha dicho que llegará en unos minutos. Camino hasta el filo de la calzada y miro a ambos lados, esperando con ansias que el coche llegue y la noche mejore. Pero ¡nada mejora! Llega un coche sí, pero ni Uber ni taxi de andar por casa. Es el coche de Álvaro. Con Álvaro dentro, claro.

Baja la ventanilla.

«Tengo un mal presentimiento».

Ya somos dos.

—Sube —ordena.

Lo ignoro y miro hacia la derecha.

—Sube. Vas a congelarte.

Sigo pasando de él.

Lo escucho suspirar.

—Puede pasar media hora hasta que encuentres un taxi.

—He llamado a un Uber. Está de camino.

—Anúlalo. Yo te llevo.

¡Ni muerta me subo en tu coche!

No le contesto y doy unos pasos hacia un lado. Miro el reloj de mi muñeca, disimulando.

Si antes quería verlo y besarlo, ahora quiero que se vaya (y besarlo, vale).

Sale del coche y viene hacia mí.

Mierda.

—Sube, por favor. Hace mucho frío.

—No me importa.

—A mí sí. Vas a enfermar.

—¿Ahora te importo?

Me clava la mirada y pasan un puñado de segundos hasta que contesta.

—Nunca has dejado de importarme.

¿Debería derretirme? Quizás, pero me ha hecho tanto daño hace unos minutos que mi corazón

se ha congelado. (El frío ayuda).

—Déjame que lo dude.

—Alexa... Sube.

—No voy a ir contigo a ninguna parte. Te voy a hacer un favor y voy a desaparecer de tu vista. Giro sobre mis pasos y comienzo a caminar.

—¡Llevas razón! ¡Me hace daño verte! —grita a mi espalda.

—¿Y para qué has bajado? ¿Quién te lo ha pedido? —Me enfrento a él.

—Roxana está preocupada por ti.

—Dile que estoy bien.

—Yo también estaba preocupado. Es un poco tarde.

—Sé cuidarme sola.

Vuelvo a alejarme y él me detiene de nuevo, esta vez agarrándome de la mano.

Tiro y me suelto.

—¿Qué quieres de mí?! —Me desespero.

—¡¡Nada!! ¡¡No quiero nada!! ¡¡Te di mi corazón y lo haces pedazos!! ¡¡Creí que eras la mujer de mi vida, joder!! ¡¡Te lo he dado todo y tú...!! ¡Y tú...! ¡¡Lo pisoteas sin más!! Pero, ¿cómo se puede ser así?! ¡¿Cómo puedes tratar así a una persona que te quiere?!

—¿Cómo te he tratado?! ¡¿Cómo?! ¡¡Yo también te lo he dado todo!! ¡¡Todo!!

Silencio.

—Es cierto que me lo has dado todo —baja el tono—. Todas las mentiras.

—No puedo más... No lo entiendo.

—Entiende esto: tú y yo solo vamos a vernos lo necesario hasta que nuestro contrato laboral finalice.

—Si es eso lo que te preocupa, podemos romperlo ahora. La exposición es lo que menos me preocupa.

—Tú misma. Si es lo que deseas, hazlo.

Cómo duele todo lo que dice. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no llorar delante de él. Me niego.

El Uber para a unos metros y transcurren unos segundos sin que ninguno de los dos nos movamos.

Soy yo la que me doy por vencida y desisto.

Subo al coche y cierro la puerta. Conmigo se viene toda la rabia y la frustración que esta situación me produce.

DUELE

ÁLVARO

Duele. Duele tanto que, por un segundo, dejo de sentir. Es un dolor seco, estanco, hueco, muerto. Como una estaca que se clava en el centro del corazón y se queda ahí sin poder sacarla.

Ella es la estaca; yo, la poca fuerza para cogerla y sacarla.

Y otra vez esa sensación de desasosiego, de soledad, de no estar, de querer desaparecer, de correr lejos... Con la salvedad de que esta vez no puedo. Mi hijo me impide coger un avión y volar al otro lado del mundo. Álvaro, el ser que está para salvarme.

SEGUIR

ALEXA

Me refugio en el trabajo, como había hecho hasta ahora. Soy sincera con Mat y, al día siguiente, en su cumpleaños, le cuento todo lo que ha pasado y, al contrario de lo que pensaba, me apoya en silencio, dándome los ánimos que necesito. Vamos al cine al cerrar la cafetería, tomamos copas de vinos en restaurantes preciosos de Madrid, esta vez sombríos para mí, comemos hamburguesas grasientas, vamos a patinar... Así me ayuda mi amigo.

¿Romper el contrato y renunciar a mi sueño? Solo se me pasó por la cabeza durante el segundo exacto en el que Álvaro me destrozaba con sus palabras. Él ha desaparecido de mi vida arrasando todo por dentro, sin embargo, no voy a dejar que acabe con lo único que me queda. Pintar lo es todo, deseo que sea mi forma de vida, de subsistir. Mi mayor deseo ahora mismo es demostrar lo que valgo dando vida a mis obras, llegando a un público desconocido para mí, abriéndome el alma en canal.

—Vas a deslumbrar a todos. —Nina me anima tras una botella de vino.

—Brindo por eso. —Mateo levanta la copa, lo imitamos y las chocamos.

Mañana es la inauguración de la exposición, mi puesta en escena, el estreno de la obra que estoy dispuesta a ejecutar como una máquina sin errores, perfectamente sincronizada, preparada para hacer el papel de mi vida delante de un montón de personas desconocidas y de Álvaro. Lo he visto. Estuve en la galería ultimando los detalles con Berta y él llegó acompañado de una mujer. Se llamaba Isabelle y su acento la delató como francesa. Muy guapa, alta y sofisticada. Casi ni me miró, yo a ella la observé desde la distancia. Nos presentó, por supuesto. Ella era su ayudante; yo, la nueva artista que ha contratado la galería. Hizo que me sintiera como una mierda, así que hubiera preferido no verlo. Quizás se pasó por allí para restregarme por la cara su nueva conquista y dejar claro que no se arrepiente de la decisión que tomó: alejarme de su vida, o quizás olvidarse siquiera de que un día formé parte de ella.

—Mañana te tomas el día libre y vamos de compras. Necesitas un vestido nuevo —me anima Nina.

—Ya me lo compré. —Y lo hice con ilusión, esa que me falta ahora.

—Pues vamos a la peluquería. Ese pelo rojo va a brillar hasta dejar ciego a ese puto.

—No quiero dejarlo ciego.

—Pero yo sí. Le sacaré los ojos de las cuencas con los dedos. —Los levanta y los mueve. Sonríe, aunque solo sea por un segundo.

—¿Podemos dejar de hablar de él? —Mat está cansado de escucharme llorar sin hacerlo—. Lo importante es la exposición y que vas a triunfar. Él es solo una anécdota en todo esto.

—¡Así se habla! —Mi amiga secunda la idea.

Qué más quisiera yo que poder olvidarlo. Lo he intentado, no te creas. Sin embargo, Álvaro no es de esas personas que puedas borrar de un plumazo. Él se ha quedado en mí para siempre, en mi

piel, en mis dedos, en mi boca...

—Brindo por los valientes, por los que siguen adelante, por los supervivientes. ¡Sí! Eso somos. ¡Unos supervivientes natos! —Perdona a Nina, ha bebido demasiado.

—¡Por las mujeres fuertes! ¡Por conseguirlo todo! ¡Por luchar hasta el final! —Vale, yo también me he colado con el vino.

—Lo siento —Mat se disculpa con dos personas de la mesa colindante a la nuestra—. No las puedo sacar de casa. Se creen las reinas del mundo. —Ríe. Él también se ha colado bastante.

—¡Sííí! —grita Nina.

—¡¡Las reinas del mundo!! —chillamos las dos al unísono.

Las reinas del mundo, al día siguiente, son las reinas del infierno y del dolor de cabeza. Mi amiga se va a trabajar con dos ibuprofenos en el cuerpo y otros dos metidos en el bolso por si fueran necesarios (que lo serán). Yo echo cafés en Magdalenas al ritmo de beberme otros cuantos. La culpa es de Mat y de su gran idea de atiborrarnos de vino. El vino es un buen amigo hasta que deja de serlo. Gorka me ayuda en todo lo que puede porque sabe que lo estoy pasando mal. Mateo, en cambio, parece que se ha levantado con pilas alcalinas recién estrenadas. Hoy solo abrimos hasta mediodía. El otro medio vamos a dedicarlo a descansar y a ponernos guapos para el gran evento. ¡Me cago en mi sangre! Quedan pocas horas para la inauguración y yo he perdido toda la valentía que me brindó un poco de alcohol anoche. (Quien dice poco, dice tres botellas de un vino tinto que se bebía solo).

—¿A este qué le pasa? —me pregunta Gorka, mirando cómo Mateo baila al ritmo de la canción que sale por el hilo musical.

—Ni idea. ¿Habéis cambiado la marca de café y no me lo habéis dicho?

—Que yo sepa no. Igual se ha tomado un carajillo.

—¿Uno? Yo estimo que más de tres.

Nos reímos.

A eso de las once de la mañana me hacen una visita inesperada. Se excusa alegando que viene por el muffin de zanahoria y la tarta de chocolate, pero sé que está preocupada por mí. No la conozco demasiado, sin embargo, se ve a leguas que es una mujer de bandera, una persona que se preocupa por la gente a la que estima y quiere y por la que pondría en peligro su vida. Se ve en sus ojos grises, casi transparentes algunas veces.

—¡Dani! —Me alegro mucho de verla.

—Hola, Alexa.

Salgo de la barra y le doy un abrazo.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo un hambre atroz y sueño con tus muffins y tartas de chocolate —afirma, acariciándose la prominente barriguita.

—¿Cómo estás? Te veo estupenda. —No miento. Es preciosa, con un pelo lleno de vida y una tez suave y bonita.

—Muy bien. Y... ¡Ya sé el sexo del bebé!

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—¡Es un niño!

—¡Enhorabuena!

—Dáselas a mi marido. Está como un niño con un juguete nuevo.

—Supongo...

—Estamos muy contentos, sobre todo él, al que mareamos entre las tres mujeres de la casa.

Dice que la balanza estará más compensada.

Río.

—Siéntate. Estarás cansada.

—La panza empieza a pesar, pero estoy bien, solo necesito algo muy dulce y un poco de café.

—Descafeinado.

—¿Te ha avisado Alejandro de que no debo beber cafeína? —Abre los ojos.

—No. —Vuelvo a reír—. Me lo dijiste tú.

—Vale, vale. Es que a veces este hombre se pasa con su forma de cuidarme. Cree que soy de papel.

¿De papel? Como mínimo de hierro forjado. Se lee a leguas en sus ojos que es una sobreviviente nata, una mujer fuerte, una supermujer.

Tomamos asiento en una mesa junto a la ventana y Gorka viene a atendernos.

—Yo me encargo, jefa. Tómate un descanso.

Nos coge el pedido y se marcha.

—Es muy guapo —comenta Dani.

—¿Gorka? Supongo...

—No me digas que no te has dado cuenta. —Achina los ojos.

—Sí... Lo cierto es que casi salimos una vez.

—¿Casi?

Asiento.

—Quiero saber más —insiste.

—Lo contratamos poco antes de que Álvaro irrumpiera en mi vida. Nos gustamos... Pero él... Gorka no es Álvaro.

—Siento mucho lo que ha pasado.

—Lo sé.

—Es idiota.

—También lo sé.

Nos reímos.

—Hoy va a salir todo bien. Estoy segura.

El clima cambia a uno más serio, pero cargado de cariño y sinceridad.

—Eso espero. No sé si voy a poder estar con él en el mismo sitio sin ahogarme.

—Es normal. Te entiendo perfectamente. Pero, ¿sabes de lo que me he dado cuenta? Nos parecemos más de lo que crees. No solo somos del Club de las Locas que hablan con su subconsciente constantemente; también somos fuertes, luchadoras, perseverantes y la desidia no forma parte de nuestro vocabulario.

—A veces estoy tan cansada de todo que me cuesta seguir adelante.

—Pero, ¿cuánto te dura la desgana? Sigues, sigues y sigues, porque no sabes hacer otra cosa. Yo pasé una época en que la desidia aparecía a menudo, pero me levantaba y caminaba.

—Esa época... ¿Tiene que ver con Álvaro?

—Es una parte de mi vida dura, y no me importaría contártela, pero... prefiero que lo haga él.

—Dos cafés descafeinados para dos mujeres bonitas. —Gorka llega hasta nosotros y deja el desayuno sobre la mesa.

—Yo no bebo descafeinado —apunto.

—Jefa, no estás tú hoy para más cafeína.

Me guiña un ojo y vuelve por donde ha llegado.

Hablamos durante media hora de temas sin mayor trascendencia y solo se va cuando se asegura de que estoy bien y preparada para afrontar la noche que me espera.

—Va a ser intensa, pero disfrútala.

Dani da en el clavo.

Intensa es el mejor adjetivo para definirla.

INTENSIDAD NIVEL PRINCIPIANTE

ALEXA

Me tiemblan las manos. Miro hacia abajo, las muevo varias veces y cierro el puño tratando de controlarlas, pero tienen vida propia. Las abro y siguen temblando.

—Alex, ¿puedes dejarme tus pendientes de perlas? —Nina entra en mi habitación—. ¿Qué haces así todavía? Tienes que vestirte. Tienes que estar en la galería dentro de una hora.

—No voy a ir —respondo, sentada en la cama y aún en pijama.

—¿Cómo que no vas a ir?

—No voy a ir —repito, como un robot al que solo lo han programado para decir eso.

—¿Que no voy a ir! ¡No puedo! —Sigo mirándome las manos.

—A ver, a ver, a ver. ¿Esto es por Álvaro?

—No.

Se acerca a mí, se arrodilla y me agarra con cariño por las muñecas.

—Alexa, llevas mucho tiempo esperando este momento.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Me da mucho miedo. ¿Y si no les gusta?

—Tú gustas a todos.

—Me refiero a mi obra.

—Yo también. —Suspira—. No entiendo mucho de arte. Lo único que se me da bien son los números...

—Eso es mentira —la corto

—Vale. Soy una mujer muy completa. —Sonreímos—. Pero el arte no es lo mío, sin embargo, tus cuadros son tan bonitos que los colgaré en el salón de mi mansión en La Finca para que mi marido, jugador del Real Madrid, y mis tres hijos, también puedan disfrutar de ellos. Espero que me hagas una rebajita.

—Te los regalaré, tonta.

—El trabajo no se regala. ¿Cómo vas a pagar las facturas?

—Las pagará Magdalenas.

—Ve olvidándote de la cafetería. Esta noche vas a triunfar y no vas a tener tiempo para hacer cafés. Así que se acabaron las lamentaciones. ¡Arriba! —Me agarra y me levanta—. Vas a vestirte, a pintarte los labios y a salir de aquí con la mejor de las sonrisas. Vas a comerte la noche. Qué digo la noche. Vas a comerte Madrid, ¡vas a enamorar al mundo!

—Me basta con que las críticas no sean muy malas.

—Anda, mujer. Yo aquí haciendo un alegato al poder y me vienes con esas. Vístete. —Me señala con el dedo—. Mientras te preparo una tilita y llamo a Mat, que vaya preparando el coche. Hace un frío de muerte.

Mi amiga me prepara la tila y la adereza con un chorro de vodka. Casi me vomito en el vestido nuevo y tenemos que buscarme otro modelito. Por fortuna, la trago y mi estómago decide admitir el lingotazo de alcohol que me he metido en el cuerpo. Igual piensa que es buena idea que vaya tocada al evento; yo no estoy muy segura.

Dejo la taza en el fregadero y me bebo un vaso de agua. Tratando de no ahogarme estoy cuando suena el timbre.

—¿Puedes abrir? —Nina grita desde su dormitorio.

Al otro lao, sobre la alfombra que compramos en una tienda del barrio en la que reza «Bienvenido a la casa en la que serás feliz» (y tras la cual nuestros vecinos piensan que esto es una casa de citas) hay un señor con gorra y un ramo de flores en las manos.

—¿La señorita Santana?

—Soy yo.

—Esto es para usted. —Me da el ramo y me pide que firme. No sé ni cómo puedo coger el bolígrafo y hacer un garabato sobre el papel, el ramo es enorme ¡y muy bonito!

—Gracias.

—A usted.

Lo dejo sobre la mesita del salón y, con una sonrisa, busco la tarjeta. Es pequeña pero hay una. Este Mat es un sol, San Mateo lo llamo ahora, porque, aunque desde que nos conocemos se ha portado bien conmigo, desde hace un par de semanas se desvive por mi bienestar, a pesar de que a veces puedo llegar a ser insoportable. Intento comportarme, pero me cuesta sonreír, y tratar de hacerlo porque todos esperan que sea fuerte y pase página, me agota.

Cuando la leo, mis dedos comienzan a temblar.

«No vas a necesitarla, pero suerte».

Pensarás que me emociono por cualquier tontería, que no pone nada del otro mundo y que soy un poco moñas porque hasta me pongo colorada, sin embargo, entenderás por qué el corazón está danzando dentro de mi pecho. La firma Álvaro.

—¡Qué bonito! —Nina lo coge y huele algunas flores—. ¡Qué detalle! ¿Quién ha sido?

—Álvaro.

Su cara me indica que le ha sorprendido tanto como a mí.

Lo suelta y hace un gesto de asco con la cara.

—¡Son feísimas! ¡Qué mal gusto!

—Son preciosas.

—Ya estamos. —Pone los brazos en jarra.

—¿Por qué crees que lo ha hecho?

—Ni idea. Las tiraremos a la basura. Venga, Mateo nos espera abajo.

Mis amigos han decidido que la música es la mejor de las medicinas y cantar una vacuna que lo cura todo en pocos segundos; así que gritan dentro del coche durante todo el trayecto a ritmo de algunas canciones muy famosas. Ahora suena *No me acuerdo* de Thalía y Natti Natasha.

Mi garganta se seca al ver la cantidad de personas apostadas en la puerta de la galería. ¿Qué es eso?

«Respira».

—¿Os bajáis aquí y busco aparcamiento?

—No, no. Vamos contigo —respondo con rapidez. Lo único que intento es retrasar el momento de la llegada.

Mateo hace unas maniobras bruscas y, cuando termina, grita:

—¡Aparcao!

Nina pone los ojos en blanco y yo estoy a punto del desmayo.

Enfilo la calle, flanqueada a ambos lados por mis dos mejores amigos. La gente sigue en el mismo sitio. Ojalá empezara a llover. Hay un montón de fotógrafos y periodistas. Veo, incluso, algún famoso contestando alguna pregunta. Berta llega hasta mí con una sonrisa en los labios.

—Estás guapísima —me saluda.

Yo no puedo hacer otra cosa que observar quién está tras ella hablando con una mujer que no conozco. Álvaro lleva un traje de chaqueta azul oscuro y una camisa del mismo color pero un poco más clara.

—Gracias —contesto, volviendo a ella.

Mis amigos me dan un beso y me susurran que me esperan dentro.

—Mucha mierda —musita Nina.

—¿Estás preparada? Te estábamos esperando.

—Pero... ¿Quién es toda esa gente?

—Hemos convocado a los medios. Álvaro ha movido cielo y tierra para que todo el país se haga eco de tu estreno. No ha dejado ningún cabo suelto.

Glup, glup.

—Álvaro, ya estamos preparadas —le informa.

Lo estará ella. Yo lo único que deseo es que aparezca un unicornio volador y me lleve al mundo de las piruletas de fresa.

Él me mira durante solo un segundo.

—Perfecto. Phoebe, te presento Alexa Santana. Alexa, ella es Phoebe Cook, directora de nuestra galería en Nueva York.

—Encantada.

—Un placer.

Nos damos la mano.

Berta se pone a hablar con ella y Álvaro se acerca a mí.

—Contestaremos algunas preguntas y entramos. —Sigue sin mirarme.

—Vale. —Tengo la garganta reseca. Casi no puedo tragar.

—¿Estás bien? —Debe haberse dado cuenta de mi ansiedad.

—No.

—Si tienes cualquier problema, Berta y yo estamos aquí para ayudarte.

Claro que tengo un problema. Eres tú, imbécil.

Voy a darle las gracias por el ramo de flores, pero cuando me doy cuenta, tenemos los flases sobre nosotros.

Paso la primera prueba con notable, considerando la situación y mi alto estado de ansiedad. Las preguntas son simples y sencillas. En qué me inspiro. Qué espero de esta noche. Desde cuándo me dedico a pintar. Fácil, ¿no? Lo difícil viene a continuación.

¿Quién me iba a decir a mí que hoy me enfrentaría a todos mis demonios?

INTENSIDAD NIVEL INSOPORTABLE

ALEXA

—¡Alexa! ¡Enhorabuena! Todos están encantados. —Dani llega hasta mí y me da un abrazo.

—Enhorabuena. —Su marido me da dos besos. ¡Qué guapo es, Dios! ¡Pero qué serio!

—Gracias por venir.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo.

Les presento a Nina y Mateo y todos me felicitan por el éxito que está teniendo mis obras.

—Ya se han vendido siete cuadros. —Berta reparte copas de champán y brindamos.

—Nosotros hemos comprado dos —informa Dani.

—Oh, ¡gracias!

—Gracias a ti por crear tan bonito. Cuando los vi me enamoré de ellos. Fue amor a primera vista. Ya les tenía echado el ojo. Tengo enchufé.

Todos reímos.

—¿Puedo pedirle un autógrafo a la artista? —Gorka aparece de la nada y me da un abrazo y un beso en la mejilla.

Lo presento a la parte del grupo que no lo conoce y charla con nosotros. Unos minutos más tarde, Berta pide que la acompañe, Álvaro quiere hablar conmigo.

—Me la llevo —manifiesta.

Álvaro habla con varias personas mientras el champán de sus copas vuela a sus bocas y baja por sus gargantas. Me ve antes de posicionarme a su lado y forzar una sonrisa agradable. Me presenta a todas esas personas tan elegantes y con títulos tan rimbombantes como Subdirector de la Galería Peragón en Barcelona, en la que se exponen obras de mi tan admirado Joan Miró; Director de la Galería de Arte Sorolla en Sevilla; representantes de grandes artistas a los que sigo desde hace mucho; algún Presidente de Fundaciones que apoyan el arte y un inversor al que le interesa este tema.

Poco a poco nos van dejando solos, hasta que el último se disculpa ante nosotros porque tiene que atender una llamada. Nos quedamos él, yo y mis miedos delante del último cuadro que preparé para esta exposición, aún estábamos juntos y el mundo seguía girando a mi alrededor. Vale, no es que ahora no gire, pero antes mis días sabían mejor. Lo titulé: Tu boca. Y está hecho a base de trazos de varios colores oscuros sobre el que pinté dos bocas a punto de rozarse. A pesar de todo, es bastante abstracto y hay que fijarse bien para percibir las líneas del dibujo.

—Gracias —musito.

—No tienes por qué darlas. Esto es trabajo —contesta, cortante.

—Me refiero al ramo de flores. Ha sido todo un detalle. Son preciosas. —No las he tirado, por si te lo preguntas. Sería un sacrilegio. En contra de Nina, las he dejado en agua para que no mueran.

«Como su amor por ti».

Menudo puñal me clava mi subconsciente.

—Lo hago con todos los artistas que se estrenan. —¡Boom! Una hostia con la mano abierta sobre una de mis mejillas me hubiese dolido menos.

Casi se me cae al suelo la copa que yace vacía en mi mano.

¿Puedo llorar ahora? ¿Me das permiso?

«Anda, métete en el cuartito y echa unas lagrimitas. Te lo mereces».

No lo hago. Me armo de valentía y me enfrento a él.

Giro sobre mis zapatos de aguja y cristal y lo miro a los ojos.

—¿Sabes? Me equivoqué. Creí que eras una persona que no eras, creí que merecías la pena, pero no mereces nada de mí. No mereces que siga pensando en ti, no mereces ni siquiera que esté aquí hablando contigo, tratando de arreglar algo que se rompió. ¿Sabes por qué? Porque no se puede romper algo que nunca existió. Con tus actos solo demuestras que jamás me has querido.

Me clava la mirada y aprieta la mandíbula.

—No me digas que soy alguien a quién no conoces. Me conoces mejor que muchas personas que llevan años en mi vida. Soy yo el que te mira y no sabe quién eres. ¿Cómo has podido ocultarme algo así durante estos meses?

Caigo en la cuenta de que se ha enterado de quién soy, quién es en realidad mi padre, mi familia, y a lo que se dedican.

—Si no te lo he contado, ha sido porque no tengo relación...

—No quiero saber las razones de por qué no me lo has contado. Quiero saber por qué me hiciste creer que me amabas cuando era mentira.

—Te amo desde la noche en que nos conocimos, hace más de dos años.

—¡Deja de mentirme! —masculla.

Un par de personas, que pasan por nuestro lado en ese momento, se nos quedan mirando y disimulamos hasta que se alejan.

—Yo solo... No te dije quién era porque no quiero que los negocios de mi familia afecten a mi vida, además, casi no tengo relación con ellos desde hace mucho. —Arruga el entrecejo—. Utilizo el apellido de mi madre porque es menos conocido. Lo último que deseo es que se me conozca por la hija de Franco Torres Castillo de la Serna.

—No me importa que seas hija de un empresario corrupto.

No parece sorprendido. Espera, ¿lo sabía? Entonces, ¿por qué está tan enfadado conmigo?

—Lo único que me importa es que te abrí mi corazón, te presenté a mi hijo... ¡Por Dios! —Respira—. Álvaro te adora. ¿Cómo has podido hacernos esto?

—¿Haceros qué? —Casi lloro de desesperación.

—Pero entiendo tus razones... Supongo que esa sangre que corre por tus venas te salva de tener escrúpulos.

¿Qué. Ha. Dicho?

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —Me tiembla la boca.

—Querías exponer y aquí están tus obras. Querías triunfar y esta noche lo has conseguido. Phoebe está impresionada contigo. Espero que aceptes la oferta que está a punto de hacerte, te vayas a Nueva York con ella y te alejes de todos nosotros.

No puedo evitarlo más. Dos lágrimas se escapan de mis ojos y ruedan por mis mejillas. Estoy desolada.

Se acerca a mí y sisea a pocos centímetros de mi boca:

—Enhorabuena. Por tu éxito y por tu boda.

¿Qué?

«¿Nos casamos? ¡¡Despedida de soltera!!», grita mi subconsciente, más perdido que un pato de goma en mitad del Atlántico.

Alza la copa en un solitario brindis y bebe. A continuación, como en un baile ensayado, la deja sobre una pequeña mesa alta, tan fuerte que casi la rompe, y respira.

—Solo te deseo lo mejor, Alexa Torres Castillo Santana. Espero que seas más sincera con tu prometido que conmigo...

—Álvaro —trato de cortarlo, pero me es imposible. Me está confundiendo con mi hermana. ¿Eso es lo que ocurre? ¡Por favor, si no nos parecemos tanto!

«Sois idénticas».

—Solo he odiado a una persona en mi vida, a mi padre, le hizo tanto daño a mi madre que ella no pudo soportarlo y se quitó la vida. Ahora entiendo el dolor que le causó Marcos y lo que pudo sentir al engañarla con otra.

Lo que me cuenta me destroza. ¿Su madre se suicidó? ¿Por culpa de su padre? Sin embargo, mi boca se ha quedado sellada por todo lo que escuchan mis oídos.

—¿Por qué me has engañado? ¿Por qué? A veces he sentido odiarte y eso ha hecho que te odie más si cabe. Yo no soy así.

¿Escuchas eso? Es mi corazón resquebrajándose. ¿Y eso otro? Mi alma haciéndose añicos en el cielo. Va a llover trocitos de alma de Alexa.

—Alexa, Alexa. —Escucho a unos metros.

No puede ser.

Esa voz.

¡No!

INTENSIDAD NIVEL DIOS

ALEXA

¿Por qué las personas se empeñan en volver a tu vida si ya decidiste que no querías tenerlas a tu lado? ¿Por qué las personas toman decisiones que te afectan directamente sin preguntarte? ¿Por qué mi madre cree que es bienvenida a la noche en la que expongo mis obras por primera vez y Álvaro rompe lo que quedaba de mi corazón?

Solo pido un poco de raciocinio.

Me limpio las lágrimas con la palma de mis manos con rapidez, respiro varias veces y giro sobre mí tratando de sonreír, pero esta vez, lo cierto, es que no lo consigo. ¡Y me da igual! ¿Qué me importa lo que piense una persona que no se preocupa por mí? ¿Que solo me ha querido cuando podía controlarme?

—Alexa, hija mía, ¡cuánto me alegro de que estés aquí! Llevamos media hora buscándote.

¿Llevamos? ¿Quién más viene con ella?

Me abraza y me da dos besos como Fe suele darlos, de esos de mentira que tira al aire. Como todo lo que la rodea. Lo único de verdad que hay en esa casa es el aire que se respira.

—¿Todo este revuelo es por ti? —Mira a ambos lados como si no lo creyera, se peina cuando un periodista nos pregunta si puede hacernos una foto y sonrío.

—Soy su madre. Fe Santana. —Me agarra del hombro y me pega a ella.

Esto no puede estar pasando.

El flash me deja ciega por unos segundos.

Parpadeo.

—Hola. —Ágata me saluda casi sin mirarme y echándose el pelo hacia atrás con un movimiento de cabeza. A su lado, El Orito; digo, Jade, su prometido, que también me saluda, este con dos besos, gesto que no ha tenido mi querida hermana.

En ese momento, me percató de que Álvaro no se ha movido del sitio y es testigo de todo lo que acontece ante sus ojos, a punto de salirse de las órbitas. Puedo escuchar las neuronas de su cerebro colisionando entre sí, atando cabos y aceptando la metedura de pata que ha tenido conmigo.

—Y este hombre tan guapo es... —Fe se acerca a Álvaro, mimosa.

—Álvaro, Álvaro Llorens —contesta él, tras unos segundos sin reaccionar.

«Despierta, bonito».

—El caso es que su cara me es familiar... —Mi progenitora achina los ojos.

—Estuve en la fiesta que celebró en su casa hace unas semanas. Tasé unas obras de la colección de su marido.

¿Álvaro estuvo en la fiesta de compromiso de mi hermana?! ¿Por qué? ¿Para qué?

«Para tasar unas obras. ¿No lo has escuchado?». Ahora sí que todo tiene un poco de más sentido.

—Mamá, él es el dueño de la galería. Álvaro, te presento a mi madre, Fe Santana. Ella es mi hermana gemela, Ágata; y su prometido. —«Por favor, no digas El Orito»—. Jade.

Álvaro y Jade se dan un apretón de manos.

—Es un placer tenerles aquí.

—El placer es nuestro. —Me da asco el ronroneo de mi madre con Álvaro. Le está poniendo ojitos—. No nos ha avisado, ¿sabe? Alexa no ha invitado a su familia a la exposición. Nos hemos tenido que enterar por la prensa. Imagínese el disgusto que me llevé cuando me enteré. —Se lleva una mano al pecho y se hace la mártir—. Lo que tengo que sufrir con esta hija. ¿Tiene hijos? A veces pueden llegar a ser un gran dolor de cabeza.

¡Pero si nunca se ha preocupado por mí!

—Alexa es una persona maravillosa —le replica, o eso me parece. Levanto casi imperceptiblemente la ceja y presto atención.

—Bueno, tendría usted que conocerla...

—La conozco perfectamente —la corta—. Su hija trabaja muy duro todos los días y además cuida de su familia y amigos. Y ahora, si me disculpa, tengo que atender a otros invitados. —Se va dejando a mi madre con la palabra en la boca y los ojos del revés.

Me dan ganas de reírme. Nadie habla así a Fe Santana. Estoy muy pero que muy enfada con él, pero le aplaudiría. ¿Me ha defendido? Por supuesto que sí.

—Qué grosero. No me gusta ese hombre —chismorrea, levantando el mentón.

—Parece que tú tampoco le gustas a él.

—¿Podemos irnos ya? —Ágata se queja.

—¿Para qué habéis venido? —No lo entiendo.

—Alexa, cariño. Soy tu madre. Este es un momento importante para ti. Quería estar a tu lado.

—Eso es mentira. —Suelto una sonrisa sardónica—. Nunca has estado a mi lado.

—Llevas razón —salta mi hermana—. Firma los papeles que te dio Santorini y te dejaremos en paz.

—¿Por eso estáis aquí?

—Cariño... —Fe me agarra de la mano, y me suelto de un tirón.

—Marchaos.

Jade me ofrece unos documentos que ni toco. No tengo que abrir la carpeta color beis para saber qué contiene.

—Firma —inquiérese mi hermana.

—No.

—Parece que aún no sabes con quién estás hablando. —Ágata es mala por naturaleza. ¿Cómo podemos tener los mismos genes?

—¿Has venido para amenazarme?

Mi hermana y yo mantenemos un duelo con la mirada hasta que mi madre nos interrumpe:

—No, cariño. Claro que no.

—Deja de llamarme cariño —le pido, a punto de ponerme a llorar.

—Alexa, somos tu familia. Es tu deber ayudar a que el negocio familiar prospere —sigue Fe.

—Me dais asco. —Mis palabras son duras, pero no puedo detenerlas—. Marchaos ahora o llamo a seguridad.

—A papá no le va a gustar que volvamos con los documentos sin firmar.

—¿Os ha enviado él?

—No ha hecho falta. Todos sabemos qué tenemos que hacer —habla ahora El Orito. Este es el

que más asco me da.

—Supongo que tu misión siempre ha sido casarte con una de las hijas de Torres Castillo para asegurarte una buena tajada del pastel.

—¡Alexa! —se queja mi hermana.

—No sé cómo dormís por la noche. Dejadme en paz. —Me dispongo a irme, pero me detengo—. La casa de la abuela es mía y nunca dejaré ni que os acerquéis a los alrededores.

Camino deprisa hasta la puerta trasera de la galería y salgo a una especie de vestíbulo con una escalera blanca. No puedo respirar, me ahogo, mis lágrimas cobran vida propia y se escapan sin poder controlarlas.

Me agarro a la baranda y me dispongo a subir. Cojo aire e introduzco oxígeno en mis pulmones. Escalón tras escalón, unos cuantos pisos después, veo una puerta gris a dos metros de mí. La empujo y el aire frío de la noche me envuelve el cuerpo. Salgo a la azotea del edificio, me detengo a unos pasos e hincho el pecho varias veces.

«Respira, Alex, respira».

Todo me da vueltas.

—¿Cómo me has encontrado?

RESPIRA

ALEXA

Las luces de Madrid ilustran el cielo nublado dejándolo de un naranja grisáceo precioso. A lo lejos, el rugir de los motores de los coches y algún que otro claxon crean la música para la escena que estoy a punto de vivir. El frío se adueña poco a poco de mis hombros desnudos y, aunque me es difícil sentir dolor ahora mismo, noto cómo las manos se me adormecen.

Hago caso a mi subconsciente, ese que me anima, me apoya y está a mi lado siempre, y cojo aire con fuerza. Me quema la boca, la garganta y me arde el pecho. Mi subconsciente piensa por las dos y me recuerda que tengo que respirar para que me siga llegando oxígeno al cerebro.

—¿Cómo me has encontrado? —Álvaro pregunta detrás de mí.

Giro la cabeza con rapidez, asustada, y expulso el aire que se condensa en mis pulmones creando una nube de vaho entre nosotros.

—No te estaba buscando —respondo, cuando me recupero, un segundo después.

—¿Qué haces aquí? —Diría que le molesto.

—Ya me iba.

A mí tampoco me apetece estar a su lado, que no se crea. Aún me atormentan las palabras que he escuchado de su boca.

Camino hasta la puerta, pasando por su lado, pero él me detiene agarrándome del brazo.

—¿Cómo toleras que te hablen así? —Su boca casi roza mi hombro derecho.

—No sé a qué te refieres.

—Tu familia.

—No lo hago, pero déjame decirte que sus palabras no son las que más daño me han hecho esta noche. Por lo menos, de mi familia me lo espero.

Tira hacia él y nos pega más.

—Yo... Lo siento —susurra sobre mi oído—. Soy un jodido imbécil.

Cierro los ojos cuando el calor de su aliento me recorre el cuello.

—Has creído que estaba contigo solo porque quería exponer mis obras. Que te estaba utilizando para triunfar en este mundo...

—Me he equivocado.

—¿Cómo has podido pensar eso de mí?

—No lo sé...

—Suéltame.

—No, por favor.

—Suéltame —suplico, a punto de llorar.

—Perdóname —su voz tiembla entre las sombras de la noche.

—Me has hecho mucho daño.

—No sabes lo que me arrepiento...

—Me has dicho cosas horribles.

Aparto los dedos que tiene alrededor de la parte superior de mi brazo y me deshago de su agarre.

Trato de marcharme, pero vuelve a detenerme. Esta vez me abraza con fuerza; sin embargo, yo, no puedo responderle de la misma manera.

—Te quiero —susurra mirándome a los ojos.

—Lo sé. Pero no estás preparado para una relación seria. Por eso me has tratado así. Por eso no confías en mí. —Me mira como si no entendiera lo que le digo. De sus ojos también salen lágrimas que duelen—. Tú lo dijiste una vez. No eres libre, aún sigues anclado en el pasado.

—Eso no es cierto.

—Crees que tu corazón está preparado para amarme, quieres que lo esté, pero no puedes darme todo lo que necesito.

—No digas eso. Yo te amo.

—Pero no confías en mí. Yo quiero ocupar todo tu corazón. Entero.

—¿Crees que aún la amo?

—Sé que no. —Suspiro—. Pero dejó en ti una huella de ira y miedo que no te deja ser feliz.

—Soy feliz cuando estoy a tu lado.

—A mí me haces daño, Álvaro. Me has hecho mucho daño durante estas semanas. Y cuando te preguntaba, no eras claro conmigo. ¿Qué hubiera pasado si mi hermana no aparece esta noche?

No contesta. Solo responde con otra pregunta.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones? Déjame que te demuestre cuánto te puedo querer.

—Solo hay una forma.

—Dímela —implora.

—Sé libre. Sé libre para mí.

—¿Cómo puedo hacerlo?

—Eso tienes que descubrirlo tú.

Escuchamos un ruido al fondo y alguien lo llama.

—Perdonad la intromisión, pero... —Berta se lo piensa—. Álvaro, Phoebe te está buscando. Hay un comprador muy interesado en varias obras.

No la miramos. Nos centramos el uno en el otro. Él se limpia con dos dedos las lágrimas que humedecen sus mejillas, respira y le contesta sin volverse hacia ella.

—Ahora voy.

—Se trata de Christopher Baker.

Me mira por última vez, parpadea y se da por vencido.

Da unos pasos hacia ella, se detiene y me pide que baje con él.

—No puedes quedarte aquí. Hace mucho frío —termina.

—Estoy bien. Solo... Solo necesito un minuto.

Llega hasta Berta y le pregunta dónde se encuentra exactamente.

—Te espera en la sala Mariposas.

Se pierde tras la puerta y escucho cómo baja los primeros escalones.

—Alexa —me llama Berta, con voz de preocupación. Levanto el rostro y la miro. Ella encuentra en mis ojos una petición de soledad que no le llego a hacer en voz alta—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Niego con la cabeza.

—Estaré abajo. Avísame si me necesitas.

Cuando se marcha y me quedo sola, mi cuerpo se relaja y se derrumba, dejando escapar en cascada, tras una lluvia torrencial, todas las lágrimas que contenía.

Comienzo a dar pasos hacia atrás, queriéndome alejar de todo, de él, de mi familia, de mi vida. El sonido de la calle me llega cada vez más cerca, avisando de que me aproximo al borde del edificio. Paro cuando siento una ráfaga de aire que viene desde el suelo, desde la calle, muchos metros más abajo. Giro sobre mí misma y observo la marea de luces que se extiende hasta perderse en el horizonte. Qué grande es esta ciudad, qué grande el mundo, qué pequeños nosotros contra el universo. Una lucha que se perdería en el caso de que se librara. Y qué bonito, qué maravillosos los colores de la noche que danzan entre la oscuridad creando figuras en el cielo. Alzo el mentón y admiro las estrellas que consiguen atisbarse entre las nubes que anuncian próxima una tormenta. Polvo de estrellas. Somos una mota de polvo, insignificante, efímera y ligera, pero con tanta fuerza que podemos arrasarnos con la vida, con la de otra persona, o con la nuestra.

AL FILO DEL ABISMO

ALEXA

Estoy en la azotea de un edificio, al filo del abismo, muerta de frío y buscando una salida al encierro en el que se ha convertido mi vida.

Amo a Álvaro sobre todas las cosas, no obstante, me quiero más a mí misma y sé que no podría vivir en una cárcel, tras los barrotes que levantó otra persona.

Yo quiero ser libre; con él, pero libre.

Formar un nosotros a partir de las ganas de querernos.

Caminar hacia el futuro sin cargas impuestas, ligeros y sin equipaje.

No deseo pasarme años arrastrando las dudas y los miedos de nadie, ni siquiera de él, por mucho que lo ame.

El amor debe nacer desde la confianza, crecer acompañados de sinceridad y hacerse cada vez más inmenso con la esperanza de crear algo único.

Yo quiero a Álvaro como una persona libre, no atado a cadenas que nos impidan ser felices.

Yo quiero tener la posibilidad de soñar con un «para siempre» junto a él, no vivir una pesadilla constante porque las sombras acechan nuestras madrugadas.

Yo quiero que la luz inunde nuestros días.

Yo quiero que los colores, en todas sus tonalidades, pinten nuestros recuerdos y vivencias.

Yo quiero que, al mirarnos a los ojos, nos veamos a nosotros y no sintamos ninguna ausencia.

Yo quiero querer y que me quieran, sin límites, sin ataduras.

Aprieto los puños junto a mis costados y me dispongo a dar un paso atrás, cuando la voz de mi hermana, más fría que el aire que recorre la terraza, me detiene.

—Venga, haznos un favor a todos. Tírate.

Volteo la cabeza a un lado y veo a Ágata a dos metros de mí. Lleva un abrigo de piel de zorro blanco. Y sé que es de verdad. Por ella, hubiera estado presente el día que se cazó el animal y lo despellejaron. Sin duda, mi querida hermana gemela es una sádica y estoy segura que sería capaz de empujarme hasta caer a la avenida desde aquí.

—Eso te gustaría.

Me hace añicos el alma, pero tengo que aceptar que sí, que mi hermana desea verme muerta.

Acorta nuestra distancia y me acaricia la espalda. El pelo se nos mueve al compás de la brisa.

—Solo tendría que hacer así. —Siento la palma de su mano, abierta sobre mi columna vertebral, y empuja unos milímetros—. Y ya está... Se acabó...

Sonríe de una forma escalofriante.

—Esto no es solo por la casa de la abuela, ¿verdad? ¿Por qué me odias tanto?

—¿No lo sabes? —No le contesto. ¿Qué decirle? Yo no podría odiarla nunca—. Porque, a pesar de todo, tú eres su preferida.

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas la tonta.

—No sé de lo que hablas.

—Lo sabes muy bien...

Habla de nuestro padre.

—Su madre le hizo prometer que te cuidaría... —sigue—. Por eso nunca ha ido a buscarte, por eso nunca te ha obligado a volver a casa con la familia, como debe ser... Porque prefiere tenerte alejada de esta vida. ¿Sabes qué me dijo cuando se enteró de que veníamos a verte esta noche? Que te dejáramos tranquila. Si quiere que renuncies a esa casa, es para que cortes cualquier relación con nosotros porque sabe que somos muy peligrosos para ti. Y sí... no se equivoca... —Empuja otro par de centímetros hacia delante, y me tambaleo—. Somos peligrosos...

Se me corta la respiración. El vuelo de mi vestido se mueve muy cerca del borde. Unos centímetros más y caigo por el precipicio, o debería decir me tira.

—¿Tienes miedo a morir? —Susurra muy cerca de mi oído.

—Las personas como tú me dan asco —siseo—. ¿Quieres matarme? ¡Pues hazlo!

—¡Alexa! ¡Déjala en paz! —grita Jade, detrás.

—¡¡Cállate!! —le chilla, y se mueve. Y con ello me acerca un centímetro más al filo—. ¿Qué pasa? ¿Todavía la quieres? ¿Es eso?

—¡Alexa, por favor! ¿Quieres que tu padre nos mate? ¡Deja que se vaya!

—¡¡No!! ¡¡Estoy harta de ella!! ¡¡De ser su sombra!! ¡¡De que todos me comparéis con Alexa!! ¡¡Alexa, Alexa, Alexa!! ¡¡Se acabó!! ¡¿Me has oído?! ¡¡Se acabó!!

—¡¡Ágata, por Dios!! ¡¡Por Dios!! ¡¡Déjala en paz!! ¡¡Déjala en paz!!

—¿Cómo eres tan cínico?! ¡¡Esto fue idea tuya!! —Se dirige ahora a mí, por cierto, con una tranquilidad pasmosa—. Sí... tu amorcito me dijo que lo mejor que podía pasarnos es que desaparecieras...

—¡Alexa, vámonos! —Jade sigue intentando convencerla para que deje esta locura—. ¡¡Alexa!! —Da unos pasos hacia nosotras y mi hermana se pone más nerviosa si cabe.

—¡¡No te acerques!! ¡¿Quieres salvarla?! ¡¿Es eso?!

Se me pasa por la cabeza dar un paso atrás o empujarla hacia un lado, pero temo que caiga por el precipicio o que caigamos las dos.

—Qué bonito. Quiere salvarte... No sabe que no tienes salvación... —Y como en una película a cámara lento, veo que sube el brazo a la vez que sonrío, y me empuja. Se me corta la respiración, abro la boca con ganas de pedir auxilio, pero ni eso me sale de la garganta y dejo de sentir el suelo bajo mis pies.

Se acabó...

SALVARLA, SALVARME

ÁLVARO

—Siempre es un placer hacer negocios contigo, Christopher.

—El placer ha sido mío. Gracias por invitarme. Estoy seguro de que he hecho una buena inversión.

—Puedes estar seguro.

Christopher Baker, un empresario estadounidense que ha invertido comprando terrenos en nuestro país durante los últimos años y construye casas asequibles a casi todos los bolsillos. Tiene su residencia en Nueva York, donde nos vemos a menudo y salimos de copas, pero está enamorado de España e intenta visitarla cuando puede, que no es mucho, muy a su pesar.

—Me gustaría conocer a la señorita Alexa Santana antes de irme.

—Por supuesto, a ella también le encantaría conocerte.

Lo dejo dándole un sorbo al bourbon que nos hemos servido para firmar un magnífico contrato que le dará a Alexa un empujón en Estados Unidos y salgo en busca de Berta.

La encuentro hablando con Nina y Mateo en el hall de entrada.

—¿Dónde está Alexa?

—Estaba preguntándole a ellos ahora —responde Berta.

—Creí que estaba con vosotros —informa Nina.

—Voy a llamarla —habla Mateo.

—Ya lo hago yo —le indico.

Me llevo el teléfono a la oreja, me alejo un par de metros y espero hasta que se agoten los tonos.

—Mierda. ¿Dónde estás, Alexa? —mascullo.

Lo guardo en el bolsillo y vuelvo a dirigirme al grupo, preocupado.

—No lo coge. ¿Puede que se haya marchado? —pregunto a su amiga.

—Imposible. Alexa es muy profesional. Si se ha ido, ha tenido que ser por un motivo importante.

—¿Qué te dijo cuando bajasteis? ¿Estaba más calmada? —me dirijo a Berta.

Ella se queda callada y le cambia el semblante. El rostro se le vuelve de un tono blanquecino.

—Berta... —insisto.

—No... No bajó conmigo. Me dijo que estaba bien y que la dejara sola unos minutos.

Respiro.

—Vale. No ha tenido porqué ocurrirle nada. Vamos a buscarla. Salid vosotros a la calle e insistid en las llamadas. Berta, sigue buscando en las salas. A lo mejor está hablando con alguien y se te ha pasado.

—¿Adónde vas tú? —la directora de mi galería se preocupa.

—Arriba.

Cruzo la sala Mariposas y enfilo entre la gente hasta la puerta que va hacia las escaleras, dispuesto a atravesarla.

—Álvaro, ¿qué ocurre? —Mi hermano me detiene.

—No encuentro a Alexa.

—Estará hablando con algún invitado —barrunta mi cuñada, a su lado.

—Creo que le ha podido ocurrir algo.

—¿Por qué piensas eso? —Alejandro se preocupa.

—No lo sé... Tengo un mal presentimiento.

—Mira, ahí está su familia. Se me han presentado antes. Voy a preguntarles. —Dani se aleja y habla con ellos, casi escondidos en una esquina.

—¿Desde cuándo no la ves? —Alejandro me pregunta, mientras observamos a Dani hablar con Fe, Ágata y Jade.

—Hemos... Hemos discutido. Estábamos en la terraza del edificio y... La he jodido, hermano. La he jodido pero a base de bien.

Hablamos entre nosotros, pero no les quitamos la vista de encima a esos tres.

—Todo tiene arreglo.

—Esto no. Cree que no confío en ella.

—¿Y se equivoca?

—Sí. Se equivoca. Yo... Me ha costado volver a confiar en alguien... He metido la pata hasta el fondo, pero... Sí. Confío en ella.

Arrugo el entrecejo ante lo nervioso que está Jade y la prisa que le ha entrado a Ágata por largarse.

—Dale tiempo.

Tiempo... No sé por qué me da la sensación de que tiempo es lo que no tenemos ahora.

—Alejandro... Esos tres... ¿Estás viendo lo mismo que yo?

—Desde luego se comportan de una manera muy extraña.

Sin decirnos más, como en una coreografía ensayada, caminamos los dos hasta ellos y, con solo nuestra imponente presencia, les sobresaltamos.

—¿Dónde está Alexa? —pregunto a su hermana, con tono rígido y cortante.

—No lo sé. —Su prometido le ayuda a ponerse el abrigo—. Nosotros ya nos íbamos.

—Ellos no han estado por aquí abajo. Los vi bajar de la terraza—explica Dani.

—Dejé a Alexa en la terraza —declaro, apretando la mandíbula.

Alejandro da un paso hasta Jade, lo agarra de las solapas de la chaqueta y lo levanta un palmo sin hacer esfuerzo alguno.

—¿Dónde está? —le escupe en la cara.

—No... No lo sé... No la hemos visto.

De un movimiento, le estampa la espalda contra la pared.

—Creo que no has entendido la pregunta. ¿Dónde está Alexa?

—No lo sé...

Alejandro lo levanta unos centímetro y le hace replantearse la respuesta.

—La... La hemos dejado arriba.

—Por tu bien, espero que esté bien. —Lo suelta con desprecio y se tambalea cuando sus pies tocan el suelo.

Alejandro camina a mi lado hasta las escaleras y Dani nos sigue.

—Voy con vosotros. —La escuchamos detrás, con esa voz segura que tiene.

Mi hermano se detiene.

—Quédate aquí —le ordena.

—De eso nada.

—Cariño, es mejor que esperes aquí —le habla con tono melódico.

—No me vas a convencer con tu tonito *encantasirenas*. Quiero ayudar.

—Estás embarazada. Arriba hace frío.

—Y aquí una calor que me ahogo. El niño me está pidiendo un mojito.

Juraría que vienen siguiéndome y que suben las escaleras.

—No puedes beber alcohol.

—No quiero alcohol. ¡Quiero poder toser sin mearme las bragas!

Dejo de escucharlos discutir cuando salgo a la terraza. Es un espacio amplio, con grandes aparatos de aire acondicionados al fondo a la derecha, una salida de gases desde la que sale algo de humo a la izquierda y una gran antena un poco más atrás.

No la veo, no veo a Alexa por ninguna parte. Doy una vuelta sobre mí y el cuerpo me da una sacudida. ¿Dónde ha podido haber ido?

—¡Alexa! ¡Alexa! —grito, desesperado.

Espero escuchar su voz por algún rincón, rezo para que aparezca frente a mí y me diga que está bien, sin embargo, nada de eso ocurre. Solo me responde el silencio de la noche y el murmullo de una ciudad que no duerme.

—¡¡Alexa!! ¡¡Alexa!! —Trato de encontrarla entre las sombras.

—¡Socorro! —Escucho su voz, débil, sin encontrar la dirección.

—¡Alexa!

—Álvaro, Álvaro... Estoy aquí...

Voy hasta el filo del edificio, me agacho y veo su vestido moverse con el viento.

—Oh, Dios mío.

Me inclino un poco más y observo que su cuerpo cuelga a muchos metros del asfalto, agarrándose a un saliente de solo unos centímetros de ancho.

—Álvaro, no puedo más... —su voz es un quejido.

—Aguanta...

Me tiro en el suelo boca abajo y alargó el brazo para tratar de agarrarla, sin embargo, ni siquiera me acerco.

La pierdo...

ME GUSTA TU ESTILO, HERMANO

ÁLVARO

El miedo a que caiga se apodera de mí y casi pierdo la concentración. Estoy preparado para mantener la calma en este tipo de situaciones, pero se trata de ella. De ELLA. Y esta vez, cuando digo ELLA, se me llena el alma de un amor tan grande, seguro, sincero, puro y limpio, que desconocía.

Me coloco con el cuerpo en paralelo al borde y saco el brazo por completo. Ahora mis dedos rozan los suyos pero lo que necesito es asirla de las muñecas.

—Álvaro... —musita.

—¿Puedes coger mi mano?

Lo intenta. Masculla y se queja mientras trata de soltar una mano y no caer al vacío.

—No puedo... No... No siento los dedos.

—¡Álvaro! —Alejandro llega hasta nosotros y se arrodilla a mi lado.

—¡Oh, Dios mío! —grita Dani.

—No llego... —mascullo, sin dejar de estirar el brazo.

—Déjame ayudarte.

—Yo...

—Yo puedo llegar hasta ella —asegura.

Acepto que mi hermano es un poco más grande que yo y que sus brazos son más largos y fuertes y me echo hacia un lado para que, entre los dos, podamos subirla.

Nos posicionamos uno al lado del otro y tratamos de llegar cada uno a un brazo.

—Tranquila, vamos a subirte —la animo.

—Te voy a coger y tirar de ti, ¿vale? —le dice Alejandro. Ella asiente, nerviosa—. ¿Estás preparada? —Vuelve a asentir.

—A la de tres —me avisa—. Una, dos y tres. ¡Ahora! —Él la coge de una muñeca y la levanta. Unos centímetros más tarde, yo la agarro de la otra y entre los dos la traemos hasta el suelo de la azotea.

Alexa me abraza cuando se siente sana y salva.

—Álvaro... —gimotea.

Le beso la sien y la acuno entre mis brazos.

—Shh... Ya pasó... Estás a salvo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Dani, de pie junto a Alejandro.

Alexa la mira, calla durante unos segundos y se levanta. Yo lo hago tras ella.

—Quería que me diera un poco el aire y me acerqué demasiado al borde.

Dani, que es más lista que el hambre, arruga el entrecejo, incrédula.

—¿Tanto que casi te matas? —la presiona.

—Yo... Resbalé.

—Lo importante es que estás bien. —Corto la conversación.

Me quito la chaqueta y se la pongo a ella. Si por mi cuñada fuera, estaríamos aquí hasta que se esclareciera la situación, que, por supuesto, tampoco me creo.

—Será mejor que te lleve al hospital —manifiesto.

—No es necesario. No tengo ni un rasguño.

—De eso se asegurará un médico —insisto.

—Estoy bien, Álvaro. Solo quiero irme a casa. —Y sus ojos reflejan una tristeza infinita—. Mi hermana... ¿Mi familia se ha marchado?

—Estaban poniéndose los abrigos. Ya han debido de irse —le contesta Dani—. ¿Quieres que mande a alguien a buscarlos?

—¡No! —casi no ha terminado la pregunta cuando la corta—. No, no. Solo... Quiero irme a casa —trata de aparentar tranquilidad.

Arrugo el entrecejo y miro a Alejandro, tan extrañado como yo.

—Yo puedo llevarte —se ofrece mi cuñada.

Prefiero llevarla yo y asegurarme de que la dejo en buenas manos, pero acabo de leer la mente de Alejandro. Llevamos la misma sangre, al fin y al cabo.

—Carlos las llevará —manifiesta mi hermano.

Me lo pienso bien.

—Estaré bien, Álvaro. Nina y Mateo se quedarán conmigo.

Nos despedimos de ellas en el coche. Alejandro le da instrucciones muy claras y concisas a Carlos y llama a Marcus para que custodie el piso de Alexa hasta que yo vuelva.

Alejandro y yo nos quedamos solos en medio de la calle. La galería poco a poco se ha quedado vacía y Berta atiende a las personas que aún quedan dentro.

—¿Piensas lo mismo que yo? —le pregunto.

—No hay que ser un lince para darse cuenta de que esos escondían algo.

—¿Crees que han sido capaces de intentar matar a Alexa?

—Los de esa calaña son capaces de todo por dinero.

Conduzco mientras mi hermano hace un par de llamadas y consigue dos cosas: la localización por gps del coche de Jade y la dirección de su casa. Yo tengo contactos hasta en el infierno, pero Alejandro hace que hablen hasta los ángeles del cielo; mucho más difícil si consideramos su naturaleza pura.

Me indica por dónde tengo que seguir para llegar hasta ese bastardo. En principio el coche está parado en una calle de un barrio muy caro de Madrid. Nos detenemos a varios metros de él y observamos lo que sucede. Ágata sale del coche y entra en el portal del edificio que tiene en frente. El coche vuelve a ponerse en marcha y lo seguimos; en él, Jade conduciendo y Fe en el asiento de la parte trasera.

—Parece que van hacia la casa de Torres —informa Alejandro.

Antes de llegar a la calle de la inmensa mansión del empresario, el coche vuelve a detenerse a un lado. Nosotros lo hacemos detrás, tras unos árboles, y observamos. Después de una breve conversación, Jade y Fe se besan muy apasionadamente.

—Vaya con el yerno —declara mi hermano.

—Ese tío es un oportunista.

Se saca el móvil del bolsillo y apunta la escena con él.

—¿Qué haces?

—No sé qué ha pasado, pero a esos se les va a acabar el chollo cuando a Torres le lleguen

estas fotografías.

Esperamos a que Jade termine su noche de lujuria y pasión con la madre de su prometida y la deje en casa. Vuelve a la dirección que nos han dado como su casa y donde dejó a Ágata y se introduce con el coche en un garaje subterráneo. Conseguimos colarnos antes de que la puerta se cierre por completo y vamos tras él con las luces de mi Audi apagadas.

Sin darle tiempo a reaccionar, lo cojo por la chaqueta, le estampo la espalda contra la carrocería del coche y él da un pequeño gemido de dolor.

—Quizás antes no nos hemos explicado bien. Qué. Cojones. Le. Habéis. Hecho. A. Alexa?

—Nada.

Aprieto la mandíbula y le doy un puñetazo.

—¡Joder! —se queja.

—¿Nada? ¡¡Casi la matáis!! ¡¿Me oyes?! ¡¡Casi la matas!!

—No... Yo no he sido...

—¿Tú no has sido? ¿Y quién ha sido entonces? ¡¿Quién?!

—No... No puedo decirlo. Si lo digo, nos matará...

—¿Quién os va a matar? ¿Y a quiénes?

—No puedo...

Lo suelto, le doy otro puñetazo, esta vez más fuerte, y lo tiro al suelo. Se toca la nariz, rota y sangrante mientras se queja de dolor.

Me posiciono casi sobre él, abro las piernas unos centímetros, saco la HK, que he cogido de la guantera justo antes de bajar del coche, y lo apunto con ella.

—O me dices de qué va todo esto, o te mato —le aseguro.

—No serías capaz —escupe.

—Si no lo hace él, lo haré yo. —Alejandro saca otra pistola, él una STAR, y también lo apunta, a mi lado.

—Me gusta tu estilo, hermano.

—Gracias, el tuyo tampoco está nada mal.

—Nos va a matar a todos —anuncia Jade.

—¿De quién hablas? ¿De Torres Castillo? —bramo.

—No... ¡Joder! —Se queja, sin moverse del suelo—. ¡De su mujer! Fe es la que mueve todos los hilos. Ella ha estado detrás de todo desde el principio.

—¿De qué cojones estás hablando? —Estoy perdiendo la paciencia.

—Fe Santana no es la mujer que todos creen.

—Ya nos hemos dado cuenta —contesta Alejandro con ironía.

—Ella es la que maneja casi todos los negocios de Franco. Sin ella, él no hubiera conseguido todo lo que tiene. Y ahora... Ahora ha cruzado la línea.

—¿Qué línea?

—Convenció a Ágata para que matase a Alexa. Las dos la odian porque siempre ha sido la preferida de Franco. Él piensa dejarle todo cuando muera.

—¿A qué mierda te refieres?

—Está enfermo... Nadie lo sabe, excepto Ágata y Fe, pero solo le quedan unos meses de vida.

—Y las dos te convencieron a ti para hacer el trabajo sucio. —Le quito el seguro al arma, dispuesto a pegarle un tiro.

—Yo jamás le haría daño a Alexa.

—¿Por qué tengo que creerte?

—Porque la quiero. Siempre la he querido, pero también supe pronto que ella no tenía las aspiraciones de Ágata. Pero jamás le haría daño, lo juro.

Doy un paso hasta él y apunto hacia su cabeza.

—No lo hagas, Álvaro. No merece la pena —me pide Alejandro.

Me lo pienso durante unos segundos.

—Como volváis a acercaros a ella, os mato a los tres. ¿Me has entendido? —No responde—.
¿Me has entendido?! —repito, más fuerte y más alto.

—Sí, sí, sí.

UNA VIDA ENTERA

ALEXA

—¿Cómo se te ocurre acercarte tanto al borde? —Nina me regaña mientras me pone delante un café.

—No medí bien las distancias.

Mat me cubre los hombros con una mantita y toma asiento a mi lado. No consigo deshacerme del frío que se ha metido hasta en mis huesos.

—¡Casi te matas, Alex! ¿Estás loca? —sigue Mateo.

—Os agradecería que dejarais de gritarme. El haber estado a punto de morir me ha dado dolor de cabeza.

—Eso son las *endopinas*—asegura Nina, que pronto sacará su nuevo diccionario. Próximamente en librerías.

—Querrás decir *endorfinas* —la corrige Mat.

—Lo que he dicho.

—Has dicho *endoquinas*.

Yo cierro los ojos y apoyo la cabeza en el sofá mientras ellos debaten sobre tonterías. No me duele por eso, sino porque me cuesta asimilar que mi hermana haya intentado matarme. De hecho, me duele todo el cuerpo; lo que más: el corazón, que lucha contra la razón y la explicación de lo que acaba de ocurrir en la azotea del edificio en el que he expuesto mis obras por primera vez y el que auguré como especial.

«Especial ha sido, sí».

Pero para mal. Todo ha salido mal.

¿Y Álvaro? ¿Dónde estará?

En ese momento, suena el timbre de casa, y Nina, que discute con Mat, de pie, sobre si lo que me ha activado el dolor de cabeza son las *endorfinas* o la *adrenalina*, va a abrir.

—¿Y Alexa?

—Pasa —le contesta mi amiga al hombre en el que pensaba.

Sus ojos se encuentran con los míos en medio de la sala.

—¿Estás bien? —Me pregunta, detenido a un metro.

—Solo tengo un poco de frío.

Todos enmudecemos, y Nina, que es economista y más lista que un delfín, se percata de que lo que realmente necesitamos es estar solos.

—Venga, Mateo, enséñame eso que habías comprado —le pide.

Pero Mateo. Ay, Mateo. Mateo a veces no se entera de nada. O no se quiere enterar.

—¿De qué hablas?

—De eso, Mateito. El regalo para tu madre.

—Yo no he comprado ningún regalo a mi madre.

—Que sí, Mateo.

—Que no, que si lo hubiera comprado, me acord... —Abre los ojos cuando Nina le hace señas imposibles de obviar—. Ah, el regalo ese. Ya, ya. Vale.

Me da un beso en la mejilla y me susurra que grite si necesito su ayuda.

El ruido que hace la puerta al cerrarse es lo último que se escucha en el salón de nuestro piso durante algún tiempo. ¿Cuánto? No lo sé. Cuando me pierdo en la mirada de Álvaro, el tiempo no importa, deja de existir, las manecillas del reloj dejan de moverse, todo se detiene.

—¿Qué ha pasado? —No es amable ni simpático, sino todo lo contrario.

—Ya te lo he dicho. Me acerqué demasiado al borde y resbalé.

Me levanto y voy a la cocina a por un vaso de agua. Mentir me reseca la garganta. Él me sigue.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto, cuando termino de beber y dejo el vaso en el fregadero.

—No me mientas. —Y, tras lo que aparenta una orden, se esconde una súplica desesperada.

—Te estoy diciendo la verdad.

Salgo al salón y él me detiene agarrándome del brazo y colocándose frente a él, muy cerca.

—Me pides confianza... ¿Cómo quieres que confíe en ti si eres capaz de mentirme a la cara?

—Resbalé... Y pude agarrarme al borde. —Obligo a mis palabras a detenerse en mi garganta. Su mirada me dice que sabe más de lo que le he contado y me pide, angustiada, que no mienta más. Respiro y cojo fuerzas—. Es muy duro para mí. —Comienzo a llorar. Este momento era inevitable. Estuviera o no él, mis lágrimas iban a salir desbordadas después de tanto altibajo emocional. Mi hermana ha intentado matarme y, por cierto, casi lo consigue.

«Tienes que darle las gracias a Alejandro. Podrías darle un abrazo y un beso a ese tío bueno».

No es momento para bromas.

—Lo sé, Alexa, pero soy yo. No puedes pedirme confianza si no vas a ser sincera conmigo.

Lo abrazo y lloro sobre su pecho durante unos minutos. Cuando me tranquilizo, le cuento lo que ha pasado. Todo. De principio a fin, y él decide hablarme de lo que se ha enterado y ha visto esta noche.

—¿Mi madre y Jade? No puede ser... —musito.

—Lo siento... Siento todo lo que ha ocurrido.

—Yo también.

—Deberías denunciarlos —me aconseja.

—No puedo. Son mi familia.

—No creo que vuelvan a intentarlo, pero, ¿y si lo hacen y no estoy cerca para protegerte?

—No... No te vayas. Quédate conmigo.

—Tengo que irme.

—¿Adónde vas?

—Alexa... Tengo que irme... Me voy a Nueva York unos meses. Me voy a aprender a ser libre. Me voy por ti. Volveré si consigo ser el hombre capaz de hacerte feliz.

Cierro los ojos y otras dos lágrimas bañan mis mejillas.

—No digas eso... Ya lo haces.

—No pensabas lo mismo esta tarde.

Lleva razón. Pero estar al borde de la muerte hace que te replantees muchas cosas y ves con claridad lo que de verdad importa. Y a mí me importa él.

—Me has salvado la vida.

—Ahora quiero darte una vida entera. Y espero conseguirlo algún día.

Con un dedo me seca las mejillas y me pide que no lllore. ¿Cómo no voy a llorar si me estoy despidiendo del único hombre del que me he enamorado? ¿Cuándo voy a volver a verlo?

Me da un beso en los labios que pretende ser cauto y que termina con nuestras lenguas enredadas y un pequeño jadeo buscando salida desde nuestras gargantas.

—Adiós, Alexa.

—No... —Trato de agarrarlo de la chaqueta, pero me obliga a soltarme y se marcha. Cierra la puerta sin mirar atrás, sin saber todo el amor que se lleva.

Nina y Mateo entran unos segundos más tarde y me abrazan. Cuatro brazos amigos dándome todo su amor y a mí no me parece suficiente porque ahora me falta el de él.

SER LIBRE

ALEXA

Llego a Magdalenas y les doy los buenos días a Gorka y Teresa. Esta última es la chica que hemos contratado porque desde el día de la exposición (llamémosle así, y no el día que mi hermana me empujó por el borde de un edificio) no he tenido tiempo para la cafetería, y de eso hace ya dos meses. Mat y yo llegamos al acuerdo de que seguiría siendo su socia, pero que no podría estar al pie del cañón aquí cada mañana.

—Buenos días, jefa. ¿Lo de siempre? —Gorka me saluda con una sonrisa.

—Por favor. —Tomo asiento en un taburete de la barra—. ¿Puedes decirle a Mat que estoy aquí? —le pido a Teresa.

—Ahora mismo. —La pierdo de vista en el almacén.

—¿Cómo va?

—Es buena, pero yo te echo de menos. —Hace un puchero y me sirve el café y un muffin de zanahoria—. ¿Salimos esta noche? —Ahora estira la boca y la convierte en una sonrisa.

—Me encantaría, pero no puedo. Le prometí a Dani que la acompañaría a una fiesta que da la empresa de su marido.

—Desde que eres famosa, no te acuerdas de mí.

—Eso no es verdad. —Río.

—¿Una copa mañana?

—Una copa mañana —sentencio.

Mat sale con las manos y la cara blanquecinas de la harina con la que estará trabajando. No pilló el rebote al que me tiene acostumbrada cuando le informo de que tendré que viajar a Nueva York antes de lo esperado y que estaré fuera casi un mes. Ha aceptado, por fin, que mi vida haya cogido otro camino diferente al que llevaba y que no vamos a poder dirigir Magdalenas de Colores mano a mano.

Lo cierto es que mi vida ha cambiado más de lo que esperaba. Demasiadas personas salieron de ella para desaparecer por completo. Apenas sé de mi madre, y Ágata ya no me llama para invitarme a las fiestas que da en casa de mi padre, como puedes imaginar. No la he denunciado. El porqué no sabría decirlo. Supongo que es mi hermana y pienso que necesita ayuda psicológica, no una cárcel en la que cumplir una condena que, dicho sea de paso, quizás se merezca. Pero es mi hermana gemela y no pierdo la esperanza de que se arrepienta de lo que hizo y venga a disculparse, aunque lo veo poco probable. No te ha quedado muy claro, ¿no? Tampoco lo esperaba; mi cabeza es un baturrillo de pensamientos entrelazados.

Mi padre pasa más tiempo dentro que fuera del hospital, y yo trato de acompañarlo lo que puedo, que no es poco, a pesar de todo. El tratamiento lo deja bastante debilitado físicamente y a mí me destroza por dentro verlo de esa manera. Franco Torres Castillo ha sido un hombre preparado para vencer cualquier batalla, y, ahora, la más importante, la pierde poco a poco.

Me ha costado acostumbrarme a no venir a la cafetería cada amanecer, ponerme el delantal y sonreír a mis clientes aunque estuviera pasando un mal día. La señora Rivera se puso a llorar cuando le dije que iba a verme poco por aquí; fue tal el achuchón que recibí que aún tengo el olor de su perfume en la camiseta que llevaba.

Ahora normalmente voy a la galería, y esto no es una queja, ojo. Me gusta impregnarme de arte cada día; pisar las salas es un subidón de adrenalina. En la Mariposa me sigo poniendo roja (ejem, ejem), y lo recuerdo. Recuerdo su boca en mi hombro, sus dientes en mis pechos, mis manos atadas y todo mi cuerpo y mi alma a su merced.

Puff. Qué calor.

Tengo que agradecerle a Berta los grandes esfuerzos que ha hecho y sigue haciendo para que me sienta como en casa y establezca allí mi lugar habitual de trabajo. Lo primero lo ha conseguido, incluso me he adueñado de su cafetera; a lo segundo me niego. Mi estudio sigue dándome la paz que necesito, y llevo dos meses precisándola a grandes cucharadas.

—¿Cuándo te vas? —Mat se lava las manos bajo el grifo.

—Dentro de un mes.

—¿Tan pronto?

—Mientras antes me vaya, antes volveré. Quiero estar aquí con mi padre.

—Lo siento...

—Yo también...

—Veo que sigues llevando escolta. —Mira hacia la calle, donde Carlos me espera fuera del coche.

—No me lo recuerdes.

—Yo estoy más tranquilo así. ¿Has olvidado lo que ocurrió?

No se me olvida, no. Y a ellos tampoco. Nina y Mateo se quedaron a cuadros cuando les conté lo que había acontecido la noche de mi estreno.

Me da un beso en la mejilla y me despido de todos.

Marcus me lleva a la fiesta que MKD celebra en el hotel Villa Magna por su aniversario y no me pierdo de vista. Me cansa caminar con niñera la mayor parte del tiempo, pero ya he comprendido el significado que Dani le da a la palabra protector cuando se refiere a su marido.

Llevo un vestido largo de corte sirena y muy escotado por la espalda de color esmeralda. Nina y Dani me acompañaron a comprarlo. Costó un riñón y parte del otro, pero no me arrepiento, es maravilloso.

Confieso que llego al evento con el estómago cargado de nervios. Diría que podría llegar a vomitar en cualquier momento. ¿La razón? Cabe la posibilidad de que Álvaro venga esta noche. No he preguntado por él, pero hace un par de días escuché a Berta hablando por teléfono y juraría que escuché que se verían pronto.

Muero si está aquí.

¡Muero!

La decoración de este lugar es exquisita. Con paredes grises y mobiliario carmesí. Una barra de madera muy antigua y una pared de espejos donde la variedad de botellas y copas de distintos diseños se multiplican.

Tengo que tragar varias veces cuando veo a Alejandro con ese traje que le queda como un guante. No puedo obviar su innegable atractivo. Su mujer no se queda atrás. Dani es preciosa y

lleva un vestido pegado al cuerpo dibujando su magnífica silueta.

El matrimonio, siempre atento, me presenta a varios empresarios a los que mi obra les ha extasiado y con los que mantengo una conversación muy interesante sobre arte. Gustavo, director comercial de MKD, me invita a bailar y no puedo negarme. Alto, moreno, guapo, educado y elegante. ¿Qué más puedo pedir? Que sea Álvaro; pero no. No lo es. Mis plegarias siguen sin ser escuchadas y el hombre de mi vida solo aparece en mis sueños. Aún así, acepto y me agarro de la mano que me ofrece. La música clásica inunda la sala y dejamos de escuchar el murmullo que sobreolaba el lugar más cercano a la barra.

—¿Y qué hace un director comercial? —me intereso.

—Cosas muy aburridas. A veces duermo en la oficina. —Acerca su boca a mi oído—. Pero no se lo digas al jefe.

Sonreímos, y me fijo en la sonrisa tan bonita que tiene.

—Seguro que algo tendrá que te guste.

—Viajo mucho. Conozco muchas ciudades gracias a este trabajo. La próxima semana voy a Nueva York.

—¡Yo también!

—¿Me dejarías que te enseñara mi restaurante favorito?

—Me lo pensaré.

Volvemos a sonreír.

De repente, en uno de los movimientos de nuestros cuerpos, muy cerca el uno del otro, sobre su hombro, me parece ver una silueta conocida. Se me encoge el corazón y alzo el mentón. Sus hombros, su cuello, su boca, sus ojos... Álvaro me mira sin parpadear. Tiene una copa en una mano y la otra la guarda en el bolsillo del pantalón.

Gustavo sigue hablando, pero yo ya no lo escucho. Me disculpo y lo dejo con la palabra en la boca, preguntándose qué ha hecho tan mal en estos tres segundos para que lo deje tirado de esa manera. De nada serviría decirle eso de «No eres tú, soy yo, que no estoy preparada para tener una cita contigo porque aún no he olvidado al que me rompió el corazón».

—¿Adónde vas? —Dani se interpone en mi camino hacia la salida y me intercepta en el vestíbulo.

—¿Por qué no me has dicho que Álvaro estaría aquí hoy? —le reprocho, pero ella, lejos de tomárselo mal, me contesta como si la respuesta fuera obvia y sonrío.

—Porque no hubieras venido.

Pongo los ojos en blanco y meneo la cabeza.

Me dispongo a marcharme cuando lo veo andar hasta mí. Qué guapo está con ese traje y esa pajarita...

«No te desvíes del tema, Alexita. Nos íbamos, ¿recuerdas?»

Es difícil recordar algo cuando un hombre como él te mira de esa manera.

—Os dejo, tortolitos. —Dani desaparece, dejándonos solos.

«Huye, huye ahora que puedes». Después me encargaré de ella. Esto ha sido una encerrona en toda regla. Y sí, él parece tan sorprendido como yo.

—Alexa —dice, con esa voz áspera y sexi.

Podría derretirme ya, pero no me da la gana.

—Hola, Álvaro. —Trato de mantener la calma, no obstante, me subiría a la cortina que tengo a la derecha y la utilizaría de liana para lanzarme contra el cristal y salir haciendo mucho ruido (y

mucho ridículo, claro).

—No sabía que estarías aquí...

—Yo tampoco —lo corto.

No quiero hacerle preguntas cuyas respuestas puedan lastimarme, pero prefiero la verdad a seguir esperando a que venga a buscarme.

—¿Cuánto tiempo llevas en Madrid?

—Tres días.

¡Tres días! ¡Y no ha venido a verme!

«¿Por qué preguntas?»

Ya lo he explicado, pero eso no quita que escueza.

—Tengo que irme —musito, y me agarro el vestido para no pisarlo corriendo. Porque pienso correr cuando salga a la calle.

—No te vayas. —Y suena como una súplica.

—¿Quieres que me quede? —Estoy muy enfadada.

—A Dani y a Alejandro no les gustaría que te fueras así.

Respuesta equivocada.

Vete a la mierda, Álvaro. Pero, ¿por qué solo lo pienso? ¿Por qué no se lo digo a la cara?

«Porque estamos en una fiesta refinada».

Como si eso me importara. He crecido asistiendo a este tipo de celebraciones, y tener dinero no es sinónimo de educación ni de vergüenza.

¿Y qué hago? Me enfado.

—Te fuiste hace más de dos meses —siseo—. ¿Y eso es lo único que se te ocurre decirme cuando nos vemos?

Me responde con un silencio que duele tanto como sus anteriores palabras.

—¿Lo has conseguido? —inquiero.

Sabe perfectamente a qué me refiero, pero sigue manteniéndose en el más intenso mutismo. Sigue sin ser libre; su pasado lo sigue haciendo prisionero.

—No sé ni porqué lo pregunto. No has venido por mí, ¿verdad? No has venido a buscarme.

—No. —La seguridad con la que responde es abrumadora.

Veó su pecho hincharse y desinflarse.

—Llevas aquí tres días. Ni siquiera pensabas llamarme.

Niega con la cabeza casi imperceptiblemente.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué? —No lo entiendo.

—Porque quiero que seas feliz.

—Te fuiste para volver, Álvaro. Para volver y llenarme la vida.

—Aún no estoy preparado.

—¿Y cuándo vas a estarlo? ¿Cuándo? —Mis ojos brillan.

Estoy harta. ¡Se acabó! No pienso llorar más. No pienso suplicar más. No pienso esperarlo más.

Me armo de valentía y camino hacia él, deteniéndome a escasos centímetros de su cara.

—No quiero volver a verte. ¿Lo entiendes? ¡No vuelvas a acercarte a mí!

Aprieta la mandíbula y traga; veo moverse la nuez de su garganta a la vez que me alejo dando pasos hacia atrás. Sus ojos, clavados en los míos, me dicen más de lo que él ha manifestado en los últimos minutos; sin embargo, quizá sea mi corazón el que traduce solo lo que desea escuchar.

Adiós, Álvaro.

Espero que algún día encuentres la libertad.

RESILIENCIA

ÁLVARO

Me observo en el espejo de uno de los baños de mi casa en Nueva York y me veo un poco mejor. Las ojeras de estos tres meses de insomnio parece que van desapareciendo. He de confesar que hasta he tirado de un poco de maquillaje cuando lo he necesitado. Roxana sabe mucho de eso y me ha ayudado a no parecer un completo adicto al crack si he tenido alguna reunión importante. Está muy preocupada por mí y no me deja ni a sol ni a sombra. Su nuevo novio parece un poco molesto porque pasa conmigo demasiado tiempo. Nuestro hijo vive encantado de que sus papis estén con él la mayor parte del día. Podría decirse que vivimos los tres juntos. Roxana ha decidido dormir en mi casa casi todas las noches y juraría que sé la razón principal: Cree que voy a tirarme por la ventana un día de estos. Y vivo en un rascacielos. Las ventanas están preparadas para que no pueda suicidarme lanzándome hacia el asfalto. Duele solo de pensarlo. Soy gilipollas, pero no tengo cojones para atreverme a hacerlo. Tampoco los tuve cuando hace un mes me encontré con Alexa en el hotel Villa Magna y no le confesé que no puedo vivir sin ella, que Nueva York no brilla como antes y que si no la besé y le dije que la amaba fue porque aún no había roto las cadenas. El proceso hacia mi libertad lo emprendí con un miedo atroz, no obstante, hoy en día, disfruto cada paso que me lleva más cerca de ella.

Miro el reloj, nervioso. Marca las seis en punto de la mañana. Tengo una reunión con Phoebe y un pintor japonés a las ocho, pero quiero parar a tomarme un café con mi cuñada. Sí, Dani está en La Gran Manzana. Ha venido acompañando a una artista de su escuela, superdotada a la hora de esculpir. Lleva aquí un par de días y no puedo alargar más el encontrarme con ella. Y no es que no desee verla, es que viene cargada de recuerdos, de ausencias que aún duelen y de probables noticias que no quiero conocer. Sé por mi hermano que ella y Alexa se han hecho buenas amigas y se ven a menudo, y no puedo dejar de pensar si ella ya me ha olvidado.

—Papi, ¿adónde vas tan *tempaño*? —Álvaro llega hasta mí refregándose los ojitos con las manos.

—Voy a trabajar, cariño. Vuelve a la cama.

Lo cojo en brazos, lo tumbo sobre el colchón y lo cubro con la colcha. Casi se ha vuelto a quedar dormido en mis brazos.

Le doy los buenos días a Mary, mi asistenta, y ella me pregunta si la señorita ya está levantada para cortarle la fruta. Roxana tiene una dieta muy estricta que nos obliga a todos a seguir de alguna manera. Esos batidos están buenos, pero prefiero mi café, gracias.

—No ha dormido hoy aquí.

—¿Le frío unos huevos?

—Me marcho ya. Desayunaré fuera.

Veo a Dani desde la calle. Habla por teléfono con Alejandro. ¿Que cómo lo sé? Por cómo sonrío y le brillan los ojos.

Se levanta y viene hacia mí cuando me ve caminar en su dirección en la cafetería del hotel en el que se hospeda, el Waldorf Astoria, un rascacielos de estilo art déco de cuarenta y siete pisos, situado en Manhattan y muy conocido por sus exposiciones de arte. No podía haber elegido otro.

—Por fin tienes tiempo para verme —se queja, mientras me abraza.

Yo la rodeo con mis brazos, pero su gran panza me impide darle el achuchón que merece por aguantarme y por quererme como lo hace.

—¿Cómo está mi sobrino? —Le doy un beso.

—Tu sobrino bien. Va a ser jugador de fútbol, como Lía. No vea las patadas que da. Tu hermano te envía un saludo, acabo de hablar con él.

—No sé cómo lo has convencido para que no te acompañe.

Nos sentamos en la mesa que ya ocupaba.

—Yo no lo acompaño a sus aburridos viajes de negocios, ¿por qué tendría él que venir conmigo? Te he pedido un café. —Lo señala, sobre la mesa, humeante.

—Esta vez lo entendería. Quizás necesites ayuda. —Le señalo la barriga.

—Sé cuidarme sola. No seas pesado tú también.

—Está bien, lo pillo. Dani sabe cuidarse sin un cabrón enchaquetado y engreído que la proteja.

—Exacto.

Nos reímos.

—Y dime, ¿cómo estás?

—Estoy bien.

—Pues no lo parece.

—Estoy bien. Te lo prometo. Está... ¿Está ella bien?

No hace falta especificarle con nombre y apellidos de quién hablo.

—¿De verdad quieres saberlo?

Suspiro.

—Sí.

—Está bien. Se ha olvidado de ti. Sale con Gustavo, el director comercial, no sé si lo conoces.

Me deja totalmente noqueado. ¿Qué me está contando? ¿Por qué me lo cuenta?

—La tiene como un misil aéreo —sigue, aguantando la risa, hasta que explota y rompe en carcajadas.

—Pero... ¿qué coño...?

—Debería haberte grabado la cara —habla entre risas.

—¿Te crees muy graciosa?

—Mucho. —Asiente con la cabeza a la vez que se le mueven los hombros porque aún no ha parado de troncharse conmigo.

—Pero salen o no salen. —No me ha quedado muy claro.

—Claro que no.

—Me has puesto los huevos de corbata.

—Eso es lo que quería. —Se pone más seria—. ¿Te hubiera gustado que fuese verdad? —Me escudriña.

—No.

—¿Pues podría serlo en cualquier momento! ¿A qué estás esperando para ir a buscar a la mujer de tu vida? ¿Qué pasó en el hotel Villa Magna? Desde entonces, Alexa se niega a hablar de

ti, no quiere ni escuchar tu nombre.

—Me lo tengo merecido.

—No lo dudo. Es que siempre has sido un jodido imbécil.

—¿Has venido a Nueva York para insultarme? ¿Para eso querías verme?

—Entre otras cosas.

—¿Y qué otras cosas son esas? —pregunto, deseando que cambie de tema, sin embargo, para mi desgracia, no lo hace, solo ahonda más en la herida que aún se mantiene abierta.

—Hace dieciséis años cambiaste el rumbo de nuestras vidas porque decidiste huir en vez de quedarte y contarme la verdad. Estábamos enamorados, Álvaro. Yo te quería. Juntos hubiéramos luchado contra todos tus miedos, estoy segura que de que me hubieras hecho muy feliz.

—Me equivoqué.

—Sí, te equivocaste. Pero eso pasó hace mucho tiempo. Y creí que habías aprendido la lección.

Resoplo, viéndola venir.

—¿Pero cómo puedes ser tan gilipollas? —sigue con los insultos—. ¿Cómo puedes volver a cometer el mismo error? ¿Qué pasó con nosotros? Perdiste tu oportunidad. Me enamoré de tu hermano y todos tuvimos que aceptar que nuestro destino ya no era estar juntos, al menos de esa manera. Todos sufrimos. Alejandro sufrió, yo sufrí, tú sufriste. ¿A qué esperas ahora? ¿Qué rollo es ese de que no eres libre?

Bufo y me masajeo la sien. ¿Tengo que explicárselo? ¿Esto es una broma? Acabo de despertarme hace dos horas y ya me pesa el día.

—¿Te lo ha contado ella?

—¿Quién si no?

Me resigno.

—Alexa cree que aún arrastro peso de la relación que tuvimos.

—Aún tenemos una relación. Eres una de las personas más importantes de mi vida.

—Ya me entiendes.

—No, no lo entiendo, cuñadito. ¿Cree que aún estás enamorado de mí? —Alza las cejas.

—No es eso. Es... más complicado.

—Tengo toda la mañana. —Se acomoda en la silla y cruza los brazos.

Suspiro.

—No vas a dejarme en paz hasta que te lo cuente, ¿no?

—Qué bien me conoces.

—Alexa y yo nos conocimos una semana antes de que Alejandro y tú os casarais. —No puede ocultar la sorpresa—. Yo no me acordaba de ella.

—¿Serás impresentable! —me corta.

—A ver si puedes dejar de insultarme —la insto, aunque no apostaría mi vida porque me hiciera caso.

Mueve la mano para que siga hablando.

—Me costó aceptar que te perdía de verdad, aunque hacía años que lo sabía. Me pasé los días anteriores a vuestra boda borracho. Sé que no es excusa, pero esos días los tengo bastante borrosos. Por lo visto, le confesé que estaba enamorado de la mujer de mi hermano y que no lograba deshacerme de las cadenas que me ataban a ella.

—Y piensa que aún sigues encadenado a mí.

—Sí.

—Pero no es cierto. Ella nos conoce, nos hemos hecho amigas, ¿cómo puede pensar eso?

—Ha sido por mi culpa. No le he dado todo lo que ella merecía.

—Pero le has dado mucho. Más a que a nadie en mucho tiempo.

—¿Tú te conformarías con mucho si Alejandro puede dártelo todo?

—No. No concebiría mi vida al lado de un Alejandro a medias.

—Alexa se merece un hombre libre de cargas emocionales.

—Eso es imposible. Todos las tenemos.

—Pero las mías me impedían hacerla feliz.

—Hablas en pasado.

Sonrío.

—¿Cuándo aterriza su avión?

Sé que Alexa viene a Nueva York en tres días. Phoebe la espera con una agenda muy apretada que yo he tratado de aliviar. Tengo mejores planes para ella.

—El martes a las siete de la mañana. ¿Piensas ir a recogerla al aeropuerto?

—No exactamente.

—No te entiendo... No me lo estás contando todo.

—¿Tienes que hacer algo el resto de la mañana? —Me levanto y tiro un billete de veinte dólares sobre la mesa.

—Pensaba darte la tabarra hasta que me contaras esa chorrada de la libertad, pero ha sido más fácil de lo que pensaba. Te estás volviendo muy blandito. —Nos reímos—. ¿Por qué?

—Quiero enseñarte algo.

Hacemos el trayecto en taxi. Llamo a Phoebe y le informo de que la reunión con el artista japonés (cuyo nombre no me atrevo a pronunciar aunque sé varios idiomas) tendrá que realizarla sin mí. Durante el camino, Dani me cuenta que Alexa se queja de la seguridad que Alejandro le ha puesto (o impuesto); por supuesto, a solicitud del que narra, pero esto lo hemos omitido. No me fio de Fe, Ágata y Jade, aunque, por la cuenta que les trae, no volverán a acercarse a ella. A Franco le llegó las fotos de su mujer con el que iba a casarse con su hija, y ha desterrado a los dos de su casa. No se ha divorciado, pero su mujer vive en un piso en una zona no muy buena de la ciudad, sola y con lo justo y necesario; y a Jade lo ha dejado en la pobreza más absoluta, en lo que a todos los aspectos se refiere. Dudo que se recupere. Por supuesto, Ágata no quiere volver a saber de él y anuló el compromiso alegando diferencias irreconciliables en una entrevista en un medio escrito. La única diferencia es que antes tenía dinero y era la mano derecha de un hombre con poder y ahora malvive en un piso compartido con diez personas más y no tiene ni para comer.

Dani pierde la vista tras el cristal cuando entramos en una calle recóndita del SoHo, asombrada al observar las paredes de los edificios pintadas con murales de diferentes artistas.

—¿Adónde vamos?

—Cotilla. —Sonrío.

Ella me hace una mueca y vuelve a mirar hacia fuera.

—Ya hemos llegado —aviso, unos segundos después.

Abro la puerta de un edificio casi en ruinas y le pido a Dani que entre primero. Me mira con desconfianza y le aseguro que no se caerá sobre nuestras cabezas.

—¿Quieres deshacerte de mí por lo que me has contado? Juro que me llevaré a la tumba lo cobarde que eres.

Pongo los ojos en blanco y sonrío.

—Si quisiera matarte, tengo otras formas más dolorosas.

—Tu hermano te colgaría de los huevos durante semanas, después de despellejarte. Eso sí que dolería.

—Por eso no te mato.

Suelta una carcajada y yo la sigo. No la amo, ya no; pero la sigo queriendo a conciencia, sabiendo que es una gran persona, una maravillosa mujer y mejor amiga.

—Jamás te pondría en peligro. Anda, pasa. —Le doy un pequeño empujón con el codo.

Ante nosotros se abre un salón enorme y, en medio de él, se levanta, tapado con una sábana blanca, los vestigios de mi lucha y búsqueda de la libertad.

—¿Preparada? —La miro.

Ella me observa con detenimiento y expectación.

Camino hasta la sábana, me deshago de ella de un tirón y una nube de polvo muy espesa sobrevuela la sala.

Dani empieza a toser.

—Podrías hacer limpieza de vez en cuando. Menudo antro al que me has traído —se queja, sin poder ver lo que tiene delante.

Vuelvo a su lado y miro al frente. Sé perfectamente el momento exacto en el que sus ojos se fijan en lo que quiero mostrarle porque hasta su respiración se detiene.

—¿Crees que lo he logrado? —pregunto, nervioso. Ella es la persona que mejor me conoce en este sentido.

—Álvaro... Es maravilloso... Alexa la encontrará.

—Eso espero —musito, con el corazón en un puño.

—Es pura libertad.

CAMBIOS

ALEXA

Lo reconozco, paso gran parte del viaje durmiendo en uno de los cómodos asientos del jet privado de Alejandro, y, aunque me quejé cuando me obligó, en medio del aeropuerto, a que lo siguiera hasta su avión y cruzara el Atlántico en su compañía, tengo que agradecerse; es muy reconfortante y calentito (el avión, me refiero). Con asientos de cuero y mantas de varios tipos y colores para poder cubrirte con ellas. Esto último es detalle de Dani, seguro, porque contrasta con el resto de la decoración, más sobria y masculina.

George, el Tripulante de Cabina, me despierta una hora antes de aterrizar y me ofrece un café. Alejandro lo toma mientras habla por teléfono y mira fijamente la pantalla del ordenador portátil que le ha acompañado todo el trayecto. Juraría que no ha dormido en las más de nueve horas que llevamos aquí dentro, pero no puedo asegurarlo, ya que yo sí lo he hecho.

—Cargaré con las consecuencias —le dice a quien sea que esté tras la línea—. No, no me hace gracia. —Silencio—. No la tiene. —Silencio—. Nos vemos esta noche.

Cuelga y se dirige a mí.

—Buenos días.

¿Este hombre nunca sonrío?

—Buenos días. Gracias por... —Señalo con la mano y la taza el espacio que nos rodea—. Por traerme.

—Yo también venía a Nueva York —explica, con los ojos puestos de nuevo sobre la pantalla. ¿Qué tendrán de interesantes todos esos números y gráficas que observo desde mi asiento?—. Doy por hecho que mi mujer va a recogerte al aeropuerto.

—Le dije que no era necesario, pero ella insistió.

Mira su reloj de muñeca, un Rolex de más de seis mil euros (lo sé porque mi padre los colecciona) y pierde la mirada por la ventanilla.

—Llegaremos media hora antes. Pediremos un aeródromo para desembarcar. —Llama a George y le pide que informe al comandante.

No le discuto. No sé de lo que habla y me ha traído hasta aquí, amén de que no es uno de esos hombres a los que puedas (y debas) llevar la contraria.

«No está bien tener pensamientos impuros con los maridos de las amigas».

No digo eso; solo que está muy bueno. Soy amiga de Dani, pero no una amiga ciega».

Conforme nos acercamos al JFK observo que Alejandro se pone cada vez más nervioso. ¿No le gusta las ciudades grandes? A vista de pájaro impresiona, y más si le sumamos la semioscuridad del amanecer y las millones de luces que la dibujan a muchos pies bajo nosotros, pero algo me dice que a este hombre que tengo sentado en frente no le atemoriza nada, excepto una cosa.

Sonrío pérfida.

—¿Dani sabe que vienes? —se me ocurre preguntar como quien pregunta la hora.

No contesta. Se pone la chaqueta y se despide de la tripulación con un apretón de manos. Yo les doy las gracias por habernos traído sanos y salvo y por habernos hecho el trayecto más cómodo si cabe.

Mis dudas sobre si Alejandro ha hecho partícipe a su mujer de su viaje o no se disipan en cuanto la cara de Dani se transforma. Sin duda, me ve a mi primero, y sonrío a la par que me saluda con la mano; gesto que desaparece cuando ve a su guapísimo marido a mi lado. Diría que él va acojonado si no fuera por la sonrisa que le atraviesa el rostro. Ahí está, la sonrisa, esa que solo le aparece cuando se trata de ella.

—Hola, Alexa. —Daniel me da dos besos y un pequeño abrazo con prisas—. Me alegro de verte, pero disculpa un momento. —Se gira hacia su marido—. ¿Qué haces tú aquí? —Lo señala con el dedo.

—Viaje de negocios —contesta sin parpadear.

—Eso es mentira. ¡Vienes a vigilarme!

—Vengo a cuidarte.

—¡Sé cuidarme sola!

Tira de ella y la atrae hacia él, estampándole un beso en la boca que me da envidia sana. Ella no se retuerce ni un segundo, sino que se deja llevar por ese torbellino de fuerza y disfruta del momento.

—Sé que sabes cuidarte sola, pero te echo de menos. No puedo vivir sin ti —le susurra sobre los labios.

Y ella se derrite. Lo sé porque me derrito yo también.

«El amor está en el aire».

—Señor, el coche les está esperando —le informa un hombre trajeado unos segundos después de separarse.

—Esto no va a quedar así. —Dani avisa a su marido.

—Por supuesto que no, pienso desnudarte en cuanto lleguemos al hotel.

¿He escuchado lo que creo que he escuchado? Desde luego no ha tenido reparo en decírselo en mi presencia.

Discuten en el coche sobre lo que van a hacer ahora. Alejandro quiere ir directamente al hotel con su mujer y alega que ella debe descansar. ¿Perdona? Lo que quiere hacer dista mucho de dormir una siesta mañanera. Dani insiste en acompañarme a mi primera reunión con Phoebe.

Gana ella, por si lo dudabas.

Entramos en Destopic Galery, la galería de Nueva York. Dani me agarra de la mano y la aprieta, infundiéndome valor. Le agradezco enormemente que no me deje sola en este momento. Si veo a Álvaro antes de desayunar en condiciones, vomito la cena de anoche; y el picante no le sienta bien a mi garganta. No dejaré que Nina vuelva a elegir la comida si al día siguiente voy a viajar y a morirme de los nervios porque Álvaro estará cerca. Vale, esta ciudad es inmensa y dudo que nos encontremos de casualidad, pero vengo a trabajar para él; las posibilidades de vernos se amplían bastante.

Phoebe me da la bienvenida y me enseña las instalaciones. Algunas de mis obras cuelgan ya de estas paredes y me parece increíble haber llegado hasta aquí en tan poco tiempo. Prefiero pensar que lo he hecho por mí y porque mi arte lo vale, sin embargo, no puedo negar que Álvaro me ha ayudado a conseguirlo.

En dos días se abrirán las salas al público y ahora serán los neoyorkinos los que podrán ver en mi alma.

«Respira».

—Esta tarde tenemos una entrevista para ARTisSpectrum y por la noche una cena con el Director de ArtNote —me informa Phoebe—. Tranquila, lo harás muy bien.

Mi nivel de nerviosismo alcanza cuotas extremas. No me como las uñas porque es una manía insana y molesta y me costó mucho dejarla a la corta edad de siete años cuando Ángela decidió engañarme y pintármelas con un líquido que conseguía que la boca te ardiera.

—Alexa, no tienes nada que temer. No te dejaré sola —me asegura Dani. Y no sé muy bien si se refiere a mis compromisos laborales o a los emocionales. Le pediría que se quedara a mi lado en los dos.

Reuniones, entrevistas y mucho tiempo en la galería, así paso los próximos días. Es cierto que Alejandro tiene negocios que atender en la ciudad y Dani cumple su promesa, pasando conmigo gran parte del día.

Mañana es la inauguración y ultimamos detalles con Phoebe en su despacho.

—Eso es todo. Te aconsejaría que te tomaras la tarde libre —me aconseja—. Mañana será un día muy estresante e intenso.

¿Más?

Voy a morir. Con lo tranquila que estaba yo poniendo cafés.

«No seas desagradecida».

Llevas razón.

—Una magnífica idea —la sigue Daniel—. Aún no hemos paseado por Manhattan. ¿Qué te parece si visitamos el MoMA? Hay una exposición de cuadros que te dejará impresionada.

Almorzamos en la terraza de una cafetería cerca de Central Park, con el sol de mayo dorándonos la frente y un par de sándwiches de pavo y lechuga entre nuestras manos mientras hablamos sin parar de lo diferente que se vive aquí y de lo que se corre para llegar a todas partes.

—Es como si no tuvieran vida personal —declaro, observando la velocidad a la que caminan los transeúntes y lo solitario que parecen.

—No la tienen. Pero tú y yo no vamos a convertirnos en ellos. Somos españolas, y las españolas se toman su tiempo para tomar un buen vino. —Levanta su vaso de refresco, y nos reímos—. He cogido cita en un salón de belleza. Nos van a mimar un poquito.

—Te lo agradezco, pero no es necesario.

—Claro que no. Nosotras somos perfectas recién levantadas, sin embargo, un buen masaje de pies no nos vendría nada mal, al menos a mí —se queja, culminando su alegato con una mueca y girando los tobillos.

—Está bien. Tendré que hacerlo por ti. —Me encojo de hombros y sonrío.

Ella me da las gracias con un tono muy irónico y divertido y muerde su almuerzo con ansia. Me entretengo a observarla durante unos segundos. Disfruta con la comida.

—¿Cuándo vas a preguntarme por él? —Interrumpe el buen clima.

—Supongo que no quiere verme —contesto—. O no está preparado —musito para mí, pero sé que me ha escuchado.

—Alexa, Álvaro te quiere.

—Permíteme que lo dude.

—¿Por qué piensas eso?

—Ha pasado mucho tiempo.

—Álvaro ama a pesar del tiempo, a pesar de los pesares. —Me agarra de la mano—. Alexa, estoy segura de que Álvaro ha conseguido ser libre.

—Pues ya debería haber encontrado la forma de demostrarlo.

Ella esconde una sonrisa detrás de su Coca Cola y yo termino de un trago con mi copa de vino.

Paseamos por Central Park, un gran pulmón verde para esta ciudad, y nos tumbamos en una zona de césped rodeada de árboles y vegetación. Nos deshacemos de los zapatos y sentimos la hierba fresca entre los dedos, mientras respiramos con tranquilidad y observamos los rascacielos frente a nosotros, no demasiado lejos.

—No me importaría vivir aquí —musito.

—A mí tampoco.

—Pero lo tomaría con más calma —apunto.

Nos reímos.

—Phoebe no entiende la frase «Necesito un ratito para mí». Me tiene completamente absorbida.

—Y eso que Álvaro ya le advirtió que te dejara disfrutar de Nueva York.

Dani capta toda mi atención.

—Sé que lo quieres mucho, pero no entiendo por qué no quiere verme. A estas alturas, debería saber que no voy a pedirle nada.

—Puedes despotricar de él todo lo que quieras. Yo lo insulto a la cara muy a menudo.

Río con tristeza.

Ella se cambia de postura, sentándose ahora con las piernas cruzadas y el torso derecho y me mira.

—Álvaro es una de las mejores personas que conozco, pero no sabe reaccionar a según qué situaciones. Confío en que haya aprendido la lección. —Abre los ojos y se le amplía la sonrisa—. Ahí está Alejandro.

Giro la cabeza unos centímetros y veo caminar hacia nosotras a su marido; un portento de hombre que arrastra las miradas de todas las féminas del lugar, incluyendo la mía. Lleva un traje de chaqueta de tres piezas gris, blusa blanca y corbata negra. Espalda y piernas anchas, ojazos azules, vientre plano...

¿Es pecado babear por el marido de una amiga?

—Ahora es cuando me gustaría poder levantarme sola y besar a mi marido—manifiesta Dani.

Yo me río y soy testigo de una escena muy simple pero de lo más romántica. Alejandro agarra a su mujer de las manos, tira de ella con cuidado pero con fuerza y la pega a su pecho. La mira con devoción, le aparta el pelo de la cara y la besa.

Ohhhh. Qué bonito, y no soy la única que lo piensa; varias personas de nuestro alrededor comienzan a aplaudir y yo los imito.

Me dan mucha envidia sana, yo también quiero un final feliz para mí, y, ojo, no digo que tenga que ser al lado de Álvaro ni de cualquier otro hombre, sin embargo, lo amo con todas mis fuerzas y sé que él es el hombre que llenaría mis días de dicha.

He venido al MoMA varias veces. Cada vez que visito esta ciudad le dedico un día entero a recrearme con todo el arte moderno que hay en sus sesenta mil metros cuadrados. Picasso, Pullock, Van Gogh, Kandisky e, incluso, Frida Khalo. Me emociono más y más conforme pienso en ellos y nos vamos acercando. El edificio ya impresiona, da igual la de veces que haya estado aquí, los vellos de mi piel reaccionan. Parte de cristal y espejo, parte de piedra oscura. Philip Goodwin, Yoshio Taniguchi y Edward Durell Stone se lucieron al crear este, más que museo, templo para admirar y venerar el arte moderno.

Ninguno de los tres hablamos en lo que tardamos en pisar la primera de sus salas. Daniel va

tan abstraída como yo y Alejandro se regocija viendo a su mujer disfrutar de esa manera tan intensa.

No hace falta saber de arte para que todo lo que hay aquí dentro te hable al oído y te llegue al corazón. Esto es historia actual, aprendizaje, un viaje que puede durar hasta una semana, que te llevas a casa para toda la vida. ¿Quién no conoce Noche estrellada de Van Gogh, o Lata de Sopa Campbell de Andy Warhol; La persistencia de la memoria de Salvador Dalí, o Las señoritas de Avignon de Pablo Picasso?

Nos detenemos delante de un Miró y me quedo completamente congelada ante tal despliegue de armonía entre los colores, aunque el cuadro en sí es un sinsentido de dibujos desfigurados. En Interior holandés, Joan Miró se aleja del cubismo y refleja un estilo particular muy suyo en el que nos invita a explorar el inconsciente humano.

Tuerzo la cabeza hacia un lado para poder admirarlo bien y fijarme en los detalles con la magnífica luz que lo ilumina. Ni siquiera he aludido el hecho de que hemos entrado por una puerta diferente al resto y nos hemos saltado la cola de más de dos horas que había en la calle.

—Alexa, ¿estás preparada? —Dani me saca de mi ensimismamiento.

Está a un metro a mi derecha, agarrada a la mano de su marido.

—¿Mmm? —No sé a qué se refiere. Nací preparada para visitar este lugar, o quedarme a vivir en él.

—¿Seguimos? —explica.

—Oh, sí, sí.

Los sigo a otra sala, esta mucho menos aglomerada de personas, y observo la escultura icónica que preside la estancia. La figura de un ser humano en un tono dorado que parece estar avanzando y, durante ese movimiento ficticio, su cuerpo se mueve, expresando la vorágine en la que se puede convertir la vida.

Algo llama mi atención detrás de la obra de Boccioni. Un cuadro colgado sobre la pared del fondo, totalmente nuevo para mí, de unos tres metros cuadrados, realizado a base de colores suaves pero impregnando de fuerza la silueta de una mujer que atisbo desde donde me encuentro. Camino hacia él tratando de adivinar el artista, sin que ningún nombre se reproduzca en mi mente.

Conforme acorto la distancia, el dibujo cobra vida ante mis ojos. Una mujer, atada con un lazo por las muñecas, totalmente desnuda, a excepción de unas braguitas, con la boca semiabierta, se retuerce de placer en lo que parece la sala de una galería de arte.

Abro los ojos de par en par y me detengo como si un imán me atrajera al núcleo de la tierra.

¿Qué?

El corazón comienza a bombear con fuerza y a punto estoy de caerme de bruces contra el suelo.

La mujer pelirroja que disfruta de una noche de sexo que no olvidará nunca soy yo. La mujer que jadea casi desnuda delante de centenares de personas soy yo. La mujer que grita ante el inminente orgasmo soy yo.

Doy un par de pasos hacia delante y busco el nombre del autor, sin encontrarlo. Mis ojos, con vida propia, observan una pincelada negra en una de las esquinas en la que reza: LIBRE.

No puede ser.

«Sí puede ser».

No puede ser.

«Que sí, leñe».

—Alexa. —Escucho mi nombre detrás de mí.

Y es él.

Por fin es él.

Doy la vuelta sobre mi cuerpo, muy despacio, intentando no morir de la vergüenza y de los nervios y aguantando que una pareja de chinos immortalice el momento con sus cámaras de última generación.

Lo veo.

Y me ve.

Nuestros ojos conectan en cuanto se cruzan y una explosión de adrenalina recorre mi cuerpo de arriba abajo. Su cuerpo me dice que algo ha cambiado.

—¿Lo... Lo has hecho tú?

Asiente casi imperceptiblemente.

—Pero... ¿cómo? —sigo, totalmente contrariada.

—Con mis ganas de quererte. —Da un paso, acercándose. Me acaricia el rostro y deja la mano detrás de mi cuello—. Necesitaba recomponerme por completo para que conocieras al Álvaro que te mereces; un Álvaro sin miedos, sin traumas, sin secretos. Tú has sido para mí la herramienta para encontrar la libertad, los colores que me han dado fuerza para seguir estos meses cuando me desesperaba, la luz al final del túnel. Has estado a mi lado sin estarlo, me has guiado, has llorado conmigo. Gracias a ti he podido deshacerme de la ira que me ahogaba cuando trataba de pintar. ¿Sabes qué siento ahora cuando cojo un pincel?

—No... —musito.

—Ilusión, esperanza, júbilo... Y tú. Toda tú en todas partes, en todos los tonos, en todas las formas. —Pega su nariz a la mía y cierra los ojos—. Alexa. Siento tanto todo lo que ha pasado, siento no haber estado preparado antes... —susurra sobre mis labios. Se retira unos centímetros y me mira con esos ojos negros que se me clavan en el alma—. Pero ahora lo estoy. Soy el Álvaro que nunca debí de dejar ser. Y lo he conseguido porque una chica pelirroja se cruzó en mi vida, no una vez, sino dos. Eso debe significar algo, ¿no crees?

—Álvaro... —Trago con dificultad.

—Alexa. ¿Te gustaría ser libre a mi lado?

Lo pienso durante más de un segundo, no te creas. Me ha hecho sufrir horrores y después le pediré las pertinentes explicaciones, pero ahora no puedo hacer otra cosa que agarrarlo de las solapas de la chaqueta de cuero marrón que lleva, atraerlo hacia mí, sonreír y besarlo con todas las ganas que sé los dos llevamos dentro.

—Siento haber tardado tanto —susurra sobre mi boca.

—Algo me dice que va a merecer la pena.

EPÍLOGO

ALEXA

Cinco años después...

Hoy hace cuatro años que mi padre falleció. Me llamaron del hospital cuando el sol comenzaba a salir por el horizonte. Ito tenía mucha fiebre y, confiando en la mejoría de Franco del día anterior, me fui a casa más o menos tranquila para cuidar de él. No superó otro amanecer, ya muy debilitado por su enfermedad. Pude despedirme de él; murió con mi mano agarrando con fuerza la suya. Solo espero que no notara la ausencia de su mujer y una de sus hijas. Fe y Ágata fueron informadas de la fatal noticia, pero ninguna de las dos tuvieron ovarios para despedirse del hombre que les había dado todo. Este hecho me llenó de rabia, hasta que comprendí que mi madre y mi hermana no quieren y nunca podrán querer a nadie; ellas se mueven por el interés y por lo que puedan exprimir de una situación.

Mi padre no fue una persona íntegra, no lo definiendo, sin embargo, merecía que Fe y Ágata le mostraran un poco de respeto en su lecho de muerte.

Hoy he venido a traerle flores, unas orquídeas, sus preferidas. Suelo aprovechar los viajes que hacemos a Madrid para pasarme a verle. Sigo queriendo a mi padre, a pesar de saber, a ciencia cierta, a lo que dedicó su vida.

Cuando Álvaro y yo por fin encauzamos nuestro futuro juntos, me contó toda la verdad sobre él. No es que yo no lo supiera (en parte, por eso me fui), pero se me abrieron los ojos ante lo que estaba ocurriendo delante de mí. Mi padre no solo traficaba con armas y drogas, sino también con obras de arte de incontable valor. Aceptar a lo que Álvaro se había dedicado durante muchos años tampoco fue fácil. Mi vida, por un momento, se convirtió en una película de gánsteres difícil de asimilar.

—Podía haber sido diferente, papá —musito, dejando las flores sobre la lápida.

Lo culpo por dejarse llevar por el poder y el dinero y dejar su función de padre a un lado. Quizás Ágata sería diferente si se hubiera educado en un entorno menos disfuncional. Ella creció en un entorno en el que la vida no era el bien más preciado.

Jade llevaba razón cuando nos reveló las intenciones de mi padre. Franco me lo dejó todo, o, al menos, todo lo que la ley le permitió. Tuve claro desde el principio que ese dinero jamás me haría feliz, así que lo doné todo a fundaciones que realizan estudios muy avanzados y luchan por encontrar la cura definitiva para el cáncer. El resto lo guardé a buen recaudo y mi abogado se encarga de hacérselo llegar a Fe y Ágata en pequeñas cantidades para cubrir sus necesidades más básicas.

—Te habría encantado conocer a Diana. Es una niña muy cariñosa, y tiene tus ojos.

Me despido de mi padre hasta el próximo día, dentro de un par de meses.

Camino hasta nuestro coche, estacionado a las afueras del cementerio y en el que me esperan mi marido y mi preciosa hija Diana.

Los veo desde la distancia. Álvaro trata de que se mantenga en pie y dé sus primeros pasos, mientras ella no quiere soltar los seguros dedos de su padre.

Sonríe de oreja a oreja cuando me ve. Grita «mami, mami, mami» y se tira a mis brazos, que la recogen y la envuelven como si del cobijo más seguro se tratara. Y lo es. ¿Qué hay más seguro que las agallas de una madre a la hora de defender a un hijo? «Aquí estarás a salvo, Diana. Tu madre estará aquí siempre que la necesites».

Álvaro me da un corto beso en la boca y me pregunta si todo va bien, como cada vez que venimos aquí. Yo asiento con la cabeza y sonrío.

Va todo bien, sí. Os tengo a los dos. ¿Qué más puedo pedir?

—Vámonos. No podemos llegar tarde —manifiesto.

Vivimos entre Madrid y Nueva York; puedo decir que repartimos el tiempo de una manera equitativa, aunque solemos pasar largas temporadas en nuestro apartamento de Manhattan. Ito va a un colegio privado de alto rendimiento al que no puede faltar. Es superdotado en muchas áreas, y Roxana y Álvaro pensaron que lo mejor era que profesionales se hicieran cargo de parte de su educación. El niño es un crack en las matemáticas y tiene un don para pintar. Es como si toda la fuerza que le ha faltado al padre durante estos años atrás para expresar en un lienzo la frustración y la ira, el hijo la hubiera captado y adueñado de ella y convertido en su mejor arma para reflejar en un lienzo de manera incomprensible y perfecta todo lo que desea.

Solemos venir a Madrid para visitar a la familia y amigos, pero esta vez el viaje lo hemos hecho por un motivo muy especial.

Entramos en Magdalenas de Colores y saludamos a todos los que han decidido acompañarnos en un día tan emotivo. Mateo, Gorka, Teresa, Nina y su pareja, Kiko, un fisioterapeuta que conoció tras un pequeño accidente de coche y un esguince de cuello. Kiko le quitó los dolores a base de polvos mágicos, como dice ella.

Tampoco han querido perderse el cumpleaños de nuestra cafetería, la que ya es de todos, Alejandro, Dani, Alma, Lía y el pequeño Leo, en brazos de su padre.

—Hola, cariño. —Me acerco al niño y le doy un beso en la mejilla—. ¿Cómo está Alma? —pregunto a Alejandro.

—Muy bien. —Me deleita con una de sus escasas sonrisas solo aptas para corazones fuertes. Pero tiene motivos más que suficientes para sonreír.

Hace cuatro meses, su ojito derecho, tuvo que someterse a una operación muy complicada de corazón. La enfermedad que padece desde que nació y que parecía controlada durante los últimos años, nos dio un susto de muerte cuando le causó una estenosis valvular aórtica. Te suena a chino mandarín, supongo. Yo tampoco sabía de lo que me hablaban la primera vez que lo escuché. La válvula aórtica se puso demasiado rígida y había riesgo de que se partiera, con la fatalidad que ello podía conllevar. Alma fue trasladada a Nueva York donde fue operada de urgencia y tras la cual, el equipo médico, del que formaba parte Noelia, consiguió que la sangre de mi sobrina volviera a circular con normalidad.

Berta y Roberto se acercan a saludarnos acompañados de sus dos hijos, Lorenzo y Martín, clavaditos a su padre. Clara y Juan Carlos, íntimos amigos de Dani, también se acercan a darnos un beso. Los conocí pocos meses después de que Álvaro y yo nos casáramos en una de las terrazas del MoMA, rodeados de arte moderno y de nuestros amigos más cercanos; solo diez personas fueron testigos de la unión de nuestro amor (por nosotros y por el arte).

No pueden faltar nuestros clientes más fieles, abanderados por la señora Rivera.

—Manuela, gracias por venir. —Le doy un pequeño abrazo y le agradezco a su hija que haya traído a su octogenaria madre.

Cuando termino de saludar y agradecer a todos su presencia, me voy a la barra con las chicas,

empujada por las ganas de tomarme una copa y por disfrutar de la compañía de las que ya se han convertido en mis amigas. Dani, Sofía y Sara ríen a carcajadas junto a Nina, cargadas con chupitos de tequila.

—Este lleva tu nombre. —La genuina Sara me ofrece uno, que yo recibo, agradecida.

Brindamos y nos los bebemos de un trago.

—¿Otro, jefa? —Gorka se dispone a rellenar los vasitos de nuevo.

Tapo el mío con la mano y me niego.

—Acabo de llegar. No quiero tener que arrastrarme para volver a casa. Y ya no soy tu jefa.

—Para mí siempre serás mi jefa, jefa —apunta.

Aprovecha que me relajo y carga los vasos hasta arriba. Coge uno y lo levanta ante nosotras.

—Por las chicas más interesantes que he conocido.

—¿Ya estás tratando de acostarte con alguna de nosotras? —Ríe Nina.

—Con nosotros siempre puedes experimentar —le propone Sara—. Verdad, ¿Tristán? —Mira a su novio, y se bebe el chupito de un trago.

Todas nos reímos, y Dani, a mi lado, me cuenta anécdotas sobre la que fue su compañera de piso durante algunos de los años más difíciles de su vida.

—Entré en casa y solo veía culos y piernas. Imagínate cuando Alejandro presencié aquello. Le hubiera gustado sacarme a rastras de esa casa. Le costó aceptar que vivía rodeada de sexo desenfrenado. —Lo mira y se le ilumina el rostro—. Lo ha sufrido desde que me conoció. No sé cómo no ha muerto ya de un infarto.

Nos reímos.

ÁLVARO

Verlas sonreír me hace el hombre más dichoso que haya existido jamás sobre la faz de la tierra. Y, aunque en este preciso momento me refiero a los dos grandes amores de mi vida, Alexa y Daniel; soy feliz al ver a toda mi familia feliz. Solo me falta mi hijo, que no ha podido viajar con nosotros; al menos, esta vez.

Alejandro se acerca a mí con dos copas de bourbon en la mano y mordiendo un puro habano con los dientes. Le quito uno de los vasos y se retira el puro de la boca.

—¿Y eso? —Lo señalo, y le doy un trago.

—Vamos a celebrar la victoria.

—¿Ha ganado el Madrid?

—Hemos ganado nosotros, hermano. ¿Acaso lo dudas? —Mira en dirección a nuestras mujeres y yo hago exactamente lo mismo—. Somos muy afortunados.

—Lo sé.

Las observamos durante unos minutos, no paran de hablar y de reír, hasta que Sara se da cuenta de que no les quitamos ojo, y grita en nuestra dirección.

—Míralos, si se les cae la baba y todo —grita—. ¡Qué suerte tenéis, jodidas! —le dice a Alexa y a Dani—. Yo jamás perderé la esperanza de tirármelos a los dos. ¡A la vez!

Todas explotan en enormes carcajadas y no puedo hacer otra cosa que reírme. Sara no cambiará nunca, por muchos años que pasen.

Alejandro y yo nos disponemos a salir a la calle, dispuestos a fumarnos el puro que le ha regalado unos de sus socios cubanos, cuando la cafetería se llena de vítores y gritos

descontrolados. Solo unos segundos después, comprendemos el motivo del revuelo que se ha formado. Nerea y Pablo acaban de hacer una entrada triunfal. No me refiero a que se hayan caído al abrir la puerta, o a que vengan tirando billetes de quinientos euros. No. Pablo Aragón no necesita ni mover un dedo para que todas las mujeres del planeta tierra se desmayen a sus pies. Así que, aunque Alexa y Dani se alegran de ver a su amiga Nerea, apuesto mi primogénito a que la razón principal de sus gritos es el roquero macizo del que se enamoró esta última tras una apasionante historia de amor. Joel y Toni les acompañan (y se hacen cargo de sus tres hijos mientras Nerea y Pablo lidian con las descontroladas groupies).

¡Dios mío! A Sara tienen que arrancarla del roquero, al que se ha encaramado con pies y manos, mientras gimotea:

—Pablo, quiero un hijo tuyo. O un hermano, ¿no tienes un hermano? Un hermano que se parezca mucho a ti.

—Soy hijo único.

—Tus padres no tienen compasión. ¿Cómo han podido privarnos de varios como tú?

Todos ríen, incluso él, que ya la conoce y sabe por dónde puede salir Sara en cualquier situación. Ella puede convertir en especial una tarde de domingo normal.

Pablo se acerca a nosotros cuando termina de atender al grupo de fanes enloquecidas y nos saluda con un buen apretón de manos y un abrazo (de esos que nos damos los hombres cuando nos alegramos de ver a alguien que apreciamos, pero sin negarnos a perder nuestra hombría).

—¿Cómo va todo? —pregunta.

—No tenemos a tantas mujeres gritando por nosotros —apunto, riéndome.

Teresa llega a nuestro lado y mira a Pablo como si estuviera observando una aparición divina.

—Hola, Teresa. —Él le da dos besos muy naturales y le pregunta cómo está; pero ella sigue mirándolo sin parpadear y con la boca abierta.

A continuación, ella le da un pellizco en el brazo y declara:

—Nunca sé si eres real.

La que se convirtió en camarera de Magdalenas hace ya unos años, no se acostumbra a que Pablo Aragón, el cantante de la banda de rock más famosa de la actualidad, aparezca por la cafetería de vez en cuando y sea una persona de lo más normal.

Teresa se va tal y como ha venido, obnubilada por la presencia del marido de Nerea; y Alejandro nos invita a salir a la calle y compartir el puro.

Nos lo fumamos sintiéndonos afortunados, y en cada calada le damos las gracias al destino por ponerse de nuestra parte y darnos lo que todos deseamos: AMOR. Amor en todos sus sentidos y niveles. Amor grande y verdadero. Amor para disfrutar de los momentos alegres, y amor para poder superar los más difíciles y complicados.

Gracias, amor, por aparecer y quedarte en nuestras vidas.

Unos siete años después...

DANI

Termino de hacer la maleta de Leo y la cierro sobre su cama. No va muy cargada, la ropa de verano no suele ocupar mucho espacio y sé que va a pasarse en bañador la mayor parte del tiempo. La cojo por el asa y la dejo en la puerta del dormitorio para que Alejandro las baje todas cuando termine de mantener esa conferencia por *skipe*, que dura ya tres horas y que lo mantiene encerrado en su despacho. No me molesta que trabaje en vacaciones, pero hoy tenemos muchas cosas que hacer y necesito su ayuda.

—Mamá, ¿dónde está mi camiseta de Guess? —Lía sale de su habitación y pone los brazos en jarra.

—No lo sé. Si guardaras las cosas en su sitio, las encontrarías a la primera.

—¡Mamá! —se queja—. No pienso irme sin esa camiseta.

—Pues nada, cariño. Nos acordaremos de ti cuando estemos tomando el sol en Ibiza.

—¡Mamá! —Se cruza de brazos y pone morritos—. Hablo en serio.

—Yo también.

La rodeo y entro en su leonera. Lía es bastante desordenada y hace mucho que le pedí a Coral, nuestra asistente, que no entrase a limpiar su basura; aún así sé que no me hace caso y le arregla la habitación muy a menudo. De otra forma, sería imposible entrar aquí.

—¿Has mirado en el cajón de las camisetas? —le pregunto, abriéndolo.

—Sí —contesta detrás de mí.

—Pues no habrás mirado a conciencia —replico, con la dichosa camiseta ya en mi mano.

—No la había visto. —Levanta el mentón, muy digna, como si quisiera hacerme creer que lleva toda la mañana buscándola.

—¿Aún no has preparado la maleta? —Observo que sigue vacía sobre la cama.

—No me hace falta. Pienso llevarme en topless todas las vacaciones.

—Por Dios, Lía, ¿quieres matar a tu padre?

—¿Yo? ¿Qué me dices de Alma? ¿Se lo has contado ya?

—No. Y no se te vaya a ocurrir decírselo. Yo me encargo.

—¿Te da miedo que le dé un infarto y se muera?

—O que le explote la vena de la frente —susurro, y resoplo.

—Estoy deseando ver su cara. —Suelta una risita.

—Anda, dúchate y haz la maleta. El avión llega dentro de dos horas.

Voy hasta el despacho y abro unos centímetros para comprobar si Alejandro ha terminado con la reunión. Lo veo de pie, observando a través de los cristales de los ventanales de nuestro ático, con las manos en los bolsillos y muy pensativo.

Camino hasta él y lo abrazo, acostando mi mejilla en su torso y cobijándome entre su cuerpo. Mi marido pone la barbilla en mi cabeza con delicadeza y lo escucho suspirar.

—Lo siento. No he tenido otra opción. —Se disculpa por la inesperada reunión que lo ha mantenido alejado de su familia su primer día de vacaciones.

—No importa. Ya eres todo mío. —Alzo el mentón y lo miro.

—Estoy deseando llegar a Ibiza y follarte sobre la cubierta de Ginebra. —Así se llama nuestro yate. En honor a todos los gin-tonics que nos han acompañado estos años. El nombre fue idea de Sara, para ser sincera.

Introduce la mano por debajo de mi falda, coge el elástico de mis bragas y tira.

—No sé si podremos. Habrá mucha gente con nosotros.

—Los enviaré a casa de Alexa. Le pagaré si es necesario para que los acoja a todos. —Me besa el cuello.

Sonrío.

—Cariño, tengo que contarte algo. —Él sigue lamiéndome mientras yo trato de centrarme en lo que debí haberle comentado hace semanas—. Alex... Verás... Tu hija está... Alma viene...

—¡Mamá! ¿Puedes decirle a Leo que mi móvil no se coge? —Lía entra en el despacho y nos interrumpe. Sobre todo a mí, que estaba a punto de contarle a Alejandro que su hija Alma se hace mayor por momentos y que es inevitable, aunque él crea que puede detener el tiempo y conseguir que sus hijas no crezcan.

—Leo, tú tienes el tuyo —declaro, entrando en la cocina.

—Pero no tengo Instagram.

¿Instagram?

—¿Para qué quieres Instagram?

—Para ver vídeos, mamá, ¿para qué va a ser?

No me doy cuenta, pero Leo también se hace mayor a pasos agigantados.

—Tengo ya casi doce años. Para mi cumpleaños quiero poder hacerme una cuenta de Instagram.

—Ya lo hablaremos con tu padre.

Mi hijo refunfuña y desaparece en su cuarto.

Carlos nos lleva en la limusina hasta el aeropuerto. El avión de Alma llega dentro de cuarenta y cinco minutos. Tenemos que recogerla y, una hora más tarde, viajaremos todos en nuestro jet hasta Ibiza, donde pasaremos un mes junto a Álvaro y Alexa.

Durante el trayecto, no paro de pensar en la reacción de Alejandro cuando vea que su hija no viene sola, sino acompañada del chico que nos presentó como su amigo la última vez que la visitamos en Harvard. Enseguida me percaté de que entre ellos existía mucho más que una simple amistad, sin embargo, lo dejé pasar porque supuse que sería algo pasajero. En realidad no sé si lo es, o se convertirá en un amor de esos que se firman con un «Para siempre»; yo lo único que deseo es que Alma, como todos mis hijos, disfruten del amor en su más puro e intenso significado y que entiendan que se puede amar de muchas maneras, todas buenas, e, incluso, a dos personas a la vez; como me ocurrió a mí.

Alejandro no se percató (o no quiso hacerlo) de que Cody, ese estudiante de ingeniería mecánica, natural de Pasadena, miraba a su hija con los ojos que él me miraba y me sigue mirando a mí.

—Mamá, ¿estás bien? —Lía me saca de mis pensamientos.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada. —Se encoge de hombros y sonrío. Señala su frente y puedo leer en el movimiento de su boca—. Le va a explotar cuando se entere.

Le hago una señal con la mano para que deje de bromear, o su padre nos va a pillar con las manos en el carrito del helado. Ya de perdidos al río. He decidido que lo vea con sus propios

ojos. Total, no iba a crearme de ninguna manera.

La esperamos en la zona de desembarque y recogida de maletas. He de admitir que me sudan las manos y que mi subconsciente, adormilado por la maratón de sexo con la que Alejandro nos deleitó anoche, me susurra al oído la que puede liarse en breves instantes.

—Madre mía —susurro.

—¿Qué? —Alex me escucha.

—Nada, cariño. Tengo ganas de ver a Alma. —Lo agarro del brazo y le aprieto.

—Yo también tengo ganas de ver a mi pequeña —afirma, henchido de orgullo y emoción.

¿Su pequeña?

Un sudor frío me recorre la frente.

—¡Mira! ¡Ahí está! —grita Lía, señalándola con el dedo.

Leo corre a abrazar a su hermana y se tira sobre ella, riendo por los besos que recibe. Lía no se queda atrás y también va a recibir con un cariño enorme a su hermana mayor, a la que echa más de menos de lo que admite.

Alejandro parece no haberse dado cuenta aún de que Alma no viaja sola... Hasta ahora.

—¿Quién cojones es ese? —brama.

—Ya lo conoces. Es Cody.

—¿Qué Cody?

—Cody, el futuro ingeniero —explico, a pesar de qué sé que lo ha reconocido a la primera.

—¿Y qué demonios hace aquí?

—Tu hija lo ha invitado a pasar las vacaciones. No pasa nada, Alejandro. Son amigos. —Si le digo que se acuestan, le tenemos que hacer la reanimación cardiaca; así que esto queda entre Alma y yo y no le hago partícipe de que su hija perdió la virginidad el verano pasado.

—Hola, mi vida. —Abrazo a mi primogénita—. ¿Qué tal el vuelo?

—Bien. —Mi hija mayor es parca en palabras, como su padre—. Hola, papá. —Se abalanza sobre él y lo envuelve con sus brazos. Su padre hace exactamente lo mismo y la mirada se le ilumina. Cuánto la quiere y cuánto ha sufrido por su enfermedad; él y todos.

Alma mira a Cody y después a él, con ojitos de cordero.

—¿Estás enfadado?

Le acaricia el pelo y le da un beso en la frente.

—¿Eres feliz?

Su hija asiente y sonríe como respuesta.

—Pues entonces yo también, mi guerrera.

Suspiro y tengo que aguantarme las lágrimas que luchan por salir a borbotones de toda la felicidad que me inunda. Ver a los dos mirarse, es como ser testigo de la explosión de los planetas. La conexión que existe entre Alma y Alejandro es algo inexplicable.

—Bienvenido. —Alejandro le ofrece la mano a Cody, y este se la estrecha.

—Muchas gracias por invitarme... —Aprieta la mandíbula y pone cara de angustia. Veo que Alejandro le oprime la mano demasiado y que el chico no se queja por vergüenza. Le hago una mueca a mi irracional marido y él suelta al delgaducho ingeniero, que trata de no llorar de dolor, y sigue hablando—. Muchas gracias por invitarme a pasar las vacaciones con su familia —termina con lo que quería decir, en un español de sobresaliente.

Alejandro arruga el entrecejo y me mira.

Yo me encojo de hombros y convierto la boca en una sonrisa muy fingida.

Caminamos hasta la Terminal Ejecutiva, donde el jet privado de nuestra familia nos espera,

con nuestros hijos parlotando delante de nosotros.

Mi marido me rodea los hombros con el brazo y me pega a él.

—Así que yo invité a Cody a pasar con nosotros las vacaciones.

—Eso parece. —Me hago la tonta.

—Solo espero que no le ponga una mano encima a mi pequeña en mi presencia —masculla.

Lo miro y llamo su atención.

Él arruga el entrecejo, tratando de leerme la mente.

—Estoy muy orgullosa de ti. —Apoyo mi mejilla en su costado—. A pesar de que casi le rompes la mano a ese muchacho.

—Yo no cantaré victoria tan pronto. No apostaré porque no termine ahogándolo en el mar. Un mes son muchos días.

—Alma ya es una mujer. Tienes que aceptarlo.

—Jamás —asegura.

ALEJANDRO

Como vaticinaba, me dan ganas de estrangular a Cody en cuanto subimos a Ginebra (no sé cómo dejé que Dani y Sara pusieran este nombre al barco. Debieron drogarme echándome algo en la bebida). Alma quiere (¡Atención!) que Cody duerma en su mismo dormitorio. ¡Con ella! ¡En la misma cama! Pero ¿qué es esto?, ¿Sodoma y Gomorra?

Por supuesto cedo a Cody otra habitación, concretamente la que está junto a los motores, bajo el agua y lo más alejada posible de (la que parece) mi espabilada hija. Al final mi mujer va a llevar razón y me explota la vena de la frente. Toda una vida de estrés y muero por culpa de un americano de diecinueve años que trata de acostarse con mi hija.

De repente, una idea se me viene a la cabeza y me quedo sin respiración. ¿Y si Alma ya se ha acostado con él? ¿Y si ya no es virgen? Me atraganto con mi propia saliva y salgo a cubierta a que me dé un poco el aire, ya un poco mareado.

Me agarro a la barandilla y respiro varias veces.

—Cariño, ¿estás bien? —me pregunta Dani, tan preciosa como siempre. Lleva un bikini blanco y un pareo del mismo color. En la mano, un mojito; y en la cara, la sonrisa más bonita que he visto nunca.

Y así, ELLA, sin más, vuelve a salvarme, como ha hecho desde que la vi por primera vez bailando en la pista de mi Club. Me acerqué a ella por el motivo equivocado, sí, lo admito; pero tuve la suerte de poder quedarme a su lado por una razón fuerte y vigorosa: nuestro amor, indestructible y todopoderoso.

Pasamos el mes de julio entre nuestro yate y la casa de Alexa, herencia de su abuela, y hogar de todos nosotros. Ella, desde el principio, quiso que fuera así; y lo convirtió en un lugar en el que sentirnos felices y encontrarnos cuando lo necesitemos. La casa, una antigua pensión que ellos reformaron hace unos años, se ubica en una cala recóndita y escondida donde podemos disfrutar de la más pura intimidad.

Y mirándolos, observando cómo los niños se tiran por el acantilado hasta el agua cristalina de las playas de Ibiza, cómo Dani toma el sol junto a mis hijas, cómo mi hermano besa a su mujer a los pies de la casa que adoran y cómo sus risas me inundan de dicha, no me queda más remedio que dar las gracias a ese caprichoso destino que quiso unirnos a todos muchos años atrás, en una clase de la facultad de Bellas Artes. Sí, todo empezó con Dani y Álvaro. Ellos son, de alguna manera, los artífices de lo que tenemos. Quizás, sin ese encuentro fortuito y todo lo que aconteció después, nada de esto sería real. Y yo no puedo, ni quiero, imaginarme mi vida sin todos ellos.

Los quiero.

FIN

Y fueron felices y comieron perdices. Espera, no. La vida no es un cuento de hadas con un bonito punto y final. La vida trata de superarse, de enfrentarse al miedo, de emerger de las profundidades, de luchar, de seguir adelante pase lo que pase, de buscar soluciones a los problemas, de aceptar derrotas, de batallar contra otras...

La vida es un gran regalo, una montaña rusa de emociones. Vive cada una de ellas.

Estrella Correa.

Ni POR FAVOR
Ni LECHES

SAGA UN GIN-TONIC, POR FAVOR, 5

ESTRELLA CORREA

ANTIGUOS AMIGOS

—¿¿Quién?! ¿¿Quién te ha hecho esto?! ¿¿Quién?! ¡¡Dímelo o tendré que mataros a los dos!! ¡¡Dímelo, o te arrancaré las uñas una a una!! Yo soy el gran CEO Alejandro Fernández y a mis hijas no las roza ni el aire. ¡¡Me lo dices o te quito el móvil!! —Le grito a Alma, imitando la voz hosca y ruda de su padre, en lo que considero una prueba de lealtad de la niña hacia mí, su tía putativa.

Ella me mira sin entender muy bien qué estoy haciendo, con una cara de sorpresa digna de enmarcar. Normal, si consideramos a la presión que la estoy sometiendo.

Respiro y me retiro de ella, pero solo unos milímetros, y sigo con lo que parece un interrogatorio en la sala de una fría comisaría.

—Alma, piénsatelo muy bien. Esto puede cambiar tu vida para siempre, además, puedes hacerte daño, duele y hay quien no puede dormir durante meses; sin contar que pones nuestras vidas en peligro; las dos, la tuya y la mía. Porque tu padre nos mata cuando se entere. ¿Seguro que estás preparada? —insisto.

—Sí, tita —responde ella, con seguridad.

—Voy a preguntártelo por última vez. ¿Estás preparada?

—Preparadísima. —Sonríe con sinceridad y me enseña la ortodoncia que yo misma le he puesto en la clínica en la que llevo media vida trabajando y con la que espero quedarme muy pronto.

—Que Dios nos coja confesadas —susurro, justo antes de darle un lametón al helado que se derrite en mi mano, sentada en el banco de un parque al lado de la hija mayor de mi mejor amiga, que con trece años me ha convencido para que la acompañe a hacerse los agujeros en las orejas.

La niña ha salido tan presumida como sus padres, y desea poder colocarse todo tipo de pendientes a pesar de que su padre, El Señor Estirado, siempre ha dejado muy claro que el cuerpo de su hija no se agujerea. No sé qué me ha hecho pensar que ha podido cambiar de opinión precisamente ahora. Lleva amenazándome con matarme desde casi el día que nos conocimos, y en esta ocasión hace realidad su amenazas, seguro. Maldito cabrón, si no lo quisiera tanto y lo conociera tan bien, le gritaría que no utilizara su sobrenatural atractivo para someternos a todos; o tratar de hacerlo, porque conmigo no puede.

Nos limpiamos las manos con unas toallitas húmedas y las tiramos en una de las papeleras del precioso camino arbolado por el que paseamos en dirección al estudio de tatuajes.

—Buenas tardes, tenemos cita a las doce. A nombre de Sara García.

La chica, completamente tatuada, mira concienzudamente en la agenda.

—Sí, para un tatuaje, ¿verdad?

—Nooooo —niego. ¿Esta tía pretende que Alejandro me someta a tortura antes de acabar conmigo?—. Es para ella, no tiene edad para tatuarse. Va a hacerse un pendiente. Bueno, dos. — Señalo a Alma, a la que la idea del tatuaje parece ser que tampoco le ha hecho mucha gracia.

Vale, admito que Alejandro y su ira me dan un poco de miedo. ¿Tatuarse a la niña? Antes me afeitó la cabeza.

—Tampoco tiene edad para hacerse un piercing —apunta—. Supongo que eres su madre.

—Eh... Claro, yo soy su madre. ¿No nos parecemos? Eso es porque ha salido a su padre, mi marido. Un neurocirujano muy famoso. Ahora está en un congreso en Nueva York, por eso no nos acompaña. —Ya que me invento una vida y un marido, que salve vidas y esté bueno, pero no he encontrado la forma de hacer partícipe a la chica de esto último.

La mujer tatuada nos mira una a la otra con el ceño fruncido y repetidas veces hasta que decide creerse mi invención.

—Podéis sentaros. Ahora os aviso. —Nos deja tranquilas y atiende el móvil.

—Salvadas por los pelos —susurro, y me soplo el flequillo.

—Por el teléfono, tita.

Tomamos asiento sobre unos sofás de cuero negro y frente a una pared roja con el dibujo de varias personas disfrutando de lo que parece una orgía. Para colmo, suena una música satánica que: o te vuelve loca, o te convence con las letras de que meterte en una secta y entregarle toda tu sangre es una buena idea.

—Tápate los ojos, cariño. Y los oídos —le pido.

—Tita, si crees que esto puede causarte muchos problemas, podemos dejarlo —comenta Alma, con su cara de honestidad y su corazón de oro, viendo que esto cada vez me parece una idea peor.

—De eso nada, cariño. Te prometí unos agujeros por tu cumpleaños, y tendrás los agujeros más bonitos que se hayan visto jamás. Si tú estás preparada, yo estoy preparada.

Unos minutos más tarde, nos invitan a pasar a la parte de atrás del estudio. La chica que nos ha atendido antes nos guía hasta el tatuador que, por lo visto, también se dedica a hacer piercings, y que prepara la mesa con las agujas a espaldas de nosotros.

—Siéntate aquí —le dice a la niña, señalando una camilla.

Alma no pierde la sonrisa en ningún momento. Otra niña de su edad, se pone a llorar al ver los instrumentos con los que le va a hacer los agujeros.

—Ella es Alma, viene acompañada de su madre —le informa la del teléfono.

—Encantado, Alma. ¿Cuántos años tienes? —le pregunta, ya frente a ella; pero yo no le veo la cara porque un foco me lo impide.

—Tengo trece.

—Y esta debe de ser tu madre.

—Eh... Sí. —Mi sobrina sigue con el cuento que hemos creado.

—¿Y te da su autorización?

—Sí —afirmamos las dos al unísono.

—¿Sabes que tu madre y yo nos conocemos?

¿Qué?

Doy un paso hacia un lado, agacho la cabeza unos centímetros y, tras repasar todos sus brazos, sin un centímetro sin tatuarse, me encuentro con unos ojos que me encantaban.

—Hola, Sara.

—Hola, Mike.

—No sabía que tuvieras una hija.

—Ni yo que habías montado un estudio de tatuaje propio.

—Bueno, llegó el día en que pensé que era el momento de montármelo por mi cuenta. —

Sonríe, mientras coge los artillugios con los que va a trabajar—. ¿Y tú? Supongo que ya eres dueña de tu propia clínica.

—Sí... —vuelvo a mentir. Total, esto es una mentira a medias. Estoy esperando a que mi jefe se jubile, dentro de dos meses, y acepte la oferta que le he hecho.

—Vamos a ver... —Se centra ahora en Alma—. Solo tardaré unos segundos. Aguanta un poco. —Tras unas cuantas precisas maniobras, mi sobrina ya luce dos pendientes de acero quirúrgico en las orejas—. Listo. ¿Te ha dolido?

—No —asegura, haciéndose la dura, con la cara blanca como la única pared de ese color de este local. Qué se parece a su padre.

—Sal fuera y Xana te dará un poco de agua —le aconseja, acostumbrado a que los pacientes se mareen.

Alma desaparece con la que ahora sé que se llama Xana, y Mike, ese chico con el que he tenido siempre una conexión especial y al que dejé de ver porque me asusté al no reconocer que me gustaba de verdad, me mira con su sonrisa bonita dibujada en el rostro.

—No se parece a ti —apunta.

—Ha salido a su padre. —Alzo el mentón.

Giro sobre mis sandalias de plataforma, dispuesta a salir de allí, pero él me detiene con su sexi voz.

—Tranquila, no le diré a Alejandro que has traído a su hija a mi estudio.

Me detengo en seco y abro los ojos y la boca de par en par. Unos segundos después, lo cierro todito, pongo cara de no saber de qué está hablando y lo miro.

—Es la hija de Alejandro Fernández. Viene aquí a tatuarse a menudo. Su mujer es tu amiga, si mal no recuerdo.

Finjo una sonrisa, de esas con las que enseñas toda la dentadura y parte de las encías, y voy en busca de Alma. Me aseguro de que se encuentra bien, le doy las gracias a Xana y salimos a la calle agarradas de las manos.

—Estás guapísima. —Le doy un beso, de pie sobre el acerado—. ¿Te duele?

—¡Sara! —Mike llega hasta nosotras—. ¿Cenamos esta noche?

Arrugo la nariz y niego.

—No creo.

—Ven a verme cuando te apetezca. Esa es mi casa. —Señala con un golpe de cabeza el único piso que se ubica sobre el estudio de tatuajes, y que mis ojos visitan de soslayo—. Seguro que Xana también se apunta. —Me regala una sonrisa perversa con la que mojo las bragas. Se me había olvidado cuánto me pone este tío.

¿Y ESTE?

Me llevo a Alma a comer a un restaurante vegano. Es una preadolescente muy concienciada con el mundo que la rodea y decidió no comer carne ni nada que proceda de un animal hace ya un par de años. Su madre aceptó la decisión, pero casi se vuelve loca, junto con Coral, a la hora de hacer la comida cada día. En Vega son famosos por sus sopas de cebolla y sus brochetas de herua, y tengo que aceptar que el sabor me impresiona para bien.

—La niña va para arriba —informo a Dani, a la que he llamado por teléfono desde la puerta de su edificio. Me niego a subir y enfrentarme a la ira de un padre dolido porque han profanado el cuerpo de su hija. Será hipócrita; él cada vez tiene más tatuajes en el cuerpo. Y ahora sé qué artista es el artífice de tan bellos dibujos: mi antiguo amante y amigo Mike.

—¿No subes?

—No. Quiero terminar de recoger las cosas de Tristán. Viene a buscarlas mañana por la tarde. —Además, soy la culpable de que tu primogénita vaya luciendo unos pendientes en sus lindas y ya no vírgenes orejitas. Me niego a escuchar los gritos de tu marido.

—¿Estás bien? Aún pienso que tomaste una decisión precipitada —manifiesta, preocupada por mi silencio. Lo que no sabe es que estoy pensando en cómo largarme sin ser descubierta por El Cabrón Enchaquetado.

—Estoy bien, deja de preocuparte. ¿Necesitas mi ayuda para el cumpleaños de Alma?

—Puede. Te llamo esta semana y concretamos. Aún me queda mucho por hacer.

—Lo que necesites.

—Hola, cariño. ¿Te lo has pasado bien con la tita? —le pregunta a Alma, que ya ha llegado arriba. ¡Mierda! Ese ascensor es tan rápido como un cohete.

Las escucho farfullar, sin entender qué dicen, como si le hubiera ocurrido algo al teléfono, hasta que las interferencias desaparecen.

—¡Sara! ¿Qué le has hecho a mi hija en las orejas? ¿Estás loca? —grita, dejándome casi sorda.

—Venga, nos vemos. No te escucho muy bien. —Ella sigue regañándome al otro lado de la línea—. Adiós, adiós... Sí, llámame esta semana.

Cuelgo y me parto de la risa.

Mentiría si dijera que dejar a Tristán no ha sido una de las decisiones más difíciles que he tomado en mi vida, pero algo me decía que, aunque lo pasábamos bien juntos, no éramos el uno para el otro; y él, tras hablarlo, me hizo saber que pensaba lo mismo.

Hemos quedado como amigos y, si no nos hemos visto desde que se marchó, hace un mes, ha sido porque ha tenido que viajar a Dublín donde presentaba un inconmensurable proyecto y el que le ha dado nuevas alegrías tras un triunfo sin precedentes de un artista español que hace magia con las luces.

Quedamos en que recogería el resto de sus cosas a su vuelta, y hace una semana me llamó para avisarme de que ese día había llegado. Pasará en Madrid el tiempo justo para despedirse de

amigos y familia y volver a Dublín, ciudad en la que establecerá su residencia.

El lunes me levanto con resaca emocional. La despedida definitiva de Tristán fue más dura de lo que pensaba. Hemos estado juntos varios años, y yo nunca he sido una de esas personas que tienen pareja; es más, siempre he creído que no sirvo para mantener una relación a largo plazo, aún no siendo monógama y disfrutando del sexo tal y como lo hacía hasta el momento. El artista de luces y yo solíamos frecuentar clubs liberales o quedábamos con parejas y conocidos a los que les gustaba disfrutar del sexo de la misma manera que a nosotros. Y a pesar de todo, y con la importancia que le doy a mi vida sexual, no me sentí completa. Pero aún le quiero y se quedará en mi corazón hasta que me muera.

Preparo café y lo vierto en una taza con tapa para llevar. Me he levantado demasiado tarde como para ponerme a ver Instagram mientras me lo tomo con tranquilidad, así que me pinto los labios de un rojo intenso y me voy a la clínica.

Barajo la posibilidad de coger un taxi, pero tardaría más con el rodeo que tiene que dar y el tráfico de hora punta; por ello, camino con prisas entre la gente con mi café en la mano. Se me pasa por la cabeza detenerme a hacerme una foto y subirla a Instagram con los hastag:

#nosinmicafe

#antesmuertaquesincafe #tardeperoconloslabiospintadosymicafe

¡¡Boomm!! Alguien me lleva por delante, cortándome la sonrisa con la que me imaginaba en la bonita foto, y me tira el café sobre mi precioso vestido rojo con carabelas blancas.

—¡Me cago en la leche! —grito, encolerizada porque alguien acaba de destrozar mi vestido nuevo. Ese que me costó tanto trabajo conseguir porque se había agotado en la página web de La Tostadora—. Pero, ¡mira lo que has hecho!

Al imbécil que acaba de tirarme el café caliente por encima solo se le ocurre tratar de secarme con una servilleta de papel que, por cierto, no sé de dónde demonios ha salido; como él, que ha aparecido de la nada para terminar de estropearme mi mañana de duelo emocional.

—¿Qué haces? ¿Qué haces? ¿Qué haces? —Trato de apartarme.

—Lo siento mucho. De verdad que lo siento...

—Pero, ¡no me toques! ¡¿Quién coño te crees para tocarme?! —Consigo que quite sus zarpas de mí y, por fin, lo miro.

Vaya, el gilipollas con las manos largas está bien bueno. Qué digo. Más que eso. Alto, muy alto, tan alto que tengo que subir el mentón para poder mirarlo a los ojos. Morenazo, de piel y de pelo. Ojazos, grandes y expresivos. Cuerpazo, al menos hasta donde puedo imaginarme. Vamos, que me lo tiraría, pero siempre y cuando yo quiera. No dejo que ningún desconocido me toque de ninguna manera sin mi consentimiento.

—Oye, ha sido sin querer. Y ya te he pedido disculpas —contesta, molesto.

—¿Y qué? ¿Crees que lamentarlo es suficiente? ¿Crees que tu cara te va a servir para salir de esta? —Estoy harto de los tíos guapos que saben que son guapos y que consiguen lo que quieren solo con sonreír— ¿Quién me arregla ahora a mí este vestido? ¿Sabes lo que me costó conseguirlo?

—¿Ese trapo? —Lo mira, con una ceja levantada.

¿Qué. Ha. Dicho?

—Mira, cenutrio. —Lo señalo con el dedo y, vaya por Dios, soy yo quien lo toca ahora sin su permiso. Nota: está más duro que una placa de acero—. Este vestido vale más que toda la basura que llevas puesta —sigo—. ¿Dónde has encontrado esa camiseta? ¿En el estercolero de al lado de tu casa? Déjame pasar, llevo tarde al trabajo. Molestas.

Ha clavado la mirada en la mía y ha optado por el silencio, hasta que da un paso en mi dirección, en vez de apartarse, y nos deja demasiado cerca. Tanto que puedo oler su perfume y ponerme cachonda. Así soy yo, paso del enfado al placer en solo un segundo, algo inevitable cuando un tío de dos metros y un atractivo fuera de lo común no se deja avasallar por mí y mi genio y toma la iniciativa.

—Esta camiseta es un Armani y... —Se agacha unos centímetros para dejar su boca a la altura de mi boca—. A mí tampoco me gusta que me toque una desconocida, por muy buena que esté.

¿Ah...? No reacciono. Solo lo miro con la boca abierta.

A ti, que estás leyendo esto, te presento a Sara la atontada. No me enorgullezco de ella y, por fortuna, aparece muy de vez en cuando; por eso, vamos a correr un tupido velo y vamos a fingir que esto no está pasando.

—Me estás tocando y no te he dado permiso. —Rodea mi dedo, el que he fijado en su pecho, con su mano, y lo aparta—. Y ahora, si te quitas de en medio... Yo también tengo mucha prisa.

Doy un paso hacia atrás y lo rodeo.

—Patán retrasado —mascullo.

—Histérica —apostilla.

NO, POR FAVOR, NO

Entro en la clínica lamentándome por lo que acaba de ocurrir y pensando en cómo voy a arreglar el desastre en el que se ha convertido mi vestido. Si no consigo que vuelva a ser el mismo, prometo celebrarle un funeral a la altura; con chupitos de tequila y un poco de hierba. Dani, Sofia, Alexa y Nina seguro que se apuntan. Maldito adoquín, lerdo y mameluco. Pero, ¿qué se ha creído el tío ese? ¿Por qué me he tenido que tropezar con él? ¿O él conmigo? Seguro que lo ha hecho a propósito. Ese quería echar un polvo y el plan se le ha jorobado por inútil y rematadamente torpe.

—¿Qué te ha pasado? —Sabrina, la recepcionista, se levanta de su mesa cuando ve el destrozo.

—Un anormal y retrasado me ha tirado el café encima. ¿Ha llegado Curro?

—Te está esperando en su despacho. Quiere hablar contigo de algo importante.

Espero que por fin haya optado por la jubilación y por traspasarme la clínica. Lo hemos hablado en muchas ocasiones durante los últimos dos años, pero nunca hemos concretado nada en serio, hasta que le hice la oferta hace muy poco. Él se niega a hacerse mayor y yo no lo he tenido muy claro hasta que Tristán me ayudó, sin proponérselo, a aceptar qué era lo que quería realmente. Después de esa conversación, ocurrieron dos cosas: lo dejamos y supe que comprar la clínica era un paso que debía haber dado hacía mucho tiempo.

—Enseguida voy. Tengo que cambiarme primero —sigo quejándome, mientras camino hasta el vestuario y abro la puerta de par en par.

Me encuentro con un torso semidesnudo en medio de la habitación, junto al banco de madera que separa las dos filas de taquillas. No puedo verle la cara porque la tapa con una camiseta blanca a medio quitar, pero me dan ganas de agacharme y alabar el busto que seguro trabaja en el gimnasio durante varias horas al día. ¿Quién es este?

—Perdón... —Pido disculpas, con una sonrisilla, doy un paso atrás y cierro.

Vuelvo a recepción y le digo a Sabrina que Thor está cambiándose de ropa en los vestuarios.

—¿Has fumado? —Alza las cejas.

—¿Lo preguntas en serio?

Se encoge de hombros y asiente con la cabeza.

Pongo los ojos en blanco y voy de nuevo a los vestuarios. Tal vez la recepcionista lleve razón y le he echado algo al café esta mañana, porque quien quiera que estuviera aquí hace veinte segundos, ha desaparecido a la velocidad de la luz.

Me cambio de ropa, me pongo la vestimenta menos erótica que se ha diseñado jamás: pantalón verde mohó, camisa verde mohó y bata verde claro casi mohó; y voy al despacho del fondo del pasillo, el del señor *Donmalfollao*.

Entro sin llamar.

—Buenos días, Curro. ¿Qué es eso tan importante que quieres decirme? ¿Has decidido jubilarte?

Lo encuentro acomodado en su silla, tras su mesa, y me percató de que no está solo. Alguien con la misma indumentaria que yo está sentado frente a él, dándome la espalda.

—Buenos días, Sara. Aún me lo estoy pensando, pero he decidido hacerte caso y tomarme unas vacaciones. —Sonríe.

Retiro lo de mal *follao*. Este hoy ha mojado.

—¡Es una idea estupenda! —Supongo que me alegro. Por él y por mí, así no lo tendré por aquí observando cómo trabajamos los que sí lo hacemos. Él hace mucho que no mira dentro de una boca.

—Sí, mi mujer también lo piensa. —Rodea la mesa y se detiene frente a mí—. Por eso he decidido buscar a alguien que pueda ayudarte. Este es mi sobrino, el doctor Messina, Lucas Messina —especifica—. Lucas, te presento a la doctora García, Sara García, mi mejor odontóloga y ortodoncista.

El doctor Messina se gira y... Y yo me cago en toda mi mala suerte, en las putas casualidades y en el tío guapo pero gilipollas que tengo delante, el mismo que se ha cargado mi vestido hace unos escasos veinte minutos.

—Acaba de llegar de Italia. —Mira su reloj—. Uy. Si vuelvo a llegar tarde, Luisa me ahoga con la corbata —susurra. Y juraría que cree que no lo ha dicho en voz alta—. Sara, confío en ti. Lo dejo en tus manos.

¿En serio? ¿Lo deja en mis manos? Pues lo único que pueden hacer mis manos es estrangularlo.

Se va y nos deja solos.

—Vaya, vaya, vaya... Mira quién está aquí.—Cruza los brazos y... ¡qué brazos! Y sonrío.

¡Pero qué mal me cae!

—Vaya, vaya, vaya... Resulta que el canalla, además, es un enchufado.

—El doctor Messina para ti.

¿Esto es una jodida broma? ¿Qué he hecho para merecerme esto? Al final va a ser cierto que el Diablo existe y Alejandro ha hecho un pacto con él prometiéndole el jet privado o cualquiera de sus caprichos materiales caros a cambio de joderme la vida por haber agujereado las ojeras de su casi adolescente hija. Pero... ¿le ha podido dar tiempo a montar esta trama tan urdida y sofisticada? Vale que Lucifer es sobrenatural y todopoderoso, pero... ¿tan rápido?

Me dispongo a salir del despacho y me tropiezo con él al abrir la puerta, que pretende hacer lo mismo que yo.

Lo miro con cara de «Quítate de mi vista o te arranco la piel a tiras y me hago un abrigo con ella» (aunque jamás me pondría un abrigo hecho con la piel de ningún animal, excepto con la suya, que es de oso bruto y maleducado) y él me contesta con una sonrisa como si estuviera subido en el pedestal número uno de los hombres guapos pero insoportables.

—Por favor... —Me cede el paso con un gesto de manos.

¡¡Ni por favor ni leches!!

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que estáis desde el principio y a los que habéis llegado ahora.

Gracias a los que me aguantáis cuando las musas se van de vacaciones a, como diría Dani, una playa en las Islas Phi Phi. Gracias a los que os alegráis y celebráis conmigo los logros.

Gracias a los que me seguís a través de las redes y me ayudáis a compartir mis historias.

Gracias a mis lectores, por darme una oportunidad y demostrarme tanto cariño.

Gracias a mi familia, en especial a mi marido, porque él me animó a perseguir mi sueño.

Gracias a ti, a ti y a ti, por tu llamada, tu mensaje, tu consejo, tu post, tu reseña, tu crítica.

Gracias infinitas.

SOBRE LA AUTORA



Estrella Correa nace en Chucena, graduada en Derecho y Técnico Superior de Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Casada y con una hija. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro

entretenimiento. En 2016 autopublica su primer libro: Un gin-tonic, por favor; y a partir de ahí encuentra su verdadera vocación: escribir.

Libros publicados:

Un gin-tonic, por favor.

Bésame, por favor.

Quédate conmigo, por favor.

Recuérdame, por favor.

Nerea y las estrellas.

La estrella de Nerea.

Cualquiera menos tú.

Todos menos tú.

Puedes seguir a la autora en sus redes sociales:

Facebook: Estrella Correa, Estrella Correa Escritora y Un gin-tonic, por favor.

Instagram: @estrellacorreaescritora

Twitter: @EstrellaCorreaS